

EL CASO VERMONT

MAUREEN JOHNSON



«Una lectura compulsiva,
espléndidamente urdida». **John Green**

HarperCollins
Juvenil



EL CASO VERMONT

MAUREEN JOHNSON

«Una lectura compulsiva,
espléndidamente urdida». **John Green**

HarperCollins
Juvenil

The cover features a decorative border of ivy leaves and vines in a light gray color, framing the central text. The leaves are detailed with vein patterns, and the vines are thin and winding.

EL CASO VERMONT

MAUREEN JOHNSON

Harperkids

Título original: *Truly Devious*

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A., 2019
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid
www.harpercollinsiberica.com

© del texto: Maureen Johnson, 2018

© de la traducción: Sonia Fernández-Ordás, 2018

© Publicado por primera vez por Katherine Tegen Books, un sello de HarperCollins Publishers

© de las imágenes de la cubierta: Shutterstock y Unholyvault | Dreamstime

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de cubierta: Elsa Suárez

ISBN: 978-84-17222-44-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Oficina Federal de Investigación](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Agradecimientos](#)



Para todos los que alguna vez han soñado con encontrar un cadáver en la biblioteca



ACADEMIA

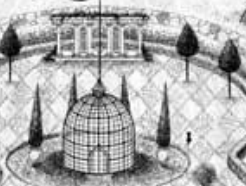


ELLINGHAM

1.



8.



2.



9.



3.



10.



11.



-
- 1. TALLER
- 2. ASTERIA
- 3. GENIO
- 4. ARTEMISA
- 5. APOLO
- 6. DIONISOS
- 7. DEMETER
-

-
- 8. CASA GRANDE
- 9. MINERVA
- 10. EUNOMIA
- 11. CIBELES
- 12. JUPITER
- 13. VESTA
- 14. JUNO
-



OFICINA FEDERAL DE INVESTIGACIÓN (FBI)

Imagen fotográfica de una carta recibida en la residencia Ellingham el 8 de abril de 1936.

¡MIRA! ¡UN ACERTIJO!
¡YA ES HORA DE JUGAR!

¿SOGA O PISTOLA,
QUÉ DEBEMOS USAR?

LOS CUCARILLOS TIENEN FILO
Y BRILLAN COMO ESTRELLAS.

EL VENENO ES MÁS LENTO,
VAYA, QUÉ PENA.

EL ASOCAMIENTOS ES LENTO,
EL FUEGO ES FESTIVO.

LA HORCA ES UN MÉTODO
MUY POCO ATRACTIVO.

UNA CABEZA ROTA,
UNA MALA CAÍDA,

UN COCHE QUE CAE
EN MEDIO DE LA VÍA.

LAS BOMBAS HACEN
UN RUIDO MUY GRACIOSO.

¡CUÁNTAS FORMAS
DE CASTIGAR
A LOS NIÑOS REVOLTOSOS!

¿QUÉ DEBEMOS USAR?
ES DIFÍCIL DECIDIR.

IGUAL QUE TÚ NO SABES
SI ESCONDERTE O HUIR.

JA, JA

ATENTAMENTE,

PERUERO

3 de abril de 1936, 6:00 p. m.

Sabes que no puedo dejarte marchar...

EL DESTINO DE DOTTIE EPSTEIN HABÍA QUEDADO SENTENCIADO UN AÑO antes en forma de llamada al despacho del director.

No era la primera vez.

A Dolores Epstein nunca la mandaban a dirección por ninguno de los motivos habituales: pelearse, copiar, sacar malas notas, faltar a clase... A Dottie siempre la llamaban por asuntos más complicados: diseñar sus propios experimentos químicos, cuestionar los conocimientos de su profesor sobre geometría no euclidiana o leer libros en clase porque, como ya se sabía la lección, prefería pasar el tiempo haciendo algo útil.

–Dolores –le decía siempre el director–, no puedes ir por ahí comportándote como si fueses más inteligente que los demás.

–Pero es que lo soy –respondía ella. No con arrogancia, sino porque era cierto.

Aquella vez, Dottie no sabía muy bien qué había hecho. Había forzado la puerta de la biblioteca para buscar un libro, pero estaba casi segura de que nadie se había enterado. Dottie se conocía cada palmo del instituto, había aprendido a abrir todas las cerraduras y había curioseado en todos los armarios, alacenas y recovecos. No lo hacía con mala intención. Simplemente lo hacía por si encontraba algo o por comprobar que se podían abrir.

Cuando llegó al despacho del director, el señor Phillips ya la esperaba sentado detrás de su enorme escritorio. Había además otra persona, un hombre de pelo entrecano con un traje gris impecable. Estaba sentado a un lado, iluminado por un haz de luz procedente de la ventana. Parecía salido de una película. De hecho, en cierto modo tenía que ver con las películas.

–Dolores –dijo el señor Phillips–, este es el señor Albert Ellingham. ¿Sabes quién es el señor Ellingham?

Por supuesto que sí. Todo el mundo lo sabía. Albert Ellingham era el propietario de Aceros Americanos, el diario *New York Evening Star* y la productora cinematográfica Fantastic. Era incalculablemente rico. El tipo de persona a la que uno podía imaginar literalmente nadando en la abundancia.

–El señor Ellingham tiene que darte una estupenda noticia. Eres una chica con suerte.

–Acércate y siéntate, Dolores –le indicó el señor Ellingham al tiempo que señalaba la silla vacía al otro lado de la mesa del director.

Dottie se sentó y el famoso señor Ellingham se inclinó hacia delante hasta apoyar los codos en las rodillas y cruzar sus manos grandes y bronceadas. Dottie nunca había visto a nadie tan bronceado en pleno mes de marzo. Esta, por encima de cualquier otra, era la señal indicativa de la fortuna del señor Ellingham. Podía ser dueño del sol, si quería.

–Me han hablado mucho de ti, Dolores –dijo–. El señor Phillips me ha contado lo inteligente que eres. Catorce años y ya en primero de bachillerato. ¿Has aprendido latín y griego tú sola? Haces traducciones, según tengo entendido.

Dottie asintió con timidez.

–¿Te aburres a veces en clase? –preguntó.

Dottie miró nerviosa al director, pero el hombre sonrió y le hizo un gesto de ánimo.

–A veces –admitió Dottie–, pero la culpa no es del instituto.

Los dos hombres rieron al oír sus palabras, y Dottie se relajó un poco. No mucho, pero sí un poco.

–He fundado un centro de enseñanza, Dolores –continuó el señor Ellingham–. Un sitio nuevo donde personas especiales como tú podrán aprender siguiendo su propio ritmo, a su manera y de la forma que más les convenga. Creo firmemente que el aprendizaje es un juego, un juego apasionante.

El director bajó la vista hacia el papel secante de su escritorio unos instantes. Probablemente, la mayoría de los directores no considerarían el aprendizaje como un juego, pero nadie iba a contradecir al gran Albert Ellingham. Si decía que el aprendizaje era un juego, era un juego. Si hubiera dicho que el aprendizaje era un elefante sobre patines con un vestido verde, también lo habrían aceptado. Cuando te sobran poder y dinero puedes determinar el significado de las palabras.

–He escogido a treinta alumnos de distintos perfiles para que estudien en mi centro y me gustaría que tú fueras uno de ellos –prosiguió el señor Ellingham–. No existirá ninguna restricción y tendrás acceso a todo lo que necesites. ¿Te gustaría?

A Dottie le entusiasmó la idea. Pero también vio un problema inmediato e ineludible.

–Mis padres no tienen dinero –dijo sin rodeos.

–El dinero nunca debería suponer un obstáculo para la educación –repuso el señor Ellingham con amabilidad–. Mi academia es gratuita. Si aceptas, serás mi invitada.

Parecía demasiado bonito para ser cierto..., pero era cierto. Albert Ellingham le envió un billete de tren y cincuenta dólares para sus gastos. Unos meses más tarde, Dottie Epstein, que jamás había salido de Nueva York, se encontró viajando hacia las montañas de Vermont rodeada de más árboles de los que había visto en su vida.

La academia tenía una fuente enorme que le recordó a la de Central Park. Los edificios de piedra y ladrillo parecían salidos de un cuento. Su habitación en la Casa Minerva era grande pero acogedora y tenía chimenea (hacía frío allí arriba). Había libros, muchísimos libros interesantes, y podías tomar prestados los que quisieras y leer lo que te apeteciera sin sanciones si los devolvías con algo de retraso. Los profesores eran muy amables. Tenían un laboratorio de ciencias de verdad. Aprendían botánica en el invernadero. Aprendían danza con una mujer llamada señora Scottie, que andaba por ahí en mallas y llevaba fulares y unos llamativos brazaletes que le cubrían los brazos.

El señor Ellingham vivía en el campus con su esposa, Iris, y su hija de tres años, Alice. Algunos fines de semana recorrían la avenida coches carísimos y de ellos bajaban personas vestidas con ropa deslumbrante. Dottie reconoció al menos a dos estrellas de cine, un político y un cantante famoso. Esos fines de semana también venían bandas de Burlington y Nueva York y se oía la música en la Casa Grande hasta altas horas de la noche. A veces, los invitados del señor Ellingham paseaban por el campus y la pedrería de los vestidos resplandecía a la luz de la luna. Ni siquiera en Nueva York había estado tan cerca de tanto personaje famoso.

El personal de limpieza procuraba recogerlo todo, pero las instalaciones eran extensas y estaban llenas de recovecos, así que dejaban rastros por todas partes. Una copa de champán aquí, un zapato de raso allá... Incontables colillas aplastadas, plumas, abalorios y demás residuos típicos de las personas ricas y majestuosas. A Dottie le encantaba recoger todas las cosas raras

que encontraba y guardarlas en lo que ella llamaba su museo. Su mejor hallazgo fue un encendedor de plata. Lo encendía y lo apagaba, y le fascinaba su suavidad. Por supuesto, al final acabaría por devolverlo; solo quería tenerlo con ella durante algún tiempo.

Como Ellingham dejaba vía libre a sus alumnos en lo referente al trabajo, el estudio y el ocio, Dottie pasaba mucho tiempo sola. Vermont era un sitio distinto; nada que ver con bajar por las escaleras de incendios o trepar por las tuberías. Se acostumbró enseguida a la arboleda y a husmear por los límites de las instalaciones. Fue así como, en una de sus primeras salidas tras llegar a Ellingham en otoño, encontró el túnel. Estaba explorando el bosque. Dottie nunca había experimentado nada parecido a aquel espeso manto de hojas y aquel silencio absoluto solo interrumpido por algún que otro crujido de ramas. Hasta que oyó un ruido que le resultó familiar: el sonido de algo fino y metálico bajo sus pies. Lo reconoció inmediatamente. Era exactamente igual que el ruido que hacía una tapa de alcantarilla al pisarla.

Dottie abrió la tapa y descubrió unos escalones de hormigón que conducían directamente bajo tierra. Se encontró en el interior de un túnel oscuro de ladrillo, seco y bien cuidado. Le picó la curiosidad. Utilizó el encendedor de plata para orientarse hasta llegar a una sólida puerta con un panel deslizante a la altura de los ojos. Reconoció lo que era al instante; los había por toda la ciudad. Era la puerta de un local clandestino.

No tenía el pestillo echado. Nada en aquel túnel parecía demasiado fiable. Estaba allí para que lo explorasen. La puerta se abrió para dar paso a una estancia de apenas un metro cuadrado con el techo muy alto. Las paredes estaban cubiertas de estantes, y estos estaban llenos de botellas de vino y licores de todo tipo. Dottie examinó las historiadadas etiquetas de las botellas de colores. Las había en francés, alemán, ruso, español, griego... Toda una biblioteca del alcohol.

Había unos escalones excavados en una de las paredes, como si fuesen parte de una escalera de obra. Dottie los subió y abrió la trampilla que encontró en lo alto. De pronto, se vio en el interior de una estructura abovedada con el techo de cristal. El suelo estaba cubierto de alfombras y cojines, varios ceniceros y unas cuantas copas de champán. Se subió al banco adosado a la pared que la recorría por entero y se dio cuenta de que se encontraba en una pequeña isla en medio del lago artificial que había detrás de la Casa Grande de Ellingham.

¡Un escondite secreto! El escondite secreto más perfecto del mundo. Decidió que sería su lugar de lectura. Dottie Epstein pasó muchos ratos en aquel lugar, arrebujada en una manta de piel, con una pila de libros al lado. Nunca la pillaron, pero estaba segura de que aunque la descubriera el mismísimo señor Ellingham, no le importaría. Era un hombre muy amable y divertido.

No había sitio en el mundo más seguro que aquel.



Ese día de abril amaneció particularmente extraño y brumoso, empañando los huecos entre los árboles y cubriendo Ellingham con un manto de niebla. Dottie decidió que el día se prestaba para leer una novela de misterio. Sherlock Holmes sería perfecto. Ya había leído todos los libros de Sherlock Holmes, pero releer era uno de sus placeres favoritos y aquella niebla era como la del Londres que describían las novelas.

Había aprendido a distinguir cuáles eran las horas más favorables para ir a la pequeña cúpula. Era lunes por la tarde; no habría nadie de la familia. El señor Ellingham había salido en coche por la mañana y la señora Ellingham después de comer. Dottie sacó el volumen de novelas de Sherlock Holmes de la biblioteca y se encaminó hacia su lugar secreto.

Aquel día, la vista desde el interior de la pequeña cúpula de cristal era como si se encontrase dentro de una nube. Dottie se tumbó en el suelo, se tapó con la manta de piel y abrió el libro.

Enseguida se perdió por las calles de Londres. ¡El juego había comenzado!

Estaba tan absorta en la lectura que no se percató del ruido que sonó justo debajo de su cuerpo. Alguien había entrado en el cuartito de los licores y subía los escalones. Alguien estaba allí mismo. Sin tiempo para escabullirse, Dottie se escondió bajo la pesada manta de piel y se apretó cuanto pudo contra la pared, tratando de camuflarse entre un montón de cojines. Quédate en el suelo. Sé un bulto.

Oyó el chirrido de la trampilla al abrirse y el ruido sordo cuando volvió a cerrarse sobre la piedra. La persona entró en la sala y se quedó tan solo a un palmo de la cara de Dottie. Rezó para que no la pisara. Se encogió aún más bajo la manta.

La persona se apartó de ella y dejó algo en el suelo. Dottie se arriesgó a levantar el borde de la manta un par de centímetros y vio una mano enguantada que sacaba cosas de un saco y las iba colocando en el suelo. Volvió a arriesgarse y levantó la manta un par de centímetros más para tener una mejor perspectiva. Había una linterna, unos prismáticos, una soga y algo que brillaba.

Lo que brillaba era un juego de esposas, como las que tenía su tío, agente de policía.

¿Una linterna, unos prismáticos, una soga y unas esposas?

Una súbita oleada de adrenalina la invadió de arriba abajo y disparó el ritmo de sus pulsaciones. Algo no iba bien. Dejó que la manta volviera a caer sobre su rostro y se acurrucó aún más, con la cara apretada contra el suelo y la nariz aplastada. La persona se movió por la sala varios minutos arrastrando los pies. Después se hizo un repentino silencio. ¿Se habría ido? Si alguien hubiera cerrado la puerta de la trampilla lo habría oído, pues estaba junto a su cabeza.

Recibió su propio aliento caliente contra la cara. No tenía ni idea de qué estaba ocurriendo, pero comenzó a sentirse mareada. Se puso a contar. Cuando llegó a quinientos y siguió sin oír ni un ruido, decidió por fin volver a levantar el borde de la manta muy despacio. Solo un dedo. Una pizca más.

No había nadie en su campo de visión. Apartó la manta un poco más. Nada. Iba a destaparse del todo cuando...

–Hola –dijo una voz.

Dottie sintió que se le paraba el corazón.

–No tengas miedo –continuó la voz–. Puedes salir.

Ya no tenía sentido seguir escondiéndose. Dottie salió reptando de debajo de la manta sin soltar su libro. Miró a la persona desconocida, luego los objetos que había en el suelo.

–Son para el juego –indicó.

¿El juego? ¡Claro! A los Ellingham les encantaban los juegos. Siempre estaban jugando con sus invitados a sofisticadas búsquedas del tesoro y adivinanzas. El señor Ellingham había llenado las casas de los alumnos de juegos de mesa como el Monopoly, y a veces él mismo se sentaba a jugar con ellos. Linterna. Soga. Prismáticos. Esposas. Podría tratarse de un juego. A veces en el Monopoly también había elementos un poco raros.

–¿Qué tipo de juego? –preguntó Dottie.

–Es un poco complicado –respondió aquella persona–. Pero va a ser muy divertido. Tengo que esconderme. ¿Tú también estabas escondiéndote aquí?

–Para leer –contestó Dottie. Le mostró el libro e intentó que no le temblaran las manos.

–¿Sherlock Holmes? Me encanta Sherlock Holmes. ¿Qué novela estás leyendo?

–*Estudio en escarlata*.

–Es buena. Adelante, sigue leyendo. No quiero interrumpirte.

Sacó un cigarrillo, lo encendió y empezó a fumar sin dejar de mirarla.

Dottie había visto antes a aquella persona. Seguramente era alguien que había participado en

los elaborados juegos de los Ellingham. Pero Dottie era una chica de Nueva York que había visto lo suficiente para darse cuenta de cuándo pasaba algo raro. La expresión de sus ojos. El tono de voz. Su tío el policía siempre le recalaba: «Confía en tu instinto, Dottie. Si alguien o algo te causa mala impresión, aléjate. Máchate y ven a buscarme».

El instinto de Dottie le indicó que se alejara. Pero con tiento. Con naturalidad. Abrió el libro e intentó concentrarse en las palabras que tenía ante sus ojos. Siempre llevaba un lápiz metido en la manga para tomar algún apunte. Cuando la persona desconocida apartó la vista para mirar a través del cristal, deslizó el lápiz hacia la mano, con una maniobra que había ido perfeccionando con el tiempo, y subrayó una frase. No era gran cosa, pero era una manera de dejar una nota escrita que quizá alguien entendería si...

Nadie lo entendería, y el *si* era demasiado terrorífico para tan siquiera pensar en él.

Volvió a guardar el lápiz en la manga. No podía continuar fingiendo. Sus ojos no eran capaces de seguir las palabras. Temblaba de la cabeza a los pies.

–Tengo que devolver esto en la biblioteca –dijo–. No le diré a nadie que usted está aquí. Odio que la gente se chive de algo que he hecho.

Como respuesta, recibió una sonrisa, pero era una sonrisa extraña. No una sonrisa sincera. Demasiado forzada.

En aquel momento, Dottie fue plenamente consciente de que se encontraba en una estructura en medio de un lago, en la ladera de una montaña. Por su cabeza pasaron todos los supuestos posibles y se dio cuenta de que los próximos segundos iban a ser decisivos. El ritmo de su corazón se ralentizó y el sonido de sus pulsaciones le retumbó en la cabeza. El tiempo transcurría con lentitud. Había leído muchas novelas en las que la muerte se hacía presente como personaje, como una fuerza palpable. Ahora sentía esa fuerza en aquella sala, un visitante silencioso en aquel espacio.

–Tengo que irme –dijo con voz pastosa.

Echó a andar hacia la trampilla y la otra persona se movió en la misma dirección. Eran como jugadores en un tablero de ajedrez que realizaban una jugada hacia un desenlace inevitable.

–Sabes que no puedo dejarte marchar. Ojalá pudiera.

–Sí puede –repuso Dottie–. Sé guardar un secreto.

Aferró su Sherlock Holmes. Nada malo podría pasarle si seguía con Sherlock Holmes. Sherlock la salvaría.

–Por favor –insistió.

–Lo siento mucho –dijo la otra persona en un tono que le pareció de sincero pesar.

Solo quedaba un único movimiento en la partida, y Dottie sabía que no era bueno. Pero cuando ya no te quedan casillas libres en el tablero, uno hace lo único que puede hacer. Se lanzó hacia la trampilla. No había tiempo para colocar los pies en los escalones; dejó caer el libro y saltó al hueco oscuro. Braceó a ciegas. Sus dedos resbalaron por el borde de los peldaños, pero no pudo agarrarse. Estaba cayendo. El suelo la esperaba de manera irremediable.

Tuvo un instante fugaz de consciencia cuando aterrizó. Sintió un dolor casi dulce y algo caliente que formó un charco a su alrededor. La otra persona descendió por la escalera. Dottie intentó moverse, arrastrarse por el suelo, pero no sirvió de nada.

–Ojalá no hubieras venido –dijo aquella persona–. En serio.

Cuando la oscuridad se cernió sobre Dottie, lo hizo de manera rápida y total.

La Academia Ellingham estaba situada en la ladera de una montaña cuyo nombre oficial era Monte Morgan. Nadie la llamaba Monte Morgan. Allí se la conoció siempre como Monte Hatchet o «la Gran Hacha», por la protuberancia de la cumbre, que recuerda a una de esas herramientas del mismo nombre.

A diferencia de las montañas que la rodean, muy frecuentadas por esquiadores y turistas, el Monte Hatchet estaba en su mayor parte cubierto de vegetación y sin explotar. Les gustaba a los montañeros y también a los solitarios, a los observadores de aves y a la gente que disfruta vadeando riachuelos y perdiéndose en la espesura. En 1928, cuando llegó Albert Ellingham, la gente evitaba acercarse a la Gran Hacha. No existía ninguna carretera que subiera a su cumbre, ni siquiera una pista forestal. Los bosques eran demasiado frondosos, el río demasiado profundo. Además, había demasiados desprendimientos. Era todo demasiado extraño y salvaje.

Cuenta la leyenda que Albert Ellingham había llegado a aquel lugar por equivocación mientras buscaba el club náutico de Burlington. No está nada claro cómo una persona pudo encontrarse de pronto en la ladera de una montaña deshabitada en 1928, pero así fue, y decidió que el paraje era perfecto. Llevaba largo tiempo acariciando el sueño de fundar un centro de enseñanza donde poner en práctica sus propios principios e ideas: tomar el aprendizaje como un juego, mezclar a alumnos ricos y pobres que estudiarían juntos, aunque cada uno a su propio ritmo. El aire era puro, el trino de los pájaros cristalino. No había nada que pudiera distraer a los alumnos de su objetivo.

Ellingham compró una finca enorme por el triple de su precio de venta. Pasaron varios años hasta que la dinamita logró allanar el terreno lo suficiente para construir la academia. Se abrieron carreteras. La compañía telefónica instaló cables y varias cabinas a lo largo del camino. Sin prisa pero sin pausa, el Monte Hatchet quedó conectado con el mundo mediante una pista de tierra, unos cables y un flujo constante de personas y suministros.

La Academia Ellingham, como la llamarían, no iba a ser únicamente un centro de enseñanza; los Ellingham también se hicieron una casa, justo en el centro del campus. Y tampoco sería una casa más. Sería la casa más lujosa de todo Vermont, tan grande como los edificios más grandes de Burlington o Montpelier.

Albert Ellingham quiso vivir dentro de su experimento, en la sede del aprendizaje. Los jardines estaban poblados de estatuas. El terreno estaba surcado por senderos zigzagueantes que no parecían tener mucho sentido. Corría el rumor de que Ellingham siguió a uno de sus gatos y mandó construir un camino de piedras por cada ruta que escogió el animal, porque «los gatos sí que saben». El rumor no era cierto, pero a Ellingham le hizo tanta gracia que empezó a correr otro rumor que aseguraba que había sido él mismo quien se lo había inventado.

Luego estaban los túneles, las falsas ventanas, las puertas que no conducían a ninguna parte..., todos los pequeños trucos arquitectónicos que volvían loco a Albert Ellingham y que convirtieron sus fiestas en eventos célebres y divertidos. Se decía que ni siquiera él conocía la localización exacta de todos los túneles y escondites, y que había ordenado a los distintos arquitectos que construyeran varios para que resultaran gratas sorpresas para quien los hallara. En resumen, era un lugar idílico y fantástico, y podría haber seguido siéndolo durante muchos años si no hubiera sido por aquella noche brumosa de abril de 1936, cuando Atentamente Perverso decidió atacar.

Los centros de enseñanza pueden ser famosos por muchas razones: sus profesores, sus alumnos, sus equipos de deporte.

Se supone que no deberían ser famosos por los asesinatos que se cometen en ellos.

1

–LO DEL ALCE ES UNA PATRAÑA –ASEGURÓ STEVIE BELL.

Su madre se volvió hacia ella con aquella expresión tan habitual en ella: de cierto cansancio, como si fingir interés por lo que Stevie estaba a punto de decir formara parte de su obligación de madre.

–¿Qué? –le preguntó.

Stevie señaló al otro lado de la ventanilla del autobús.

–¿Ves eso? –Stevie indicó una señal en la que simplemente se leía ALCES–. Hemos pasado cinco. Demasiadas promesas. Ni un alce.

–Stevie...

–También prometían desprendimientos de rocas. ¿Dónde están mis rocas desprendidas?

–Stevie...

–Creo firmemente en el valor de la verdad en la propaganda –declaró Stevie.

Sus palabras dieron paso a una larga pausa. Stevie y sus padres habían mantenido muchas conversaciones sobre la naturaleza de la verdad y de los hechos, y cualquier otro día se habría desencadenado una discusión. Pero no en aquella ocasión. Parecieron decidir, de mutuo y tácito acuerdo, que lo dejarían correr.

Al fin y al cabo, no todos los días se va una de casa para ingresar en un internado.

–No me gusta nada que no nos dejen subir en coche hasta el campus –dijo su padre, quizá por octava vez aquella mañana.

Las instrucciones de Ellingham eran muy claras en ese sentido: NO SE PUEDE SUBIR A LOS ALUMNOS EN COCHE HASTA LA ACADEMIA. DEBERÁN DEJAR EL VEHÍCULO APARCADO JUNTO A LA VERJADE ENTRADA. NO SE HARÁN EXCEPCIONES.

No existía mala intención en ello; se explicaban los motivos con toda claridad. El campus no había sido diseñado para que entrasen muchos coches. Solo tenía una carretera y no había sitio para aparcar. Para entrar o salir, se debía utilizar el autobús especial de Ellingham. Sus padres no lo vieron con buenos ojos, como si un lugar al que era difícil acceder en coche de algún modo resultase automáticamente sospechoso y coartase el don divino de la libertad americana para ir en coche adonde uno quisiera.

Pero las normas eran las normas, así que los Bell se acomodaron en aquel autobús, un vehículo de lujo con una docena de asientos, cristales tintados y una pantalla de vídeo en la que lo único que se veía era un vago reflejo de las ventanillas. Al volante se sentaba un hombre mayor de pelo canoso. No había hablado desde que los recogió en la parada, quince minutos antes, donde se había limitado a decir «¿Stephanie Bell?» y «Siéntense donde quieran. No hay nadie más». Stevie había oído hablar de la famosa desconfianza de Vermont y sabía que llamaban llaneros a los foráneos, pero había algo escalofriante en su silencio.

–Escucha –dijo su madre con delicadeza–, si cambias de opinión...

Stevie aferró el borde de su asiento.

–No voy a cambiar de opinión. Ya hemos llegado. Casi.

–Solo digo... –insistió su madre, y a continuación volvió a quedarse en silencio.

Era otra de sus conversaciones recurrentes. La mañana había estado llena de grandes éxitos y pocos temas nuevos.

Stevie giró la cabeza para mirar atrás mientras desaparecía el místico horizonte azul de Vermont, engullido por los árboles y las paredes verticales de roca donde la carretera hendía la montaña. Notó la presión en los oídos a causa del leve incremento de altitud al recorrer la carretera I-89, que se alejaba de Burlington, Vermont, para adentrarse en la naturaleza agreste. Con la sensación de que la conversación había terminado, se puso los auriculares. Estaba a punto de empezar a escuchar su *podcast* cuando su madre le tocó el brazo.

–Quizá no sea el mejor momento para oír esas terroríficas historias de asesinatos.

–Fueron crímenes reales –replicó Stevie sin poder contenerse. Corregir a su madre le hacía parecer pedante. Además, no quería discusiones. Nada de discusiones.

Se quitó los auriculares y enrolló el cable.

–¿Sabes algo de tu amiga? –preguntó su madre–. ¿Jazelle?

–Janelle –la corrigió Stevie–. Me ha mandado un mensaje y dice que ya está camino del aeropuerto.

–Muy bien –comentó su madre–. Te vendrá bien tener alguna amiga.

«Sé amable, Stevie. No digas que ya tienes amigos. Tienes un montón de amigos. No importa que a muchos de ellos solo los conozcas por Internet porque también frecuentan foros donde se habla de asesinatos misteriosos». Sus padres no tenían ni idea de que se pudiera conocer gente fuera del instituto sin que hubiera nada raro en ello y de que Internet era el mejor modo de contactar con personas afines. Y por supuesto también tenía amigos en el instituto, pero la relación con ellos nunca había sido del tipo que sus padres hubieran juzgado como normal, lo cual al parecer incluía fiestas de pijamas, maquillaje y visitas a centros comerciales.

Eso ahora no importaba. El futuro estaba ahí, en las montañas brumosas.

–¿Qué habías dicho que le interesaba a Janelle? –preguntó su madre.

–La ingeniería –respondió Stevie–. Construye cosas. Máquinas, aparatos...

Sus palabras provocaron un silencio escéptico.

–¿Y ese chico, Nate, es escritor? –quiso saber su madre.

–Ese chico, Nate, es escritor –confirmó Stevie.

Eran los otros dos nuevos alumnos de primero que iban a alojarse en la misma casa que Stevie. No se daba información sobre los que cursarían su segundo año. También ese detalle había circulado por la mesa de la cocina de los Bell durante varias semanas. Janelle Franklin era de Chicago. Era la portavoz nacional de ECHANDO RAMAS, un programa que estimulaba a las jóvenes de color a introducirse en los campos de la ciencia, la tecnología, la ingeniería y las matemáticas. Stevie sabía un montón de cosas sobre Janelle; por ejemplo, que la habían sorprendido arreglando la tostadora (con éxito) cuando solo tenía seis años. Stevie sabía todo lo que le gustaba a su nueva amiga: construir máquinas y aparatos, ensamblar y soldar, llenar su tablero de Pinterest de técnicas de organización, las chicas con gafas, las novelas juveniles, el café, los gatos y casi todos los programas de televisión.

Stevie y Janelle ya mantenían un contacto frecuente. Así que por ahí no había problema. Amiga número uno.

El otro estudiante nuevo en Minerva era Nate Fisher. Nate era menos comunicativo y nunca contestaba a los mensajes, pero también era muy interesante. Había publicado un libro titulado *Los*

ciclos de la luz de la luna cuando tenía catorce años: setecientas páginas de fantasía épica escritas tan solo en unos meses que primero publicó en Internet y luego en papel. Se suponía que estaba en marcha una segunda entrega.

Los dos eran el tipo de alumnos que aceptaba la Academia Ellingham.

–Parecen muy brillantes –dijo su padre–. Y tú también lo eres. Estamos orgullosos, ya lo sabes.

Stevie leyó el código oculto en la frase: «Por mucho que te queramos, no tenemos ni idea de por qué han aceptado en este centro a esta hija tan rarita que tenemos».

Así había transcurrido todo el verano, con una extraña mezcla de orgullo explícito y duda silenciada, apuntalada por la confusión sobre la manera en que se había producido aquella sucesión de acontecimientos. Al principio, los padres de Stevie ni siquiera se enteraron de que había solicitado plaza en Ellingham. La Academia Ellingham no era el tipo de sitio al que iban los Bell. Durante casi un siglo, el centro había acogido a genios creativos, pensadores radicales e innovadores. No había un formulario de solicitud de entrada, ni una lista de requisitos ni más instrucciones que: «Si estás interesado en ser admitido en la Academia Ellingham, por favor ponte en contacto con nosotros».

Eso era todo.

Una frase sencilla que volvía loco a todo estudiante prometedor. ¿Qué querían? ¿Qué buscaban? Era como un acertijo de relato fantástico o de cuento de hadas, algo que te plantea el mago antes de permitirte entrar en la cueva de los secretos. Se suponía que las solicitudes para ingresar en una academia comportaban listas de requisitos inflexibles, notas medias, trabajos, recomendaciones y quizá una muestra de sangre y hasta unos compases de un musical famoso. Para Ellingham no. Solo llamar a la puerta. Llamar a la puerta de una forma adecuada y especial, que no querían describir. Tenías que ponerte en contacto y presentar *algo*. Buscaban una chispa. Si veían en ti esa chispa, podrías ser uno de los cincuenta alumnos que admitían cada curso. El programa solo duraba dos años, los dos cursos de bachillerato. No había que pagar matrícula. Si entrabas, era gratis. Solo tenías que lograr que te admitieran.

El autobús viró hacia el camino de salida y se detuvo en otra parada, donde esperaba otra familia. Una chica y sus padres tenían la vista puesta en sus teléfonos. La chica era increíblemente menuda, con pelo largo y oscuro.

–Qué pelo tan bonito –comentó la madre de Stevie.

Aunque era una observación sobre otra persona, hacía referencia al pelo de Stevie, que ella misma se había cortado en el baño de casa al principio de la primavera en un ataque de autorenovación. Su madre se echó a llorar al ver el pelo rubio de Stevie en el lavabo y la llevó a la peluquería para que le retocaran el corte y le dieran forma. El pelo había sido un tema importante de discusión, hasta el punto de que en un momento dado sus padres la amenazaron con no dejarla ir a Ellingham como castigo. Pero al final cedieron. La amenaza había surgido cuando los ánimos estaban aún calientes. El pelo de Stevie siempre había sido especial para su madre y, en cierto modo, por esa precisa razón debía desaparecer. Pero, fundamentalmente, Stevie pensó que le quedaría mejor corto.

Y le quedaba mejor. El pelo cortito la favorecía y era fácil de cuidar. Hubo problemas cuando se lo tiñó de rosa, y de azul, y de rosa y azul. Pero ahora había recuperado la normalidad, corto y color rubio ceniza.

El equipaje de la chica lo guardaron en el maletero y subió al autobús con su familia. Los tres tenían el mismo pelo oscuro y el mismo aspecto de estudiosos, con ojos grandes enmarcados por gafas. Parecían una familia de búhos. Se saludaron con cortesía y la chica y su familia tomaron asiento detrás de los Bell. Stevie reconoció a la joven por el catálogo de los alumnos de primer

año, pero no se acordaba de su nombre.

Su madre le dio un codazo que Stevie trató de ignorar. La chica había vuelto a consultar su teléfono.

–Stevie.

Stevie soltó un largo suspiro. Iba a tener que inclinarse sobre su madre y saludar a la chica, que se había sentado una fila más atrás y al otro lado del pasillo. Incómodo. Pero iba a tener que hacerlo.

–Hola –dijo Stevie.

La chica levantó la vista.

–Hola –respondió.

–Soy Stevie Bell.

La chica parpadeó despacio, como procesando la información.

–Germaine Batt.

No manifestó intención de decir más. Stevie comenzó a echarse hacia atrás, convencida de que ya se había esforzado lo suficiente, pero su madre le dio otro codazo.

–Haz amigas –susurró.

Hay pocas palabras que suenen más escalofriantes cuando van juntas que «haz amigas». La orden de buscar compañía recorrió las venas de Stevie como un torrente helado. Lo que ella quería era ver desprendimientos de rocas. Pero sabía lo que ocurriría si no intentaba entablar conversación: lo harían sus padres. Y si sus padres se ponían a hablar, podía pasar cualquier cosa.

–¿Venís de muy lejos? –preguntó Stevie.

–No –contestó Germaine levantando la vista del teléfono.

–Nosotros somos de Pittsburgh.

–Ah –repuso Germaine.

Stevie se apoyó en el respaldo de su asiento, miró a su madre y se encogió de hombros. No podía obligar a hablar a Germaine. Su madre le dirigió una mirada como diciendo «Bueno, lo intentaste». Un punto por su esfuerzo.

El autobús dio una sacudida cuando abandonó la carretera principal para tomar otra más estrecha y rocosa festoneada de tiendas, granjas y señales que anunciaban pistas de esquí, artesanía de vidrio y caramelos de sirope de arce. Cada vez había menos edificios y más terrenos de cultivo en los que solo había viejos camiones rojos y algún que otro caballo.

Siguieron ascendiendo entre la espesura.

De pronto, el autobús describió un brusco viraje hacia un claro que se abría en la arboleda y lanzó a un lado a Stevie, que a punto estuvo de caer al suelo. Un letrero granate, pequeño y no muy alto, anunciaba con letras doradas la entrada a la Academia Ellingham. Era tan poco llamativo que parecía que querían mantenerla oculta.

A la carretera por donde ahora circulaban apenas se la podía llamar así. Siendo generoso, podría describirse como un sendero. En realidad era una hendidura hecha por la mano del hombre en el paisaje, una cicatriz sinuosa en el bosque. Al principio descendía muy deprisa, directa hacia el riachuelo que bordeaba la finca. En la base, había una construcción hecha de madera, cuerda y sueños a la que solo, de forma jocosa, se le podía llamar puente. Los laterales medirían unos treinta centímetros de altura, y tenía toda la pinta de derrumbarse si tuviera que soportar algo más pesado que un filete.

El autobús lo cruzó a toda velocidad. El puente se estremeció con violencia e hizo retumbar el asiento de Stevie.

Luego emprendieron de nuevo el ascenso por una pendiente con una inclinación normalmente

reservada a teleféricos o despegues de aviones. Nada parecía capaz de detener al autobús. La sombra de los árboles oscurecía la carretera por completo. Las ramas arañaban los costados del vehículo como si fueran cientos de uñas. El autobús chirriaba y parecía estar librando una batalla para seguir ascendiendo por aquel sendero cada vez más estrecho. Stevie sabía que no había nada que temer, pero el vehículo parecía tener que enfrentarse a todas las fuerzas de la naturaleza para subir por el camino de acceso. Era poco probable que precisamente durante ese viaje, con ella y los demás pasajeros en su interior, el autobús fuera a fallar y rodar marcha atrás y cuesta abajo, fuera de control, para chocar violentamente contra el río y desaparecer en un vacío húmedo, frío y dulce... Pero nunca se sabía.

El terreno empezó a nivelarse y los árboles dieron paso a un sendero más practicable y un horizonte de césped verde. El autobús se acercó a una verja de entrada custodiada por dos estatuas de criaturas aladas con rostro sonriente y mirada vacía, cuatro patas y rabo que descansaban sobre sendos pedestales.

–Qué ángeles tan raros –dijo la madre de Stevie, y estiró el cuello para ver mejor.

–No son ángeles –puntualizó Stevie–. Son esfinges. Criaturas mitológicas que te proponen un acertijo antes de entrar en algún lugar. Si no lo aciertas, te devoran. Como en *Edipo*. «El acertijo de la Esfinge». Esa es una esfinge, del griego clásico *sphinx*. No debe confundirse con Spanx, que no es más que una pistola en la cartuchera de la industria dietética.

Su madre volvió a dirigirle esa mirada que le resultaba tan familiar. «Nos habría apetecido mucho más la vida normal de salir, ir de compras y preparar el baile de graduación, sin embargo tenemos esta hija rarita e inquietante. La queremos mucho, pero ¿de qué rayos está hablando?».

A veces Stevie se sentía mal por sus padres. Su idea de lo que resultaba interesante era muy limitada. Nunca serían capaces de disfrutar tanto como ella.

Germaine miró a Stevie con sus ojos grandes y luminosos. Su expresión era tan impenetrable como la de las esfinges.

En aquel momento, una sombra de duda apartó el resto de los pensamientos de la mente de Stevie. No debería haber sido admitida. La carta llegó a la casa equivocada, a la Stevie equivocada. Era una broma, un engaño, un error cósmico. Nada de todo aquello podía ser real.

Pero ya era demasiado tarde, y, de hecho, todo era real, porque acababan de llegar a la Academia Ellingham.

2

LO PRIMERO QUE VIO STEVIE FUE EL CÉSPED CIRCULAR , CON UNA fuente en el medio coronada por una estatua de Neptuno que saludaba a los chorros de agua. Un espeso telón de árboles rodeaba el jardín. Por sus huecos se dejaban ver tímidamente retazos de edificios, visiones fugaces de ladrillo, piedra y cristal. En lo más alto de la zona verde, se levantaba una gran mansión, la anfitriona de todos ellos: la Casa Grande, una caprichosa mansión gótica con docenas de ventanas ojivales, cuatro arcos sobre la puerta principal y tejado de múltiples vertientes.

Por unos instantes, Stevie prácticamente se quedó sin palabras. Había visto cientos de fotos de la finca Ellingham. Conocía los mapas, sus rincones y las vistas. Pero estar allí recibiendo el aire fresco y suave, oyendo el agua de la fuente de Neptuno, sintiendo el sol en la cara de pie en el hermoso césped... Estar allí casi daba vértigo.

El conductor sacó las maletas de Stevie del portaequipajes, además de tres bolsas de comida que sus padres se habían empeñado en que llevara. Le dio vergüenza lo mucho que pesaban, repletas de fiambreras de plástico tamaño gigante llenas de mantequilla de cacahuete, té frío energético y un montón de botes de gel, productos de aseo y muchas más cosas que habían comprado en las rebajas.

–¿Tendremos que darle propina? –susurró su madre mientras el hombre descargaba todo aquello.

–No –repuso Stevie en un tono de confianza forzada. No tenía ni idea de si se debía dar propina o no al conductor de la academia. No había leído nada sobre ello en todo lo que había investigado sobre el centro.

–¿Estás bien? –preguntó su padre.

–Sí –contestó, y se apoyó sobre la maleta para mantener el equilibrio–. Es que... es todo tan bonito...

–Desde luego –corroboró su padre–. No se puede negar.

Un gran carro de golf se acercó por el camino de entrada hasta detenerse a su lado. Otro hombre los saludó. Era más joven que el conductor, tendría unos treinta y pico años, fornido y musculoso, vestido con unas bermudas desgastadas y un polo de Ellingham. Era la típica persona de aspecto impecable capaz de hacer que sus padres se relajaran, y, por lo tanto, Stevie también se relajó.

–¿Stephanie Bell? –preguntó el hombre.

–Stevie –lo corrigió.

–Soy Mark Parsons. Responsable del mantenimiento del campus. Estás en Minerva. Buena casa.

La familia Bell subió al vehículo junto con las cosas de Stevie. Germaine y su familia se acomodaron en otro que partió en dirección opuesta.

–Todo el mundo quiere ir a Minerva –añadió Mark cuando estuvo seguro de que no podían

oírlo—. Es la mejor casa.

El campus estaba lleno de caminos de piedra lisa que serpenteaban entre bosquecillos. Avanzando bajo la sombra de las copas de los árboles, Stevie y sus padres se quedaron mudos de asombro, impresionados por los edificios. Algunos eran grandes e imponentes, de piedra y ladrillo rojo, con arcos góticos que los conectaban entre sí y torretas que suavizaban las aristas. También los había austeros e imponentes, mientras que otros estaban tan envueltos por la hiedra que parecían a punto de ser ofrecidos como regalo a algún dios de los bosques. Aquello no era el instituto de su barrio. Era, con toda certeza, un majestuoso centro de aprendizaje.

Al otro lado de los árboles había estatuas griegas y romanas, de piedra blanca y fría, que se erigían solitarias en los claros.

—Se ve que acaban de ir al centro de jardinería —comentó su padre.

—Oh, no —repuso Mark mientras guiaba el carro de golf y dejaba atrás un conjunto de cabezas de mirada vacía e impávida pero expresión resuelta que parecía un comité que estuviera a punto de tomar una decisión trascendental—. Son todas auténticas. En los jardines hay una fortuna en estatuas.

A decir verdad, quizá había demasiadas. Alguien debería haber tenido una conversación con Albert Ellingham y haberle aconsejado que se relajara y no comprase tantas. Pero si eres lo bastante rico y famoso, se imaginó Stevie, puedes hacer prácticamente lo que te venga en gana en tu guarida en lo alto de la montaña.

El carro de golf se detuvo delante de una casa baja y señorial que alternaba ladrillo rojo y dorado. Parecía estar formada por varias partes; había un ala grande a la derecha que tenía el aspecto de una casa normal, después una extensión larga hacia el lado contrario que terminaba en una torreta. Toda la estructura estaba cubierta por un manto de parra virgen que oscurecía los rostros esculpidos en bajorrelieve que se asomaban curiosos desde la cornisa y bajo las ventanas. La puerta era de color azul eléctrico y estaba abierta, dejando que se colaran la brisa y las moscas.

Stevie y sus padres entraron en lo que parecía la sala común, con el suelo de piedra y una gran chimenea rodeada de mecedoras. La estancia era fresca y quedaba resguardada del sol, y aún olía a madera y a fuegos ya apagados. Estaba decorada con un papel rojo con relieve aterciopelado un tanto claustrofóbico y una cabeza de alce que lucía una corona de luces decorativas. Había un sillón colgante junto a la chimenea, un montón de cojines de suelo, un sofá lila bastante baqueteado pero con pinta de ser comodísimo y una enorme mesa común que ocupaba la mayor parte de la sala. Sobre la mesa había una caja para aparejos de pesca y unos objetos pequeños que parecían material para manualidades: abalorios o algunas de las muchas cosas misteriosas que forman parte del proceso de crear un álbum de recortes de periódico. Justo al lado de la puerta ocho grandes ganchos sobresalían de la pared. Medían más de veinte centímetros cada uno; demasiado grandes para colgar abrigos. Stevie tocó uno con la yema del dedo como representación física de la pregunta «¿Y tú qué eres?».

—¡Hola!

Stevie se volvió y vio a una mujer que salía de la pequeña zona de la cocina con una taza de café. Llevaba la cabeza afeitada (mostraba solo una ligera pelusilla) y su cuerpo era menudo, pero muy musculoso y bronceado. Sus brazos estaban cubiertos por elegantes tatuajes de flores. Vestía una camiseta amplia en la que se leía ME MOLAN LAS EXCAVACIONES y unas bermudas que dejaban ver unas piernas fuertes y velludas.

—¿Stephanie? —preguntó la mujer.

—Stevie —volvió a puntualizar.

–Doctora Nell Pixwell –se presentó, y estrechó la mano a cada miembro de la familia–. Llámenme Pix. Soy la directora de la casa Minerva.

Stevie aprovechó la oportunidad para observar con más atención los pequeños objetos que había junto a la caja. Al mirarlos de cerca, se dio cuenta de que no tenían nada que ver con material para manualidades: eran dientes. Montones de dientes sueltos. Allí. Encima de la mesa. No sabía si auténticos o falsos, y tampoco estaba muy segura de si eso importaba mucho. Una mesa llena de dientes es una mesa llena de dientes.

–¿Han tenido un buen viaje? –preguntó Pix mientras se apresuraba a meter en distintos compartimentos los dientes que quedaban sin guardar.

(*Clic*, hizo un diente al caer sobre el plástico. *Clic*).

–Perdón, estaba clasificando unas cosas. Son los más madrugadores...

(*Clic*, dijo un molar).

–¿Les apetece un café?

El grupo fue conducido a la diminuta cocina de la casa, donde se sirvió el café y Pix pudo explicar a los padres de Stevie el régimen de comidas. Los desayunos se hacían en la casa y el resto de las comidas en el comedor común. Los estudiantes podían cocinar cuando les apeteciera y había un sistema de pedidos de comida *online*. Al pasar de nuevo a la sala común, la madre de Stevie decidió hacer la pregunta obvia:

–¿Eso de ahí son dientes?

–Sí –respondió Pix.

No hubo ninguna explicación inmediata, así que Stevie intervino con rapidez.

–La doctora Pixwell es especialista en bioarqueología –dijo–. Trabaja en yacimientos arqueológicos en Egipto.

–Exactamente –corroboró Pix–. ¿Te has leído mi historial académico?

–No –respondió Stevie–. Los dientes, la camiseta, el Ojo de Horus tatuado en la muñeca, el envoltorio en árabe de la manzanilla de la cocina y la marca en la frente que revela que ha llevado la cabeza cubierta. Simple deducción.

–Me dejas impresionada –comentó Pix, asintiendo ante lo que había dicho Stevie. Todos se quedaron en silencio unos instantes. Una mosca revoloteó alrededor de la cabeza de la chica.

–Stevie se cree Sherlock Holmes –dijo su padre. Le gustaba hacer ese tipo de comentarios que parecían bromas, quizá hasta cierto punto bienintencionadas, pero que siempre encerraban un matiz sombrío.

–¿Y a quién no le gustaría ser Sherlock Holmes? –preguntó Pix con una sonrisa y mirándolo a los ojos–. De joven prefería leer a Agatha Christie porque escribía mucho sobre arqueología. Pero a todo el mundo le encanta Sherlock. Permítanme enseñarles la casa...

En aquel mismo instante, con ese simple comentario, Pix se ganó la lealtad eterna de Stevie.

Los seis dormitorios de la casa Minerva estaban situados en una sola ala, a la izquierda de la sala común: tres en el piso de abajo y tres en el de arriba. Había un baño común en el primer piso con unos azulejos que, con toda seguridad, eran los originales porque nadie fabricaría ya aquel color. Si hubiera que poner nombre al tono, Stevie habría optado por «salmón indispuerto».

Al final del pasillo estaba la torreta, que tenía una puerta enorme.

–Este sitio es un poco especial –dijo Pix al tiempo que la abría–. Antes de que se abriera la academia, Minerva se utilizaba como alojamiento de los invitados de los Ellingham, así que tiene detalles que no pueden encontrarse en las demás casas...

Abrió la puerta y mostró una impresionante estancia redonda: un cuarto de baño con el techo muy alto. Las baldosas del suelo eran de un tono gris perla. Una gran bañera con patas de garra

asumía todo el protagonismo. Unas vidrieras alargadas con dibujos estilizados de flores y viñas bañaban la estancia con los colores del arcoíris.

–Esta habitación está muy solicitada en temporada de exámenes –explicó Pix–. A los chicos les gusta estudiar en la bañera, sobre todo cuando hace frío. Es casi el único uso que se le da, porque tiene un pequeño problema de arañas. Ahora te enseñaré tu dormitorio.

Stevie decidió hacer como que no había oído lo que acababa de decir sobre las arañas y la siguió hacia su habitación, Minerva Dos. Minerva Dos olía como si llevara varios meses en el horno a baja temperatura, a una mezcla de aromas a espacio cerrado, pintura fresca y abrillantador de madera. Una de las dos ventanas de guillotina que daban a la parte delantera estaba abierta con la intención de ventilar, pero la brisa se hacía de rogar. Dos moscas habían entrado y se quedaron danzando cerca del alto techo. Las paredes estaban pintadas de color crema claro; una chimenea negra destacaba en llamativo contraste.

Mientras colocaban las cosas de Stevie surgieron preguntas sobre cuál sería el mejor sitio para la cama, si sería posible que alguien se colara por aquella ventana y cuál era la hora límite para acostarse. Pix resolvió con éxito todas las dudas: las ventanas se abrían desde arriba y tenían pestillos muy seguros, la hora límite eran las diez durante la semana y las once los fines de semana y todo estaba monitorizado electrónicamente mediante la identificación de cada estudiante y por la propia Pix.

La madre de Stevie se disponía a deshacer el equipaje cuando Pix intervino y se los llevó a hacer un recorrido por el campus para que la chica disfrutara de un rato de intimidad. Los pájaros gorjeaban en el exterior y la brisa traía el sonido de voces lejanas. Minerva Dos crujió suavemente cuando Stevie recorrió su suelo. Pasó la mano por las paredes para palpar su extraña textura; las sucesivas capas de pintura a lo largo de los años las hacían parecer más gruesas de lo que eran y habían cubierto las huellas de los anteriores ocupantes. Stevie había visto hacía poco un documental sobre crímenes reales que mostraba cómo podían desprenderse las distintas capas de pintura para dejar al descubierto cosas que llevaban años pintadas en las paredes. Desde entonces, se moría de ganas de arrojar vapor y raspar una pared, solo para ver si escondía algo.

Aquellas paredes debían de encerrar muchas historias.

13 de abril, 1936, 6:45 p. m.

AQUEL DÍA LA NIEBLA LO HABÍA INVADIDO TODO CON RAPIDEZ . LA mañana había sido despejada y luminosa, pero justo después de las cuatro una capa de bruma gris azulada cayó sobre el terreno. Aquello sería lo que mucha gente recordaría más tarde: la niebla. Al anochecer, todo estaba envuelto en un manto oscuro y nacarado y resultaba difícil ver algo más allá de unos pocos metros de distancia. El Rolls-Royce Phantom se abrió paso lentamente sobre el peligroso camino de entrada a la finca Ellingham. Se detuvo a un lado hacia la mitad del camino circular, delante de la Casa Grande. Siempre se paraba poco antes de llegar a la mansión. A Albert Ellingham le gustaba recorrer a pie el camino de acceso cuando regresaba en coche de inspeccionar su reino de la montaña. Abrió la portezuela trasera y se bajó del vehículo casi antes de que se hubiera detenido por completo. Su secretario, Robert Mackenzie, esperó los instantes de rigor para bajarse a su vez.

–Necesita ir a Filadelfia –dijo Robert a la espalda de su jefe.

–Nadie necesita ir a Filadelfia, Robert.

–Es necesario que vaya a Filadelfia. También deberíamos pasar al menos dos días en la oficina de Nueva York.

El último autobús de trabajadores que se ocupaban de la fase final de la construcción pasó ante ellos en dirección a Burlington y a los distintos pueblos que quedaban de camino. Aminó la velocidad para que los pasajeros pudieran levantar la mano y despedirse de su jefe al salir.

–¡Buen trabajo el de hoy! –exclamó Ellingham–. ¡Hasta mañana, muchachos!

El mayordomo abrió la puerta al verlos acercarse y los dos hombres pasaron al magnífico vestíbulo de la casa. Cada vez que lo hacía, Ellingham se sentía orgulloso del efecto creado por la luz al reflejarse en cada uno de los fragmentos de cristal teñido de las policromadas vidrieras escocesas por las que había pagado una fortuna (sin duda la valían).

–Buenas noches, Montgomery –saludó Ellingham. Su voz profunda resonó en el patio interior.

–Buenas noches, señor –respondió el mayordomo mientras recogía los abrigos y los sombreros–. Buenas noches, señor Mackenzie. Espero que no hayan tenido un viaje fatigoso con toda esta niebla.

–Tardamos una eternidad –dijo Ellingham–. Robert casi me vuelve loco hablándome de reuniones todo el camino.

–Por favor, dígame al señor Ellingham que tiene que ir a Filadelfia –rogó Robert al entregarle el sombrero.

–El señor Mackenzie desea que le informe de que...

–Vengo muerto de hambre, Montgomery –interrumpió Ellingham–. ¿Qué hay de cena?

–*C rème de céleri* y filete de lenguado en salsa *amandine* de entrante, seguido de cordero al horno, guisantes a la menta, espárragos con salsa holandesa y patatas *lyonnaise* y suflé frío de limón de postre.

–Eso es suficiente. Lo antes posible. Se me ha despertado el apetito. ¿Cuántos gorriones quedan

aún por aquí?

–La señorita Robinson y el señor Nair continúan entre nosotros, aunque llevan casi todo el día indispuestos, así que creo que solo cenarán la señora Ellingham, el señor Mackenzie y usted, señor.

–Bien. Avísela. Vamos a cenar.

–La señora Ellingham aún no ha regresado, señor. Salió por la tarde a dar un paseo en coche con la señorita Alice.

–¿Y aún no han vuelto?

–Supongo que la niebla las habrá demorado, señor.

–Que salgan unos hombres con linternas al final del camino para iluminarles el sendero. En cuanto llegue, dígame que ya es hora de cenar. No la deje ni quitarse el abrigo. Acompáñela directamente a la mesa.

–Muy bien, señor.

–Venga, Robert –dijo Ellingham, y echó a andar–. Vamos a mi despacho a jugar una partida de Rook. Y no intente llevarme la contraria. No hay nada más serio que un buen juego.

Por toda respuesta, su secretario se limitó a guardar un silencio profesional. Jugar con su jefe era una parte no negociable de su trabajo, y «no hay nada más serio que un buen juego», como sentenciaba uno de los muchos lemas de Ellingham. Por eso los estudiantes siempre tenían acceso a juegos, y el nuevo Monopoly era obligatorio para el alumnado, los residentes en la casa y el personal. Todo el mundo debía jugar al menos una vez por semana y, además, ahora se organizaban torneos todos los meses. Así era la vida en el mundo de Albert Ellingham.

Robert recogió el correo de la bandeja y lo revisó con la destreza adquirida por la costumbre, dejando caer inmediatamente algunas de las cartas sobre la bandeja y colocándose otras bajo el brazo.

–Filadelfia –insistió. Su trabajo era procurar que el gran Albert Ellingham no se descentrara. Se le daba muy bien.

–De acuerdo, de acuerdo. Fije la fecha. Ah... –Ellingham sacó de su escritorio un papelito de la compañía de telégrafos Western Union. Aquellas pequeñas hojas alargadas eran sus favoritas para escribir notas–. Esta mañana empecé un nuevo acertijo. Dígame qué le parece.

–¿La respuesta es Filadelfia?

–Robert –repuso Ellingham con severidad–. Mi acertijo. Es bueno, creo. Ahora escuche: «¿Qué sirve a ambos lados y, si quieres huir, puede esconderte de tu enemigo o mostrarle a él adónde ir?». ¿Y bien? ¿Qué opina?

Robert suspiró y dejó de revisar el correo para pensar.

–Sirve a ambos lados –dijo–. Como un espía. Un traidor. Una persona con dos caras.

Ellingham sonrió e hizo un gesto para indicar a su secretario que lo meditase un poco más.

–Pero –continuó Robert– no es quién, es qué. Así que es un objeto que funciona en dos direcciones...

Se oyó un golpe en la puerta y Ellingham se apresuró a responder.

–¡Es una puerta! –exclamó al abrirla, y se encontró con el mayordomo, que traía el rostro macilento–. ¡Una puerta!

–Señor... –empezó Montgomery.

–Un momento. Fíjese, Robert, la puerta puede utilizarse desde cualquiera de sus dos lados...

–Y uno puede esconderse tras ella, o puede mostrar hacia dónde nos hemos ido –dijo Robert–. Es verdad. Sí...

–¡Señor! –interrumpió Montgomery. Su tono apremiante resultó totalmente inusual para los dos

hombres, que lo miraron perplejos.

–¿Qué pasa, Montgomery? –preguntó Ellingham.

–Tiene una llamada telefónica, señor –respondió el mayordomo–. Debe venir inmediatamente, señor. Por la línea de la casa. En la antesala del comedor. Por favor, señor, dese prisa.

Todo ello era tan poco propio de Montgomery que Ellingham obedeció sin rechistar. Siguió al mayordomo a la antesala del comedor y alcanzó el auricular que le tendió.

–Tengo a su mujer y a su hija –dijo una voz.

3

STEVIE BELL TENÍA UN DESEO MUY SIMPLE : QUERÍA EXAMINAR UN cadáver.

No quería matar a nadie. Nada más lejos de su intención. Quería ser la persona que averiguase por qué había muerto, nada más. Quería bolsas con la etiqueta PRUEBA y un traje de bioseguridad desechable como el que llevaban los forenses. Quería estar en la sala de interrogatorios. Quería llegar al fondo del asunto.

Hasta ahí todo perfecto, probablemente era lo mismo que querría un montón de gente, si la gente hablase con sinceridad. Pero su antiguo instituto no era precisamente el tipo de lugar donde podía sentirse libre para expresar sus deseos. Su antiguo instituto era un instituto aceptable, si te gustaba ir al instituto. No era bueno ni malo. Era como se supone que debía ser: kilómetros de linóleo y luces que emitían zumbidos, el típico vaho cálido del tufo de la cafetería a horas demasiado tempranas, los destellos de inspiración rápidamente sofocados por largos ratos tediosos y el deseo permanente de estar en otro sitio. Y aunque Stevie tenía amigos allí, no había nadie que entendiera del todo su amor por el crimen. Así que había escrito una redacción apasionada, lo había volcado todo en la pantalla y lo había enviado casi como si se tratara de un juego. Ellingham jamás la aceptaría.

A Ellingham le gustó lo que leyó. Y le habían dado aquella habitación.

Los muebles eran de madera y sorprendentemente grandes. Había una gran cómoda que se tambaleaba al tocarla; el barniz no había logrado cubrir por completo las muchas muescas de la superficie. Algunas eran simples arañazos debidos al uso, pero otras representaban palabras e iniciales con toda claridad. Stevie abrió los cajones y, para su sorpresa, descubrió que ya había varias cosas allí guardadas: una manta de franela a cuadros, un grueso forro polar morado con el escudo de la Academia Ellingham en el pecho, una especie de linterna militar con un recambio de pilas, una bata de franela azul y raquetas de nieve con anclajes. Stevie tuvo que sacarlas del cajón y examinarlas durante un rato para darse cuenta de que debían de ser calzado de nieve y que los ganchos que había visto en la puerta eran probablemente para colgarlas.

Stevie sabía que iba a ir a Vermont, y sabía que en Vermont podía hacer mucho frío, pero todo aquel material le parecía más propio de una actividad de supervivencia.

Empezó a abrir sus cajas y bolsas. Sacó sus viejas sábanas grises, el edredón de rayas que tenía desde los diez años, dos de las fundas de almohada que menos habían amarilleado en el armario. Al mirar aquellos objetos a la luz del sol de Vermont, le parecieron todos un poco... apagados. Tenía algunas cosas nuevas, como una bandeja para la ducha y unas chancletas para utilizar en el cuarto de baño, ambas obligatorias, pero no eran objetos que alegraran la habitación, precisamente.

No importaba. En su imaginación, su nuevo dormitorio era como la residencia de Sherlock Holmes en Baker Street: alago ajado, pero con clase.

Se puso los auriculares para seguir escuchando su *podcast*. Este era sobre H. H. Holmes, el

asesino en serie de Chicago: «... descubrirían los muchos cuartos del castillo de los asesinatos de Holmes: las salas equipadas con conducciones de gas, la cámara de la horca, la cúpula insonorizada...».

Había marcado con estrellas una de las cajas y la abrió. La caja contenía los artículos de primera necesidad de su vida: sus novelas de misterio (o, al menos, una selección cuidadosamente escogida de las más imprescindibles). Las colocó con mimo en la estantería en el orden en que iba a necesitarlas.

«... la rampa que conducía a las calderas del sótano donde podían estar los cuerpos...».

Sherlock Holmes encima de Wilkie Collins. Después Agatha Christie, repartida en dos estantes y dando paso a Josephine Tey y Dorothy L. Sayers. Los fue alineando por orden de antigüedad hasta llegar a los más recientes y colocó por último sus libros sobre psicología criminal y forense. Retrocedió para observar el efecto y después hizo algunos cambios hasta conseguir el orden perfecto. Donde estaban sus libros estaba ella.

Coloca bien los libros y el resto vendrá detrás. Ahora ya podía dedicarse al resto de la habitación.

«... ácido, una colección de venenos, un potro de torturas...».

A Stevie le preocupaban menos otros artículos del día a día, como la ropa. Le interesaba muy poco y además no disponía de dinero para comprarla, así que su armario se componía básicamente de vaqueros y camisetas. Anhelaba un jersey grueso de marinero, porque el detective de su novela policíaca escandinava favorita llevaba uno, y prefería un bolso práctico de bandolera como el que usaba el detective de la serie inglesa que más le gustaba.

Sí poseía algo muy preciado en lo relativo a prendas: un impermeable *vintage* de vinilo rojo de los años setenta que había encontrado en el fondo del armario de su abuela. Le quedaba como si se lo hubieran hecho a medida y lo decoró con una selección de pequeñas insignias que rendían tributo a sus bandas, *podcasts* y libros favoritos. El impermeable tenía unos bolsillos muy grandes y un cinturón ancho y, cuando se lo ponía, Stevie se sentía poderosa, preparada para todo y completamente a salvo de la lluvia. Hasta su madre, que no coincidía en absoluto con su gusto en el vestir, estaba encantada con su impermeable rojo («Por fin algo rojo»).

Acababa de colgar el impermeable en el armario y de cerrar la puerta cuando se volvió y vio al zombi.



Stevie había leído a menudo que los actores son físicamente algo distintos a como los ve la gente porque la cámara distorsiona la imagen. Alguien que sale guapo ante la cámara es tan guapo en persona que la realidad comienza a deformarse un poco. Eso fue lo que ocurrió con la figura que apareció en el umbral. Era un chico vestido con una camisa blanca de lino y unos pantalones cortos de un azul muy vivo; parecía un anuncio viviente de J. Crew en busca de un bote de laca con brillo.

Su cara era inconfundible. La última vez que la vio era sombría, estaba cubierta de polvo y a menudo llorosa. Ahora mostraba una sonrisa amplia. Sus facciones aparecían más suaves y serenas: mejillas sonrientes, nariz redonda y graciosa, un hoyuelo en la barbilla. Tenía el pelo castaño un poco largo en la parte superior de la cabeza, y caía formando ondas suaves. Parecía que llevara las cejas esculpidas. No existía en la naturaleza un arco que se curvara así. Todo en él era robusto, pero sobre todo sus pantorrillas, que, de hecho, habían crecido más que el resto de su cuerpo. Pantorrillas musculosas.

—Hola —saludó.

Su voz sonó profunda, acariciadora y deliciosa, como sonaría la salsa de la carne asada si pudiera hablar (lo cual, por suerte, no ocurría; quizá la salsa podría tener una voz agradable, pero la conversación resultaría sin duda muy aburrida).

–Eres Hayes Major –dijo Stevie.

–Sí.

Soltó una risita suave como si no quisiera darse importancia, lo cual convenció a Stevie de que en realidad no trataba de no darse importancia.

Hayes era una estrella de YouTube. A principios de verano, había sacado una serie *online* en diez capítulos, llamada *El final de todo*, sobre el superviviente de una invasión zombi. Todos los vídeos se habían grabado en el búnker de un sótano y mostraban únicamente a Hayes hablando a la cámara y relatando su supervivencia en un sitio llamado La ciudad hambrienta, una población costera en la que quedaban unos pocos reductos de resistencia humana. Su serie era una de esas cosas que en un momento dado no existía y al siguiente estaba en todas partes.

Stevie sabía que Hayes iba a ir a Ellingham y que lo vería en algún momento. Lo que no esperaba era encontrárselo en su puerta mientras deshacía el equipaje. No sabía que iban a estar en la misma casa.

–Perdona, estaba hablando por teléfono –dijo el chico–. Con Los Ángeles.

Levantó su teléfono como si quisiera indicarle la presencia de unos angelitos diminutos en su interior. A Stevie no lo quedó claro por qué se disculpaba, ni mucho menos por qué tenía que explicarle que había estado hablando por teléfono antes de que se vieran. Pero asintió con la cabeza como si tuviera algún sentido. Quizá era algo que solían hacer los personajes famosos –probablemente Hayes contaba como personaje famoso–. Hablaban por teléfono y luego te contaban que habían estado hablando por teléfono.

–Bueno, escucha –dijo–, ¿hay alguna posibilidad de que puedas echarme una mano?

Stevie parpadeó perpleja.

–¿Con qué? –preguntó.

–Con mis cosas.

–Ah –dijo Stevie sintiendo la mano fría del pánico en la nuca. Ya estaba dando la impresión de ser una boba paleta–. Claro.

Lo siguió a la sala común, donde esperaban sus cajas y bolsas (más numerosas y con más estilo que las suyas). Hayes señaló una de las cajas.

–Con esa hay que tener cuidado –advirtió.

Stevie se lo tomó como una indirecta para que se ocupara precisamente de aquella caja. Pesaba bastante. Contenía algún aparato que, sin duda, había sido introducido en la caja sin demasiado orden y que se deslizó cuando ella la levantó del suelo.

–Sí –dijo Hayes al tiempo que recogía una bolsa más pequeña y salía al pasillo en dirección a la escalera circular del fondo–. Este verano ha sido un poco raro. Por eso estaba hablando por teléfono.

–Ah, ya –repuso Stevie–. Claro.

Intentó colocar la caja en una posición apropiada para subirla por la escalera serpenteante. Arrancó un fuerte crujido a los escalones y la caja se quedó atascada. Hayes empezó a subir dejando atrás a Stevie, que intentaba por todos los medios girar el bulto para colocarlo en el ángulo correcto sin sacudirlo demasiado. Hizo una breve pausa esperando que Hayes retrocediera para echarle una mano, pero cuando vio que no aparecía respiró hondo y volvió a intentarlo mientras la caja iba rascando la pared.

El dormitorio de Hayes, el Minerva Seis, estaba al final del pasillo. Se parecía mucho al suyo,

pero era más caliente y tenía una ventana más.

–Ah, estupendo –dijo Hayes–. Déjala por ahí. Gracias.

–Tu serie era muy buena –comentó Stevie–. Me gustó mucho.

No era del todo cierto. Como mucho, era pasable.

Para anticiparse a lo que iba a encontrarse en Ellingham, Stevie había visto todos los episodios. No eran largos, quizá de diez minutos cada uno, y tampoco estaban mal. La historia era muy interesante. La interpretación de Hayes, no tanto. Casi todo pómulos y voz pausada y sensual. A veces era lo único que hacía falta. Stevie siempre trataba de ser sincera, pero no le apetecía decir a la primera persona que conocía en aquella casa «Tu serie era mediocre y estaba sobrevalorada, pero ya veo por qué se le dio ese valor: por tu físico y tu voz profunda». La gente no solía entusiasmarse con ese tipo de comentarios.

–Gracias –repitió Hayes, y salió de la habitación de una manera que sugería que debía acompañarlo a recoger alguna caja más.

Era una buena cosa. Era Hayes Major, estrella de Internet, hablando con ella. Bueno, en realidad era Hayes Major, estrella de Internet, haciéndola cargar con su equipaje más pesado..., pero aun así.

Otro detalle curioso, pensaba Stevie mientras bajaba la escalera de caracol, era que conocía la vida amorosa de Hayes. En el verano, durante una convención, se había visto envuelto en un altercado al que se había dado bastante difusión. El caso es que se le relacionó con otra *youtuber* llamada Beth Brave, protagonista de una serie titulada *Beth no está*. Beth había estado saliendo con Lars Jackson, que intervenía en *Estos chicos*. Cuando Hayes y Beth empezaron a salir, los tres protagonizaron una trifulca en un pasillo que fue grabada por varias personas. En Internet hubo comentarios de todo tipo, y se especuló con que Beth intervendría en una segunda temporada de *El final de todo*.

Ese era el tipo de vida que llevaba Hayes. Muy distinta de la de Stevie.

–Esta gente de Los Ángeles... –comentó Hayes mientras recogía otras cajas, sin que nadie le hubiera preguntado–. Parece que la serie ha despertado interés para hacer varias películas, así que...

Dejó la frase en el aire hasta que Stevie dijo:

–Caramba.

–Sí –prosiguió–. Mi agente quiere que haga otra serie inmediatamente, porque ahora mismo hay mucha expectación.

Otra subida fatigosa por los estrechos escalones.

–¿Más zombis? –preguntó Stevie mientras intentaba recobrar el aliento.

–Pues no sé... Puedes dejarla encima de la cama... Quiero decir, eso ya lo hice...

–Al final te convertías en uno –respondió Stevie–. ¿No? Era una especie de final abierto.

–Sí... –Su tono de voz indicó con toda claridad que la conversación ya no le entusiasmaba–. Bueno, ahora que estoy instalado, tengo que hacer más llamadas. Muchísimas gracias. Nos vemos por aquí, ¿no?

–Sí –contestó Stevie secándose el sudor de la frente mientras retrocedía para salir de la habitación–. Nos vemos... eso... por aquí.

Hayes ya estaba marcando un número.

Cuando Stevie salió al pasillo y bajó las escaleras, se le ocurrieron dos cosas.

La primera, que en Vermont eran las ocho de la mañana, y por lo tanto las cinco de la madrugada en Los Ángeles. Y fin de semana. Por muy raros que fueran los horarios de la gente de Hollywood, parecía poco probable que a esas horas Hayes estuviera manteniendo conversaciones

importantes relativas a su trabajo.

La segunda, que aunque fuesen a residir en la misma casa, Hayes Major no se había molestado en preguntarle cómo se llamaba.

13 de abril, 1936, 7:15 p. m.

–TENEMOS A SU ESPOSA Y A SU HIJA . HAGA EXACTAMENTE LO QUE LE indiquemos, si quiere volver a verlas con vida. No llame a la policía. Si lo hace, nos enteraremos. Tenemos ojos en la comisaría. Saque veinticinco mil dólares de la caja fuerte. Venga al lago usted solo. Suba a un bote con el dinero y reme hasta la isla. Dispone de quince minutos.

La línea se cortó.

Tres hombres estaban en la antesala del comedor. Albert Ellingham, con el teléfono en la mano. Robert Mackenzie y Montgomery, el mayordomo, observaban desde la puerta. Albert Ellingham colgó el auricular, a lo que siguió un silencio tenso que podía cortarse con un cuchillo.

–Montgomery –dijo Ellingham en voz baja–, que la señorita Pelham mantenga a los chicos a salvo en la academia. Que cada uno vuelva a su residencia. Puertas cerradas con pestillo. Cortinas corridas. Todo el mundo debe estar a cubierto. Hágalo ahora. Robert, venga conmigo.

De nuevo, Robert Mackenzie siguió a su jefe a paso ligero hacia su despacho. Una vez dentro, Ellingham cerró la puerta y echó el pestillo, después se acercó a las puertas correderas de cristal y observó el exterior. La oscuridad se había adueñado de las montañas. La oscuridad se había adueñado de todo.

Ellingham se acercó a una de las estanterías de la pared sin ventana. Tiró de un libro de uno de los estantes superiores, pero sin llegar a sacarlo del todo. Se oyó un *clic* revelador y cedió el pane entero. Ellingham deslizó la estantería hacia atrás, lo que dejó ver una enorme cámara acorazada en el interior de la pared. Robert, mientras tanto, corría de una ventana a otra cerrando las cortinas.

–Debemos llamar a la policía –sugirió Robert–. Debemos llamar ahora mismo.

–Busque una lámpara y enciéndala –ordenó Ellingham mientras sacaba varios sacos de dinero.

–Todavía quedan varios trabajadores en el recinto –insistió Robert al tiempo que corría las enormes cortinas, que se deslizaron sobre las puertas correderas del fondo del despacho–. En cinco minutos podríamos tenerlos situados en sus puestos, rodeando la propiedad y vigilando la carretera. Algunos llevan armas. Y todos son lo suficientemente diestros.

–¡Robert, no hay tiempo para eso! Voy a llevar este dinero al lago. Encienda una lámpara y ayúdeme a contar.

Algún tiempo después, al preguntarle sobre aquel momento, Robert Mackenzie diría que en realidad no había tiempo para pensar. Esa era la genialidad de la exigencia: no dar tiempo para pensar, no dar tiempo para planear nada. Buscó una de las lámparas de aceite que había en todas las estancias (los apagones eran frecuentes), la encendió, se arrodilló y se puso a contar dinero. La cantidad total era de veintitrés mil dólares y varios billetes sueltos de veinte.

–No es suficiente. Necesitamos más –era una de las primeras ocasiones en su vida en que la voz de Ellingham sonaba desesperada–. Solo tengo cinco minutos para llevarme todo esto. Necesitamos algo más.

Uno de los hombres más ricos de América recorrió su despacho a una velocidad frenética

abriendo cajones, buscando fajos de dinero que sabía que no tenía o cualquier cosa que pudiera valer la cantidad de dinero que faltaba.

–Tendrá que servir –dijo al final.

El saco de dinero solo pesaba unos diez kilos. Ellingham se lo echó al hombro y abrió las puertas correderas.

Robert hizo una pausa antes de entregarle la lámpara de aceite.

–Sabe que pueden secuestrarlo cuando se encuentre allí solo. ¡Probablemente sea eso lo que quieren!

–Bueno, pues allí me tendrán.

–Y después ¿qué? –dijo Robert–. Esto no tiene pies ni cabeza. Necesitamos ayuda.

Albert Ellingham se detuvo durante un segundo crucial.

–Marsh –dijo–. Llámelo a casa. No le cuente lo que ha pasado. Hágalo venir con cualquier excusa. Y a nadie más, ¿entendido? Solo a Marsh.

Robert asintió. Albert Ellingham alcanzó la lámpara y se sumió en la niebla de las montañas de Vermont con un saco de dinero al hombro. Recorrió la distancia aproximada de cincuenta metros hasta el borde del lago, donde había un pequeño embarcadero. Metió el dinero en uno de los botes de remos amarrados en el muelle que daba a la casa, subió con cuidado y colocó la lámpara en el asiento vacío del banco. Le temblaba todo el cuerpo cuando golpeó la tierra con el remo para separar el bote. Aun así, alcanzó la colina en un minuto o dos y arrojó un cabo al amarradero.

–Estoy aquí –anunció a la oscuridad.

La luz de una linterna lo deslumbró unos instantes.

–Bájese –ordenó una voz–. Traiga el dinero.

–Mi esposa y mi hija... ¿Dónde están?

–Cállese.

Ellingham le lanzó el saco. Aterrizó en la estrecha franja de hierba que rodeaba la cúpula. Salió del bote como buenamente pudo, pues apenas veía nada.

La persona mantuvo el haz de luz fijo en el rostro de Ellingham, lo cual lo obligó a mantener la vista baja y protegerse los ojos con una mano. Echó pie a tierra casi reptando.

–Abra la puerta –indicó la voz.

Ellingham sacó las llaves del bolsillo y abrió la puerta que había en un costado de la cúpula. Aquella cúpula era su pequeño lugar de pensar, su remanso de paz. La figura lo metió dentro de un empujón y lo arrojó contra el suelo.

–Meta el dinero por la trampilla –dijo la voz.

La persona hablaba con la boca tapada con una bufanda, con lo cual la voz sonaba amortiguada. Hablaba con acento, un acento que intentaba disimular alargando las sílabas de una manera extraña. Ellingham seguía teniendo las pupilas contraídas a causa de la luz, así que palpó el suelo a ciegas en busca de la trampilla. La encontró, la abrió y metió el saco por el hueco. En su caída, el saco derribó varias botellas de las estanterías, que se hicieron añicos contra el suelo con gran estrépito. Se volvió hacia la figura desconocida, pero el haz de luz volvió a golpearle el rostro y lo cegó de nuevo.

Ellingham libró una batalla interior. ¿Debería arremeter contra aquella persona? ¿Derribarla, golpearle la cabeza contra el zócalo de piedra del suelo del observatorio y exigirle con cada golpe que le dijera dónde estaba su familia? Sintió furia y miedo a partes iguales. Pero Ellingham no había llegado tan lejos en la vida cediendo a sus impulsos.

–Es todo lo que había en la caja fuerte –dijo–. Faltan casi dos mil dólares, pero he traído lo que tenía. Si hubiera tenido más tiempo... Puedo entregarle todo lo que me pida. Lo que quiera.

Algo se cernió sobre su cabeza y lo sumió en una oscuridad total.

TRAS LA GRAN IMPRESIÓN QUE HABÍA CAUSADO A HAYES MAJOR , Stevie se paseó por su habitación unos instantes y repasó su estrategia para las presentaciones. Más confianza en sí misma. Eso era lo que le hacía falta. Cuando ingresara en el FBI , tendría que acercarse a la gente y estrecharle la mano, mirarla a los ojos, hacerle preguntas. Hayes la había pillado desprevenida.

Allí mismo tenía su próxima oportunidad, dando patadas a una cesta de ropa repleta de cuadernos de dibujo, lápices, ceras y pinturas junto a la puerta. Una chica, presumiblemente su dueña, apareció detrás.

Llevaba una camiseta amarilla de un taller de reparación de automóviles, descolorida y que había encogido, y una vieja falda de animadora de un tono azul intenso con tablas rojas. Tenía las piernas cubiertas de pequeños moratones y arañazos; nada serio, más bien como los que uno se hace al intentar trepar por los árboles o por otros sitios. Llevaba los pies apenas cubiertos por un par harapiento de zapatillas Mary Jane de lona roja sujetas con imperdibles para que no se deshicieran. Pero era su pelo lo que más llamaba la atención: se veía sucio y apelmazado, recogido en pequeños mechones por toda la cabeza y atado en moñetes con lo que parecían patucos de bebé. En el brazo izquierdo lucía un gran tatuaje, una larga línea de elaborada caligrafía. Su brazo derecho estaba cubierto de citas y bocetos de distintos colores.

–¡Hace un calor del demonio aquí dentro! –exclamó la chica a modo de saludo–. Del demonio. En serio. ¿Cuándo demonios piensan instalar aire acondicionado?

Stevie dio un paso adelante dispuesta a tenderle la mano para que se la estrechara, pero lo pensó mejor y optó por apoyarse en una de las sillas con despreocupación.

–Me llamo Stevie –dijo–. Stevie Bell.

–¿Qué tal? –repuso la chica–. Yo soy Ellie.

No había ninguna Ellie en la lista de estudiantes de Ellingham, pero sí una Element Walker. Y aquella persona tenía pinta de ser un buen «elemento». Ellie, o Element, dio una patada a una caja que contenía boas de plumas, un ukelele, un bombín y un montón de bolsitas de plástico llenas de maquillaje usado, y derramó purpurina por el suelo.

–¿Te ayudo? –se ofreció Stevie.

Ellie se encogió de hombros, aunque pareció aceptar de buen grado el ofrecimiento.

El equipaje de Ellie era mucho más informal que el de Hayes o el de Stevie: dos viejas cajas de cartón, un macuto militar tamaño gigante, una mochila dorada y un saco negro para la ropa sucia muy abultado. No tardaron mucho en depositarlo todo en Minerva Tres, que estaba junto al cuarto de baño de la torreta.

–¡Pix! –exclamó Ellie en cuanto metió la última de sus cosas en la habitación y volvió a la sala común–, ¿por qué hace un calor de cojones aquí dentro?

(Nota mental, pensó Stevie: aquí podías decir «cojones» delante de los profesores).

–Es verano –repuso Pix al entrar en la sala común–. Hola, Stevie. Acabo de dejar a tus padres

haciendo un recorrido por las instalaciones. Volverán enseguida. Y, Ellie, el calor no durará mucho, y entonces te congelarás. Así que combátelo pensando en ello.

–¿Por qué no ponen aire acondicionado? –preguntó Ellie, y se dejó caer con indolencia en la hamaca. Dio un par de vueltas hasta colocarse boca abajo y dejó la cabeza colgando y barriendo el suelo con los moñetes.

–Porque es un edificio antiguo con una instalación eléctrica antigua –respondió Pix–. Por el peligro de incendios. ¿Qué tal por París?

–Mucho calor. Pasamos unos días en Niza. El nuevo novio de mi madre tiene una casa allí.

París. Ellie había estado en París. Obviamente, Stevie sabía que París era un lugar real que la gente visitaba. Su instituto había patrocinado un viaje del club de francés el curso anterior, y conocía a tres personas que habían ido. Solo duró una semana y lo más relevante fue que a Toby Davidson lo atropelló una bicicleta y estuvo a punto de perder un dedo (*A punto de perder un dedo. La historia de Toby Davidson*. Una lectura poco apetecible).

Se oyó un arrastrar de pies junto a la puerta y Stevie se volvió y vio a otra persona en el umbral. Aunque hacía un sol cegador, al chico parecía que lo hubiera sorprendido una tormenta con una mochila demasiado pesada. Llevaba una camiseta que decía SI ERES CAPAZ DE LEER ESTO , ES QUE TE HAS ACERCADO DEMASIADO . Tenía los ojos de un raro color gris pálido y lucía una mata de pelo rubio rojizo que había sido cortado con más entusiasmo que destreza.

–¡Nate! –exclamó. Mano tendida. Mirada a los ojos–. Soy Stevie.

Nate miró la mano tendida de Stevie y después su rostro, como si quisiera comprobar que el gesto iba en serio. Con un suspiro que probablemente (¿probablemente?) no hubiera querido que nadie oyera, la estrechó una vez y la soltó de inmediato.

Stevie decidió pasar por alto aquel gesto.

Pix saludó a Nate y le dio la llave de su habitación mientras Ellie lo examinaba desde su posición invertida.

–Nate es escritor –comentó Stevie–. Ha escrito un libro. *Crónicas a la luz de la luna*.

–No lo he leído –repuso Ellie–. Pero mola. ¿Y tú?

–Yo sí lo he leído –respondió Stevie.

–No. Me refiero a ti. ¿Tú qué haces?

–Ah, vale –dijo Stevie sin dar importancia a su error.

Era una técnica que había copiado de uno de los detectives televisivos que más le gustaban en aquel momento: Sam Weatherfeld, de *Tiempo borrascoso*. Sam nunca se quedaba sin saber qué hacer en situaciones como aquella, siempre mantenía el ritmo de la conversación y no intentaba ir contra corriente. Había llegado el momento de confesar qué era. Había pensado en muchos términos posibles. Sería demasiado presuntuoso y pedante autodenominarse detective; no era nada parecido a un oficial de policía ni a un investigador privado y, en realidad, nunca había resuelto ningún caso. Entusiasta del crimen sonaba a afición rarita con demasiado lustre. Estudiosa del crimen no era una definición demasiado exacta y, desde luego, resultaba muy vaga. La solución estaba no en arrogarse un título, sino en exponer una actividad.

–Estudio crímenes –reveló.

–¿Para cometerlos o para evitarlos? –preguntó Ellie.

–Para evitarlos, aunque probablemente sirva para ambas cosas.

–Entonces, ¿has venido por lo de los crímenes? ¿Los asesinatos? –se interesó Ellie.

–Más o menos.

–Qué guay. Alguien debería resolverlos. Los hicieron bien, ¿verdad?

Dio una vuelta completa hacia atrás para bajarse de la hamaca. La falda se le quedó

enganchada y le dejó el trasero al descubierto.

Ellie la había aceptado sin más. Por un instante la cabeza de Stevie fue un maremágnum de endorfinas y arcoíris. No había hecho falta nada más: una palabra amable de aceptación de una compañera y se dio cuenta de que todo iba a ir bien.

Pues sí, los asesinatos se hicieron muy bien.

Entonces captó algo en su visión periférica: sus padres se acercaban por el sendero con otro par de padres, muy probablemente los de Nate. Los padres de Nate eran longilíneos e iban impecablemente vestidos con bermudas y polos casi a juego. Los colores eran distintos, pero causaban el mismo efecto. El padre de Stevie venía hablando y gesticulando y su madre asentía en silencio. El padre de Nate escuchaba, mientras que su madre escrutaba la casa y lo que se ofrecía a sus ojos a media distancia.

Las endorfinas abandonaron la escena inmediatamente, reemplazadas por un sudor frío. ¿Qué estarían diciendo sus padres? ¿Estarían manifestando su punto de vista sobre los medios de comunicación? ¿Que el gobierno intentaba controlar las vidas de los americanos decentes? ¿El mito del cambio climático? ¿O algo más divertido, como el precio del papel higiénico comprado al por mayor? Eran sus temas de conversación favoritos y todos tenían las mismas posibilidades.

Stevie miró a Nate, que tenía la vista fija en la puerta como si estuviera contemplando una amenazadora nube de langostas gigantes. También se sentía tenso por el hecho de que los padres se conocieran entre ellos. Ellie se estaba rascando el trasero descubierto (bueno, no el trasero-trasero, sino la parte superior de la pierna que se junta con el trasero; técnicamente, el muslo, pero el trasero a todos los efectos y propósitos legales).

Stevie se aferró a la silla y se preparó para el impacto.

—¿Has visto algún alce? —preguntó a Nate en un intento de empezar una conversación.

—¿Qué? —se extrañó el chico. Y con eso se terminó la charla.

Los padres llegaron a la casa en grupo y entraron uno tras otro en la sala común.

—... evitando las autopistas de peaje —oyó Stevie decir a su padre. Lo más probable era que la conversación hubiera girado en torno al viaje. Un tema aburrido pero inofensivo. Después, ocho ojos paternos se volvieron hacia el trasero al aire que se exhibía en el suelo. Ellie, unos segundos demasiado tarde, giró sobre sí misma para sentarse. Por unos instantes se le pusieron de punta los pelos apelmazados y recogidos con patucos.

Los padres de Nate no mostraron ninguna reacción visible, pero Stevie observó que sus padres se habían dado cuenta. Su padre miró hacia otro lado. Su madre torció la boca hasta componer una leve sonrisa de perplejidad.

—Venid a ver cómo he dejado mi cuarto —dijo, y enganchó a cada uno de un brazo y los condujo hacia el pasillo a toda prisa.

—Por Dios bendito, ¿qué llevaba esa chica? —preguntó su madre en un tono demasiado alto cuando Stevie cerró la puerta de su habitación.

—Jamás había visto una facha semejante —añadió su padre.

Los padres de Stevie estaban convencidos de que la ropa que llevaba una persona se correspondía directamente con su valía como ser humano. Había ropa normal (buena), ropa bonita (muy buena) y luego estaba el resto. Ellie había traspasado todos los límites de la última categoría.

—¿Os ha gustado el campus? —preguntó Stevie con una sonrisa—. ¿A que es una maravilla?

Era innegable que el campus era una maravilla, y sus padres hicieron un notable esfuerzo para no insistir en el tema de Ellie y, por el contrario, centrarse en aquel paraíso de mansiones, fuentes, arte y belleza natural en las montañas.

–Vamos a tener que irnos enseguida –observó su padre–. ¿Ya estás... instalada?

Al oír aquellas palabras, Stevie sintió una punzada de emoción totalmente inesperada. Sus padres estaban a punto de marcharse, algo que ya sabía y que, para ser sincera, estaba deseando, pero aquel momento trajo consigo una cascada de sentimientos. Tragó saliva con dificultad.

–Bueno –dijo su madre–, ¿tienes las pastillas? Vamos a echarles un vistazo.

Stevie sacó la bolsita de las medicinas, que fue convenientemente examinada.

–Tienes ciento veinte de Lexapro y treinta de Ativan, pero tómate el Ativan solo si de verdad lo necesitas.

–Lo sé.

–Pero si te hace falta, asegúrate de...

–Mamá, lo sé.

–Ya sé que lo sabes. Y llámanos todos los días.

–Pórtate bien –dijo su padre abrazándola con fuerza–. Si nos necesitas, llama. A la hora que sea.

Su padre parecía verdaderamente a punto de llorar. Aquello fue lo peor. Los Bell no lloraban. Los Bell no exteriorizaban sus sentimientos. Tenía que poner fin a aquella situación.

–Recuerda –le susurró su madre al oído– que siempre puedes volver a casa. Vendremos a buscarte.

El suave achuchón final de su madre decía: «Esta no es la clase de sitio donde tú encajas. Ya verás. Volverás a casa».

5

TRAS UNOS BREVES INSTANTES SIN LÁGRIMAS (PERO SIN DEJAR DE parpadear), con la vista fija en sus medicamentos antes de guardarlos en un cajón, Stevie salió de su habitación y comprobó que Janelle Franklin ya había llegado y que no había ni rastro de Nate. Janelle era más baja de lo que Stevie había imaginado. Llevaba un mono rojo de flores y el pelo trenzado envuelto en un pañuelo en tonos dorados y amarillos. Usaba un perfume fresco y veraniego que dejó su estela tras ella cuando corrió a abrazar a Stevie.

–¡Ya estamos aquí! –exclamó estrechando las manos de Stevie–. ¡Estamos aquí! ¿Y tus padres?

–Se han marchado hace cinco minutos. ¿Los tuyos están...?

–No –contestó Janelle–. Están los dos de guardia, así que celebramos todas las despedidas esta semana: cenas con familia y amigos, hicimos un pícnic...

Janelle le habló entusiasmada de todos los eventos que precedieron a su partida. Su numerosa familia vivía en Chicago y en distintos lugares de Illinois. Tenía tres hermanos varones, dos en el Instituto Tecnológico de Massachusetts y el otro en Stanford. Sus padres eran médicos.

–¡Ven a ver mi habitación!

Agarró a Stevie por la muñeca y la llevó a la habitación de al lado, muy parecida a la suya, pero con todo descolocado. Sus chimeneas quedaban espalda contra espalda.

–Es probable que necesite más espacio para mis construcciones –dijo Janelle–, pero creo que podré usar la mesa de la sala común. Dice Pix que puedo soldar allí. ¿Te puedes creer que estemos aquí?

–Lo sé –dijo Stevie–. Estoy medio aturdida.

–Creo que puede deberse a la altitud. Aunque no es que esto sea demasiado alto. La cota más alta de Vermont está solo a 1.300 metros y la altitud empieza a plantear problemas a partir de los 1.500, pero de todos modos puedes compensar el nivel más bajo de oxígeno bebiendo un poco más de agua. Toma.

Abrió su mochila y sacó una botella de agua sin empezar que entregó a Stevie.

–Creo que son los nervios.

–Puede ser. Pero el agua sigue siendo la solución. Y respirar hondo y despacio. Bebe.

Stevie abrió la botella y bebió un largo trago como le indicaba su amiga. El agua nunca venía mal.

–¿Está Nate por aquí? –preguntó Janelle.

–Lo estaba. Supongo que habrá subido.

–¿Cómo es en persona?

–Como daba a entender en sus mensajes, más o menos.

–Bueno, ahora ya estamos los tres en persona. Venga, vamos a verlo.

Janelle había cambiado la energía del lugar por completo. Era todo movimiento, todo acción. Sin apenas darse cuenta, Stevie se encontró intentando seguir su paso rápido por el pasillo y la

escalera de caracol. Nate estaba en Minerva Cuatro, la primera habitación del pasillo. La puerta estaba cerrada, pero se le oía moverse dentro.

Janelle llamó a la puerta. Al no obtener respuesta, le envió un mensaje de texto.

Instantes después, la puerta se abrió solo lo suficiente para mostrar el rostro alargado de Nate. Permaneció inmóvil unos segundos y después, con un suspiro apenas audible, abrió la puerta un poco más para dejarlas pasar.

–¿Sueles dar abrazos? –preguntó Janelle.

–La verdad es que no –respondió Nate al tiempo que daba un paso atrás.

–Entonces, nada de abrazos –concluyó Janelle.

–¿Y saludos militares? –preguntó Stevie.

–Eso lo llevo mejor.

Stevie le dedicó un saludo militar.

La habitación de Nate era prácticamente idéntica a la de las chicas, a excepción de que aún estaba hecha un auténtico desastre. Había una maraña de cables y una pila de libros en el suelo. Había estado ordenando los libros, como había hecho Stevie.

–El wifi de aquí es una mierda –dijo a modo de saludo–. Y la cobertura del móvil también.

Dio una patada al montón de cables con un pie calzado con una Converse.

–Aún no lo he probado –dijo Stevie.

–Pues son una mierda.

La caja que había al lado de Stevie parecía estar llena de... partes. Partes de cosas. Patas de sillas. Una especie de disco de metal. Janelle se acercó a echar un vistazo.

–¿Qué es esto? –preguntó–. ¿También construyes cosas?

Nate se abalanzó sobre la caja en actitud defensiva.

–Voy a... mercadillos –contestó haciendo un gesto con la mano como si se tratase de algo que había que hacer–. Colecciono cosas. Me gustan los relojes. Y otros trastos.

Cerró la tapa de la caja y con ella toda invitación a seguir ahondando en el tema.

A Stevie le encantaron la seguridad dinámica y positiva de Janelle y el carácter gruñón de Nate. Ella poseía algo de ambas cualidades y se encontró muy cómoda entre los dos.

–¡Comienza la visita guiada! –anunció Pix asomada a la escalera–. ¡Ya están esperando fuera! ¡Vamos, chicos!

Nate pareció vacilar, pero Janelle no pensaba darse por vencida.

–Yo creo que es obligatorio –dijo.

Janelle, Nate y Stevie salieron de la casa; fuera un numeroso grupo de gente paseaba mientras esperaba. Al ser alumnos de segundo año, Hayes y Ellie no tenían que ir, lógicamente.

Parecía como si el grupo hubiera ido recogiendo gente casa por casa y Minerva fuera la última parada. Stevie miró a sus compañeros de primer curso. No estaba muy segura de lo que había esperado encontrarse, si pensaba que los alumnos de Ellingham aparecerían llevando batas de laboratorio o si todos tendrían un aspecto similar al de Ellie.

En general, parecía un grupo variado como el que puede encontrarse en cualquier instituto. Había unos pocos alumnos con el pelo brillante e impecable que ya se habían agrupado gracias a esa extraña alquimia que tiende a juntar a la gente que lleva el pelo brillante e impecable. Había una chica que llevaba un vestido *vintage* de cuadros blancos y rojos, gafas ojo de gato, el delineador de ojos terminado en forma de rabillo ascendente, un bolso rojo *vintage* y un pequeño tocado también rojo. Era la que iba más arreglada y sus tacones se hundían en la hierba al caminar. Otra chica llevaba el pelo verde y una camiseta de la NASA, y avanzaba con destreza sobre la hierba en su silla de ruedas. Otra, con el pelo cortito y negro, la piel pálida y los labios

pintados de un rojo muy vivo, parecía una estrella del cine mudo; llevaba un vestido gris sin forma alguna, pero inconfundiblemente a la moda, ceñido con un cinturón negro ancho. Otra vestía un precioso hiyab de flores y no hacía más que sacar fotos del campus con su teléfono. Había un chico que no se quitó los auriculares con orejas de gato en toda la visita.

Su guía era un alumno llamado Kazim Bazir, que hablaba muy rápido y con mucho entusiasmo. Kaz tenía unos ojos brillantes y expresivos y el tono optimista de un vendedor que quiere venderte como sea su extravagante lugar de descanso en la montaña.

–La Academia Ellingham fue construida entre 1928 y 1936 por Albert Xavier Ellingham y su esposa, Iris Ellingham –indicó Kaz–. La parte derecha del campus, donde están nuestras casas, se conoce como campus húmedo, porque es donde el arroyo fluye y rodea la finca. Los campos de deporte, las clases y la mayor parte de los demás edificios se encuentran en el campus seco. Pero, por supuesto, todo el campus está seco...

Ni una risa. Un grupo duro de roer.

Ellingham lucía espléndido a la luz del sol. Esa era la palabra exacta. La luz caía como gotas de lluvia suspendidas en el aire. Una nube de esas gotas rodeaba la fuente que manaba a borbotones en el césped y creaba su propio ecosistema de arcoíris. Ningún rincón ni recoveco de los radiantes edificios de ladrillo rojo escapaba a aquella luz. Hacía que las gárgolas parecieran sonreír. Acentuaba el verde de los árboles. Hacía que las estatuas... Bueno, no hacía nada a las estatuas excepto mostrar las muchas que había.

–¿Creéis que con el tiempo se volverán menos horripilantes? –preguntó Nate al pasar ante uno más de los grupos de griegos o romanos desnudos.

–Espero que no –respondió Stevie.

Kaz condujo al grupo por los senderos, señalando los distintos edificios y explicándoles para qué se utilizaban. Albert Ellingham había sido un entusiasta admirador de la cultura clásica. Quedaba de manifiesto con los nombres de los edificios: Eunomia, Genio, Júpiter, Cibeles, Dionisos, Asteria y Deméter.

Mientras caminaban por el césped, Stevie levantó la vista hacia la Casa Grande. Su nombre era sencillo y apropiado. La Casa Grande era un personaje en aquel cuento: el primer edificio erigido en aquella finca, concebido para satisfacer los caprichos de la familia que lo habitaba, además de servir como sede de un centro de aprendizaje. Aquel era el hogar del que salieron Iris y Alice Ellingham aquella mañana, por aquella misma carretera de acceso. Stevie contó las ventanas del segundo piso.

–¿Qué hay ahí arriba? –preguntó Janelle–. Parece que miras con mucha atención.

–Justo ahí –indicó Stevie señalando dos de las ventanas de la izquierda–. Esas son por las que dijo Flora Robinson que estaba mirando la noche del secuestro.

–¿Quién es Flora Robinson?

–Una amiga de los Ellingham. La mejor amiga de Iris Ellingham. Estuvo bajo sospecha durante mucho tiempo porque aquella noche contó una historia muy extraña. El interrogatorio fue increíblemente raro.

No había tiempo para demorarse con Flora y su historia. El grupo avanzaba en dirección a la Biblioteca Ellingham, una estructura de piedra que recordaba un poco a una iglesia, con un gran rosetón, una aguja y dos pares de puertas rojas redondeadas.

–Fue diseñada así a propósito –informó Kaz–. Albert Ellingham decía que el aprendizaje era su religión y las bibliotecas, su iglesia, así que construyó una iglesia.

En el interior, la biblioteca, donde se filtraba la luz coloreada a través de las vidrieras, estaba fría y silenciosa. Todos los edificios eran impresionantes, pero este tenía algo de majestuoso.

Había un saliente a media altura que ocupaba la mitad del espacio, pero en cuanto se dejaba atrás, la mayor parte del edificio era diáfano y podían verse hasta tres pisos de estanterías alineadas a lo largo de la estructura. Sofisticadas escaleras de caracol, hechas de hierro forjado y entrelazadas formando dibujos de vides entrecruzadas, conducían a las plantas superiores. De todos los edificios, este debía de ser el más silencioso y tranquilo, pero parecía un poco... Stevie se devanó los sesos para encontrar la palabra adecuada. ¿Salvaje? Una corriente de aire revoloteaba y silbaba cerca del techo. Daba la impresión de que las vides de hierro subían los peldaños de verdad. La bibliotecaria, que parecía que acababa de llegar a toda prisa, estaba sin aliento. Llevaba ropa de ciclismo muy profesional, y su pelo corto y negro dejaba ver la marca reciente de un casco.

–¡Hola! –saludó algo jadeante–. Me llamo Kyoko Obi. Soy vuestra bibliotecaria. También llevo el club de ciclismo. Todos los que estamos aquí desempeñamos una doble función. Perdón. Disculpadme un segundo.

Bebió un gran trago de agua de una botella reutilizable que llevaba el emblema de Ellingham.

–Hay alrededor de medio millón de libros en este edificio –explicó–, entre los de la sala y los que hay en el almacén. Tenemos acceso a varios millones más digitalmente. Estamos asociados con la mayoría de las bibliotecas de la Ivy League, así que podemos conseguir prácticamente lo que queráis. Mi trabajo consiste en proporcionaros cualquier cosa que necesitéis.

Stevie se quedó pensando en aquellas palabras durante unos instantes. Una ventaja de ser de Pittsburgh era que la Biblioteca Carnegie era de las mejores del país. De allí había sacado un montón de libros y de material de trabajo. Pero la Biblioteca Ellingham podía contener cosas relacionadas con el caso, cosas a las que no tendría acceso en ningún otro lugar. Stevie querría haberse quedado un poco más, pero Kaz los hizo avanzar atravesando el campus hasta llegar a una estructura grande y circular en forma de tienda de campaña que parecía semipermanente.

–Esta es la tienda de estudio –indicó al tiempo que apartaba una pesada piel que hacía las veces de puerta. El suelo del interior estaba cubierto por una mezcla de preciosas alfombras tejidas, montones de cojines y pufs–. Mucha gente se queda a dormir aquí. Está concebido para estudiar, pero... tiene todo tipo de usos.

La chica del pelo cortito se rio con complicidad. Una alumna con el pelo corto y plateado y un mechón que le cubría la frente se quedó remoloneando junto a ellos. Llevaba unas gafas redondas y un mono blanco sobre una camiseta negra de tirantes. Desde hacía varios minutos seguía a Stevie, Nate y Janelle. El sol salió de detrás de una nube y lo inundó todo con su fuerte y abrasadora luz de verano. La chica dio un golpecito a las gafas y los cristales se oscurecieron.

–Magia –dijo.

–Lentes de transición –repuso Janelle con una risita–. Plástico fotocromático.

–Vi Harper-Tomo –dijo la chica a Janelle, y le tendió la mano–. Y soy mágica.

Saltó una especie de chispa entre las dos casi perceptible a la vista que provocó en Stevie unos instantes de pánico. Acababa de conocer a Janelle, Janelle era su mejor apuesta como amiga íntima y ya había otra persona metiéndose por medio.

Era una idea absurda.

Stevie intentó apartarla de su mente y centrarse en la joya de la visita: el interior de la Casa Grande de Ellingham, la antigua residencia de la familia. Cuánto tiempo había pasado examinando las fotos de la casa, viendo los planos de los distintos pisos, leyendo sobre su historia... Pero, para su sorpresa, Kaz pasó por delante sin detenerse.

–¿No vamos a entrar? –le preguntó.

–¡Al final de la visita! –respondió el chico, que dejó atrás el jardín amurallado y los guio hacia

un claro en la arboleda en el que se levantaba un gran edificio moderno, de piedra y madera de Vermont, donde estaban haciendo obras de ampliación. El tejado era alto y puntiagudo como los de los refugios de esquí.

–Este es el caserón del arte –indicó–. Es el único edificio que se construyó posteriormente al campus original y aún sigue creciendo. Ahora mismo lo están ampliando.

La tierra de uno de los lados estaba removida y la construcción parecía reciente. Stevie no pudo evitar fijarse en que el edificio casi se tocaba con el jardín amurallado; el famoso jardín amurallado donde estaba el lago en el que Ellingham había entregado el dinero del rescate.

La verja del jardín estaba abierta y vio pasar gente con cascos de obra. Stevie estiró el cuello para curiosear, pero el grupo estaba ya entrando en el caserón. Ya habría tiempo. Iban a visitarlo más tarde.

–El caserón del arte no es solo para arte –dijo Kaz mientras andaba hacia atrás–. Aquí se hace prácticamente de todo. Yoga y baile, reuniones, algunas clases...

Kaz se entusiasmó al hablarles de la construcción ecológica del caserón, de los suelos de bambú y de la ubicación de los lavabos productores de abono. Stevie empezó a crispase ante la explicación que les esperaba. Después de lo que le pareció una hora de charla sobre el tratamiento de aguas residuales, salieron de nuevo en dirección a la Casa Grande.

Al entrar, Stevie se quedó por un momento sin respiración. La casa estaba construida en torno a un enorme vestíbulo, con balaustradas en los pisos superiores que daban al recibidor. Ante ella se alzaba la escalinata principal, que subía majestuosa al primer piso y describía un elegante giro para ascender hasta el segundo. En lo alto de la pared del primer rellano había un cuadro gigantesco, obra del famoso pintor Leonard Holmes Nair, amigo de la familia Ellingham. La pintura mostraba una estampa nocturna del lago con el observatorio al fondo. Aunque reconocible, el estilo rayaba en el surrealismo. En primer plano aparecían Iris y Albert; dos figuras míticas perfiladas con pinceladas azules y amarillas. El pelo corto y negro de Iris parecía estirarse y entretejerse con las ramas de los árboles. La cara de Albert Ellingham se fundía con la luna llena, que brillaba sobre el observatorio y derramaba su luz en la superficie del lago. Miraban en direcciones opuestas con expresión crispada: miradas perdidas y bocas casi rectangulares.

Stevie había visto muchas fotos de aquel cuadro. Por Internet no impresionaba tanto. Pero en vivo la cautivó y atrajo toda su atención. Era inquietante. Tenía algo, algo que parecía embrujar las sombras del fondo, algo que parecía encontrarse detrás del observatorio. Se pintó dos años antes del secuestro, pero parecía presagiar la maldición que, en el horizonte, se cernía sobre el observatorio.

El cuadro parecía dominarlo todo.

–Quiero que conozcáis a Larry –dijo Kaz refiriéndose a un hombre sentado tras una mesa grande junto a la puerta principal. Era un hombre ya de cierta edad, sin uniforme, con pelo entrecano cortado al estilo militar.

–Soy Larry Seguridad –los saludó–. Así me llaman todos. Y a ese nombre respondo. Soy el responsable de la seguridad de Ellingham. Ya sé todos vuestros nombres. Conozco a todo el mundo desde antes de llegar.

–¡Larry Seguridad conoce a todo el mundo! –exclamó Kaz.

A Larry Seguridad no pareció hacerle mucha gracia la interrupción.

–Aquí arriba estamos muy seguros, pero si alguna vez nos necesitáis, podéis apretar el botón azul de las alarmas que veréis en los edificios del campus y en algunas farolas. Las reglas no son estrictas, pero tenéis que cumplirlas. Si no lo hacéis, es cuando aparezco yo. Vivo en la casa del guarda, justo al final del camino, así que siempre estoy aquí. Si en algún sitio pone PROHIBIDA LA

ENTRADA , SIGNIFICA PROHIBIDA LA ENTRADA . No significa «entra porque alguien te ha retado o porque te han contado que alguien entró alguna vez». Algunas construcciones originales del recinto ya no son estructuralmente seguras. Puede que entréis pero no salgáis nunca. Ha habido alumnos que se quedaron atrapados durante varios días y pasaron hambre y miedo antes de ser expulsados. Estáis advertidos.

–¿Qué quiere decir? –se preguntó Janelle en voz baja mientras Kaz les hacía señas para que lo siguieran a una de las salas de la parte delantera–. ¿Que las construcciones originales no son seguras?

–Se refiere a los túneles –dijo Stevie–. Y a los pasadizos secretos.

A la derecha de la puerta principal, justo frente a la mesa de Larry, había un salón con unos paneles recubiertos de unas magníficas pinturas que representaban vides entrelazadas y rosas de colores pálidos, todos ellos decorados con delicados relieves plateados de escayola. Los muebles estaban tapizados en seda violeta y los suelos cubiertos por una enorme alfombra decorativa. Era una sala del siglo XVIII que los Ellingham habían importado de Lyon, Francia. Los muebles, las alfombras, las cortinas y las decoraciones de las paredes, todo ello había sido embalado, enviado a América y ajustado y ensamblado en la casa.

La siguiente estancia, el salón de baile, tenía una doble puerta de cristal cuyas hojas tenían una elaborada decoración modernista. Las puertas estaban entreabiertas, así que Stevie las empujó para abrirlas del todo y entró en un enorme salón que ocupaba dos pisos. El suelo de mármol estaba estampado con rombos blancos y negros. En las paredes había espejos empotrados del suelo al techo, esculpidos y enmarcados en plata. Los paneles de las paredes representaban escenas en las que jugaban figuras enmascaradas. Las cortinas rosas, desde el techo hasta el suelo, parecían telones de teatro. El techo estaba pintado en el tono azul luminoso del atardecer, con las constelaciones y sus figuras en dorado. La mayor parte de la alta sociedad de Estados Unidos bailó en aquel salón en la década de 1930.

–Y este –anunció Kaz a la vez que los guiaba hacia una gigantesca puerta de roble– era el despacho de nuestro fundador.

El despacho tenía proporciones colosales –también a doble altura–, pero, a diferencia del salón, en el que había eco, el suelo estaba recubierto con una gruesa y opulenta moqueta verde, cubierta a su vez de alfombras persas. Junto a la chimenea había una alfombra de piel de leopardo con cabeza, y todo resultaba obvia e inquietantemente real. Los ventanales se elevaban hasta el techo, con gruesas cortinas de raso que protegían el despacho de la luz solar. El segundo piso estaba ocupado por completo por estanterías y un solo pasillo de acceso.

La chimenea de aquella estancia era de mármol rosado. Dos enormes escritorios ocupaban una parte del despacho. Sobre uno de ellos había seis elegantes teléfonos negros de disco. Había también un globo terráqueo giratorio que Stevie supuso que contenía nombres de países que ya no existían desde hacía tiempo, archivos gigantescos y un extraño mueble del que salían unos tubos y que ella reconoció como un dictáfono, un aparato de grabación de principios del siglo XX . Los dictáfonos jugaban un importante papel en un montón de novelas de misterio.

Fue allí donde Albert Ellingham urdió el plan para intentar recuperar a su familia. Habían contado el dinero del rescate sobre aquel mismo suelo. Stevie podría pasarse la vida entera en aquel despacho.

Pero los hicieron salir de nuevo al recibidor. Un hombre vestido con un traje de algodón a rayas blancas y azules y una camiseta de Iron Man bajaba los escalones como rebotando a cámara lenta. Llevaba el pelo fino y rubio peinado con raya al lado y se le levantaba un poco con cada bote.

–¡Y ahora, para daros la bienvenida a todos, el director de la academia, el doctor Charles Scott! –anunció Kaz.

–¡Bienvenidos, bienvenidos! –exclamó el hombre–. Soy el doctor Scott, pero podéis llamarme Charles. Sed todos bienvenidos a vuestro nuevo hogar. Siempre digo que soy el director de la academia, pero me gusta considerarme el principal aprendiz...

–Por Dios –masculló Nate entre dientes.

–Ahora que habéis llegado al final de vuestra visita guiada –continuó Charles–, es el momento de hablar de Alice. Alice Ellingham era la hija de nuestro fundador, Albert Ellingham. Alice es técnicamente la benefactora de nuestra academia, e inauguramos todos los cursos expresándole nuestro agradecimiento. Así que decid conmigo: «Gracias, Alice».

Costó unos instantes de perplejidad y fueron necesarios unos cuantos gestos para que todos se dieran cuenta de que aquello iba en serio. Al final, se oyó un balbuceo general:

–Gracias, Alice.



–Parecemos una secta –dijo Nate cuando salieron en dirección al césped, donde les estaban preparando un pícnic–. ¿Por qué acabamos de dar las gracias a una niña muerta?

–Está todo en las normas –respondió Stevie–. La dueña de la academia es Alice Ellingham, si es que vuelve a aparecer. Técnicamente, es ella la que paga los gastos de todos los que estamos aquí, así que debemos agradecerérselo. Es ella quien nos mantiene.

–Pero está muerta –insistió Nate.

–Casi con absoluta seguridad –puntualizó Stevie–. La secuestraron en 1936. Pero todo esto es suyo..., si es que sigue viva y aparece. Sería muy mayor, pero técnicamente podría estar viva.

–¿Entonces es cierto? –se asombró Janelle–. Creí que era una leyenda.

–Totalmente cierto –respondió Stevie.

–Dijiste que conocías bien el tema –dijo Vi, que se había unido a ellos.

–Oh, Stevie lo sabe todo –afirmó Janelle–. Venga, cuéntenoslo.

Stevie tuvo la extraña sensación de que la llamaban a escena para demostrar lo que sabía hacer, como si fuese un perro que supiera manejar un iPad. Al mismo tiempo, ahora tenía un público que quería que hablara de aquello que más le gustaba, y eso le provocaba una sensación deliciosa y desconocida. El sol era cálido, la hierba mullida, y se encontraba en medio del escenario de un asesinato.

Se dirigían al césped, pero el jardín amurallado estaba justo detrás de ellos. Stevie se volvió a mirar. La puerta del jardín seguía entornada y no había nadie cerca.

–Venid –dijo–. Voy a enseñároslo.

–Pero ¿podemos entrar ahí? –preguntó Nate.

–¡Está abierto! –contestó Vi, y dio un paso al frente.

La puerta del jardín era negra y pesada, y traspasarla fue como entrar en un sueño. Entraron en un jardín enorme y exuberante rodeado por un círculo de árboles altos y perfectamente dispuestos. La hierba tenía un vivo e intenso color verde. La Casa Grande se alzaba en un extremo, con el patio de piedra extendiéndose hacia el césped. Había pequeñas fuentes, tiestos y bancos ornamentados. Era un jardín regio, diseñado por expertos que se inspiraron en los jardines de la realeza de Inglaterra y Francia. Pero había algo que llamaba la atención por encima de todo lo demás.

Era en su mayor parte un enorme hoyo cubierto de hierba espesa.

–¿Qué demonios...? –preguntó Nate.

–Eso –indicó Stevie– era un lago artificial. Iris Ellingham era campeona de natación. Esto era su piscina. Albert Ellingham cambió el curso de un río para llenar este espacio de agua, y había botes de remos con los que se llegaba hasta allí.

Señaló una loma en el medio, donde se levantaba una estructura circular rematada por una cúpula acristalada.

–Ese es el lugar donde los secuestradores le ordenaron entregar el dinero –dijo–. Después de que secuestraran a Iris y Alice, hubo gente que se puso en contacto con Albert Ellingham con todo tipo de teorías. Creo que un vidente le dijo que Alice estaba en el lago, así que lo hizo drenar. No estaba. Pero nunca volvió a llenarlo. Probablemente le recordaba demasiado todo lo sucedido. Lo dejó tal como está ahora.

–En el plano lo llaman jardín hundido –comentó Vi–. Ahora ya sé por qué.

–Explícanos lo de la niña muerta –le pidió Nate.

–El asunto es el siguiente –comenzó Stevie–: la academia y toda la fortuna de los Ellingham pertenecen a Alice. Aunque Ellingham sabía que lo más probable era que su hija estuviera muerta, jamás quiso admitirlo. Dos años después, volvió a abrir la academia.

–¿Y alguien se atrevió a venir? –se extrañó Vi–. ¿Después de los asesinatos?

–Fue un caso aislado –respondió Stevie–. Y todavía eran los años de la Gran Depresión. Y era uno de los sitios más famosos de Estados Unidos. Educación gratuita subvencionada por uno de los hombres más ricos del país... No era ninguna tontería. Y nadie pensó que los secuestradores fuesen a volver. Se habían llevado prácticamente a todos los que podían llevarse. Así que se suponía que esta academia sería el lugar perfecto para Alice, si es que regresaba. Albert Ellingham quería que fuese un lugar alegre. Era como si..., como si quisiera asegurarse de que Alice tendría con quien jugar.

–Qué siniestro –dijo Janelle–. Un detalle precioso, pero siniestro.

–¿Y cuántos millones de personas aseguraron que eran Alice? –preguntó Nate–. Antes de que existieran los análisis de ADN, todo el mundo debía de decir que era ella.

–Cierto –admitió Alice–. Pero Ellingham tenía un plan. La niñera de Alice, que estaba entregada por completo a ella y a su familia, se negó a dar detalles sobre la niña. Ellingham guardó un archivo secreto con información sobre su hija, de manera que, si alguien se presentaba diciendo que era ella, pudiera comprobarse si era cierto.

–¿Con qué, con alguna marca de nacimiento o algo por el estilo?

Stevie se encogió de hombros.

–Esa es la cuestión. Nadie lo sabe excepto los de la fundación, y ellos no pueden heredar. Las personas que dirigen la fundación son los custodios de Alice. Además, ahora se harían pruebas de ADN, así que el archivo secreto de Alice ya no es tan importante.

–Qué alegría saber que estamos en la academia más morbosa del país –comentó Nate–. Vámonos ya. Tengo hambre y aparte estoy casi seguro de que no deberíamos haber entrado aquí.

–Te repito –dijo Vi– que la puerta estaba abierta.

–Probablemente tendríamos que irnos –admitió Janelle–. Pero esto es alucinante.

Era alucinante. Por muchas razones.

13 de abril, 1936, 8:00 p. m.

FLORA ROBINSON HABÍA DESARROLLADO UN SENTIDO QUE LE permitía saber cuándo se avecinaba algún problema, una habilidad adquirida durante el tiempo que pasó trabajando en un bar clandestino. Tenías que ser capaz de percibir la especie de onda expansiva que invadía la sala cuando la policía se acercaba a la puerta. Tenías que saber distinguir una falsa alarma del peligro real. Tenías que desarrollar los reflejos para apretar el botón de alarma en el momento justo, ese botón que hacía que se ladearan las estanterías, se abriera el sumidero y se enviara alcohol y cristal por valor de cientos, a veces de miles de dólares, a una zona oculta de desecho. Lo hacías bien y salvabas al club de que lo cerraran y a tus jefes de que los detuvieran. Lo hacías mal y te lo cargabas todo, directamente.

Aquella noche, Flora olió miedo y una premonición en el aire. Se volvió y miró el pequeño reloj de plata de su mesilla de noche. Iris y Alice llevaban fuera mucho tiempo. Las había visto salir hacia el mediodía. Normalmente, cuando Iris salía a dar un paseo en coche, volvía al cabo de una o dos horas. Llevaba fuera ocho. Y a ella nadie la había llamado para que fuera a cenar.

Aquel cambio en la rutina la inquietó muchísimo. Había algún problema en algún lugar de aquella mansión tranquila encaramada en las montañas. Se sentó en la cama de su cuarto abrazada a las rodillas, escuchó y esperó. Su fino oído y la acústica de la casa posibilitaron que oyera entrar a alguien por la puerta principal. Iris había vuelto. Saltó de la cama de inmediato y se asomó a la balaustrada interior para averiguar qué había hecho demorarse a su amiga.

En lugar de a Iris, el mayordomo acompañaba a un hombre. Era George Marsh, un buen amigo de la familia y miembro del círculo más íntimo de los Ellingham.

En circunstancias normales, George habría entrado y habría dado un poco de palique a Montgomery al entregarle su abrigo y su sombrero. Esta noche ni siquiera se los quitó y los dos hombres se dirigieron en silencio y a paso rápido al despacho privado de Ellingham.

George había sido detective de la Policía de Nueva York. Varios años antes le salvó la vida a Albert cuando un anarquista colocó una bomba en su coche. Lleno de gratitud e impresionado por su ingenio y valentía, Albert llamó a J. Edgar Hoover, el jefe del FBI, y recomendó a George para un puesto como agente. George casi siempre estaba dondequiera que se encontraran Ellingham y su círculo. Si estaban en Nueva York, trabajaba allí. Si estaba en Vermont, lo enviaban a Burlington para resolver algún caso de contrabando que llegaba de Canadá vía el lago Champlain.

George Marsh era de facto el responsable de la seguridad de Albert, y Flora se dio cuenta de que esa noche había venido en desempeño de sus funciones. Cuando no estaba de servicio, George era un hombre relajado y sociable. Este era el George de servicio: paso rápido, parco en palabras. George y Montgomery hablaban en voz muy baja, pero Flora fue capaz de captar algo de lo que dijeron.

—... treinta y cinco minutos —decía George—. ¿Han...?

—No, señor —fue la respuesta de Montgomery—. Nada de policía.

En cuestión de segundos, se refugió en el despacho de Albert junto con Montgomery.

Policía. No era la palabra que a Flora le hubiera gustado oír. Tenía que actuar.

Bajó al piso inferior por la escalera de servicio y se dirigió al vestidor de Iris pegada a la pared. Sacó una llave del bolsillo del vestido y abrió la puerta para entrar en una gran habitación, un oasis de confort. La alfombra gris perla se hundía bajo sus pies descalzos. Las largas cortinas de raso plateado seguían abiertas y dejaban entrar la luz de la luna haciendo que el ribete y los entrelazados de los muebles Luis XV de Iris resplandecieran con un brillo suave.

Iris tenía muchísimas cosas. Flora necesitaba un objeto en particular. Empezó por el tocador, donde la extensa colección de cosméticos permanecía en perfecta formación gracias a la doncella: barras de labios alineadas como soldados, perfumes franceses ordenados con un gusto exquisito, cepillos de plata y espejos, todos juntos y bien colocados. Flora revolvió en los cajones entre polvos, sombras de ojos, horquillas, cremas, lociones... ¿Dónde estaba? Allí no. Se acercó a la cómoda de doce cajones donde Flora guardaba guantes, alfileres de sombrero, pitilleras, gafas de sol y un sinfín de pequeños accesorios. Tampoco. Registró la habitación, de manera minuciosa y rápida, cajón por cajón, sin dejarse nada.

Luego oyó que golpeaban las puertas del pasillo y que alguien la llamaba. La doncella la estaba buscando. No había mucho tiempo. Tenía que pensar. ¿Dónde lo había visto por última vez?

Un bolso de noche. El de seda rosa que habían comprado aquel día en París que llovía tanto que tuvieron que echar a correr descalzas por la calle.

Flora se apresuró hacia el armario, abrió la puerta entelada y encendió la luz. El armario no era un armario: era otro cuarto lleno de estantes y percheros de barra de seda y raso, con pieles y abalorios y con zapatos suficientes para llenar una tienda. Los bolsos ocupaban una pared entera. Flora los recorrió con la vista hasta que encontró el de seda rosa. Lo sacó de un tirón del estante, lo abrió con brusquedad y agarró una cajita de polvos compactos de Schiaparelli en forma de disco de teléfono.

Los golpes en las puertas se acercaban. Tenía que darse prisa. La doncella estaba allí, golpeando en la puerta del vestidor y llamándola.

—¡Voy! —exclamó.

En los pocos segundos de que disponía, se metió la caja de polvos por el escote del vestido, colocó los brazos de manera que no se notara ningún bulto y abrió la puerta para dejar pasar a la doncella.

—La necesitan abajo, señorita —dijo la mujer—. Urgentemente, señorita.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—No estoy segura, señorita. La señora Ellingham y la señorita Alice no han vuelto y ha venido el señor Marsh. Es lo único que sé.

Flora empujó la cajita hasta apoyarla en el cinturón mientras bajaba detrás de la doncella; ya se encargaría después del contenido. La hicieron pasar al despacho. Hasta entonces, solo había entrado una o dos veces. Era el corazón del negocio de Albert Ellingham, su zona privada. Esa noche, la gran estancia estaba extrañamente cerrada, con las cortinas corridas; y el fuego de la chimenea irradiaba un calor sofocante.

—Flora —empezó Albert; su voz tenía un tono de alarma que nunca le había oído—, ¿te dijo algo Iris sobre adónde pensaba ir hoy?

—No —respondió—. Solo me dijo que iba a dar un paseo en coche.

—¿Pero no te dijo adónde? ¿En dirección a Waterbury? ¿A Burlington? ¿A algún otro sitio?

—No lo sé, Albert. ¿Qué pasa?

Albert se volvió hacia la chimenea.

Flora miró a George. Ella y George se conocían muy bien. Por lo general, interpretaba la

expresión de su cara inmediatamente. Tenía el rostro ancho, con la mandíbula marcada y grandes ojos castaños; el tipo de rostro capaz de soportar un golpe, poner nervioso a un delincuente o descomponerse con una risa contagiosa. Pero esa noche era como un mensaje cifrado.

–Por favor, ¿qué es lo que pasa? –repitió–. ¿Dónde está Iris? ¿Dónde está Alice?

–No pasa nada –contestó George. Mentía fatal y, además, ¿de qué servía mentir en aquellas circunstancias?–. Ya puedes volver a tu habitación.

–Quiero saber qué le ha pasado a Iris –insistió.

–¡Flora, por favor! –gritó Albert.

La desesperación de su voz la dejó literalmente helada. Su secretario, Robert, hizo un gesto con la cabeza para indicarle que no insistiera en el asunto.

–Por supuesto –dijo Flora–. No hace falta que me acompañe, Montgomery.

La doncella seguía en el patio interior, remoloneando nerviosa. Flora supuso que estaba intentando buscar algo que hacer cerca del despacho para poder escuchar lo que ocurría en su interior.

–Siento la imperiosa necesidad de una cafetera llena –le dijo Flora–. ¿Pueden subírmela a mi habitación?

–Sí, señorita –respondió, y se escabulló hacia la cocina.

Cuando la doncella se fue, Flora se dirigió con rapidez y en silencio hacia el salón de baile, contiguo al despacho de Albert. Habían construido las estancias pared con pared a propósito porque rara vez se utilizaban al mismo tiempo y las dos se beneficiaban de tener los techos altos.

Las luces del salón de baile estaban apagadas y las cortinas corridas. El suelo, que era blanco y negro, todavía estaba pringoso y sucio después de la fiesta del fin de semana, pues el servicio aún no lo había limpiado. Allí, bajo sus pisadas suaves, seguían las serpentinas, la gravilla del camino arrastrada por los zapatos de baile, las innumerables salpicaduras pegajosas del champán derramado.

Iris le había enseñado un truco sobre aquellas dos estancias: los espejos del salón estaban intercalados entre los paneles que cubrían la pared con dibujos que representaban a los personajes de la *Commedia dell'Arte*. En el último panel de la izquierda había un aplique en forma de máscara veneciana. Flora se subió sin hacer ruido a una de las sillas doradas que había junto a la pared y se estiró para alcanzarla. Metió los dedos en los orificios para los ojos y tiró hacia abajo con fuerza. El panel cedió y mostró un espacio vacío tras él. Flora lo empujó y el panel se abrió con un movimiento de oscilación sobre una bisagra hecha para tal fin.

Aunque parecía que solo compartían una pared, el salón y el despacho formaban en realidad un espacio secreto de unos sesenta centímetros de ancho. Los espejos de aquella parte del salón estaban orientados en el mismo sentido y se podían utilizar para observar los tejemanejes que se producían durante los bailes. Había interruptores para atenuar o hacer titilar las luces, y paneles pequeños que se podían abrir para arrebatarle la bebida de las manos a algún perplejo asistente. Tenía una segunda utilidad, quizá no intencionada: se trataba de un lugar perfecto para escuchar lo que se hablaba en el despacho de Ellingham. Flora se deslizó hasta encontrar la pequeña puerta que daba al despacho. La puerta estaba lo bastante lejos de los hombres y lo suficientemente escondida en la pared como para poder entreabrirla un par de centímetros sin temor a que nadie se diese cuenta, tal como Iris le había enseñado.

–La mayor parte de lo que oigo es un aburrimiento –comentó Iris cuando le mostró el pasadizo y la puerta–. Ojalá se echara una amante y me proporcionara algo más jugoso que escuchar.

Flora tenía el presentimiento de que lo que oiría aquella noche no sería nada aburrido.

–... que llegó el jueves –decía George–. ¿Todavía lo tienes?

–Claro. –Reconoció la voz de Robert Mackenzie–. Tome.

Le entregó un papel a George.

–«¡Mira! ¡Un acertijo! ¡Ya es hora de jugar!» –leyó George–. «¿Soga o pistola, qué debemos usar? Los cuchillos tienen filo y brillan como estrellas. El veneno es más lento, vaya, qué pena. El ahogamiento es lento, el fuego es festivo, la horca es un método muy poco atractivo. Una cabeza rota, una mala caída, un coche que choca en medio de la vía. Las bombas hacen un ruido muy gracioso. ¡Cuántas formas de castigar a los niños revoltosos! ¿Qué debemos usar? Es difícil decidir. Igual que tú no sabes si esconderte o huir. Ja, ja. Atentamente, Perverso».

–El sobre lleva matasellos de Burlington –añadió Robert.

Sonó el teléfono y Albert Ellingham arrancó el auricular de su soporte incluso antes de que terminara el primer tono. Contestó sin aliento. Los hombres se reunieron en torno al teléfono de la mesa del despacho y a Flora le resultó muy difícil oír los comentarios hasta que la voz de George se alzó por encima de las demás.

–Hemos visto a su hombre –dijo una voz con un acento extraño y duro–. Ha llamado a la policía.

–No –repuso Albert–. George es amigo mío. Ha venido de visita.

–Sabemos quién es –replicó la voz–. Lo único que ha conseguido es empeorar las cosas. Esto es lo que va a hacer ahora: reúna todas las joyas, todo el dinero en efectivo, todo lo que tenga. Métalo en fundas de almohadas. Envíe a su amigo solo, en su coche. Dirección este por la carretera interestatal 2 y después siga a la izquierda, hacia West Bolton. Allí nos lo entregará todo y usted recuperará a su familia. Mejor que se dé prisa. Tiene una hora a partir de este momento.

El teléfono enmudeció. Albert insistió varias veces, pero no obtuvo respuesta. Flora se arriesgó y abrió la puerta dos centímetros más para ver qué estaba pasando. Los hombres estaban de pie en torno a la mesa, sin moverse y sin hablar.

–Iré solo –dijo George por fin.

–No –se opuso Albert–. Se trata de mi mujer y mi hija.

–Ya los has oído, Albert –repuso George–. Quieren que vaya yo, así que iré yo.

Robert Mackenzie había sacado un mapa, que desplegó sobre la mesa alrededor de la cual se habían reunido.

–Veamos –dijo–. Quieren que vaya en dirección este por la interestatal 2 y que después se desvíe a la izquierda hacia West Bolton. Es una carretera de tierra. Sobre el papel debería tardar media hora o quizá algo más, dependiendo de lo que pase al tomar el desvío.

–Tenemos que darnos prisa –dijo George–. Dígame a Montgomery que empiece a reunir objetos de valor. Joyas, relojes, todo lo que encuentre.

–¿Por qué usted? –preguntó Robert–. Usted pertenece a un cuerpo policial. Está entrenado.

–Yo salgo más barato –contestó George–. Si fuera Albert y le pasara algo, si resultase herido o muriese, sería una noticia de alcance internacional. Se involucraría al presidente. Eso supondría la silla eléctrica. ¿Un agente del FBI del que nadie ha oído hablar? No tendría tanta repercusión. Esas cosas pasan. No pueden permitir que te ocurra nada, Albert.

–Tiene razón –admitió Robert–. Y además ya no les entregarían más dinero, si eso sucediese.

–Ahora hay que moverse –apremió George–. Tenemos que reunir lo que han pedido. ¿Dónde están las joyas?

–Hay dos cajas fuertes arriba, una en mi vestidor y otra en el de Iris. Las combinaciones de ambas son cinco izquierda, veintisiete derecha, dieciocho izquierda, diecinueve derecha. Suba, Robert. Que lo ayude Montgomery. Vacíenlas.

Robert Mackenzie salió a toda prisa y dejó a Albert y George solos con el mapa.

–Debería ir yo –insistió Albert.

George respondió en voz baja, pero su voz logró llenar el despacho y remover el aire.

–Lo que tienes que hacer es escucharme. Me has mandado llamar por una razón. Parece que están dispuestos a soltarlas, así que tenemos que conservar la serenidad. Jugaremos según sus reglas, pero con inteligencia. Iré yo y te las traeré. Sé que crees que deberías ir tú, pero tienes que dejar a un lado tus sentimientos.

Albert se recostó sobre el respaldo de la silla y permaneció en silencio unos instantes.

–Si lo consigues –dijo por fin–, te debo la vida.

–Una copa bien cargada será suficiente –dijo George al tiempo que recogía su abrigo. Al hacerlo, Flora advirtió que su mirada recorría la zona donde se encontraba la puerta tras la cual estaba escondida, pero no pareció percatarse de la pequeña abertura en el panel. Se limitó a ponerse el abrigo y añadir–: Cierra esto con llave. No quiero que entre ni un ratón. ¿Tienes un revólver?

–Hay uno en el escritorio –contestó Albert.

–Cárgalo. Blindá la academia. Que haya personal vigilando en cada puerta. Y vosotros dos quedaos aquí con el pestillo echado y ese revólver a mano hasta que vuelva. Si no aparezco antes de, digamos, la una de la mañana, llama a la caballería. Así es como tenemos que encarar la situación. Así es como las traeremos de vuelta a casa.

Acurrucada en el pasadizo secreto, con la cabeza pegada al resquicio de la puerta, Flora sintió que su corazón latía tan deprisa que creyó que iba a desmayarse. Se deslizó hacia el suelo haciendo el menor ruido posible.

6

DE VUELTA EN MINERVA , LOS OTROS DOS RESIDENTES ESTABAN haraganeando en el sofá; Ellie con las piernas descansando con naturalidad sobre las rodillas de Hayes mientras le hablaba de París. Él tecleaba en su teléfono. Pix estaba sentada de nuevo a la mesa, pero su colección de dientes había desaparecido y su lugar lo ocupaban papeles y unas flamantes carpetas de Ellingham.

–¡Ya habéis vuelto! –exclamó–. Muy bien. Necesito unos minutos para repasar las normas básicas...

–¿No tienes que esperar a David o qué? –preguntó Ellie con un gruñido.

–Su vuelo desde San Diego se ha retrasado y cuanto antes empecemos antes acabaremos. Es rápido.

–Pero va a venir, ¿no?

–Va a venir –aseguró Pix.

Stevie, Nate y Janelle se sentaron también a la mesa. Ellie y Hayes se quedaron acurrucados en el sofá; él seguía absorto en el teléfono.

–Hayes –dijo Pix–. Levanta la vista cinco minutos.

Hayes alzó su cara de facciones esculpidas, sonrió relajado y dejó el teléfono encima del sofá.

–Bueno –empezó Pix mientras consultaba una lista–, bienvenidos a Ellingham. Tarjetas de identificación. Todos tenéis vuestra tarjeta de identificación. Está programada para permitir os el acceso a los edificios donde necesitéis entrar.

Ellie rodó sobre sí misma con afectación para dejarse caer del sofá y aterrizó bocabajo. Pix continuó:

–A los visitantes de otros edificios les está permitido entrar en las zonas comunes, así que pueden estar en esta sala o en la cocina, pero nada más. Todos tenéis el reglamento oficial de conducta de Ellingham, que incluye información sobre el consentimiento y el respeto a los demás compañeros. Aquí, «no» significa no. Bien...

Pix examinó la lista rápidamente.

–Normas de sentido común. Está prohibido el consumo de alcohol y de drogas. Toda la comida de la cocina debe guardarse en contenedores sellados y etiquetados en caso de alergias, pero en esta casa no hay nadie que tenga alergia a los cacahuets, creo que debemos alegrarnos. Nada de encender fuego. Excepto en esta sala, siempre y cuando esté yo presente. En serio, Ellie, nada de fuegos...

Ellie dejó escapar un gemido.

Janelle levantó la mano.

–¿Y soldar? –preguntó.

–En la sala común, sin problema. Nadie tiene microondas, vale... Está prohibido salir del campus sin autorización. Tenemos autobuses a Burlington los fines de semana que salen a las diez

de la mañana y vuelven a las cuatro. Avisadme de inmediato si hay alguna urgencia médica en la casa. Hay una enfermera en el campus las veinticuatro horas, el médico viene tres días a la semana y el equipo de seguridad puede hacerse cargo de cualquier emergencia si necesitáis ayuda urgente. Si necesitáis hablar con alguien, podéis hablar conmigo con toda confianza, y además tenemos dos orientadores, con los que podéis concertar cita por Internet o en persona. Creo que eso es todo...

Volvió a consultar la lista.

–La mayoría de estas cosas las podéis leer vosotros mismos. Creo que ya he dicho que nada de fuegos. Y lo digo en serio, Ellie...

–Nada de fuegos –farfulló Ellie con la cara pegada al suelo.

–¡Muy bien! Entonces ya está. Tomad una carpeta cada uno.

Nate recogió la suya rápidamente y se apresuró a subir de nuevo a su habitación. Pix se dirigió a su apartamento. Ellie se despegó del suelo, se acercó a la mesa y se apoyó entre Stevie y Janelle.

–Al cuarto de la bañera –les dijo en voz baja–. Las dos. Dentro de quince minutos. Traed una taza.

Parecía una orden que debía ser obedecida.

Quince minutos después, taza en mano, Janelle y Stevie llamaron a la puerta del cuarto de la bañera. Ellie estaba metida en la bañera, vestida con lo que parecían unos pololos y un corsé del siglo XIX. Solo eso habría bastado para llamar la atención de Stevie, pero lo que la capturó fue el color rosa fuerte del agua.

–Cerrad la puerta –indicó–. Tenemos que hacer un pequeño cóctel de bienvenida para festejar vuestra llegada.

Señaló un montón de toallas usadas y húmedas junto a ella como si fuesen un cómodo diván.

Stevie no sabía muy bien por dónde empezar. El hecho de que las acabaran de advertir sobre el consumo de alcohol. El hecho de que Ellie estuviera metida en la bañera en pololos y tiñéndose el pelo de rosa. O el hecho de que hubiera un saxofón apoyado en la bañera. Eso también.

Decidió dejar que la situación siguiera su curso y ver adónde las llevaba la conversación. Era una técnica utilizada en investigación criminal cuando alguien quería hacerse una idea de cómo respiraba una persona: dejarlas hablar, dejar que tomaran la iniciativa y esperar a que descubrieran su verdadero yo.

–Estoy tiñendo mi traje para esta noche –dijo Ellie.

Tanto Janelle como Stevie decidieron obviar el hecho de que Ellie se estuviese tiñendo de rosa. No había ninguna necesidad de manifestar lo que era obvio.

–¿Qué pasa esta noche? –preguntó Janelle.

–¡Esta noche es la fiesta! –contentó Ellie–. A ver. Tazas. Vamos.

Extendió el brazo a su espalda buscando a tientes y sacó una botella de champán.

–Tazas –insistió Ellie a la vez que les tendía la botella.

–Pero Pix acaba de decir... –empezó Janelle.

–¡Tazas!

Stevie le pasó la suya y Janelle hizo lo mismo instantes después. Ellie sirvió un poco de champán espumoso a cada una.

–Hace calor –comentó–. Solo pude traer unas cuantas botellas de Francia; es del barato, pero hasta el barato en Francia es mejor que el de aquí. Muy bien. Voy a informaros sobre todo esto. Lo primero...

Levantó la taza y Stevie y Janelle entendieron la indicación de que tenían que brindar.

–*Skål*.

Ellie bebió un sorbo con avidez. Janelle se quedó mirando el interior de su taza. Stevie vaciló un instante y después decidió probarlo. Había bebido alcohol muy pocas veces en su vida, pero si había un momento y un lugar propicios, probablemente era aquel. Y probablemente podrían esconder las tazas a tiempo. Probablemente. El champán estaba caliente, tenía un gusto fuerte a mineral y le hizo cosquillas en la nariz. No le resultó desagradable.

–Beber alcohol –continuó Ellie–. Ya saben que lo hacemos. Estamos en el medio de la nada y eso limita mucho nuestras posibilidades. Este es el típico lugar donde aunque gritases nadie se enteraría.

Janelle seguía con la vista fija en su champán. Se llevó la taza a los labios un par de veces, pero era obvio que solo fingía beber.

–No les importa demasiado, siempre y cuando no la lías parda –prosiguió Ellie, y rodó sobre sí misma hacia un lado para colocar bien su ropa mojada–. Si Pix te pilla, lo único que hace es mandarte tirar todo. Mi consejo: comprad alcohol barato, compradlo a menudo, ponedlo en un envase distinto cada vez. La mayoría de la gente aprovecha los autobuses a Burlington para comprarlo los fines de semana. Lo único con lo que hay que tener cuidado es que Larry Seguridad tiene espías de la brigada contra el vicio en las tiendas de licores que lo llaman si aparece algún alumno de Ellingham. Ponen las cosas difíciles, pero no imposibles. Hay mucha gente de la calle que lo puede comprar por ti si les das cinco dólares. Pero que no os pille Larry, porque os la cargáis. ¡Muy bien! Siguiente punto.

Se sirvió un poco más de champán.

–Toque de queda. Este es fácil. Podéis zafaros de varias maneras. Una, podéis darle vuestra tarjeta de identificación a alguien y que fiche por vosotros. A veces funciona, pero si Pix está en la sala común y se da cuenta de que no eres tú, mal asunto. La mejor solución, volver a casa y después salir por la ventana. De nuevo, os la podéis cargar con Larry, pero no tanto como si os pilla bebiendo. Con los demás agentes de seguridad depende de la chapa que les haya dado Larry. Llevar a gente a tu habitación tiene poca importancia. La verdad es que Pix tampoco husmea demasiado. Es guay. También se distrae con facilidad. Es superinteligente, pero siempre tiene la mente ocupada en mil cosas.

El modo en que Ellie había colocado los brazos permitió a Stevie verle el tatuaje. De hecho, estaba segura de que había colocado los brazos en la posición típica de «preguntadme por mi tatuaje». Constaba de una elegante línea de caligrafía. La tinta era muy oscura y, aunque no estaba enrojecido, se apreciaba un tono blanquecino alrededor si te fijabas mucho. Era reciente y se extendía desde la muñeca hasta el codo por la cara interna del antebrazo.

Mon coeur est un palais flétri par la cohue...

–Es de Baudelaire –explicó Ellie cuando comprobó que Stevie no le quitaba ojo–. Me lo hice este verano en París. ¿Habláis francés?

–Sí –respondió Janelle–. Bueno, un poco. Creo que significa... «Mi corazón es un palacio...». ¿Qué más?

–«... mancillado por el tumulto».

Stevie no tenía ni idea de qué demonios significaba aquello, pero asintió.

–Una noche estaba leyendo este poema en París –explicó Ellie a la vez que giró el brazo con elegancia– y me llegó al corazón, así que le dije a mi madre «Tengo que tatuármelo en el brazo». En todo el brazo. Y dijo que sí. Tomamos un poco de vino y fuimos a un sitio del Canal Saint-Martin. El nuevo novio de mi madre es una artista callejero que trabaja allí y sabía de un sitio donde hacérmelo.

Stevie reflexionó unos instantes sobre cómo había pasado el verano. La mayor parte del tiempo

lo pasó trabajando en esa imitación de Starbucks que era el Centro Comercial Monroeville. Cuando no estaba trabajando, leía. Escuchaba *podcasts*. Iba a la heladería dando un paseo. Compraba novelas de misterio de saldo en los puestos que instalaban delante de la biblioteca. Hacía todo lo posible por evadirse de la política. En fin, todo lo contrario a pasear por París con tu madre y el novio de tu madre y hacerte tatuajes.

–Otra cosa –dijo Ellie–. La cobertura aquí es una mierda. El wifi no hace más que colgarse.

–¿Cómo se hace para ver la televisión? –preguntó Janelle.

Stevie tuvo el presentimiento de que Ellie iba a decir que ella no veía la televisión.

–Yo no veo la televisión –contestó Ellie.

Stevie se anotó un punto en su marcador mental.

–¿No ves la tele? –preguntó Janelle en el mismo tono en que cualquiera preguntaría «¿No respiras oxígeno?».

–Creo arte.

–Y yo creo máquinas –repuso Janelle–. Y tengo el televisor encendido mientras las monto. Necesito la televisión. Me ayuda a concentrarme.

Janelle miró a Stevie con una expresión cercana al terror. Por las conversaciones mantenidas durante el verano, Stevie sabía que su amiga no bromeaba. Parecía conocer todos los programas. Janelle era una experta en multitarea por naturaleza, alguien capaz de hablar, construir un robot, seguir un programa, todo al mismo tiempo.

–No puedo ayudarte –dijo Ellie, y se ofreció a llenarles de nuevo las tazas. Cuando Janelle y Stevie declinaron el ofrecimiento, rellenoó la suya hasta el borde–. No veo la televisión. Nunca lo he hecho. Ni siquiera teníamos televisor cuando era pequeña. En casa siempre hemos sido fanáticos del arte. Me crié en una colonia de artistas en Boston y después en Nuevo México, y luego pasamos una temporada en París.

–¿Dónde fuiste al instituto? –preguntó Janelle.

–Donde estuviéramos. La comuna tenía un buen colegio. Si pudiera, si alguna vez fuese rica o algo así, fundaría una comuna. Este lugar sería una comuna estupenda. Bueno, contadme algo de vuestra vida amorosa.

Ellie subrayó su demanda con el ruido que hizo al dejar la botella en el suelo. Stevie sintió un escalofrío y náuseas. No era su tema de conversación favorito.

–Yo he roto con mi novia –confesó Janelle sin apartar la vista de su taza–. Fue entonces cuando reprogramé el microondas.

–La creatividad puede surgir en las situaciones más asquerosas –admitió Ellie–. El año pasado me vi atrapada en la rutina, hasta que vi a *Roota* en una casa de empeños de Burlington. Tenía que ser mío. En aquel momento no tenía dinero, pero encontré la manera de conseguirlo. Recurrí un poco al arte, gané un poco de dinero y compré a *Roota*. Desde entonces estamos juntos.

Dio una palmadita al saxofón.

–Os voy a decir otra cosa. Este lugar convierte a las personas en conejos. Es por lo aislado que está. Perdido en la montaña, sitiado por la nieve. Cuando se va la luz, pasan cosas muy extrañas. ¿Y tú qué?

Su pregunta iba por Stevie.

Justo en aquel momento, las burbujas del champán le llegaron al cerebro. Sentada en la penumbra de aquella torreta de techo altísimo, con su nueva amiga Janelle y aquella extraña pero divertida artista que se estaba tiñendo el pelo de rosa..., experimentó una sensación de calidez y una especie de relax perezoso. Hablaría sin rodeos.

–No he conocido a nadie que de verdad... No sé. Mi ciudad no es demasiado interesante. Y

mis padres son un poco... ¿Sabes quién es Edward King?

–¿El senador? –intervino Janelle–. ¿Ese capullo?

–El mismo –dijo Stevie.

–¿Quién? –se interesó Ellie.

–Edward King es un capullo de Pennsylvania –explicó Janelle–. Le encantaría poder retroceder a los peores tiempos del pasado en todos los sentidos.

–Bueno, pues a mis padres les encanta –dijo Stevie mientras se recostaba sobre el radiador–. Trabajan para él. Su oficina local es como nuestra casa.

–Dios mío –gimió Janelle–. Eso no me lo habías contado.

–No es el tipo de cosa del que hablas en un mensaje –repuso Stevie–. Pero hice lo que pude. Entré en el registro de los ayudantes voluntarios la noche anterior a la última convocatoria que hicieron por teléfono y cambié todos los números. Hicieron un montón de llamadas interesantes. A la sede de Krispy Kreme, a la Embajada de Canadá, a Disney World, al Centro de la Cienciología, a SeaWorld...

–Genial. –Ellie echó la cabeza hacia atrás entre carcajadas–. ¡Me encanta!

Se había quitado el anillo y lo había dejado en el borde redondeado de la bañera. Al reírse, extendió un brazo y lo tiró sin querer. Fue rodando hasta detenerse debajo de la bañera.

–Oh, mierda –farfulló.

Stevie se agachó y metió la mano debajo de la bañera. Al sacarla, se raspó con algo.

–Ten cuidado –le advirtió Ellie, poniéndose de nuevo el anillo–. Ahí debajo hay tuberías rotas o cosas por el estilo. Te puedes cortar.

Podía haberlo dicho antes de que Stevie metiera la mano debajo de la bañera para recuperar el anillo. Pero, pensándolo bien, Ellie tampoco parecía el tipo de persona que miraba si había agua antes de tirarse a la piscina, y probablemente le pasaba lo mismo con las advertencias.

–Bueno –continuó Stevie–, pues ese es el lugar de donde vengo. Y mis padres están obsesionados con que me eche novio. Para ellos, salir con alguien es uno de los mayores éxitos en la vida de una adolescente, así que...

–Entendido –dijo Ellie–. Pues aquí podrás hacer lo que quieras.

–Desde luego –terció Janelle–. Pero bueno, mis padres son todo lo contrario. Para ellos la vida académica es el centro de todo. Primero los estudios, después las chicas. Y ahora estoy aquí, así que...

Janelle dejó escapar un largo suspiro.

–Deberíamos prepararnos para irnos –dijo Ellie, y se levantó de repente, zanjando la conversación justo cuando Stevie empezaba a encontrarse cómoda. Por la ropa le caían chorretones de color rosa–. Iré a buscaros dentro de unos minutos. Ya casi es la hora de la fiesta. ¡Corred a prepararos!

En la cálida penumbra del pasillo, Janelle y Stevie se acercaron para hablar en voz baja.

–¿De qué demonios va? –preguntó Janelle–. A ver, me cae bien. Creo. Pero eso del poema, lo de Francia, vivir en una comuna, eso de no tener televisor... No sé.

–Quizá para eso hemos venido –sugirió Stevie.

–Quizá –admitió Janelle–. Para conocer gente que se jacta de no ver la televisión. Creo que nunca he tratado a gente loca por el arte. ¿Crees que lo del wifi va a ser un problema? En serio, necesito mi televisor. Voy a tener que solucionarlo de alguna manera. Tiene que haber algún modo de conseguir una conexión fiable. Bueno. Mejor será que vayamos a cambiarnos. Te veo dentro de un minuto.

En su habitación, Stevie pasó revista a su ropa rápidamente. No había contado con tener una

fiesta tan pronto. Nunca estaba lo que se dice preparada para una fiesta. Cuando sus compañeras de instituto buscaban por Internet ropa y complementos para una fiesta, siempre se quedaba francamente asombrada. Por lo visto, había gente que no solo entendía de esas cosas sino que las ponían en práctica. Una blusa a rayas, un sombrero de ala ancha, pantalones cortos para ese «fin de semana especial». Barras de labios para otoño, los vaqueros perfectos para pasar un buen rato, pendientes largos para esa fiesta y para esa pelea de bolas de nieve. ¿Quién llevaba esas vidas?

Su atuendo para la fiesta consistiría en unos pantalones cortos negros y una camiseta de tirantes también negra. Stevie no tenía joyas. Su concesión para el evento serían unas sandalias rojas.

Janelle apareció en su puerta ataviada con un vestido azul bebé cuajado de limones, con pendientes a juego en forma de limón y una colonia fresca con fragancia también de limón. Viniendo de Janelle, era aceptable, porque tenía sentido. Si era capaz de crear una máquina, también podía crear un conjunto.

Se oyó un quejido inesperado y discordante procedente de la planta superior. Ellie estaba tocando el saxofón y una cosa estaba clara: no sabía tocarlo.

–¡Oh! –exclamó Janelle, y levantó la mirada–. Esperemos que se aburra pronto.

–¿Voy lo bastante «festiva»? –preguntó Stevie.

–Vas estupenda –dijo Janelle en un tono que parecía sincero–. Yo me he puesto nerviosa de repente. Cuando estoy nerviosa, me pongo mis limones.

Instantes después, Ellie, que seguía rosa y chorreando, bajó la escalera empujando a un disgustado y remiso Nate. Lo había sacado de su escondite a golpe de saxofón.

Era hora de ir de fiesta.

CAÍA EL LENTO CREPÚSCULO DE VERANO Y LAS LUCIÉRNAGAS surgían de entre la hierba para revolotear en el aire mientras los distintos grupos se dirigían a la fiesta, que se iba a celebrar en la tienda. Los ventanales de la Casa Grande de Ellingham reflejaron los últimos rayos del sol agonizante y los cristales resplandecieron con luz naranja y dorada. Ellie iba en cabeza tocando a *Roota* y lanzando una serie de graznidos desafinados que ponían en fuga a los pájaros que se encontraban en los árboles al pasar ante ellos.

–Va a venir David –dijo–. Os va a encantar. Es el mejor.

Al atravesar una de las muchas zonas con árboles y estatuas, Ellie se detuvo un instante ante una de las estatuas, buscó en su bolso y sacó un pequeño aerosol. Le pintó sobre el torso las palabras ESTO ES ARTE con letras azules y chorreantes, volvió a guardar el aerosol y continuó trotando en cabeza y arrancando gemidos a su saxofón.

–Un caso claro de alguien que se pasa de la raya –comentó Nate en voz baja.

Cuando llegaron, la tienda estaba abarrotada. Desde el interior les llegó el murmullo de las voces. Ellie apartó la portezuela de lona y levantó a *Roota* en alto. Un grupo de personas la vitoreó desde un pequeño sofá del fondo y fue a sentarse con ellas. Un minuto después, estaba envuelta en una boa de plumas negra que había salido de algún sitio. En el grupo había una alumna de primer año que llamaba la atención con los labios pintados de negro y un vestido rojo hecho jirones. Su nombre, como averiguaría Stevie en el transcurso de la velada, era Maris Coombes, y era cantante de ópera. Lo supo porque se pasó la fiesta entonando fragmentos de arias con voz alta y clara.

Un chico de aspecto vehemente, con el pelo revuelto, que llevaba una camisa exageradamente grande como las que se ponen a veces los pintores, gesticulaba con un cigarrillo electrónico en la mano. Hayes estaba en el mismo grupo, hundido entre los pliegues del sofá. Maris se encontraba muy cerca de él y hablaban cara a cara.

Janelle recorrió la tienda con la mirada y vio a Vi, que estaba sentada en una alfombra con otras tres personas jugando a algo para lo que utilizaban fichas.

–Vamos a sentarnos con ellos –propuso a Nate y a Stevie.

Era un sitio tan bueno como cualquier otro. Vi se movió hacia un lado para dejarles sitio y se hicieron las presentaciones.

–Estos son Marco, DeShawn y Millie –dijo–. ¿Os gusta Castillos de Arcadia? Íbamos a empezar una partida

–¡Claro! –exclamó Janelle–. No sé jugar, pero enséñame.

Stevie tampoco sabía jugar. Nate sí, lo cual le alegró un poco el semblante. Inmediatamente se puso a explicar el valor de las fichas con dibujos de cereales, la importancia de las distintas casillas verdes, por qué es necesario construir junto a los ríos y recoger el mayor número posible de ovejas y vacas de madera diminutas y colocarlas en zonas valladas. Janelle prestó atención todo el tiempo, pero Stevie no pudo evitar ponerse a observar la tienda y enseguida perdió la

noción de cómo iba el juego.

Una chica con porte regio entró en la tienda. Su corona era una melena de color rojo intenso, rizada y espesa. Stevie conocía a gente con pelo largo, gente con pelo rizado y gente pelirroja, pero aquella melena era un prodigio de la naturaleza. No la llevaba rizada del todo; se la había estirado y lucía espesa y dorada. Casi se parecía más a un mapa del tiempo que a una melena normal. Alguien exclamó «¡Gretchen!» y Ellie recorrió la tienda a saltitos para saludarla. Stevie observó cómo la chica recorría con la mirada al grupo del sofá y fijaba su atención en Hayes y Maris. Habló con Ellie, dio un increíble golpe de melena y se negó a sentarse con ellos. Hayes se limitó a saludarla con un leve gesto de cabeza y acto seguido volvió a prestar su atención a Maris.

Ahí pasaba algo.

Germaine Batt, la chica del autobús, estaba sentada hablando con Kaz, aunque parecía prestar más atención a lo que bullía a su alrededor que al chico. No paraba de teclear en su teléfono con una intensidad que Stevie pocas veces había visto.

–Tiene un programa –indicó Janelle–. *El informe Batt*. Es una especie de periodista.

A medida que la estancia se iba llenando y aumentaba el bullicio, fue quedando claro que nadie iba a jugar a Castillos de Arcadia; Millie, Marco y DeShawn se fueron por su cuenta y Vi y Janelle se pusieron a hablar entre ellas. Nate, con gesto triston y un puñado de vacas de madera en la mano, se quedó junto a Stevie.

–Este juego es muy divertido –dijo Nate–. ¿Qué se supone que deberíamos estar haciendo?

–Conociendo gente –respondió Stevie.

Nate dejó escapar un suspiro como si fuera un balón deshinchándose.

–No te gusta conocer a gente nueva –dedujo Stevie.

–A nadie le gusta conocer a gente nueva.

–No estoy muy segura de eso –repuso Stevie sin apartar la vista de Janelle y Vi. Notó con extrañeza que se estaba poniendo nerviosa mientras las dos chicas hablaban, con las cabezas cada vez más juntas y con carcajadas cada vez más ruidosas. Sintió una punzada de celos que se apresuró a aplacar.

–Es cierto –insistió Nate–. Todo el mundo finge que le gusta. Es una cosa más de las que se supone que tienen que gustarnos.

–Yo soy una persona nueva a la que acabas de conocer –dijo Stevie.

Nate no respondió.

–Bueno –continuó Stevie, decidida a mantener una conversación–, ¿estás trabajando en la secuela de tu libro?

–¿Qué?

Fue como si un foco lo hubiese iluminado y se encontrase inmovilizado contra una pared de ladrillos encarándose a los guardias. Apretó las vacas en el puño.

–La he empezado –dijo.

–¿Cuántos capítulos llevas?

–No funciona así –le espetó–. ¿Por qué me haces esas preguntas?

–¿Qué?

–Quiero decir... –dijo Nate inquieto–. No se escribe una cosa y ya está. No se hace así, sin más. Se escriben fragmentos, se vuelven a escribir, surgen nuevas ideas y se cambian cosas. No me apetece hablar del libro.

–Como quieras –accedió Stevie, que se hundió más en el futón hasta que la estructura de madera le hizo daño en la base de la columna.

Nate también se removió en su sitio, incómodo.

–Me admitieron por lo del libro –declaró–. Por eso estoy aquí. ¿Sabes cuántas páginas he escrito ya?

–Creí que no te apetecía...

–Dos mil. ¡Dos mil!

–¿Y eso no es bueno? –se extrañó Stevie sin saber muy bien qué pasaba.

–Dos mil páginas sin que pase nada. Es terrible. Escribí el primer libro y después me olvidé de cómo se escribía. Antes me sentaba a escribir y me transportaba a otro mundo, era capaz de visualizarlo todo. Pero el segundo se ha convertido en una cosa que tengo que hacer por obligación y algo se ha roto dentro de mí. Es como si antes supiera llegar a un país mágico y ahora hubiera perdido el mapa. Me odio a mí mismo.

Se recostó sobre los cojines y suspiró.

–O sea, que no, no me apetece hablar del libro.

Inquieta, Stevie miró de reojo a Nate hasta que se convenció de que no pensaba seguir hablando. Luego centró su atención en el resto de la sala.

Hayes se acercó más a Maris. Poco después, estaban de nuevo inmersos en una conversación. Stevie pensó en Beth Brave. Seguramente no le haría ninguna gracia que Hayes se acercase tanto a alguien ahora que había vuelto a la academia. Stevie también se fijó en que no era la única persona que estaba observando a Hayes y Maris. Germaine Batt no les quitaba ojo, y en un momento dado les hizo una foto con el teléfono. A la chica pelirroja, Gretchen, tampoco debía de hacerle gracia lo que veía, porque no hacía más que darles la espalda deliberadamente.

Demasiados hilos tiraban de Hayes en distintas direcciones.

–¡Es David! –exclamó Ellie a la vez que abría los brazos y desbarataba la concentración de Stevie en Hayes y su órbita–. ¡David, David, David!

Cuando David, David, David entró en la tienda, se estremecieron las cuerdas de las que colgaban las lámparas y una fragante brisa nocturna se coló en el interior. Levantó los brazos como si acabara de ganar una carrera. Ellie se abalanzó sobre él y lo envolvió en un abrazo lleno de plumas de boa. Él la levantó un poco en el aire, ella le rodeó la cintura con las piernas y allí se quedó mientras el chico avanzaba.

Ellie condujo al triple David hacia el grupo de Minerva. Era alto, con una mata de pelo oscuro medio despeinado que seguramente llevaba meses sin ver unas tijeras. Había mucha gente vestida informal, pero el atuendo de David se aproximaba más al término «zarrapastroso»: bermudas desgastadas llenas de agujeros visibles y no recién hechos, camiseta fina azul marino con un anagrama ajado que estaba ilegible y zapatillas para monopatín raídas.

En aquel primer momento, Stevie tuvo la impresión de que ya lo conocía. Había algo en él que le recordaba un poco a... algo que no era capaz de ubicar. Algo que puso a su mente en guardia.

–Este es David –indicó Ellie sin dejar de aferrarse al torso del chico–. Es el último que quedaba por llegar de la casa Minerva. Di hola, David.

Stevie tuvo el extraño presentimiento de que en realidad no iba a decir «Hola», y eso fue exactamente lo que ocurrió. Otro punto en su marcador mental. Al fin y al cabo, quizá la gente de Ellingham no fuera tan distinta del resto.

Los ojos de David, brillantes y oscuros, se volvieron directamente hacia ella, como si hubiera percibido su suspicacia. Alzó un poco más las cejas y le dedicó una sonrisa larga con los labios apretados. Depositó a Ellie sobre el respaldo del sofá y se sentó entre Nate y Stevie, en un hueco en el que apenas cabía. Ellie hizo las presentaciones mientras decoraba el pelo de David con las plumas que se habían caído de su boa.

David rebuscó en su bolsillo y sacó una baraja muy manoseada.

–Elige una –dijo, y le ofreció la baraja a Stevie.

Al inclinarse hacia él, Stevie percibió varios olores distintos. Había algo ligeramente desagradable que no fue capaz de identificar, aparte del aire estancado del avión.

No le apetecía escoger ninguna carta, pero tenía la baraja ante ella, así que sacó una.

–Mírala –le indicó David–. No me la enseñes.

Stevie pegó la carta a la palma de la mano y vio la jota de corazones.

–Muy bien –dijo David, echó la cabeza hacia atrás y miró el techo de la tienda–. ¿Es... el tres de tréboles?

–No.

–Vale. ¿El seis de diamantes?

–No.

–¿El as de picas?

David dejó escapar un ruidito de desencanto. Nate hizo un gesto de apoyo, pero Janelle le dedicó una sonrisa amable. Ellie se acomodó sobre el respaldo del sofá.

–¿Siete de corazones? –preguntó.

–Quizá deberías rendirte ya –repuso Stevie.

–No, no. Siempre la adivino en los primeros cincuenta y dos intentos.

Sus palabras provocaron una risita de Janelle, pero Stevie sospechó que era por simple cortesía.

–Muy bien –David bajó la vista y respiró hondo–. Último intento. ¿Es... el rey de tréboles?

Stevie le mostró la jota de corazones.

–Ya –dijo David–. No pretendía adivinarla. Solo te estaba diciendo los nombres de las cartas.

Recogió la carta de la mano de Stevie y volvió a meterla en la baraja. Stevie sintió que le ardían las mejillas. ¿Era una burla? ¿Qué diablos significaba aquello? Podía soportar las burlas. Lo que no podía soportar era no entender. La tienda estaba cerrada y el aire se enrarecía.

Ellie le dio a David unos golpecitos suaves en la cabeza, y con ellos hizo revolotear unas cuantas plumas.

–Mira que eres bobo, David –dijo cariñosamente mientras dirigía a Stevie una sonrisa tranquilizadora por encima de la cabeza del chico–. Ya empezaba a preocuparme pensando que no vendrías.

–Estoy aquí de milagro –dijo él. Después añadió, dirigiéndose a todos–: El año pasado estuve un poco distraído.

–Se sentaba en su cuarto a fumar hierba y jugar a la consola –puntualizó Ellie.

–Tal como lo dices, parece que no hice nada –protestó David–. Era trabajo de investigación.

–David hace videojuegos –indicó Ellie–. O eso dice.

–Bueno, ¿y vosotros quiénes sois? –preguntó David.

Janelle se ocupó del resto de las presentaciones. Nate volvió a quedar marcado como el que escribió aquel libro aquella vez. Después fue el turno de Stevie.

–Investiga crímenes –dijo Janelle.

–¿Investiga crímenes? –se asombró David–. ¿Y eso qué significa?

–Lo que parece –replicó Stevie.

–¿Y... ves mucho Investigation Discovery? –preguntó.

Lo cierto era que sí, veía mucho Investigation Discovery. Era el canal de programas sobre crímenes. Pero no lo dijo.

–Se dedica a la criminología y cosas así –dijo Janelle, quizá un poco a la defensiva–. Y lo sabe todo sobre el caso Vermont. Por eso está aquí.

–¿Cómo, estás aquí para resolverlo?

Stevie dio un respingo.

Sí, ese era el plan, más o menos. Pero se suponía que nadie más debía decirlo, y desde luego no de aquella manera. Era como si David se hubiera apoderado de sus sueños, que llevaban todo el día flotando y elevándose, y los hubiera hecho estallar con un alfiler. Ahora habría trocitos de sueños de goma desperdigados por toda la tienda.

–No ibas a contestar eso, ¿a que no? –dijo. Su mirada era tan viva, tan penetrante...

Se produjo un silencio incómodo en aquel rincón. Para romperlo, Ellie se deslizó desde lo alto del respaldo hasta dejarse caer en el regazo de David.

–Creí que ya estaba resuelto –le dijo a Stevie–. ¿No? ¿No confesó nadie?

–Una hombre fue declarado culpable –puntualizó Stevie–. Pero probablemente no fue él quien cometió el crimen. Confesó porque...

Se oyó un estallido de risa a sus espaldas y Ellie se volvió para ver qué pasaba. A nadie le interesaba escuchar por qué había confesado Anton Vorachek, el anarquista del pueblo que fue detenido y juzgado por el crimen.

–Confesó porque estaba testificando... –intentó continuar Stevie.

A diferencia de antes, cuando todo el mundo escuchaba, ahora estaba empezando el baile y David la miraba con una extraña sonrisita de suficiencia mientras Janelle, Vi y Nate se mostraban visiblemente incómodos.

Uno sabe cuándo ha terminado su minuto de gloria.

De pronto apareció una petaca. Ellie bebió un trago. David pasó. Se lo ofrecieron a Janelle, Nate y Stevie, pero rehusaron. A Stevie le parecía repugnante beber de donde bebían otros. Seguía al pie de la letra el Principio de Intercambio de Locard: todo contacto deja un rastro; en aquel caso, restos de saliva y líquido.

Ellie y David fueron a saludar a otros alumnos de segundo año y dejaron solos a los de primero.

–Parece divertido –comentó Janelle con un entusiasmo fingido.

Nate era incapaz de obligarse a mentir.

–Ya me siento algo mejor –le confesó a Stevie–. Me parece que estás aún más jodida que yo.



Las noches siempre traían consigo preocupaciones. Las noches eran duras.

Eran las tres de la madrugada y Stevie seguía con los ojos como platos. Si iba a sufrir un ataque de pánico, probablemente sería aquella noche. Nuevo centro, nuevo comienzo de curso, nuevos amigos, nuevo hogar en las montañas cuando nunca había estado lejos de su casa y de sus padres más de unos pocos días. La noche también trajo consigo un aire más fresco, pero aun así la habitación estaba cargada. Cuando abrió la ventana entró volando una enorme mariposa nocturna. Revoloteó a toda prisa hacia la luz del techo y chocó contra ella con un golpe sordo.

–Conozco esa sensación –murmuró Stevie.

Los ataques de pánico habían comenzado cuando tenía doce años. Nadie sabía por qué. Sus padres intentaron ayudarla, pero estaban desconcertados. La medicación la alivió en parte, pero Stevie tuvo que solucionar el resto con ayuda de la orientadora del instituto y leyendo prácticamente todo lo que había en Internet.

Desde hacía un año y tres meses Stevie no sufría ataques de pánico continuos, y llevaba por los menos seis meses sin tener uno importante. Pero las noches aún la preocupaban. Seguía dando paseítos antes de acostarse, siempre echando un vistazo a la cama y preguntándose si esa noche

sería una de aquellas en las que el ritmo cardíaco la arrancaría del sueño a la velocidad de un coche de carreras sin piloto y con una tabla presionando el acelerador.

Se sentó en el suelo bajo la ventana, cerró los ojos y dejó que la brisa fresca le acariciara la nuca. Inspira. Espira. Cuenta. Uno. Inspira. Espira. Cuenta. Dos. Deja que fluyan los pensamientos, que vengan y se vayan.

«No ibas a contestar eso, ¿a que no?».

Fuera.

«Siempre puedes volver a casa».

Fuera, pero fuera ya. Que no vuelva.

«Estás aún más jodida que yo».

Abrió los ojos y miró su escritorio. Podía tomar un Ativan y caer dormida como un tronco, pero mañana estaría grogui.

No. Iba a conseguirlo. Iba a encontrarse bien.

Así que se refugió en su otra medicina: el misterio. A Stevie la había atraído el misterio desde pequeña. Y había descubierto que, cuando sobrevenía un ataque, el misterio era su salvación. Si por la noche no podía dormir, tenía sus novelas de misterio, sus libros sobre crímenes reales, sus programas, sus *podcasts*. Quizá la mayoría de la gente no se tranquilizaría leyendo sobre asesinato en los baños de ácido, sobre Lizzy Borden o H. H. Holmes, sobre asesinatos en la autopista, sobre el barrio tranquilo que encerraba un oscuro secreto, sobre cuerpos emparedados y huellas latentes, sobre los trece invitados a una cena en la que sabes que no todos van a sobrevivir... Esas cosas hacían que su mente trabajara y cuando su mente trabajaba en algún misterio, no había espacio para el pánico.

Así que Stevie se convirtió en una máquina del misterio que escuchaba crímenes reales entre clase y clase y mientras llenaba cajas de granos de café en el centro comercial. Nunca se cansaba. Entró en el mundo de los Webleuths en Internet. Allí encontró gente como ella, gente que pasaba tiempo estudiando casos no resueltos. Fue allí donde se quedó fascinada por el caso Vermont.

Sí, las posibilidades de que pudiera resolver el caso eran muy pocas. Era una adolescente de Pittsburgh de dieciséis años. Ese caso se remontaba a varias décadas atrás. Todo el mundo había intentado resolverlo. El FBI no había sido capaz. Muchísimos investigadores serios (y no tan serios tampoco habían sido capaces. Miles de personas se habían obsesionado con el caso a lo largo de todos aquellos años. El propio Ellingham, un genio, había intentado averiguar qué había ocurrido y su investigación acabó con su vida.

El caso Vermont no se resolvía de cualquier manera.

Fijó la vista en las paredes con sus gruesas capas de pintura y sus posibles secretos.

No estaba jodida. Era Stevie Bell, y había entrado en la Academia Ellingham por méritos propios. Allí no admitían a nadie por error.

A menos que en esta ocasión...

¿Y si habían cometido un error? ¿Y si habían cometido el primer error de su historia? ¿Por qué precisamente con ella?

No, no, no, no.

Stevie se dispuso a escuchar un *podcast* y arrastró y abrió una caja todavía precintada. Sacó varias carpetas gruesas llenas de fotocopias y recortes cuidadosamente ordenados, un rollo de cinta adhesiva fuerte y unas tijeras resistentes. Una vez vacía, procedió a cortar la caja de cartón en rectángulos, doblando las solapas para que fuesen todos iguales. Trabajaba deprisa, con la mente dividida entre el *podcast* y la tarea que tenía entre manos.

En las novelas policíacas siempre había un tablero dedicado al caso, un lugar donde poner las

imágenes de las víctimas y los sospechosos, mapas y diagramas. Una referencia visual cuando se quería analizar todo. La caja serviría como tablero.

Arriba del todo colocó tres fotografías: Iris Ellingham, Alice Ellingham y Dottie Epstein. Y allí estaban también los planos de los pisos de la Casa Grande en el momento del secuestro. El tablero empezó a cobrar forma a medida que lo fue llenando.

En el centro del tablero, Stevie colocó la prueba más famosa de todas, la que siempre comentaba la gente, la carta de Atentamente Perverso:

*¡Mira! ¡Un acertijo! ¡Ya es hora de jugar!
¿Soga o pistola, qué debemos usar?
Los cuchillos tienen filo y brillan como estrellas.
El veneno es más lento, vaya, qué pena.
El ahogamiento es lento, el fuego es festivo.
La horca es un método muy poco atractivo.
Una cabeza rota, una mala caída,
un coche que choca en medio de la vía.
Las bombas hacen un ruido muy gracioso.
¡Cuántas formas de castigar a los niños revoltosos!
¿Qué debemos usar? Es difícil decidir.
Igual que tú no sabes si esconderte o huir.
Ja, ja.
Atentamente,
Perverso.*

La carta original se había perdido en la vorágine de la investigación, así que no pudieron realizar ninguna prueba ni buscar huellas dactilares. Solo quedaba una foto: una comunicación cruda y terrible que llegó a casa de los Ellingham una semana antes del secuestro. Estaba hecha con palabras recortadas de periódicos y revistas para ocultar la caligrafía, al más puro estilo clásico y escalofriante.

De los muchos aspectos enigmáticos del caso Vermont, aquel era al que siempre terminaba por volver: aquella declaración extraña por parte de un desconocido que decía «Soy una mala persona. Tengo intención de hacer daño. Ahora te lo estoy haciendo al inspirarte temor. Yo soy el cuchillo. Soy Atentamente Perverso».

En cierto modo, era casi una provocación. Solo que todo era mucho más complicado. En la década de 1930 costaba mucho más trabajo ponerse en la piel de un famoso. Había que tener una colección de revistas y periódicos, encontrar las palabras necesarias, recortarlas con cuidado y pegarlas con retorcida precisión para después enviarlas por correo sin llegar a saber qué efecto causarían.

¿Por qué autodenominarse como Atentamente Perverso? ¿Por qué anunciarles que vas a su encuentro?

Stevie añadió otra foto al tablero: Anton Vorachek. Fue la carta de Atentamente Perverso lo que desde el primer momento convenció a Stevie (y a más gente) de que Vorachek era inocente. Apenas hablaba inglés y probablemente no habría sido capaz de escribir un poema en ese idioma, un poema compuesto al estilo de Dorothy Parker, nada menos. A nadie le cuadró nunca, pero encontraron los billetes marcados en su poder. Además, era un hombre que a nadie caía bien y que confesó en el banquillo.

Atentamente Perverso planeó sobre el caso como un espíritu maligno.

Durante una hora, Stevie se dedicó a reunir las imágenes y organizar las carpetas. Había planos de la casa, copias de entrevistas, informes policiales. Había necesitado mucho tiempo, una bibliotecaria servicial y la ayuda de los demás Websleuths para reunirlo todo. Había gastado dos cartuchos de tinta de impresora y una caja entera de folios destinados a la campaña de Edward King (bien) para imprimir aquel montón de datos. Y es que eran un montón. Pesaban. A Stevie le gustaba sacar los archivos y los fajos de papel y leerlos detenidamente una y otra vez hasta que fluían por su mente como un antiguo arroyo. Seguro que otras personas habían llegado a Ellingham con interés en el caso. Algunas antes de la existencia de Internet, así que no habrían tenido acceso a todo lo que Stevie había podido consultar. Y los demás...

Nadie. Nadie tenía su pasión. Uno sabe cuándo es el fan número uno, el que conoce todas las palabras, el que se da cuenta de que hay lagunas y percibe las alteraciones. Uno sabe cuándo es el único que capta la idea.

Estaba amaneciendo cuando Stevie terminó de organizar el tablero y colocar todos los papeles en orden en su escritorio y en la estantería. Se acercó a la ventana y se encontró con una mañana tibia y sugerente con una brisa suave y ligera. Cerró los ojos y respiró hondo.

La escena crítica del misterio llega cuando el detective entra en juego. La acción se traslada al salón de Sherlock Holmes. El hombrecillo belga con el bigote encerado aparece en el vestíbulo del lujoso hotel. La encantadora anciana va a visitar a su sobrina con la bolsa de hacer punto bajo el brazo cuando empiezan a circular por el pueblo las cartas con tinta envenenada. El detective privado vuelve a su despacho tras una noche de juerga y encuentra a la mujer con el cigarrillo y el sombrero con velo. Ahí es cuando empieza a cambiar.

El detective había llegado a la Academia Ellingham.

14 de abril, 1936, 4:00 a. m.

CUANDO GEORGE MARSH ABRIÓ LA VERJA DE LA ENTRADA PRINCIPAL de la finca Ellingham, lo recibieron dos hombres vestidos con monos que llevaban escopetas. Lo saludaron con la mano al pasar y enfiló con su Model B la peligrosa carretera por segunda vez en pocas horas.

Albert Ellingham y Robert Mackenzie lo esperaban en el camino de acceso a la casa. Mackenzie estaba arrebujado en su abrigo, pero Ellingham no parecía sentir el frío en absoluto. Se abalanzó sobre la puerta del vehículo, pero lo que vio lo dejó de piedra.

–¿Qué ha pasado? ¿Dónde están? ¡Y tu cara! ¿Qué ha pasado?

Se refería a los cardenales que se extendían desde el mentón hasta el ojo izquierdo de Marsh y al corte en su mejilla izquierda. Tenía el ojo casi cerrado debido a la hinchazón.

–No estaban allí –dijo Marsh, y salió del coche.

–¿Qué significa eso de que no estaban allí? ¿No las viste?

–Tomé la desviación hacia West Bolton. Cuando habría recorrido poco más de un kilómetro y medio vi que habían bloqueado la carretera con un coche. Salí y me atacaron por sorpresa. Quieren doscientos mil dólares más. No había rastro de Iris ni de Alice.

Robert dejó escapar un agudo suspiro.

–Tenía usted razón, Robert –dijo Ellingham–. Quieren más. Así que tendremos que conseguir más. ¿Cuánto tiempo nos han dado?

–Veinticuatro horas –respondió Marsh–. Recibirás otra llamada. Dijeron que debíamos esperar en la cabina telefónica de Church Street esta noche a las once. Querían que fueses tú quien llevase el dinero, pero conseguí que me aceptaran como intermediario.

–Espero que ahora sí llamemos a la policía y al FBI –le dijo Robert–. Podemos contactar con alguien que despierte a J. Edgar Hoover. No podemos seguir así.

–Dijeron que el incremento del precio del rescate era porque habías implicado a la policía, refiriéndose a mí –dijo Marsh.

–Esto no va a parar –repuso Robert con la voz quebrada por el apremio–. Es usted una fuente inagotable de fondos. ¿Es que no se da cuenta?

Un búho cruzó el cielo con un chillido.

–Deberíamos hablar dentro –sugirió Marsh en voz baja–. Las voces las lleva el viento.

La Casa Grande estaba en silencio, pero no en calma. La electricidad en lo alto de la montaña era muy poco fiable. Las luces del vestíbulo principal parpadearon y se atenuaron. La propia casa parecía latir. Otros dos hombres vestidos con monos de trabajo esperaban justo al otro lado de la puerta, con las escopetas listas para disparar. Parecían perplejos, nerviosos, y la visión de la cara magullada de Marsh no los tranquilizó en absoluto. Montgomery, el mayordomo, seguía despierto y esperando órdenes.

–¿Traigo agua y vendas, señor? –preguntó.

–¿Qué? –preguntó Ellingham; entonces se acordó de las heridas de Marsh y le hizo un gesto con la mano–. Sí, sí, tráigalas.

Ya en el despacho, Ellingham se dirigió impaciente al mueble bar, sirvió unos güisquis con mano temblorosa, ofreció una copa a cada hombre y se sirvió otra para él.

–¿Qué le has dicho al personal de la casa? –quiso saber Marsh–. Deben de haberse dado cuenta de que la señora Ellingham y Alice no han vuelto.

–Les hemos dicho que recibimos una de las acostumbradas amenazas –explicó Robert–. Anarquistas. Y que aconsejamos a la señora Ellingham que pasara la noche en Burlington en casa de una amiga hasta que lo solucionáramos.

–¿Crees que se lo han tragado?

–Probablemente no.

Los tres se sumieron en el silencio durante varios minutos. Marsh se hundió en un sillón. Ellingham se quedó de pie junto al fuego, aferrando con fuerza la repisa de la chimenea. Mackenzie se sentó y volvió a leer la carta. Montgomery apareció con el agua y las vendas. Marsh se limpió la sangre de la cara.

–Las traeremos de vuelta –espetó Ellingham de repente–. Les daremos lo que quieran. Iris es fuerte y tiene recursos. Sabrá defenderse y defender a Alice.

–Con todos mi respetos –intervino Robert–, en estas circunstancias me veo obligado a hablar con sinceridad. La señora Ellingham tiene recursos. Es resuelta y atlética. Esquía y es campeona de natación. ¿Cree que permitiría que se las llevaran sin oponer resistencia? Lucharía. Hay varias cosas que han salido mal. Y cada minuto que tardemos en llamar a la policía es un minuto más que correrán peligro.

–Ya están contrariados porque hemos involucrado a otra persona. ¡Mire lo que le han hecho a Marsh! Podemos conseguirlo nosotros solos. Podemos darles lo que nos piden sin llamar la atención.

–Quizá no tengamos otra opción en ese aspecto –dijo Robert–. Pero, aunque así lo queramos, ¿cree que esto no va a trascender? Hay unas veinte personas en la casa, por no hablar de la academia, donde dentro de unas horas entrarán otros cien hombres a trabajar. ¿Cómo vamos a mantener apartada a la prensa?

–Que se suspendan las obras esta semana y que los hombres cobren igual.

–Eso no va a evitar que la gente hable –aseguró Robert–. Al amanecer todo Burlington lo sabrá.

Ellingham miró a Marsh, que sorbía el güisqui con tiento con los labios hinchados.

–¿Puedes conseguir esa cantidad de dinero para mañana? –le preguntó Marsh.

–El banco de Burlington no podrá disponer de semejante cantidad de dinero en metálico sin aviso previo –contestó Ellingham–. Robert, despierte a alguien de Nueva York, dígame que venga volando y que esté en el banco a la hora de apertura. Llame a todos nuestros contactos. Pilotos, dinero. Los quiero a todos despiertos. Voy a comprobar que la finca está segura.

Cuando Ellingham salió, el policía y el secretario se miraron a la luz del fuego.

–Entiendo su desaprobación, Mackenzie –dijo Marsh–. A mí tampoco me gusta este modo de proceder. Pero creo que es así como tenemos que jugar nuestras cartas ahora mismo.

–Esa carta... «¿Soga o pistola, qué debemos usar? Los cuchillos tienen filo y brillan como estrellas. Atentamente, Perverso». La persona que la escribió está hablando de asesinatos, no de secuestros.

–Seguiremos esta táctica durante veinticuatro horas –continuó Marsh–. Quien lo haya hecho... conoce bien este lugar. Da por hecho que nos están vigilando. Si el FBI entrara en la finca, podrían caer presa del pánico y actuar con dureza. Mantengamos la calma y hagamos lo que nos piden.

Ellingham volvió a aparecer en la puerta del despacho.

–Acabamos de enterarnos de que ha desaparecido una alumna, una chica llamada Dolores Epstein. Hay que peinar el terreno. Tiene que estar todo relacionado. Es una buena chica, no de las que piensan en escaparse. Dios mío, tenemos que proteger a los alumnos. No podemos abandonar la partida. Tenemos que sacarlos de aquí con cualquier excusa.

Robert Mackenzie cerró los ojos con expresión cansada. Estaba convencido de estar ante una actuación desastrosa, y no podía hacer nada por evitarla.

8

LA MAÑANA SIGUIENTE , STEVIE DESPERTÓ SOBRESALTADA AL ENCONTRARSE en una cama extraña. Su trabajo de la noche anterior continuaba en el suelo. Los rostros de los Ellingham la observaban atentos mientras colocaba sus productos de aseo en la bandeja azul de plástico para la ducha que había elegido con tanto cuidado. Apartó el champú hacia un extremo y tumbó la botella de gel en busca de un buen sitio para la maquinilla de afeitar. Se puso los pantalones del pijama, el albornoz y las chancletas, recogió la bandeja y se quedó delante de la puerta cerrada dos minutos enteros tratando de reunir el coraje suficiente para salir al pasillo.

Todo era muy extraño. ¿Por qué era tan extraño? Sabía que era un alojamiento para estudiantes. Otras veces se había quedado a dormir en casas de amigas. Pero esto era diferente: eran las personas con las que tendría que vivir, y entre ellas había chicos. La mitad eran chicos.

Bueno, ¿y qué? Iba en albornoz... ¿y qué?

Abrió la puerta. El pasillo estaba desierto. Con sensación de victoria, recorrió a paso lento y acompasado el camino hacia el cuarto de baño. Había otro baño en el piso de arriba, así que era muy poco probable que todos los habitantes de la casa decidieran ocupar este. No era muy grande, estaba completamente lleno de vapor y una de las duchas estaba ocupada.

Stevie dejó la bandeja en la repisa de la ventana y examinó el esmerilado del vidrio para comprobar que era imposible ver lo que había al otro lado. La cortina de la ducha se descorrió de sopetón y salió una Ellie chorreante. Técnicamente, con una toalla, pero la estaba utilizando para secarse el pelo. El resto de su cuerpo quedaba a la vista.

—Ah, hola —dijo al verla—. Ahora el agua ya sale un poco fría. Lo siento.

Siguió su camino dejando un rastro de pisadas húmedas. Cuando llegó a la puerta, se envolvió en la toalla, que apenas cubría las partes estratégicas de su cuerpo, y salió al pasillo.

Eso, pensó Stevie, es confianza en una misma.

Además, Ellie iba descalza. Stevie, en cambio, llevaba puestas aquellas ridículas chancletas. Su madre la había convencido de que si se las quitaba, aunque solo fuera durante dos segundos, sus pies se verían atacados por una horda de gérmenes terribles. La ducha parecía limpia, pero aun así.

Además, el agua no salía un poco fría. Salía helada.

De todos modos, una ducha fría no es lo peor en una mañana de verano cuando una se levanta ya cansada. Era agua pura de la montaña (probablemente sería agua de la traída municipal o algo así, pero es importante creerse una buena historia cuando uno se encuentra bajo un chorro de agua fría como el hielo).

Janelle ya estaba sentada a la mesa de la sala común, leyendo algo con atención en su tableta mientras comía cereales de un cuenco. Pix se había acomodado en la hamaca y estaba haciendo punto. No parecía que nadie más se hubiera levantado.

—¡Buenos días! —saludó Pix—. Las cosas para el desayuno están en la cocina.

Stevie entró en la cocina arrastrando los pies y se lanzó sobre el café. Curioseó por la pequeña sala e inspeccionó el contenido de los dispensadores de cereales y de la nevera.

De pronto, un cuenco apareció a su lado, lo cual la hizo dar un respingo.

–Es gratis –dijo David–. Pix no se dedica a contar los cereales para pasarte luego la cuenta.

Stevie no estaba muy segura de si debía tomarse aquellas palabras como una pulla sobre el dinero y su escasez. ¿Quién decía cosas así? Gente como David, que además se acercaba sigilosamente, y por la espalda, por las mañanas, cuando aún estabas medio dormida. ¿Sabría que su familia tenía poco dinero?

¿Quería jugar? Porque si de eso se trataba, jugarían. No tienes por qué mostrarte amable, David. Luz verde.

Lo examinó. Llevaba la misma ropa de la noche anterior y aún tenía un par de plumas rebeldes prendidas en el pelo. O no se había acostado o se había acostado vestido. Olfateó con disimulo. El aliento le olía a vino. Suposición más probable: se había quedado levantado bebiendo con Ellie.

Interesante, pero insuficiente. Había que examinarlo más concienzudamente. A la luz del día, podría hacerse una idea más definida que en la penumbra de la tienda. Tenía la nariz larga y afilada. Cuando le pasó el cuenco, tomó buena nota de la franja de músculos fibrosos que recorrían su brazo y de un reloj muy desgastado, pero de aspecto carísimo, que lucía en la muñeca. La esfera de cristal estaba rayada, pero parecía resistente, y la correa de cuero, aunque deteriorada, seguía sujetándolo con firmeza. Echó un vistazo a la esfera: Rolex.

Ya tenía una pista. Sus brazos mostraban una combinación poco normal de moreno y quemado. Uno de ellos estaba bronceado, el otro enrojecido. Del mismo modo, tenía una parte de la cara mucho más roja que la otra. Era el tipo de quemadura asimétrica que se sufre si te proteges a medias o si te expones al sol del mismo lado demasiado tiempo.

–Bueno, David –empezó Stevie mientras sujetaba el cuenco con firmeza. Lo colocó debajo del dispensador de Froot Loops y se sirvió una ración generosa–. ¿Eres de California?

–Eso dicen –respondió al tiempo que alcanzaba una taza.

Stevie examinó de nuevo el bronceado irregular, las franjas de las quemaduras ya curadas, las zonas más pálidas. Y su voz. No tenía el deje sereno y relajado de los californianos.

–¿Es reciente? –preguntó.

–¿Si es reciente qué? –Su voz dejaba entrever cierto tono de nerviosismo. Bien.

–¿Tu traslado a esta zona es reciente? –volvió a preguntar, y se llevó a la boca unos cuantos Froot Loops secos.

–¿Qué te hace pensar eso?

Sonreía, pero estaba inquieto. La voz algo crispada. Su traslado era reciente y las circunstancias poco agradables. Niño rico, traslado reciente, el tema lo ponía un poco tenso, y era evidente que representaba un papel que había creado y que necesitaba atención.

–Es algo que he deducido.

–¿Y deduces muchas cosas?

Ahora sonreía, pero con los labios apretados. Se apoyó en la nevera mientras la cafetera silbaba. Se giró un poco el reloj en la muñeca.

Stevie observó el movimiento por un instante. David se detuvo, debió de darse cuenta de que lo estaba mirando y se metió la mano en el bolsillo.

Aquel reloj encerraba algo turbio.

–¿Te puedes apartar? –preguntó Stevie–. Necesito leche. ¿Por qué no sacar partido a lo que pago?

La sonrisa de David se hizo más amplia y se apartó de la nevera.

–Claro –dijo–. La chica detective necesita desayunar.

Stevie le devolvió la sonrisa mientras se servía la leche y dejaba la jarra en su sitio.

–Los problemas con papá necesitan terapeuta –replicó.

David soltó una carcajada; una carcajada que casi era un ataque de tos. Había encontrado una señal. Una señal clara y fácil de ver, pero había dado en el clavo.

Aquella corta conversación debería haber bastado. Habría sido perfecto si todo hubiese quedado ahí. Pero, por supuesto, no tenía escapatoria. Él también vivía allí. Tomó asiento en un extremo de la mesa y fijó la vista en el opuesto.

Nate entró en la sala con sigilo y el pelo revuelto y se unió al grupo. Aquella mañana parecía tener algo más de energía e incluso saludó a todo el mundo.

–Bueno, ¿qué tenéis hoy? –preguntó David, quizá en un tono demasiado alto.

–Reunión con los orientadores –dijo Janelle–. ¿Qué tal son? A mí me ha tocado el doctor Hinkle.

–¿Te gusta cuando la gente se pone a contar historias de cuando se perdieron en el interior del Gran Colisionador de Hadrones? –preguntó David.

–Siempre –contestó la chica.

–Entonces perfecto. ¿A quién tienes tú, Nate?

–A la doctora Quinn –respondió.

–Huy. –David sacudió la cabeza–. Véndate bien las heridas. Es capaz de oler la sangre.

–¿Qué?

–¿Y tú, Stevie? –Otra vez aquella sonrisa forzada.

–Al doctor Scott.

–¡El Capitán Entusiasmo! –exclamó David. Stevie sorprendió a Pix esbozando una leve sonrisa mientras hacía punto–. Es muy dinámico. ¿Vais a resolver misterios juntos?

–David –advirtió Pix.

–Solo era una pregunta –aclaró David.

–¿Qué querías decir con eso de la sangre? –insistió Nate–. ¿Es muy dura?

–Recuerda que no es vergonzoso llorar. Me refiero a después. Como yo después de perder la virginidad.

–¡David! –exclamó Pix–. Deja de asustar a la gente. La doctora Quinn es muy buena, Nate, te va a gustar.

Stevie se quedó pensando en el comentario sobre perder la virginidad. ¿Era una broma? Tenía que serlo. ¿Qué quería decir con ello? ¿Era una de esas situaciones en las que se hablaba de un asunto delicado para hacer ver que uno está por encima? ¿Había enfatizado «virginidad» más que el resto de las palabras de la frase? ¿Se refería a la de ella?

Oh, y ahora la estaba mirando. Lo había dejado caer a modo de detonador.

Se llevó a la boca una cucharada de cereales, pero no fue capaz de saborearlos. El azúcar le arañó los dientes.

–¿Me va a preguntar por mi libro? –preguntó Nate.

–¿Sobre qué? ¿El argumento, por ejemplo? ¿El mejor dragón? –quiso saber David.

–Por ejemplo, si ya he terminado, si estoy trabajando en él...

–Ah, ya. Algo así, probablemente. De todos modos, ¿cuál es tu grupo sanguíneo? Solo por saberlo.

–¡David!

David levantó las manos.

–Era broma, era broma. Y él sabe que era broma. Sabes que estoy bromeando, ¿verdad, Nate?

No parecía que lo supiera. Y Janelle, que había asistido a la conversación en silencio, se apresuró a intervenir:

–Después ven conmigo, Stevie. Voy a echar un vistazo al taller. Necesito saber dónde se guarda el material de soldadura. Estoy deseando tener mi nuevo soplete en las manos.

Justo cuando sonaba la palabra «soplete» apareció Hayes, recién salido de la ducha. Tenía el pelo rubio aún húmedo y pegado a la cabeza. A diferencia de David, estaba impecablemente vestido con unas bermudas blancas y una camisa azul. Incluso a primera hora de la mañana su aspecto era sorprendentemente atractivo. A excepción de sus ojos. Los tenía totalmente inyectados en sangre.

–¿A qué hora te has levantado? –le preguntó David mirándolo de arriba abajo–. ¿A las cuatro y veinte?

–No he dormido mucho –murmuró Hayes con una sonrisa pícaro.

–No. ¿Nos vas a invitar a todos a la boda? ¿A Beth también?

Hayes se encogió de hombros y se dejó caer sobre una silla.

–Bueno, ¿y ahora eres famoso o algo así? –continuó David.

–O algo así –respondió Hayes sonriendo–. Sí. Quizá.

–El negocio de los zombis es un buen negocio. A la gente le encantan los muertos vivientes.

–Así es mi vida –terció Stevie–. Trabajo en el Centro Comercial Monroeville.

No hubo respuesta por parte de Hayes.

–En Pittsburgh –insistió Stevie–. El Centro Comercial Monroeville.

Hayes ladeó la cabeza y le sonrió, pero era una sonrisa de «No tengo ni idea de qué me estás hablando». Eso le recordó la manera en que a veces la miraban sus padres y se sonrojó.

Nate levantó la vista de las profundidades de la leche de su cuenco y miró primero a Hayes y después a Stevie.

–¿Qué te impulsó a escribir sobre zombis? –preguntó Janelle en lo que parecía un intento por mantener una conversación normal.

Ellie entró en la sala a trompicones, vestida con unos bombachos largos bastante raídos y una camiseta en la que se leía EL ARTE ES MÁS FUERTE . Por todo saludo, se sentó, puso los pies descalzos encima de la mesa y echó una ojeada a lo que tenía delante.

–No lo sé –respondió Hayes–. El año pasado fui a casa, a Florida, salí unos cuantos días a hacer surf y se me ocurrió sin más. A veces cuando vas a otro sitio y tienes oportunidad de pensar es cuando surgen las ideas.

–Nunca sabes cuándo puede surgir una idea –intervino Ellie–. En París nos sentábamos, bebíamos vino y dejábamos que llegaran por sí solas.

–Estoy hablando con P. G. Edderton sobre una película –anunció Hayes.

–¿P. G. Edderton? –se asombró Nate–. ¿El P. G. Edderton de *El motel de la luz de luna plateada*?

–Solo estamos hablando –contestó Hayes con una sonrisa amable–. Pero sí.

Hasta Ellie prestó atención a este detalle. P. G. Edderton era el tipo de director que ella podría conocer. Hacía películas independientes poco convencionales sobre duendes maníacos, películas que luego se convertían en miles de *gifs* animados y con frases que todo el mundo conocía.

–Vaya, buena suerte –dijo David.

De nuevo, el significado era ambiguo. No parecía una expresión de buenos deseos.

–Será mejor que os deis prisa, chicos –dijo Pix desde la escalera que conducía a su apartamento–. Tenéis reuniones a las que acudir.

La vida real en Ellingham los reclamaba.

9

STEVIE SE DIRIGIÓ HACIA LA CASA GRANDE BAJO EL SOL RADIANTE de la mañana de Vermont por los senderos sinuosos a la sombra de las copas de los árboles. Llamó al timbre de la enorme puerta principal. En los tiempos de los Ellingham, habría sido Montgomery, su mayordomo, quien abriese la puerta. Montgomery salía mucho en los libros sobre el caso. Estaba al frente del personal de servicio. Tras formarse en Inglaterra, había trabajado para la realeza, y los Ellingham lo habían robado de una de las casas más elegantes de Newport para que se hiciera cargo de la Casa Grande. Después de los secuestros siguió trabajando allí, pero se mostraba abatido, trastornado, y murió pocos años después.

Ahora no había mayordomo. Solo un zumbido discreto que indicaba que la puerta estaba abierta. Entró en el espacioso vestíbulo. Larry Seguridad estaba sentado ante su mesa, entre las sombras, junto a la puerta principal.

–Con el doctor Scott, ¿verdad?

Stevie asintió.

–Siéntate ahí –dijo Larry, señalando unas sillas junto a la gigantesca chimenea. Ya había algunas personas por allí, entre las cuales se encontraba Germaine Batt, muy concentrada en su teléfono–. Cuando llegue tu turno, sube la escalera y gira a la izquierda por el pasillo –indicó, refiriéndose a la balastrada que tenían justo sobre sus cabezas–. Es la última sala, que da a la parte delantera del edificio.

–El antiguo dormitorio de Iris Ellingham –comentó Stevie con la mirada puesta en el techo.

–Exactamente –confirmó Larry, y se recostó sobre el respaldo de su silla–. ¿Estás interesada en el caso? ¿Qué libro de los que has leído sobre él es tu favorito?

–*Asesinato en la montaña*, de Sanderson –respondió sin dudar–. El estilo es un rollo, pero creo que es el que trata el caso con más profundidad.

–Es bueno –corroboró Larry–. ¿Has leído *Los archivos del caso Vermont*?

–Sí, pero creo que saca muchas conclusiones apresuradas.

El hombre asintió en silencio.

El ambiente en la Casa Grande era frío y el aire estaba impregnado de un vago olor a tabaco, a pesar de que era muy poco probable que alguien hubiera fumado allí desde la década de 1930. Cuántas cosas sabía sobre aquel edificio. El gran vestíbulo estaba hecho de palo santo importado de la India. La chimenea, de casi dos metros y medio, fue construida con mármol rosa de la región italiana de Carrara, de donde Miguel Ángel extraía el mármol para sus esculturas. Los apliques eran de cristal austríaco y habían sido elegidos personalmente por uno de los seis arquitectos que habían trabajado en el proyecto. Las vidrieras, presentes en todas partes, seguían el estilo de la Escuela de Glasgow (lo cual implicaba algo muy sofisticado, aunque Stevie no sabía muy bien qué), incluyendo un invernadero cuyo tejado estaba hecho de flores entrecruzadas y pájaros escondidos.

–¿Stevie? ¿Stevie Bell?

Levantó la vista al oír su nombre. Podéis Llamarme Charles estaba en el piso superior, asomado a la balaustrada y mirándola. Llevaba una camiseta Green Lantern, pantalones de loneta y el pelo un poco largo y medio revuelto, como el de un colegial.

–Venga, sube –dijo Podéis Llamarme Charles. La recibió en lo alto de la escalera y le tendió la mano para estrechar la suya.

Una mujer salió de una estancia cercana. Lo primero en que se fijó Stevie fue en su estatura, acentuada por unos zapatos de tacón negro con un brillo suave y sutil. Cuando se volvió, Stevie pudo ver las suelas rojas. No era una experta en moda, pero sabía que aquellos zapatos eran muy caros, como su falda tubo de corte impecable cortada y su jersey ablusado, grande y con intrincados pliegues, que flotaba y se fruncía misteriosamente. Llevaba la melena larga, delicadamente teñida en una gama de castaños y dorados, y tecleaba algo en su teléfono.

–Buenos días, Jenny –la saludó Charles.

–Hola –contestó ella sin levantar la vista. Continuó con su andar afectado sin retirar su atención del teléfono. Se trataba claramente de una actitud despectiva. Stevie no había visto nada igual en su antiguo instituto. Charles sonrió y la disculpó.

–Es la doctora Quinn –dijo–. Imparte un seminario sobre historia y cultura americana a todos los alumnos de primero. Ven. Vamos a mi despacho.

Los suelos de madera estaban cubiertos de alfombras para amortiguar su crujido. Todas las puertas de la primera planta eran de madera maciza y oscura, con pomos de cristal tallado que daba pena tocar.

La última puerta, la de Iris y Podéis Llamarme Charles, tenía un tablero de corcho adherido. Estaba totalmente cubierto de letreros, pequeños carteles y pegatinas: CUESTIÓNALO TODO ; ; ATRÁS , VOY A ATREVERME CON LAS CIENCIAS !; RECHAZO TU REALIDAD Y SUSTITUYO LA MÍA . El letrero más grande estaba en el medio y parecía de fabricación casera. Decía: RÉTAME .

Eso era exactamente lo que sus padres temían, y la fascinó y desagradó a partes iguales.

Ya en el interior, vio claramente que el cuarto había sido remodelado. El pálido papel color plata de la pared probablemente era el original, pero ahora la habitación estaba llena de estanterías, unas cuantas sillas, un escritorio y un pequeño sofá. Había libros por todas partes: llenando las estanterías, tumbados y encajados unos encima de otros, apilados en el suelo, descansando en el sofá, alineados sobre la repisa de la chimenea. De la pared colgaban seis certificados y diversos diplomas, todos ellos con un marco macizo: Harvard, Yale, Cambridge. Había una foto de un equipo de remo, otra foto de grupo de Cambridge... Por todas partes pruebas de una carrera académica imponente.

Charles le hizo un gesto a Stevie para que tomara asiento.

–Bueno, Stevie –empezó–. Debo decirte que tu solicitud fue una de las más interesantes que he leído en mi vida.

Stevie contuvo la respiración. «Interesante» era una de esas palabras con las que nunca se sabe.

–Eres una gran entusiasta de la historia de este lugar y del crimen y las historias policíacas. ¿Te interesaría trabajar para el FBI ?

Stevie asintió con solemnidad.

–Excelente. Veamos qué tenemos para ti.

Se tomó un momento para ponerse las gafas y consultó su ordenador portátil.

–Bien, basándonos en tus intereses, esto es lo que hemos pensado. Vas a estudiar anatomía y fisiología, estadística y español... Eso cubre tus asignaturas comunes y va acorde con tus

intereses. Todo muy útil. Además te hemos asignado un tutor para Derecho penal e «Historia del sistema jurídico americano». Como parte de tu educación física, harás yoga tres veces por semana. Todo el mundo hace el seminario de la doctora Quinn sobre historia y literatura. Normalmente los alumnos realizan un pequeño trabajo durante el primer año como introducción al proyecto más completo del segundo año. ¿Has pensado algo durante el verano?

Stevie tragó saliva. Lo había dicho en alto la noche anterior, pero ahora, delante de Charles, frente a la pura y dura realidad, ¿sería capaz de repetirlo? Forzó a las palabras a salir salvando el nudo que se le había formado en la garganta.

–Mi proyecto es... resolver el caso.

–¿Resolver el caso? –repitió Charles ladeando la cabeza–. ¿Hacer un informe sobre él?

–No. Me refiero a... descubrir lo que ocurrió.

Charles se quitó las gafas, las guardó en la funda y se apoyó en el respaldo de su silla.

–Es un desafío bastante ambicioso –comentó–. Descríbemelo.

–He leído todas las teorías –empezó Stevie, irguiéndose en la silla–. He leído todas las transcripciones.

–Hay un montón, según creo.

–Las entrevistas principales ocupan unas ochocientas páginas –explicó Stevie–. Creo que ahí está la respuesta. Creo que el responsable fue alguien que aquel día estaba en la casa.

–Un momento –dijo Charles.

El hombre se recostó sobre el respaldo y la observó unos instantes con el mentón apoyado en el puño. A cada nuevo segundo de aquel silencio Stevie se hundía más y más en su silla.

–Tengo una idea –dijo por fin–. Acompáñame.

Puso el tipo de sonrisa que utilizaría el presentador de un programa educativo de televisión con perro de dibujos animados, como si dijera «Acompáñame si quieres aprender».

Stevie se puso en pie de un salto y lo siguió de nuevo por el pasillo hasta las escaleras. Subieron un piso y llegaron a una puerta con un discreto cartel que decía PRIVADO y con un teclado digital al lado. A Stevie le gustaban las habitaciones con el cartel de PRIVADO y con acceso digital. Stevie observó cómo Charles introducía el código de acceso en el teclado. No hizo ningún intento de ocultar el código, lo que llevó a pensar a Stevie que quería que ella lo supiera.

–¿1936? –preguntó.

–No es muy original –reconoció Charles con una sonrisa–, pero sí fácil de recordar.

Los escalones del ático eran estrechos, lisos y tenían manchas oscuras. Cuando llegaron a lo más alto, todo se abrió formando un enorme espacio diáfano que ocupaba una planta entera de la casa. Estaba muy oscuro, pues las ventanas permanecían cubiertas con cortinas y persianas.

–Es obvio que los Ellingham tenían un montón de cosas –dijo Charles a la vez que accionaba los interruptores de las luces–. Los papeles terminaron en Yale, excepto algunos que fueron a parar a la Biblioteca del Congreso. Los artículos de más valor se los llevaron al Museo Smithsonian, al Metropolitan, al Louvre y a otros museos de todo el mundo. Lo que tenemos aquí es lo que quedó de sus vidas. Los muebles. Las vajillas. La ropa. El ajuar de la casa.

Clic, clic, clic. El espacio se iluminó.

Estaba lleno de rincones y recovecos, y por todas partes había estanterías metálicas que ocupaban la superficie entera de las paredes. Archivadores y libros en una dirección. Baúles en otra. Lámparas, jarrones, muebles auxiliares. Somieres puestos de pie contra una ventana, sillas amontonadas en estrecha comunión, otomanas, tocadores alineados espalda con espalda. Había viejos rollos de papel de pared, esferas, cajas llenas de pomos de cristal.

Stevie sintió que su cerebro había sido sustituido por un enjambre de abejas que revoloteaban

y chocaban entre sí en el interior de su cráneo.

–Por aquí –indicó el hombre.

Lo siguió sin decir palabra. Charles la guio hacia la pared opuesta, hasta un gran bulto de algo más de un metro de ancho por dos y medio de alto cubierto con una colcha de raso plateada. El hombre levantó la colcha con cuidado. Era la Casa Grande en miniatura. Una réplica perfecta, en formato casa de muñecas, que reproducía incluso las macetas de la entrada, llenas de flores diminutas.

–Albert Ellingham la mandó construir para Alice unos meses después de su desaparición –dijo.

Alargó el brazo hacia uno de los lados, apretó un botón oculto y la casa de muñecas se abrió por una bisagra como si fuera un libro gigante. Allí estaban el patio y la enorme escalinata. Todo era perfecto: las lámparas, los pequeños pomos de cristal, las chimeneas. Incluso mejor; todo estaba dispuesto como en aquel tiempo.

–He leído sobre esta casa de muñecas –dijo Stevie–. No sabía que aún seguía aquí.

–Puedes acceder a las demás habitaciones abriéndolas por delante o por detrás –indicó Charles–. Preciosa, ¿verdad?

Stevie se acercó y se inclinó para examinar las pequeñas estancias. Estaba la habitación de Alice, con ositos de peluche encima de la cama y todo. El vestidor de Iris tenía unos cepillos de plata diminutos y cosméticos increíblemente pequeños. La cocina estaba llena de platos de porcelana del tamaño de una uña. Y estaba también el despacho de Albert Ellingham, con dos escritorios, pequeños teléfonos, cuadros en la pared... Una réplica del pasado.

–Es una obra maestra –aseguró Charles–. Costó diez mil dólares de 1936. La habríamos enviado a un museo, pero todas las pertenencias de Alice deben permanecer en la casa como parte de su patrimonio. Todo lo que era de ella sigue aquí.

Stevie lo ayudó a cerrar la casa de muñecas y volvieron a cubrirla con la colcha.

–Dime, ¿tú por qué crees que te he enseñado esto? –le preguntó Charles.

–¿Porque es una maravilla?

–Lo es. Pero no es esa la razón.

Una casa de muñecas. La casa en miniatura. El mundo hecho pequeño.

–Es simple –continuó Charles, yendo derecho al grano–. Un hombre afligido manda construir un juguete perfecto para su hija que ella nunca llegaría a ver. Hablamos de personas de carne y hueso, no de personajes de ficción. Sé que este crimen es muy popular, todo crimen es popular. Pero el crimen tiene una cara humana. Si vas a estudiarlo, debes recordar a la gente implicada.

Stevie no supo determinar si aquellas palabras eran una especie de reproche o solo una de esas lecciones para pensar, pero le parecieron adecuadas. Por lo menos la estaba tomando en serio.

–Con ese fin, y antes de que te obsesiones intentando reabrir el caso –siguió Charles–, quiero que te impliques en un proyecto más pequeño, algo que le devuelva la cara humana a esta tragedia.

–¿Qué proyecto? –preguntó Stevie.

–Ah, eso no lo decido yo. Lo decides tú. Piensa en algo.

–¿Pero es un trabajo o...?

Charles hizo un gesto negativo.

–El resto es cosa tuya. Tengo que dar paso a mi siguiente cita. Estoy deseando saber qué se te ocurre.

Stevie bajó los escalones medio aturdida por todo lo que había visto. Germaine Batt salió del despacho de la doctora Quinn y bajó a toda prisa, adelantando a Stevie. Su expresión bien podía ser la de alguien que acababa de ver un documento que explicaba con todo detalle cómo murieron.

Nate la esperaba abajo. Observó salir a Germaine y después se volvió hacia ella.

–¿Y?

–Estuvo bien –respondió Stevie–. Me enseñó el desván y varias pertenencias de la familia.

Nate hizo un gesto de asentimiento y se cruzó de brazos mientras miraba a su alrededor sin prestar demasiada atención a sus palabras.

–¿Hubo algo de lo que dijo Hayes esta mañana que te pareciese raro? –preguntó Stevie.

Nate se giró hacia ella.

–¿Te refieres a que no sabía nada del Centro Comercial Monroeville, escenario de *El amanecer de los muertos* y lugar superfamoso entre los aficionados a los zombis? Claro.

Stevie se sintió satisfecha al comprobar lo rápido que ella y Nate parecían relacionar ideas.

–¿Y qué te parece?

–No tengo ni idea. El tipo tiene pinta de salido de una impresora 3D.

–Nathaniel –llamó una voz desde arriba–. Puedes subir.

–Te va a ir genial –le aseguró Stevie, con la expresión más optimista que fue capaz de poner.

–Venga, no digas eso –dijo Nate.

–Vale. Te va a ir fatal.

–Gracias. Supongo que nos veremos durante la comida o en algún momento.

Se colocó la mochila de cuero bien derecha sobre los hombros y se acercó a la escalera como quien está a punto de subir al cadalso.

Larry observó la escena desde su mesa y después se dirigió a Stevie, que estaba a punto de salir del edificio:

–¿El doctor Scott te ha organizado una pequeña visita guiada?

–Sí, por el desván.

El hombre echó la silla hacia atrás, alcanzó un bolígrafo y lo sujetó como si fuese un dardo.

–¿Y qué te ha parecido?

–Creo que es el mejor lugar que he visitado en mi vida.

La expresión de Larry se mantuvo imperturbable. Su rostro era tan pétreo e impenetrable como la montaña sobre la que se encontraban.

–Por lo demás, ¿todo bien?

–Me espera mucho trabajo –respondió Stevie.

–Podrás con ello. Aquí te hacen trabajar duro, pero hasta la fecha nadie ha muerto en el intento.

–Si no sobrevivo, supongo que podrán llevar mi cuerpo al bosque y enterrarlo allí –dijo Stevie con una sonrisa.

Pero Larry no sonrió. Entornó los ojos ligeramente, marcando las arrugillas con una expresión que Stevie no supo descifrar.

Quizá aquel no era el lugar más apropiado para bromear sobre cadáveres enterrados.

14 de abril, 1936, 10:00 a. m.

LEONARD NAIR HOLMES ESTABA ACOSTUMBRADO A LOS SALTOS EN el calendario; días que, sencillamente, se esfumaban. Una vez, en 1928, extravió todo junio. Y no tenía ninguna prueba fehaciente de que 1931 hubiera existido. La gente decía que sí –le enseñaron periódicos y todo–, pero uno no puede creer todo lo que lee.

Así que cuando Leo se despertó en su habitación en penumbra aquel martes por la mañana, se dispuso a comenzar su día de trabajo tras un sueño agradable y reparador. Lo primero era ir a buscar el desayuno. Salió de su cuarto arrastrando los pies en zapatillas y con una bata de seda granate andrajosa y excesivamente larga que iba barriando el suelo a su espalda, lo cual no era ninguna tontería, teniendo en cuenta que Leo medía más de un metro ochenta. Parecía la bata de un gigante, con mangas muy anchas, bolsillos muy grandes y cola muy larga. Al llegar al rellano le echó el guante Flora Robinson, que lo arrastró de nuevo a su habitación.

–Aunque lo esté deseando, cariño –le dijo él–, voy a necesitar un pomelo, cuatro huevos y una buena dosis de ginebra antes de...

Ella le tapó la boca con la mano y cerró la puerta.

–¿Qué mosca te ha picado? –exclamó mientras sus dedos largos buscaban la pitillera en el bolsillo de su bata.

–¡Leo! ¡Han secuestrado a Iris y a Alice!

Leo alzó despacio sus cejas negras y puntiagudas y sacó un cigarrillo de la pitillera de plata y jade. Le dio unos golpecitos sobre la tapa antes de llevárselo a la boca. Se palpó los bolsillos. Al no encontrar el encendedor, se acercó a la cama, buscó algo a tientas y encendió la luz, lo que le hizo componer una mueca de dolor. Rebuscó entre la pila de libros y desperdicios y por fin sacó una caja de cerillas medio aplastada para encender su cigarro.

–Las secuestraron ayer, cuando salieron a dar un paseo en coche, y han llamado para pedir rescate –le explicó Flora sin levantar la voz–. Albert mandó llamar a George Marsh. Al servicio le han contado el cuento de que se han quedado a dormir en Burlington, en casa de una amiga, y de momento están intentando mantener al margen a la policía. Sé que anoche hicieron una entrega, pero no salió bien. Los secuestradores se llevaron el dinero, pero no liberaron a Iris y Alice. Pidieron más. Albert lo está reuniendo.

Leo dio unas caladas largas para congestionar sus pulmones y que su cerebro se pusiera en funcionamiento.

–Ah –fue su único comentario.

–¿Ah? ¿Eso es todo lo que se te ocurre? ¡Las han secuestrado!

Leo aspiró con fuerza el cigarrillo, que produjo un ruido al consumirse que pudo oírse desde el otro extremo de la habitación, y se acarició la barba que le había crecido durante la noche; tenía las uñas pintadas de azul. Examinó los bordes del pintaúñas durante unos instantes.

–¿Lo has limpiado todo? –preguntó.

–Hice lo que pude –respondió Flora–. Por ella. Fui a su habitación en cuanto me di cuenta de

que algo pasaba.

–Por todos nosotros, Flora. Cuando sube la marea todos los botes se hunden.

–Tenemos que hacer algo –apremió Flora.

–¿Como qué? No sé dónde está. Casi no sé ni dónde estoy yo.

–Tenemos que pensar. ¿Quién iba a querer hacer algo así? Quizá deberíamos contarle todo. Quizá tengamos que hacerlo.

–Flora –dijo Leo despacio–, ya sé que tienes conciencia y que es ella la que ahora habla por ti, pero ¿en qué nos puede ayudar? No nos va a ayudar en nada, y desde luego no va a ayudar a Iris ni a Alice.

–No sabes...

–Piensa, Florie. Piensa. ¿Te das cuenta de dónde estamos? Estamos en el remoto hogar del magnate Albert Ellingham. Cualquiera a quien le guste el dinero podría haberse llevado a Iris y a Alice, y el dinero le gusta a todo el mundo. Y cualquiera podría hacerlo porque estamos en lo alto de una montaña. Albert les pagará.

Flora se recostó sobre la pared.

–Y tú, querida, necesitas algo para los nervios.

–No –le espetó ella–. No necesito nada.

Un golpeteo de nudillos en la puerta los interrumpió. Leo hizo una seña a Flora para que la abriera.

–Buenos días, Albert –saludó–. Justo estaba sacando a Leo de la cama. ¿Va todo bien?

–No –respondió Albert sin ánimo de fingir–. Nada va bien. Nair, necesito que hagas una remesa de tinta invisible.

–No tengo mi equipo.

–Aquí tenemos un laboratorio totalmente equipado.

–Cierto –dijo Leo–. Dame unas horas...

–No –lo interrumpió Albert–. Inmediatamente. Ahora mismo. Haz toda la que puedas lo más rápido posible. ¿Cuánto puedes tardar?

–¿Una hora? –dijo Leo mirando a Flora con incertidumbre–. Quizá dos. Depende de la cantidad.

–Entonces tienes una hora. Consigue todo lo que te haga falta donde sea, pero tienes que darte prisa.

–Déjame vestirme y me pongo a ello.

Cuando Albert salió, Flora cerró la puerta.

–¿Tinta? –se extrañó Leo.

–Para el dinero del rescate –dijo Flora–. Lo estarán marcando. Ponte a la tarea y veré qué más puedo averiguar.

En cuanto Flora se fue, Leo echó el pestillo y se dirigió a su armario. En el interior, en una mesita, había un pequeño juego de pesas, matraces y quemadores. Había también unas delicadas botellas azules que contenían una cantidad nada despreciable de productos químicos de todo tipo. A Leo le había encantado la química desde pequeño. Mezclaba sus propias pinturas, que por eso tenían siempre un tono tan extraordinariamente vívido. También hacía maquillaje, y esa era la razón por la cual ahora llevaba las uñas azules y Flora e Iris tenían siempre sombras de ojos y coloretes tan maravillosos. Y por eso a menudo sus propias mejillas centelleaban con chispitas plateadas.

Pero aquel no era un juego para fabricar pintura. Ni para fabricar maquillaje.

No perdió tiempo. Metió las botellas y los matraces en el saquito, se puso unos pantalones por

encima del pijama y bajó como si nada le preocupase.

STEVIE HABÍA DEPOSITADO GRANDES ESPERANZAS EN EL COMEDOR del internado. Sabía perfectamente que no podía esperar encontrarse fantasmas ni candelabros flotando en el aire, pero las mesas largas de madera siempre eran una garantía. Aparecían en un montón de casos de asesinato: todos los invitados de la casa sentados alrededor de una mesa larga, cada uno mirando a los demás por encima de la copa de vino y preguntándose a quién iba a incluir lord Dudley en su testamento o quién habría matado a Ratchets con el palo de golf.

Lo que se encontró en realidad fue algo que se parecía un poco al bufé del hotel en que se alojó con el club forense del instituto cuando participaron en una competición en Hershey, solo que el comedor de aquí era un poco más artesanal y quizá tenía algún toque rústico de cabaña de esquí (o como ella creía que serían las cabañas de esquí, pues nunca había estado en ninguna). Tenía un techo alto y puntiagudo, las paredes eran de pino y piedra y había mesas de distintas formas y tamaños repartidas por la sala: algunas redondas para grupos numerosos, otras cuadradas para cuatro personas y un buen número de mesas pequeñas para uno o dos comensales. También había varios sofás de cuadros y pufs pegados a la pared opuesta a la zona de la comida con unas mesitas bajas delante. Claramente, una especie de zona de cafetería para los que estaban demasiado perdidos en la montaña para desplazarse a un Starbucks.

El menú escrito en la pizarra parecía enfatizar la idea de que todos los productos eran de la zona y contenían sirope de arce. La carne a la barbacoa llevaba salsa barbacoa de sirope de arce. Los macarrones con queso se hacían con queso ahumado al arce. Había tofu de arce y aderezo para ensaladas de sirope de arce.

—¿Os habéis olvidado por un solo instante de que estamos en Vermont? —preguntó Stevie a Janelle cuando recogían las bandejas—. ¡Mira! Estás pisando sirope de arce.

—Ya —repuso Janelle algo desanimada mientras se servía un poco de tofu y verduras—. No es precisamente lo que más me gusta.

Nate se quedó mirando la carne «arcerizada» bajo el cristal de protección.

—Me voy a beber la mismísima sangre de los árboles —dijo—. Despertadme, por favor.

En la zona de las bebidas había un grifo de agua con gas (cuánta sofisticación) y un refrigerador lleno de refrescos naturales carísimos y gratuitos, incluido uno de sabor a pícealima-arce que Stevie examinó con inmensa curiosidad. Era el tipo de cosas que ella nunca veía y que además tampoco tendría dinero para comprar, y ahora las tenía a su alcance. Estos detalles, más que ninguna otra cosa, parecían indicar el tipo de lugar en que se encontraba. Refrescos sofisticados gratis cargados de arce.

Sacó uno del refrigerador. Tenía que probarlo.

Como estaba despejado y aún hacía calor, había mesas instaladas fuera. Ellie se había apropiado de una mesa de pícnic y les hizo señas para que fuesen a sentarse. Hayes estaba sentado frente a ella.

Janelle y Stevie echaron a andar hacia la puerta abierta, pero Nate vaciló.

–Comer al aire libre es lo peor que hay –aseguró mientras espantaba una mosca de su plato, que no parecía contener nada más que distintas variedades de carne.

–Vitamina D –dijo Stevie–. Es necesaria.

–Eso no lo sabes. Quiero comerme la carne en mi cuarto con las luces apagadas.

–Como escritor, ¿estás seguro de que esas son las palabras que quieres utilizar? –preguntó Stevie.

–Sí –repuso.

–Vamos a sentarnos hoy con los demás –propuso Janelle–. Ya nos quedaremos dentro la próxima vez.

Nate suspiró y las siguió.

–Bueno, ¿qué tal? –preguntó Ellie en cuanto se sentaron.

–Genial –contestó Janelle–. Tengo acceso libre al taller y me van a hacer un hueco en el caserón del arte para trabajar en mi máquina de Rube Goldberg para la competición Sendell Waxman. Es la versión reservada para los institutos. Incluso hay presupuesto para comprar material. Este sitio es extraordinario.

–A mí me ha ido bien, creo –dijo Stevie–. Esta semana tengo que presentar una idea para un proyecto sobre cómo poner cara humana al crimen.

Nate permanecía en silencio.

–¿Y a ti? –lo animó Janelle.

–Me odia –declaró sin rodeos.

–¡Venga ya! –exclamó Janelle moviendo la cabeza–. No digas eso. No puedes estar así el primer día.

–Sí. Lo digo en serio.

–¿Te dijo que te odiaba?

–Ni siquiera me miró. Comentó algo sobre lo fácil que es que a uno le publiquen cosas de vez en cuando y luego me leyó una lista de clases y me dijo que me marchara.

–Eso no significa que te odie.

–Tendrías que haber estado allí –zanjó Nate.

Stevie notó miradas a su espalda. Miradas de reojo. Echó un vistazo lo más disimuladamente que pudo y se dio cuenta de que no la estaban mirando a ella: la gente miraba a Hayes. Era como el centro de gravedad débil.

–¿Qué es lo que estás bebiendo? –preguntó Nate mientras daba la vuelta a la botella para ver la etiqueta.

–Refresco natural –respondió Stevie–. Estaba allí y decidí probarlo.

–¿Por qué?

–Porque quiero saber cómo sabe.

–Pues sabrá fatal –dijo Nate–. ¿Qué más necesitas saber?

–Eso no lo sabes.

–¡Dios mío! –Janelle se pasó la mano por la cara–. En serio, Nate. Tiene que gustarte algo. No puedes andar por ahí sintiéndote desgraciado por todo.

Nate le hizo un gesto a Stevie para que bebiera y se cruzó de brazos. Stevie bebió un largo trago. En cuanto la bebida le llegó a la garganta y entró en contacto con el paladar, tuvo la sensación de que se trataba de un líquido desinfectante ardiente con sabor a madera. Dio una sacudida hacia delante y se tapó la boca con la mano para evitar rociar a Nate con una fuente de picea-lima-arce. Tosió tan fuerte que los comensales de las mesas cercanas se volvieron a mirar.

–Sí –dijo Nate–. Ya veo.

–Cuéntame algo más de tu libro –le pidió Stevie cuando fue capaz de volver a hablar.

Nate concentró su atención en su plato de carne.

Janelle se incorporó de pronto y agitó los brazos:

–¡Vi! ¡Ven a sentarte con nosotros!

Allí estaba Vi de nuevo, con sus gafas de cristales tintados, un mono corto, una camiseta de tirantes roja y calcetines de rayas hasta la rodilla. Tenía el pelo quizá un poco más de punta que el día anterior. Se deslizó sobre el banco para sentarse junto a Janelle.

De nuevo, Stevie sintió que una pequeña burbuja de pánico estallaba en su interior. ¿Y si se quedaba sin amigos? ¿Y si Janelle no congeniaba con ella, Nate seguía sin querer hablar y ahí terminaban sus opciones? Quizá había dejado atrás su vida de siempre y había ido a esa montaña para no caerle bien a nadie y volver a casa como una fracasada infeliz.

Pero era su ansiedad la que hablaba. A Janelle sí le caía bien. Lo único que había hecho era invitar a Vi a sentarse con ellos porque quería coquetear un poco. Y Nate estaba allí. Era un poco duro de roer, nada más.

Las cosas parecieron arreglarse por un momento, hasta que David salió del comedor con su pelo rebelde apuntando en todas direcciones. Aún no se había cambiado de ropa desde la noche. Stevie volvió a sentir el mismo estremecimiento del día anterior, cuando lo vio y tuvo la sensación de que lo conocía bien. Pero era imposible que hubieran coincidido antes.

–Hola –saludó en un tono demasiado alto al sentarse–. Te encanta mirarme. Lo noto. No te habrás bebido eso, ¿no?

Señaló la botella de refresco que Stevie tenía ante ella.

–La he traído para ti –repuso Stevie al tiempo que la empujaba hacia él.

Ellie sonrió y se estiró en el banco, poniendo sus pies descalzos en el regazo de David.

–Malas noticias, Hayes –anunció David–. Alguien estuvo vigilándote anoche.

Le pasó el teléfono por debajo de la mesa.

–Parece que tenemos nuestra propia reportera de cotilleos –dijo David–. ¿Quizá alguien llamada Germaine Batt?

Mientras David hablaba, Stevie percibió un murmullo a su alrededor. La gente había estado mirando y ahora se oía un parloteo de fondo.

–Tu chica se va a cabrear –comentó David.

Hayes miró la pantalla, pero no pareció molestarse con lo que vio.

–Ya, bueno –dijo, y le devolvió el teléfono.

–Supongo que es lo que pasa cuando eres famoso –afirmó David–. Hay ojos por todas partes.

Por alguna razón que Stevie no fue capaz de determinar, Ellie apoyó el pie en la cara de David y él le dio un mordisco. Ella lanzó un grito muerta de risa. Ocurrió sin más, sin venir a cuento; así de extraño y, al mismo tiempo, así de natural. Stevie sintió que todo se tensaba y se retorció en su interior y notó una oleada de ansiedad.

Vi y Janelle intercambiaron una mirada. Nate, tozudo, se negaba a levantar la mirada. De alguna manera, Hayes no parecía considerarse parte del grupo.

Stevie se sintió sola, a excepción de una abeja que había decidido quedarse revoloteando junto a su oreja con un zumbido furioso. A ella no le importaba estar sola, por lo general, pero en aquel momento sintió como si la estuvieran excluyendo del grupo poco a poco.

«Siempre puedes volver a casa...».



Cuando volvió a su habitación, Stevie se sentó un rato en el suelo con la mirada puesta en su tablero de investigación.

¿Y si este sitio no fuese distinto? ¿Y si solo era, como decía Ellie, un refugio para conejos en una montaña? Había venido porque se suponía que era algo diferente. ¿Se había equivocado en sus expectativas?

Tamborileó con los dedos sobre el suelo y observó los rostros de la familia Ellingham. Después sacó el ordenador de la mochila. No podía quedarse allí sentada alentando ese tipo de pensamientos. Quizá la ayudaría saber algo más sobre la gente que tenía alrededor.

Primero, David. ¿De qué iba? Su apellido, según había visto en el registro de alumnos, era Eastman. David Eastman era un nombre bastante común, así que tuvo que revisar entre docenas y docenas de resultados. Añadió «Ellingham». Añadió «California». Miró y remiró todas las redes sociales. Después de una hora se le durmió el trasero de estar encogida en la misma postura con el ordenador sujeto entre el pecho y las rodillas. Por más que buscaba, no encontraba pruebas de la existencia de David. Su perfil no aparecía por ninguna parte.

—¿Dónde demonios estás? —murmuró.

Sonó un golpe en la puerta y, tras un leve empujón, apareció Janelle.

—Hola. ¿Puedo pasar?

—Claro.

Stevie cerró el ordenador de golpe.

Janelle entró a paso ligero. Tenía una forma muy delicada de andar, apoyándose sobre el metatarso y haciendo que se levantara el borde de su vestido largo de verano. A diferencia de Stevie, que había vuelto a ponerse pantalones cortos negros (había aprovechado una oferta de tres al precio de dos, y se los había quedado todos negros), Janelle era la viva imagen de un pícnic veraniego. Dejaba tras de sí una estela de perfume de naranja. Llevaba el pelo trenzado exactamente en la coronilla.

—Lo siento —dijo sentándose en el suelo frente a Stevie.

—¿Qué?

—Te he hecho poquísimo caso durante la comida. No era mi intención.

—No pasa nada —dijo Stevie—. Estabas...

—Sí —la interrumpió Janelle, incapaz de contener una sonrisa. Se envolvió las rodillas con su vestido estampado hasta tensar la tela—. Ya sabes que rompí con mi novia en verano.

—Sí, me lo dijiste.

—Y no pensaba..., pero ¿Vi? No sé. Es que... no quiero ser de esas personas que se obsesionan y dejan de lado a sus amigas.

Stevie se sintió invadida por una dulce calidez y se relajó algo en su interior que no sabía que estaba tenso.

—¿Te gusta?

—Me gustan —la corrigió.

—Perdona. Bueno, yo creo que tú a ellos también.

—Necesito tomarme un respiro. —Janelle sacó un brillo de labios que llevaba encajado en un lado del sujetador, se aplicó a ciegas una capa perfecta y volvió a guardarlo en su sitio—. Acabamos de llegar. Quizá solo sea una especie de... No sé. Tengo que centrarme. Tengo que construir una máquina y el horario que me dieron esta mañana es una locura. Me encantan las matemáticas, pero me asustan un poco. Ecuaciones diferenciales por la mañana, cálculo por la tarde, física en el medio.

—Eso no es nada para ti —la tranquilizó Stevie.

–Me gusta tu tablero.

–Todo el mundo necesita un tablero para conspirar.

–No –dijo Janelle señalándolo–. Tú has venido para hacer esto. Te he oído hablar de ello. Lograste despertar mi interés y lo demás no me importa. Tú y yo tenemos esto. Y pase lo que pase, este año vamos a estar juntas. Yo voy a construir mis máquinas y tú vas a resolver un caso.

Cuando Janelle se fue, Stevie se tumbó de espaldas y miró al techo.

Tenía a Janelle. Y sí, iba a resolver el caso. Pero ahora también ocupaba su mente otro asunto. ¿Quién era David? Allí había algo turbio. Lo percibía.

Stevie no temía a los muertos. Los vivos, sin embargo, a veces le provocaban escalofríos.

A LA MAÑANA SIGUIENTE STEVIE FUE ARRASTRANDO LOS PIES HASTA la ventana, se frotó los ojos para espabilarse y apartó el borde de la cortina para contemplar un cielo verde. Si hubiera creído en los augurios, bien podía habérselo tomado como un mal presagio para la primera mañana de clase. Pero Stevie no creía en los augurios. Un cielo verde era una singularidad meteorológica, y quizá una foto para Instagram. No una señal.

Llevó consigo un paraguas.

Su primera clase, Anatomía, se impartía en un aula llamada, de una manera poco sutil, Sala de los Genios. Solo eran seis alumnos. La animó mucho que la profesora fuera Pix; al menos algo le pareció familiar.

–Bienvenidos a Anatomía y Fisiología –dijo–. Vamos a hablar del cuerpo humano sin piel, del cuerpo formado por los músculos, los huesos y los órganos. Aquí están...

Se acercó al esqueleto que colgaba a un lado de la pizarra y le levantó la mano.

–... los doscientos seis huesos del cuerpo humano, completamente articulados. Una de las primeras preguntas que me hacen sobre el esqueleto es si es de verdad. Normalmente son de plástico, pero este es auténtico. Fue una donación privada a la academia, y cada año alguien intenta robarlo. Tiene alarma. No robéis el esqueleto. Se llama señor Nelson. Sed amables con el señor Nelson. Está aquí para enseñaros lo que tenéis dentro, lo que todos tenemos dentro.

El señor Nelson, el esqueleto auténtico, hizo un gesto con sus ojos grandes y vacíos.

–Los huesos tienen su propia geografía, picos y valles donde se unen con los músculos y tejidos. Vais a aprender la relación que hay entre ellos, entre todos estos sistemas: el óseo con el muscular, el nervioso y el endocrino, con el digestivo, el reproductivo, el excretor, el tegumentario, el cardiovascular, el respiratorio. En cuanto sepáis lo que son, aprenderéis cómo funcionan.

Les habló de pruebas y exámenes (habría un montón), del laboratorio (dos veces por semana) y de disecciones (demasiadas para la tranquilidad de Stevie). La Pix profesora era mucho más dura que la Pix de Minerva.

Cuando Stevie salió al campus empezó a llover, y en cuestión de segundos la lluvia se convirtió en granizo, con piedras del tamaño de canicas que caían con fuerza. Abrió el paraguas, pero el granizo era demasiado fuerte. Echó a correr. Logró llegar hasta la cúpula del final del jardín, donde se resguardó unos minutos. Cuando el granizo aminoró y dejó de suponer una amenaza para su vida, recorrió a la carrera los metros que la separaban de Eunomia, donde había quedado con el doctor Velman para una entrevista personal sobre criminología y sociología.

El doctor Velman aparentaba por lo menos setenta años, y después de leer en voz alta la lista de libros que quería que consultara –y de comprobar que ya había leído dos de los manuales más importantes– se pasó media hora hablando del arte y la pericia de los verdugos que manejaban la horca. Le contó que los más diestros sabían hacer el nudo en el sitio preciso para romper

rápidamente el cuello de la víctima en vez de matarla por asfixia. Durante la media hora siguiente habló de la cría del perro salchicha.

Después de clase, Stevie se quedó unos instantes a la puerta del edificio mientras la lluvia goteaba por los bordes del paraguas. Aún faltaban dos horas para la clase siguiente. Ellingham funcionaba como una universidad: asistías a tus clases y podías disponer libremente del tiempo que quedaba entre ellas. Nada de andar de un lado para otro, todos a la vez y apretujados por los pasillos. Nada de salas de estudio que apestaban a Doritos y al vapor del lavavajillas de la cafetería. Era como ser adulto.

Así que se quedó quieta bajo la lluvia como una idiota. Todos los demás parecían haber pensado en algo que hacer. Dudó entre ir a comer, sentarse en su cuarto o quedarse allí de pie para siempre. Aspiró una bocanada del aire húmedo de la montaña. Tenía tiempo. ¿Adónde le apetecía más ir? ¿Qué sería lo más apropiado?

Tomó la dirección de la biblioteca.

Cuando entró, no había nadie a excepción de Kyoko, que estaba sentada detrás de su mesa comiendo una manzana.

–¡Hola! –saludó–. ¡Pasa! Eres nueva, ¿verdad?

–Sí. Me llamo Stevie Bell y hay algo que me gustaría ver...

–Quieres ver el libro de Dolores –dijo Kyoko, que dejó la manzana en equilibrio encima de la mesa y se limpió las manos.

Stevie estaba a punto de preguntar si tenían material sobre el caso, así que aquel ofrecimiento la dejó sin palabras.

–Me pasan una ficha de cada nuevo alumno –explicó Kyoko–. La labor de los bibliotecarios es saber qué material vais a necesitar. Y tú estás interesada en el caso Vermont. Ven conmigo.

Le hizo una seña a Stevie para que rodeara las mesas y la siguiera hasta una puerta de madera oscura con las palabras DEPÓSITO DE LIBROS pintadas en oro.

Al otro lado de la puerta había una sala grande pero acogedora. Todo era original: mesas y escritorios de madera, armarios también de madera. Había unas mesas grandes con libros que estaban clasificando o forrando.

–Así que ya sabes que el libro lo devolvieron en 1993 –dijo Kyoko–. Lo hemos retirado de la circulación por su importancia histórica. Toma.

Sacó un par de guantes de nitrilo de una caja e indicó a Stevie que se los pusiera, lo cual hizo encantada. No había cosa que más deseara que el agradable chasquido de unos guantes de inspección. Un detalle sin importancia, pero que añadía un toque de legitimidad a la investigación.

–Vamos allá –dijo Kyoko, que a su vez se puso unos guantes, abrió una vitrina con puertas de cristal y sacó un grueso volumen. Lo colocó encima de una de las mesas e hizo señas a Stevie para que se acercara.

El libro estaba muy bien conservado, a pesar de los años. Tenía una portada impecable que mostraba a Sherlock Holmes con su gorro de cazador y una pipa de espuma de mar pintada en rojo sobre fondo blanco.

El libro dejó escapar un leve crujido cuando Stevie lo abrió. Las páginas tenían un ligero tinte amarillo y la tipografía era densa y apretada. Había una ranura para meter la tarjeta de la biblioteca en la que ponía BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA ELLINGHAM, sin embargo, no había ninguna tarjeta dentro. Lo habían entregado en préstamo, pero técnicamente nunca se devolvió. Stevie pasó las páginas con cuidado y cuando llegó a la primera novela, *Estudio en escarlata*, se detuvo.

Había una marca irregular hecha a lápiz que subrayaba de modo descuidado una de las frases.

Era muy famosa, una de las más famosas frases de novela.

Sherlock dijo: «Considero que el cerebro de un hombre es como un pequeño desván vacío que uno debe ir llenando con los muebles que prefiera».

–¿Esto lo hizo Dottie? –preguntó.

–Ni idea. Este libro en particular lo sacaron varios estudiantes antes de que lo leyera ella. Cualquiera de ellos pudo haberlo hecho. Y también me he fijado.

Stevie inspeccionó el libro, pero no había ninguna otra marca. Era simplemente un libro con novelas de Sherlock Holmes. Pero era *el* libro. Eso era lo que importaba.

–La verdad es que tenemos mucha información sobre lo que leía Dolores –comentó Kyoko–. Quizá esto te interese.

Abrió uno de los archivos de madera y sacó una gruesa carpeta.

–La primera bibliotecaria de Ellingham, Diana Cloakes, era una persona extraordinaria, una de las mejores bibliotecarias dedicadas a la investigación de la Biblioteca Pública de Nueva York. Albert Ellingham la contrató para que viniera a trabajar aquí. Solo contrataba a los mejores en su trabajo. Diana trajo una colección de libros impresionante y tomaba nota de todo con meticulosidad.

Kyoko sacó de la carpeta un grueso montón de hojas escritas a máquina, las hojeó y colocó con cuidado unas cuantas en una de las mesas grandes.

–Cuando Albert Ellingham fundó la academia, la política de la institución era conseguir cualquier libro que un alumno quisiera leer, y tenemos todos los registros que se hicieron desde su apertura. Este montón...

Señaló uno de los fajos de papeles.

–... muestra todos los pedidos que se hicieron durante el curso 1935-36. Solo Dolores solicitó más de quinientos libros. La academia pidió cuatrocientos ochenta y siete. Los otros trece estaban en una biblioteca universitaria de Turquía que se negó a venderlos. Si es uno de los que pidió Dolores, tiene las letras DE a continuación del título.

Stevie repasó la lista. Dolores había solicitado varias obras en griego, un montón de novelas de las que nunca había oído hablar, varios clásicos. Había solicitudes de todo tipo de los demás alumnos, que incluían una lista con títulos muy enigmáticos.

–*Revista de una novia de gánster* –leyó Stevie en voz alta–, *Detective de la brigada contra el vicio*, *Detective de pacotilla*, *Historias policíacas reales*...

–Ah, esas –dijo Kyoko–. Sí, esas me encantan. Son revistas baratas. A la mayoría de bibliotecas y bibliotecarios jamás se les ocurriría comprarlas, pero la política de Ellingham era clara: lo que pidieran. Y ojalá las siguiéramos teniendo, pero creo que los chicos se las llevaron y no las devolvieron.

Stevie tuvo la impresión de que habría hecho buenas migas con aquellos chicos.



Los dos días siguientes en la Academia Ellingham transcurrieron envueltos en una serie de sensaciones curiosas. Primero, lo mucho que le costaba todo. Las clases. Los pensamientos. La escritura. Las expectativas de lo que iban a aprender. Era casi como un *rally* de camiones académico. Todo ocurría muy deprisa. Sesión tras sesión, clase tras clase.

Las comidas mantenían un ritmo más normal.

Los grupos comenzaron a tomar forma. Algunos se sentaban juntos porque residían en la misma casa. Otros porque eran aficionados a los juegos. Otros a la lectura. Había gente que se llevaba la

comida y nunca se quedaba en el comedor. Germaine Batt se solía sentar apartada de todos, vigilante, siempre con un aparato electrónico en la mano. Gretchen, la de la impresionante melena pelirroja, casi siempre recibía a su corte en una mesa larga del interior. Hayes se apartó de la mesa de Minerva para sentarse con Maris y un variado grupo de gente con pinta de esnobs. Vi se convirtió en ocupante habitual de la mesa de Minerva. Nate estaba empezando a hablar un poco más. Ellie iba y venía, igual que David, pero no iban y venían juntos. No parecían ser pareja, sino más bien dos personas que se sentían cómodas consigo mismas y poco conscientes de lo que hacía sentirse incómodos a los demás.

Después de la clase de Literatura del miércoles, Stevie estaba cruzando el césped cuando un par de pies grandes calzados con unas zapatillas andrajosas alcanzaron su paso. Literalmente su paso, de forma deliberada. A Stevie no le hacía falta levantar la vista, ni quería hacerlo, pero su cuello se estiró en esa dirección como dotado de vida propia, como una flor que se gira hacia el sol, si el sol fuese una persona desagradable que ocupara una habitación en el piso de arriba. Había logrado evitar toda conversación con David durante unos días. Si se sentaba en la misma mesa, lo hacía al otro extremo. En Minerva, David no salía de su habitación. Pero ahora estaba a su lado, sonriente, con el pelo revuelto y cayendo hacia los lados, su camiseta azul marino visiblemente desgastada. Sus bermudas tenían unos agujeros lo suficientemente grandes como para que se colara un teléfono por cualquiera de ellos.

—Hola, chica de los asesinatos —saludó—. ¿Cómo va el caso? ¿Ya tienes algún sospechoso? ¿Algún sujeto desconocido? ¿Qué tal tus sospechosos y sujetos desconocidos? ¿Lo estoy diciendo bien? ¿Sospechoso? ¿Sujeto desconocido? ¿Ejecutor?

Steve apretó los dientes. Podían ponerle la zancadilla. Podían darle una patada. Todo eso podía llevarlo más o menos bien. Pero nadie tenía permiso para meterse en sus misterios. Aquello sí que la ponía mala.

—¿Sabes? —dijo—. En una novela de misterio, acabarías muerto.

Él sonrió aún más y asintió con la cabeza. Su cuerpo era... fibroso, como la sogá que mencionaba Atentamente Perverso en su carta. Largo, delgado y probablemente fuerte. Y parecía hecho de nudos.

—¿Qué quieres? —preguntó acelerando el paso.

—Voy en la misma dirección —repuso David—. Vivimos en el mismo lugar. ¿Qué problema hay?

—Ninguno.

—Perfecto.

Pasaron ante el último grupo de bustos de regreso a Minerva. Era un punto de referencia curioso de camino a casa. Stevie empezaba a acostumbrarse a las estatuas, pero ese grupito de cabezas separadas seguía dándole un poco de repelús. Parecía como si estuvieran en medio de una conversación y se hubieran callado de repente ante el paso de un desconocido.

—Ellie me habló de vuestra conversación del otro día —comentó David.

—¿Qué conversación? —quiso saber Stevie. Había mantenido varias conversaciones con Ellie, pero ninguna de ellas le parecía digna de comentar.

—Sobre ti.

Stevie tuvo que pararse a pensar unos instantes. ¿Estaba hablando de la charla que tuvieron en el cuarto de la gran bañera? ¿Aquella en la que Ellie les había preguntado sobre su vida amorosa y ella respondió que no tenía?

—Me dijo que tus padres trabajan para Edward King —dijo.

Suspiró. Conversación adecuada, tema distinto.

—Sí —dijo a la vez que espantaba una abeja—. Algunos tenemos esa suerte, supongo.

–¿Tú también eres fan suya?

–¿A ti qué te parece?

–¿Quién sabe? ¿Acaso alguien conoce a los demás? Y a ti te encantan la ley y el orden.

No cabía insulto más bajo, y tener que decir que no le gustaba Edward King era todavía peor. Edward King era notoriamente desagradable: rico, corrupto, superficial. Era la raíz de muchos de los problemas de su vida. En menos de treinta segundos, David había conseguido socavar los dos puntos más débiles de su espíritu.

–No soy su fan –respondió.

–Ah. Te iba a decir que parecía que tus padres...

–No sé por qué les gusta –le cortó–. No hago más que preguntármelo. Y la verdad es que preferiría no tener que pensar en ello mientras estoy aquí, así que...

–Claro –repuso David, dando zancadas a su lado–. Uno no puede controlar a sus padres. Quiero decir, mi madre es apicultora y mi padre inventó el bufé sueco.

Habían llegado a la puerta azul de Minerva. Él tecleó su código de identificación en el panel.

–Tenemos tiempo para conocernos –dijo David–. Mucho tiempo. Nos vemos luego.

Se volvió y se fue por donde había venido. Ni siquiera entró en la casa. Stevie se quedó preguntándose qué demonios le había pasado.



No sería el único encuentro extraño de aquel día. El siguiente llegaría una o dos horas después en forma de Hayes Major apoyado en su puerta cuando intentaba leer.

–Hola –dijo–. ¿Puedo hablar contigo?

Llevaba una camiseta blanca ajustada. Impecable. Probablemente, la estaba estrenando (Stevie no compraba camisetas blancas; su vida útil era demasiado corta).

–¿Te importa si entro?

–No, pasa –contestó.

Dejó la puerta abierta de par en par y entró con su andar despreocupado y ligero. Stevie le indicó que el suelo era todo suyo si le apetecía quedarse. No se sentó, se puso en cuclillas. No parecía una postura cómoda; lo único que hacía era mostrar lo tonificados que tenía los músculos de las piernas y acentuar las rótulas (¡ay, el mundo de la anatomía! «Patelas», era el nombre técnico. Ya estaba aplicando sus conocimientos).

–He tenido una idea –dijo mientras se balanceaba sobre un pequeño taburete invisible–. El otro día mencionaste que necesitabas un proyecto. Yo también. Así que he estado pensando que podríamos trabajar juntos en algo.

Las motitas de polvo bailoteaban en el aire que había entre ellos. A la luz clara y brillante de la tarde, el pelo de Hayes resplandecía como si estuviera hecho de hilos de oro. En la Grecia o Roma clásicas podría haber sido modelo de algún escultor. La luz era tan plena que ahora mismo parecía una estatua, una naturaleza etérea hecha de luces y sombras, con acento sureño y camiseta ajustada. Stevie no estaba muy segura de si el vértigo que sentía mientras trataba de determinar a qué especie pertenecía era atracción o simplemente perplejidad y bloqueo. «Parece humano», se dijo, «pero no puede serlo. Pómulos imposibles. Simulación. Origen desconocido».

–¿Juntos? –le preguntó, obligándose así a salir de sus divagaciones.

–Verás, mi agente... –Con modestia fingida al pronunciar esa palabra hundió una uña con manicura perfecta en el suelo de madera– cree que debo hacer otra serie. He estado pensando qué podría ser... ¿Qué te parece lo que ocurrió aquí? Los crímenes. El secuestro. Tú sabes mucho sobre el caso.

–¿Sobre qué? –Ya era difícil mantener la atención al hablar con Hayes en distancias cortas, y encima ahora le estaba hablando de hacer una serie. Nada tenía sentido.

–Los crímenes –insistió–. Sabes mucho sobre los crímenes, ¿no? Los crímenes que se cometieron aquí. Los crímenes.

–Los crímenes –repitió Stevie–. Ah, sí. Pero... ¿qué...?

No estaba saliendo muy airosa.

–Tú serías algo así como la directora técnica. La experta. Incluso se me ha ocurrido una idea para el tráiler. Podríamos grabarlo en ese túnel, el que está debajo del jardín hundido.

En un segundo, todo volvió a cobrar forma.

–¿El túnel? –preguntó–. ¿Te refieres al que utilizaron los secuestradores?

–Bajo el jardín hundido –repitió él.

–Lo rellenaron de tierra en 1938 y así sigue desde entonces –dijo Stevie.

–Lo excavaron en primavera –explicó Hayes con una sonrisa más amplia–. Para hacer obras. Empezaron a finales del curso pasado. Ya he estado dentro.

–¿Estuviste en el túnel? –se asombró Stevie. Se había inclinado hacia delante y ni siquiera intentó disimular el tono de apremio de su voz.

–Una vez. El curso pasado, cuando acababan de abrirlo.

La idea de que el túnel hubiera sido reabierto no se le había ocurrido. Stevie no creía en el destino, pero la oportunidad del momento era asombrosa.

–He estado pensando que sería un lugar estupendo para hacer algo. Y ahora estás tú aquí, y lo sabes todo sobre esos crímenes. A la gente le gustaría. Seríamos los primeros en mostrar el aspecto del túnel.

El corazón de Stevie latía con fuerza.

–¿Está permitido entrar?

–Bueno... –Hayes desplegó su sonrisa poco a poco–. Técnicamente, no sabemos que existe. Intentaron mantener en secreto que lo habían reabierto, pero un día fui por allí y vimos que estaban sacando toneladas de tierra.

–¿Y llegaste a entrar?

–Llegué a entrar –respondió–. Pero es solo una idea. Si estás demasiado liada, lo entenderé...

–Lo haré –lo interrumpió Stevie–. O lo escribiré. O lo que sea. Lo haré.

–¡Genial! –exclamó Hayes–. Habla con Nate. ¿Podréis escribir algo durante el fin de semana? ¿Para el lunes?

–Un momento, ¿qué?

–No tiene que ser largo –continuó Hayes–. Cinco páginas aproximadamente. O diez. Solo algo sobre el crimen, algo que ocurra en el túnel. ¿No murió también una alumna? O lo del rescate. ¿No pasó algo con el dinero del rescate? ¿Con un bote o algo así? ¿En el jardín hundido?

Stevie asintió.

–Pues eso –continuó Hayes–. Haced eso. Escribid algo sobre el túnel y algo sobre el pago del rescate en el jardín hundido. Podemos hacerlo. Va a quedar genial.

Mínutos después ya se había ido, y Stevie se quedó preguntándose cómo se escribía un guion. Pero era un detalle menor. Iba a entrar en el túnel. Eso era lo que importaba.



La tercera conversación extraña la inició la propia Stevie.

–Piénsalo –dijo Stevie, sentada en la silla de Nate aquella misma noche–. Yo podría darte toda la información. Hay transcripciones. Hay archivos. Está prácticamente escrito. Apenas tendrías

que hacer nada.

–No tengo ni idea de cómo se escribe un guion –dijo Nate.

–¡Pero tú escribes!

–Los guiones son algo totalmente distinto –explicó–. Los guiones son..., son como la radiografía de un libro. Solo los huesos. Las palabras y las cosas que dice y hace la gente. Los libros son... todo. Lo que los personajes sienten y ven, la forma en que se cuenta todo.

–Parece más fácil –comentó Stevie.

–Es distinto. Y se supone que tengo que enseñarle a la doctora King el esquema de los siguientes tres capítulos de mi libro, más todo lo que tengo que leer...

–Quizá si te encargaras del guion, la doctora King te dejaría más tiempo para el libro. Podrías escribir esto en vez de aquello durante unos días. Aquí les encantan los trabajos en equipo.

Del mismo modo que el túnel había tentado a Stevie, Nate no se pudo resistir a la perspectiva de escaquearse del libro.

–O sea, que leo todo esto y lo convierto en guiones –dijo–. ¿Y tú qué haces?

–Asesoro en la parte técnica.

–¿Lo que significa...?

–Explico lo que ocurrió –respondió Stevie–. Te ayudo. Podríamos llamarlo *Atentamente Perverso*.

Nate dejó escapar un largo suspiro por la nariz.

–Vale. Cualquier cosa es mejor que hacer lo que se supone que tengo que hacer.

14 de abril, 1936, 3:00 p. m.

ROBERT MACKENZIE ESTABA SUPERVISANDO LA ENTREGA DE GRANDES cantidades de dinero en efectivo desde Nueva York. Doscientos mil dólares se fueron amontonando en el suelo a lo largo del día. Mientras él y George Marsh contaban billetes, Ellingham sacó de una vitrina dos frascos azules y un pincel fino.

–¿Qué es eso? –preguntó Marsh.

–Una mezcla que ha preparado Nair y que utilizamos en los juegos –respondió Ellingham–. Cuando se seca no queda ni rastro. Para verla, hay que usar una solución y una luz especial. Es tan buena que le he sugerido un montón de veces que se la venda al gobierno. Si por algún motivo esta noche las cosas no salen como esperamos, quiero tener la posibilidad de seguir el rastro a estos billetes.

Marcaron los billetes en un lado con una barra. Ellingham, además, marcó las cintas que sujetaban los fajos con su huella dactilar. Colocaron ventiladores en el despacho para que la mezcla se secase con rapidez y después distribuyeron el dinero en cuatro sacos.

–He dispuesto que haya gente vigilando las esquinas de las calles esta noche –explicó Marsh–. No les he dicho por qué ni para qué, solo que tomen nota de las matrículas y de cualquier movimiento extraño. Les he ofrecido cincuenta centavos por persona si me proporcionaban información útil.

–Dales cinco dólares a cada uno –dijo Ellingham–. ¡Dales lo que quieran!

–Si les ofrezco cinco dólares, sabrán que se trata de algo importante y podrían empezar a inventar historias. Cincuenta centavos les harán conservar su sinceridad y mantendremos un perfil bajo.

Robert Mackenzie observaba la escena con nerviosismo.



La llamada con las instrucciones se produjo a las 7:07 de la tarde. Las instrucciones decían que debían llevar el dinero a Burlington y esperar una llamada en una cabina telefónica concreta. El propio Ellingham condujo hasta allí, acompañado por Robert Mackenzie y George Marsh. Cada uno llevaba un revólver consigo. Llegaron justo antes de las 8:00, hora en que sonó el teléfono. Recibieron órdenes de trasladarse a Rock Point.

Rock Point es más o menos lo que indica su nombre: una punta rocosa a las afueras de Burlington que se proyecta sobre el lago Champlain. El paraje estaba prácticamente deshabitado y el terreno era muy irregular. Cuando llegaron, encontraron una flecha dibujada con tiza en el suelo que apuntaba hacia el estrecho y pedregoso camino de tierra que conducía al agua.

–Robert, quédese aquí con el coche –indicó Ellingham.

Robert miró el camino negro como boca de lobo que desaparecía entre las rocas y los árboles.

–Señor Ellingham, esto es...

–Ya me ha oído, Robert. Quédese aquí. Si no estamos de regreso ni tiene noticias nuestras

dentro de una hora, vuelva a la ciudad a buscar ayuda.

Ellingham encendió su linterna. Sus zapatos resbalaron un poco sobre las rocas húmedas cuando emprendió el camino en la oscuridad.

–Hay una luz al fondo –observó.

El sendero estaba marcado por una serie de lámparas improvisadas hechas con latas que más adelante se descubriría que procedían de un restaurante de la ciudad. El restaurante no había tenido nada que ver con el crimen; se habían limitado a sacar la basura la noche anterior. Los operarios de limpieza declararon que los cubos estaban vacíos por la mañana. Alguien había robado la basura.

Incluso con las pequeñas lámparas de lata, el camino era traicionero y oscuro, más aún cuando la distancia entre las lámparas aumentó cerca del acantilado. Por fin, en un saliente rocoso, encontraron tres latas y un rollo de cuerda. Debajo parpadeaba una linterna.

–Hay un bote ahí abajo –dijo Marsh, que se asomó con cuidado y con la pistola preparada.

–Use la cuerda –ordenó una voz–. Descuelgue el dinero.

–No hasta que veamos a la señora Ellingham y a Alice –repuso Marsh.

–Mire a su lado.

Ellingham se volvió ansioso y llamó a su esposa, pero lo único que encontró fue un bolso y una sandalia de niña en el suelo.

–Necesitamos una señal más concluyente –dijo Marsh–. Una prueba de vida.

Ellingham dejó caer su saco al suelo y lo ató a un extremo de la soga. Marsh suspiró y lo ayudó a asegurarlo.

–¡Estoy atando el dinero a la cuerda! –gritó Ellingham–. Por favor, lleve a mi esposa y a mi hija a un lugar seguro donde podamos recogerlas. No nos importan ustedes, solo ellas.

Los cuatro sacos con el dinero descendieron en paralelo a la cara exterior de la roca. Ellingham lanzó el extremo de la cuerda.

–¡Ahí va todo! –exclamó.

Abajo, la linterna empezó a titilar describiendo una extraña sucesión de destellos.

–¿Qué están haciendo? –preguntó Ellingham–. ¿Qué es eso? No es morse.

–No tengo ni idea –contestó Marsh, a la vez que ponía el revólver en posición de disparo.

–¡No dispaes a ese bote! ¡Podrían estar ahí!

La linterna se apagó. Durante un tenso minuto, no se oyó más sonido que el del suave batir del agua y el viento.

–¿Qué está pasando? –se alarmó Ellingham. Por primera vez aquella noche, su voz sonó vulnerable y temerosa.

–No lo sé.

–¡Eeeeh! –gritó Ellingham–. ¡Les he entregado el dinero! ¿Qué pasa ahora? ¿Dónde están?

El pequeño bote desapareció en la oscuridad, y con él cualquier posibilidad de recuperar a Iris y a Alice.

12

EL PROCESO DE ESCRIBIR EL GUION DE LA SERIE *A TENTAMENTE P ERVERSO* no fue tan fácil como Stevie había asegurado.

El primer día, Nate la saludó por la mañana con una gran sonrisa.

–¡Anoche hice un borrador de dos capítulos de mi nueva novela! –dijo–. A ver, solo son borradores. Pero qué rápido los escribí, Stevie. Te juro que escribí quince mil palabras.

–Y eso... ¿es bueno? –preguntó Stevie.

–¡Pues no lo sé! Pero lo cierto es que al pedirme que escribiera ese guion me entraron ganas de escribir más cosas, ¡lo que significa que he trabajado en mi libro!

–Un momento –dijo Stevie–, un momento... ¿Eso quiere decir que no has escrito el guion?

Nate negó con un gesto categórico.

–¡Exactamente!

A la hora de la cena, la historia había cambiado.

–Todo lo que escribí anoche es un horror –se lamentó–. Y no tenemos guion. Vuelve a enseñarme el material.

Se repitió varias veces la misma secuencia. Stevie le proporcionaba copias de las transcripciones de los interrogatorios policiales, que podían consultarse sin problema en Internet. Nate se retiraba a escribir. Nate se ponía a hacer otras cosas. Al final, Stevie terminó sentándose con él a la mesa de la sala común, codo con codo, pasándose el ordenador, y lograron escribir diez páginas entre los dos.

La primera escena se desarrollaba en el túnel, donde Hayes leía la carta de Atentamente Perverso. Después venía la escena de la entrega del rescate, en la que Hayes interpretaba a Ellingham. El hecho de que Hayes fuera a interpretar a Albert Ellingham, un hombre treinta años mayor que él, no era un problema. Ni que en la escena Albert Ellingham tuviera que cruzar en un bote de remos un lago que ya no existía. Lo que importaba era que todo se desarrollara en el jardín hundido, porque si grababan allí, quizá Stevie podría entrar en el observatorio.

Cuestión de prioridades.

Con todo, se sentía satisfecha con lo que habían hecho. El resultado se parecía mucho a un guion de verdad, con personajes diciendo y haciendo cosas.

El lunes por la noche, mientras fuera caía una tormenta, Stevie y Nate presentaron el guion ante un pequeño grupo que se reunió en el caserón del arte. Además de ella y de Nate, estaba también Maris, que parecía la perfecta mala de película, con un jersey negro de angora muy ajustado y demasiado invernal para el tiempo que hacía. Llevaba los labios pintados de un rojo vivo amapola. Se había puesto unas medias negras de costura semitransparentes, que exhibía estirando las piernas sobre el suelo y girando los pies para mostrar las pantorrillas. Tenía en la mano una taza de té humeante, cuya fragancia perfumaba toda la sala.

–Creo que ya conocéis a Maris –dijo Hayes–. Nos va a echar una mano con el rodaje y la

dirección.

También estaba alguien a quien Stevie ya había visto en la tienda aquella primera noche. Un chico de facciones angulosas, frente ancha y cara chupada, con arrugas prematuras de preocupación encima de las cejas. Llevaba un abrigo negro largo y una bufanda escarlata sobre los hombros.

–Este es Dash. Va a ser nuestro director de escena –anunció–. ¡Es el mejor!

Hayes leyó en alto el guion en su ordenador mientras Maris insertaba las acotaciones. Era duro en algunos momentos, y en su mayor parte utilizaba palabras textuales de los distintos documentos relacionados con el caso, pero Nate había sabido darles forma. Stevie había escogido los fragmentos más interesantes de las transcripciones. Y había que reconocer que Hayes interpretaba muy bien a Albert Ellingham. De alguna manera, habían conseguido hacer algo que parecía una serie.

–Es increíble –dijo Hayes al terminar–. Oye, Maris, ¿por qué no sacas unas fotos? Solo para documentar el proceso de trabajo.

–Claro –accedió Maris.

Sacó su teléfono e hizo un par de fotos de Hayes muy atento ante su ordenador.

–Necesito más detalles –dijo Dash–. ¿Qué tiempo hacía aquella noche?

–Había niebla –apuntó Stevie.

–Podemos crear niebla –afirmó Dash, y sacó su teléfono–. ¿Quieres niebla? Podemos crearla sin problema.

–Mucha niebla –indicó Hayes.

–¡Oooh, sí! –exclamó con entusiasmo Dash–. Puedo distribuir unas máquinas de niebla por todo el jardín hundido. Esa niebla química se queda casi a ras de suelo. Podemos conseguir que parezca un lago cubierto de niebla.

–¡Genial! –exclamó Hayes–. ¡Niebla!

–Voy a necesitar máquinas de niebla y postes para colocar las luces. Podemos conseguirlo.



Las etapas siguientes consistían en lograr que todo funcionara, y Nate y Stevie no se libraron. Había que reunir trajes y preparar el utillaje.

Para los trajes, Maris y Stevie fueron al teatro de la Academia Ellingham. Era un espacio pequeño que desde el exterior parecía un pequeño templo griego. El interior albergaba una sala larga y baja, de paredes negras, con capacidad para unas cien personas. Se accedía a la zona del ropero mediante una escalera de mano, situada en la esquina de la sala, que subía hasta un altillo compuesto de dos largas estancias separadas por un pasillo de tan solo medio metro de anchura.

El ropero ocupaba uno de los lados, y su techo descendente hizo que Stevie se golpeará la cabeza continuamente. Estaba lleno de percheros abarrotados de distintas prendas y accesorios más o menos agrupados por estilos. Había uno cargado con todo tipo de ropa masculina, otro con abrigos, otro con vestidos de época, percheros con artículos de piel sintética, con armaduras hechas de plástico y escayola, con artilugios informes que probablemente cobrarían sentido en algún contexto, como una caja gigante de patatas fritas de poliestireno y un saco marrón cubierto de ojos de fieltro.

El suelo era un mar de zapatos y botas, y de los percheros que había sobre ellos colgaban sombreros, cascos, bolsos, escudos, plumas (solo plumas; ¿solo plumas?, ¿por qué?) y artículos de naturaleza o procedencia desconocida. Todo ello olía a tienda de ropa de segunda mano, horneada a baja temperatura, a quien una marioneta arrinconada hubiera dado un abrazo

demasiado largo y demasiado fuerte.

Al final eligieron dos trajes, además de un sombrero y un abrigo. Del armario de atrezo, que era igual de abrumador y estaba organizado con un criterio casi igual de laxo, sacaron una bolsa de lona y un remo para el falso bote.

El miércoles por la tarde trajo consigo algo inesperado: obras. El grupo se reunió en el taller, que era una caseta construida a un lado de la zona de mantenimiento. El lugar era diáfano y fresco y contenía cosas poco habituales en la vida cotidiana de Stevie: mesas con radiales, cubos de basura industriales, estantes con herramientas. Ahí era donde los alumnos de Ellingham iban a hacer cosas que requerían espacio, herramientas y fuego. No había muchos alumnos, pero sí estaba Janelle, que tenía puesta una máscara protectora y observaba atentamente dos piezas metálicas. Al ver entrar a Stevie, se quitó la máscara y saludó con la mano.

–Necesito que cortes esto en trozos –dijo Dash a Janelle al tiempo que señalaba unos maderos–. Aquí tienes las medidas.

Le pasó un trozo de papel sin ningún miramiento.

Janelle miró la lista de números sin comprender.

–¿Qué? –preguntó perpleja.

–Corta. La madera. En trozos –dijo Dash indicando el madero y luego la radial.

–Estás de broma, ¿no? –terció Stevie.

–Ya lo hago yo –dijo Maris con voz de «es alucinante que ni siquiera sepa cómo funciona una radial». Se acercó con parsimonia, vestida con su jersey de angora, hacia la radial y se inclinó con pose de experta.

La radial emitió un fuerte zumbido al empezar a girar y Maris puso debajo un madero y lo cortó en dos. El aire se llenó de olor a serrín. Hayes entró con indolencia mientras se realizaba el trabajo, saludó a todo el mundo y se sentó en el suelo a estudiar el guion.

–Oye –dijo Janelle cuando vio a Dash sacar unas varas de un contenedor vertical de almacenaje que había en la esquina–, ¿qué haces con eso?

–Voy a hacer torretas de iluminación –respondió.

–Ah, no, ni hablar. Esas varas son mías.

–Es imposible que necesites tantas.

–Sí las necesito –afirmó Janelle.

–Solo me harán falta unos días.

–Mis varas tienen unas medidas especiales para mi máquina. No son unas varas cualesquiera.

–Mira, es imposible que las necesites todas. Voy a llevarte unas cuantas.

–¿Podemos llevarnos unas pocas? –le preguntó Stevie en tono suave–. Me ocuparé de que te las devuelvan.

–Para ti –sentenció su amiga–. Solo os las prestaré si son para ti.

Dash sacó las varas sin perder tiempo y se apresuró a llevárselas del taller.

Maris había dejado de serrar unos instantes y miraba lo que había dentro del contenedor industrial azul situado en un lateral del taller.

–¡Aquí hay hielo seco! –exclamó para que Dash se enterase–. ¡Un montón!

–Ya tengo bastantes máquinas de niebla –respondió–. Es más fácil trabajar con líquido.

Maris se encogió de hombros y cerró el contenedor.

Después de construir las rampas y organizar las varas y todo lo necesario para grabar el sábado en el jardín hundido, diseñaron el plan para la incursión en el túnel. Sería la noche siguiente y se reunirían detrás del caserón del arte a las siete.

Todavía oliendo a serrín, Stevie se fue a la casa y se tumbó en la cama. Descansó de espaldas

unos minutos, completamente vestida, sintiendo en su rostro la caricia del aire fresco que se colaba por la ventana. El crepúsculo de finales de verano dio paso a la oscuridad. Oyó unos pasos y un crujido de madera sobre su cama. Ya había llegado David. Distinguía los pasos de todos los ocupantes de la casa. Empezaba a saber cómo se movía Minerva, cómo se acomodaba a un ritmo casi musical. Levantó un brazo y tocó el hierro frío de la cabecera. Se cubrió la cabeza con el edredón y se quedó tapada por completo, junto con el olor a serrín que seguía despidiendo el pantalón del chándal. Janelle estaba al otro lado de una pared, Ellie al otro lado de la opuesta. Ella estaba en el medio. Y aquello le parecía lo más natural del mundo. Se quedó pensando en eso. Se había adaptado. Aquel era su hogar y estaba a punto de terminar un trabajo importante sobre el caso Ellingham con sus amigos. Bueno, Nate era su amigo, y probablemente también Hayes, Maris y Dash. Y su amiga Janelle les había proporcionado material.

La invadió una oleada de satisfacción que la impulsó a alcanzar el teléfono de la mesilla de noche. Tenía una aplicación con la que organizaba meticulosamente las imágenes y la información sobre el caso Vermont. Abrió la carpeta llamada SOCIAL . Eran sus indagaciones sobre la vida que habían llevado los Ellingham antes de la tragedia, cuando la casa no era más que una joya extraordinaria y maravillosa construida en la montaña y sus amigos famosos iban allí a esquiar en invierno, a contemplar las hojas de los árboles en otoño y a beber durante todo el año. Algunas de esas personas probablemente se habían alojado en ese edificio, en ese mismo cuarto, antes de que se inaugurara la academia y Minerva se convirtiera en una residencia de estudiantes. Stevie fue pasando páginas y se detuvo en una de sus favoritas: la fotografía de una lista de invitados a una fiesta en 1929. No tenía ni idea de quiénes serían aquellas personas, pero le encantaba leer los nombres: Gus Swenson, los gemelos Billbody, Esther Neil y Buck Randolph, las hermanas Davis (Greta y Flo), Bernard Handish, Lady Isobella de Isla, el doctor Frank Dodds, Frankie Sullivan, los Van-Earners, «Telégrafo» McMurray y Lorna Darvish...

La lista seguía y seguía. Habían ido a beber champán y a bailar bajo las estrellas. Actores, escritores, artistas, miembros de la alta sociedad. Y además, Dottie Epstein había vivido allí. Stevie había leído cosas sobre Dottie Epstein, una de las alumnas más sobresalientes de Ellingham. Tenaz. Brillante. Una chica dura del Low East Side de Nueva York, capaz de robar manzanas y de citar a Virgilio. Stevie sacó el teléfono para mirar la foto de Dottie por enésima vez. Tenía el pelo rizado y oscuro, las mejillas redondeadas y los incisivos separados. Era la víctima a menudo olvidada porque no era rica. No era dueña de ninguna academia. Tan solo era una chica inteligente que trataba de abrirse camino en la vida en la Academia Ellingham. Leía novelas de misterio. Había ido a leer al observatorio y allí se había quedado su libro.

Stevie apoyó el teléfono en el estómago y se quedó mirando el techo durante un buen rato. Había que resolver el caso por todos ellos, pero sobre todo por Dottie. Dottie, una enamorada del misterio. La noche siguiente iba a entrar en aquel túnel que había estado cerrado desde 1938. Desde luego, algo que no había hecho ningún investigador del caso en las últimas décadas. Iba a moverse en un nuevo terreno, literalmente. Dottie había recorrido ese túnel. Había muerto en él, o cerca o a causa de él. El túnel marcaba el tránsito de Dottie de la vida a la muerte.

Stevie se quedó dormida en aquella postura, con el teléfono encima de la tripa, pensando en Dottie y en el túnel. Hasta que un destello de luz le devolvió la consciencia.

Parpadeó confusa. Durante una fracción de segundo, su mente intentó determinar el origen de aquella luz. ¿Los faros de un coche?

No.

Aún medio dormida, se incorporó sobre un brazo.

La luz, o algo hecho de luz, estaba sobre la pared. Llenaba el espacio junto a la chimenea. Unas

manchas de color. Letras, palabras.

Nada tenía sentido hasta que se dio cuenta de que las manchas formaban un mensaje hecho de letras recortadas:

ADIVINA, ADIVINANZA EN LA PA
RED

UN ASESINATO VA A SUCEDER

UN CAÍCO EN UN CAMPO
DESIERTO.

¿SE REVELARÁN SUS SECRETOS?

¿O LA DAMA DEL LAGO?

¿LOGRARÁ VENCER AL ACADO?

ALICE, ALICE, ¿DÓNDE ESTÁS?

¿NI UNA PISTA NOS DARÁS?

EL DETECTIVE ACABA DE LLEGAR.
¡VAMOS, YA ES HORA DE JUGAR!

¡¡¡¡¡ ATENTAMENTE PERVERSO
UN DÍA MÁS VIVIRÁ.

Con otro destello, el mensaje desapareció.

13

STEVIE SE LEVANTÓ DE LA CAMA COMO IMPULSADA POR UN RESORTE y aterrizó bruscamente en el suelo. Notó pequeños latidos en los ojos, consecuencia del despertar repentino y de la transición de la oscuridad a la luz.

Las palabras le daban vueltas en la cabeza mientras se arrastraba hacia la ventana. Cuando llegó, se acurrucó en cuclillas durante unos instantes con el cuerpo tembloroso por la adrenalina. ¿Habría alguien más allí? ¿Debería asomarse y plantarle cara? La ventana estaba abierta unos quince centímetros. ¿Serían suficientes para que alguien se colara dentro?

Solo había un modo de averiguarlo.

Se puso de rodillas con un movimiento rápido. El exterior estaba oscuro y silencioso. Se aferró a la ventana, sin saber muy bien si cerrarla de golpe o abrirla un poco más para mirar. Se agarró con más fuerza.

Otra idea: alcanzó de un estante el libro más gordo que tenía sobre criminología, su posesión más preciada, que había conseguido por tres dólares en una biblioteca que estaba saldando libros. Lo tiró por la ventana y esperó.

Nadie gritó. Oyó cómo el libro aterrizaba sobre la hierba con un golpe sordo. Se deslizó hasta el armario y sacó la linterna táctica que les había proporcionado la academia, la encendió e hizo un barrido por la zona. Nada. Solo oscuridad y más oscuridad, y los leves y susurrantes sonidos de la noche.

Cerró la ventana y la aseguró con el pestillo; después corrió las cortinas y escondió la cabeza entre las rodillas. ¿Qué decía? «Adivina, adivinanza, en la pared, la muerte...» ¿Qué más, qué más, qué más?...

Y entonces le entró un ataque.

Los ataques de pánico son pequeños engendros mezquinos.

Primero notó la sensación de velocidad. Después la garganta cerrada, las luces en la cabeza, la sensación de aceleración vertiginosa hasta la confusión. Luego el viento extraño que azota la mente, arrasándolo todo y convirtiéndolo en una farsa de la realidad. Todos los caminos quedaban bloqueados. Todas las opciones conducían a la destrucción. Nada tenía sentido. Unas manos parecían apretarle el cuello. Stevie tragó saliva con dificultad para demostrarse a sí misma que era capaz de tragar, que no se le habían cerrado las vías respiratorias.

—No pasa nada —se dijo—. Respira: uno, dos...

Pero no podía respirar «uno, dos» porque todo el universo convergía en un solo punto. Habría agradecido desmayarse si no fuera por el pánico a que todo siguiera dando vueltas aun estando inconsciente.

La gente dice que la depresión es mentira. La ansiedad es muy torpe. Es incapaz de notar la diferencia entre cosas que son rigurosamente terroríficas (por ejemplo, que te entierren vivo) y cosas que no dan ningún miedo (estar en la cama debajo del edredón). Presiona los mismos

botones. Muévete. Detente. Arriba. Abajo. Para la ansiedad todo es lo mismo. Las cortinas transmitían miedo y el suelo transmitía miedo. La oscuridad transmitía miedo, y, si encendía la luz, probablemente también transmitiría miedo. La encendió de todos modos. Los rostros de la familia Ellingham la contemplaban con mirada acusadora desde el tablón. Corrió hacia la cómoda y abrió el cajón con manos temblorosas. Sacó como pudo un Ativan, después corrió hacia la mesilla, donde tenía una botella de agua, y se lo tragó de un sorbo.

Tardaría un rato en hacer efecto, y el universo seguía aullando en sus oídos.

Necesitaba ayuda.

Salió al pasillo dando tumbos y se dio un golpe contra el marco de la puerta. Llegó hasta la habitación de Janelle y llamó. Un instante después, una voz somnolienta contestó:

—¿Sí?

Stevie probó a abrir la puerta y vio que no había echado el pestillo. Estaba demasiado confusa para sentirse incómoda o mal por despertarla.

—¿Qué pasa? —dijo Janelle, incorporándose—. ¿Estás bien?

—Un ataque de pánico —respondió Stevie—. ¿Puedo..., puedes...?

Janelle se levantó, alcanzó su bata y se la echó a Stevie. La ayudó a llegar hasta la cama y a sentarse, y le pasó el brazo por los hombros.

—Lo siento —jadeó Stevie—, lo siento...

—Tranquila —dijo Janelle, y le tendió la mano—. No pasa nada. Vamos a hacer una cosa. Dame la mano.

Dar la mano a Janelle la ayudó a entrever un viso de realidad.

—¿Puedo quedarme aquí sentada un minuto?

—Quédate hasta que se te pase —la tranquilizó Janelle—. Da igual cuánto tarde. ¿Te ha pasado algo?

Stevie no fue capaz de explicárselo. Todo se tambaleaba. Se recostó contra su amiga y la pared que había detrás de la cama y esperó a que las paredes dejaran de moverse, a que las palabras dejaran de correr como locas por su mente, a que Atentamente Perverso se marchara.



Cuando Stevie salió de su habitación a la mañana siguiente, Janelle estaba en la sala común con un aspecto sorprendentemente animado para haberse pasado levantada la mitad de la noche ayudando a una amiga. Se había puesto una sudadera de lana que decía PREGÚNTAME POR MI GATO y unos pantalones de yoga, y llevaba las trenzas recogidas bajo una alegre pañoleta roja. Stevie, por el contrario, seguía con los mismos pantalones de chándal cubiertos de serrín. Ni siquiera había mirado cómo tenía el pelo. Podía tenerlo de cualquier manera. No se había molestado en lavarse la cara, ni en quitarse las legañas, tampoco en lavarse los dientes. Lo único que necesitaba era levantarse y escapar de la noche.

Sintió vergüenza al mirar a su amiga. Nunca había tenido una experiencia como aquella lejos de sus padres. Nunca había tenido que pedir ayuda a alguien en esas circunstancias. Janelle la había acompañado hasta su cama justo antes de que amaneciera, y después había dormido profundamente durante unas horas. Ahora se sentía grogui, pesada y torpe.

—¿Qué tal? —le preguntó Janelle en voz baja.

—Bien —contestó—. Con algo de náuseas. Cansada. Pero bien.

No fue capaz de añadir «gracias a ti» en voz alta, pero intentó expresárselo con la mirada y mostrándose algo avergonzada. Janelle sacudió la cabeza con un gesto que significaba «no te preocupes».

Stevie salió de la casa. Hacía una mañana fresca y luminosa; un inmenso cielo azul y nubes deshilachadas y felices sobrevolaban las montañas. Era el tipo de mañana que podía burlarse del miedo de la noche anterior. Aquella serenidad casi la hizo sentirse peor. ¿Cómo podía haber sufrido un ataque de ansiedad cuando todo era tan agradable?

Con bastante facilidad, por lo visto. A la química del cerebro le da igual si las cosas son bonitas o no.

Avanzó recorriendo la fachada de Minerva sobre la hierba cubierta de rocío para recoger el libro que había tirado por la ventana. Estaba un poco húmedo, pero tras examinarlo vio que no sufría daños preocupantes.

¿Qué había pasado? Estuvo repasando material relacionado con el caso hasta que se quedó dormida mientras pensaba en el secuestro y en el túnel. El mensaje de la pared podía perfectamente haber existido solo en sueños. Pero era tan vívido, tan auténtico. Se había levantado de la cama. Había tirado un libro por la ventana en un intento de cazar a un intruso.

Contempló el cielo unos instantes, con el libro en la mano, y trató de determinar qué había sido real y qué no; después se frotó los ojos enrojecidos y cansados. Estuviera como estuviera, tenía que ir a clase. Secó la portada del libro con la camiseta y volvió a entrar.

Iba de camino a su habitación cuando se tropezó con David.

En realidad no fue un golpe fuerte. Él esbozó una media sonrisa. Tenía aquel gesto tan suyo, con los labios extendidos y las comisuras vueltas hacia arriba. Una sonrisa, nada más. Pero había algo en ella que le hizo hervir la sangre. Le cortó el paso.

—¿Has pasado una buena noche? —dijo.

—Gracias por preguntar, qué amable —respondió David, y se apoyó en la pared—. Claro. ¿Y tú?

Lo dijo en un tono neutro, pero su sonrisa se amplió unos milímetros.

—¿Mucho ajeteo anoche? —preguntó Stevie.

—Haces muchas preguntas.

El mismo tono neutro, la misma media sonrisa. Pero había algo en sus ojos. Un destello. Le resultaba imposible definir qué pasaba, pero había algo.

—No es que no me lo esté pasando bien contigo —dijo luego—, pero ¿puedo bajar a desayunar?

Stevie se apartó para dejarlo pasar, después se volvió y lo siguió con la vista. ¿Habría sido él quien puso la nota en su habitación?



Aquella mañana, Stevie no logró concentrarse durante el debate sobre *Hojas de hierba*. Se pasó la mayor parte del tiempo intentando recordar las palabras que había visto.

Adivina, adivinanza... Algo sobre la muerte, algo sobre el lago, algo sobre Alice... Desde luego, «Atentamente Perverso» en algún verso. Pero cuanto más trataba de recordar aquellas palabras, más se alejaban y perdían su aspecto de palabras.

Ahora entraba en juego Walt Whitman:

... los indicios sobre los ancianos y las madres, y sobre los niños arrancados de sus regazos demasiado pronto.

¿Qué pensáis que ha sido de los jóvenes y de los ancianos?

¿Qué pensáis que ha sido de las mujeres y de los niños?

Están vivos y sanos en alguna parte...

Adivina, adivinanza. Una mujer en un lago, una chica en un hoyo...

Ella sería una chica en un hoyo aquella misma tarde, cuando entrara en el túnel.

Prestó y perdió atención a partes iguales sobre las funciones de los esqueletos axial y apendicular en clase de Anatomía. La comida la aproximó un poco más a la superficie. A la hora de laboratorio de Español solo quedaban leves rescoldos de su miedo y empezó a centrarse en la idea de entrar en el túnel. Debido a la emoción, experimentaba una sensación de efervescencia que no la abandonaría en toda la tarde.

Volvió corriendo a Minerva a media tarde en busca de los guantes y la linterna, y a las cinco se reunió con Janelle para ir juntas a su primera clase de yoga. Era la disciplina que había escogido entre la selección del programa obligatorio de Educación Física. Le pareció más atractivo que «Correr para alcanzar buena forma física y claridad de ideas», «Campus cooperativo» o «Perspectivas sobre el movimiento». En su instituto, solo les permitían estar media hora en la cinta rodante, y después los dejaban a su aire, para que escucharan música o lo que quisieran, que era literalmente lo único que Stevie echaba de menos de su antiguo instituto.

Janelle la esperaba delante del caserón del arte con una esterilla enrollada bajo el brazo.

–¿Todo bien? –le preguntó.

–Sí –respondió Stevie–. Creo que sí.

–Los sueños en las crisis de ansiedad son lo peor.

Ya muy entrada la noche, Stevie había logrado explicar a su amiga lo que había visto. Debió de parecer que estaba relatando un sueño y no un suceso cuya condición de real o no era cuestionable.

–Creo..., supongo que lo soñé –dijo al final–. No lo sé.

Janelle hizo un gesto de conformidad, como si fuera la única respuesta que estaba esperando.

–Pero –añadió Stevie al entrar en el caserón– supongamos por un momento que no lo soñé. ¿Cómo demonios se puede proyectar algo así en la pared? Porque me imagino que hará falta un proyector.

–Ah, eso es fácil –respondió Janelle–. Se puede hacer uno con cartón, cinta adhesiva y un espejo. No es imposible, pero...

–Me refiero a que me desperté. Estaba en la cama y lo vi en la pared. Tiré un libro por la ventana para pillar a quien estuviese allí fuera. Para darle con él en la cabeza.

–¿Y le diste a alguien? ¿Viste a alguien? –le preguntó su amiga.

–No.

–Si te despiertas en determinadas fases del sueño, sueño y realidad se mezclan durante unos minutos. Y el hecho de que acabes de llegar a la academia es muy probable que te haya provocado sueños de ansiedad. Mis sueños de ansiedad consisten en que nunca voy a clase. Y termina el curso y no he asistido a ninguna. Si tengo una buena noche, sueño con avances en el sistema de impresión en tres dimensiones y con Gina Torres vestida de Wonder Woman. Pero ahí está la cuestión...

Detuvo a Stevie antes de entrar en la sala de yoga.

–Creo que todos hemos venido porque tenemos algo en la cabeza de lo que no somos capaces de librarnos –continuó Janelle–. Vivimos como obsesionados con algo. Yo quiero construir máquinas y tú quieres resolver misterios, Nate quiere escribir (o no quiere escribir) y Ellie quiere vivir en su propia comuna rodeada de artistas. Hayes hace series. Creo que Davis crea juegos. Lo he visto programar, así que sé que sabe hacerlo. Cada uno está como en su propio mundo. Pero resulta que aquí tu mundo es real. Tuviste un sueño muy intenso. Algo te despertó. Puedes experimentar alguno de esos estados y ver cosas y creer que estás despierta sin haber salido por completo del estado de sueño. El sueño es algo muy curioso.

Visto así, todo parecía cobrar sentido.

–¿Por qué eres tan inteligente? –se asombró Stevie.

–Leo mucho –contestó Janelle con una sonrisa. Abrió la cremallera de su mochila, introdujo la tarjeta de identificación, aseguró el cordón a un clip y volvió a cerrarla. Lo hizo todo metódicamente, hasta el hecho de guardar la tarjeta–. Y soy sencillamente asombrosa.

La clase se impartía en un pequeño estudio. Todos dejaron las mochilas en el pasillo y se apiñaron en el interior. Era una clase muy solicitada y las esterillas estaban separadas entre sí tan solo por unos pocos centímetros. Stevie utilizó una de la academia; era de caucho morado y olía un poco a lejía y a pies.

La profesora, Daria, tenía una especie de pequeño acordeón que tocó mientras le indicaba a todo el mundo que se sentara encima de unas mantas con los ojos cerrados. Se suponía que debían concentrarse en la respiración, pero la mente de Stevie volvía una y otra vez al momento de aquel destello que la había despertado en plena noche para leer las palabras en la pared. Lo visualizaba una y otra vez en su interior. ¿Hasta qué punto estaba despierta cuando puso los pies en el suelo, cuando intentó memorizar las palabras?

Era imposible saberlo. El sueño tenía sus propios misterios y Daria les estaba indicando que adoptaran la postura del perro bocabajo. Stevie era nueva en aquello del yoga y enseguida tuvo a su lado a Daria para colocarle las manos, las caderas y los pies correctamente. Había visto unos cuantos vídeos para prepararse antes de ir a la academia, pero en aquel momento se encontraba totalmente perdida y en cada movimiento hacía algo mal. Iba dos posturas por detrás del resto, como poco. Colocaba las rodillas en el lugar equivocado, no levantaba el brazo lo suficiente, no giraba como debía. Daria se acercaba sin hacer ruido y le corregía la postura una y otra vez con voz dulce y susurrante, hasta que al final se colocó delante de Stevie para dar la clase. ¿Cómo es que todos los demás sabían yoga?

La única ventaja fue que se le despejó completamente la mente. Había oído que el ejercicio físico producía esas cosas. ¿Se referían a eso? ¿Tenías la mente tan ocupada en todos tus errores mientras intentabas que el sudor no hiciera que te resbalaran las manos en la esterilla que era imposible pensar en otra cosa?

A Stevie le encantó que la clase terminara con todos tumbados en el suelo en la postura del cadáver.

–Hoy vais a ir a grabar, ¿no? –preguntó Janelle al terminar la clase, cuando salían al pasillo para recoger sus cosas–. Porque Vi y yo vamos a...

Estaba revolviendo en la mochila como loca, metiendo la mano en el fondo y en los bolsillos.

–Mi pase –dijo al fin–. Ha desaparecido. Y lo guardé y cerré la cremallera. Tú lo viste.

–Claro que lo vi –corroboró Stevie–. ¿No está ahí?

Janelle abrió la cartera y vació su contenido. La tarjeta no estaba.

–¿Cómo diablos la he podido perder? –se preguntó–. ¿Se la habrá llevado alguien? Tengo que encontrarla. Me da acceso a los sitios, y si la pierdo...

–Vamos a buscarla –dijo Stevie, ya en el suelo y rebuscando entre las mochilas mientras la gente salía de clase.

–Te cobran ciento cincuenta dólares si tienen que hacerte una nueva –se lamentó Janelle–. Mierda. ¡Mierda!

–No pasa nada –la tranquilizó Stevie–. Alguien ha debido de llevársela por error.

–¿Cómo? ¿Abriendo mi mochila y sacándola? Tengo que decírselo a Pix. ¿Quién anda por ahí robando pases? ¿Quién ha abierto mi mochila?

Janelle se estaba enfadando. Aquel tipo de problemas la ponían muy nerviosa. Y lo que estaba

claro era que había guardado la tarjeta en la mochila.

–¿Será una broma?

–¿Robarme la tarjeta?

Stevie estuvo a punto de añadir «O colgar una carta en la pared de mi habitación». Pero como todavía no estaba claro si había sido real o no, se contuvo. Otro extraño suceso en un corto espacio de tiempo. Una carta y una llave. Tenía la impresión de que se trataba de un extraño juego, y eso la sumió en una honda y creciente preocupación.

Los juegos no son divertidos cuando no sabes que estás jugando.

ERA UNA NOCHE PERFECTA PARA METERSE BAJO TIERRA .

El otoño era distinto allí arriba, observó Stevie mientras recorrían el sendero en dirección al caserón del arte aquella noche a las ocho. Más... salvaje. Probablemente era de esperar, pero aun así la experiencia la pilló desprevenida. Se oían más pisadas rápidas entre los arbustos, había más plasticidad en las oscuras copas de los árboles, más viento. El aire estaba cargado del olor fecundo de las hojas que caían de sus ramas y de la aromática putrefacción de las capas de maleza. Todo estaba vivo o resonaba en el momento de su muerte. Aquel olor, aquella sensación... Todo aquello era lo que había hecho que Albert Ellingham se encaprichase de ese lugar.

–Mi reino por un Starbucks o similar –gimió Nate–. ¿Vosotros también tenéis la impresión de que llevamos mil años andando? ¿Cuándo empezaremos a devorarnos unos a otros o a luchar por un caracol?

Stevie y Nate se habían puesto ropa oscura para su misión nocturna. Nate llevaba unos holgados vaqueros negros y un jersey negro muy grande cuyas mangas casi le tapaban los dedos y hacían que sus brazos parecieran aún más largos. Mostraba su entusiasmo habitual, pero Stevie ya se había acostumbrado. Nate era como una nube cargada de lluvia, pero de lluvia amable, y el mundo necesita lluvia. Stevie iba perfectamente equipada para la aventura con unos pantalones negros de loneta y su sudadera negra. Su fondo de armario no le había fallado. Ambos llevaban en sus mochilas las linternas que les facilitaba la academia.

–Entonces, ese túnel... –dijo Nate mientras recorrían la curva del camino, delante de las estatuas de las cabezas susurrantes–, ¿qué había dentro?

–Era un túnel para introducir alcohol de contrabando durante la Ley Seca –respondió Stevie–. Venían camiones desde Canadá. Guardaban el alcohol bajo el observatorio en caso de redada, aunque tampoco era muy probable que fueran a hacerla en casa de Albert Ellingham.

–Me refiero al túnel –dijo Nate–. ¿Lo han abierto por algo especial?

–Porque lleva muchos años cerrado –dijo Stevie sin entrar en detalles. No quiso añadir «Desde 1938, y acaban de excavarlo, así que quién sabe lo que puede haber allí abajo».

–¿Y nos dejan entrar?

–Nadie ha dicho que no lo pudiéramos hacer –repuso Stevie.

–Pero tampoco debemos contárselo a nadie.

–Primero actuar, después disculparse.

Notó que Nate se la quedaba mirando, así que giró la cabeza hacia el lado contrario y observó uno de los bustos que hacían muecas.

–No sé si va a dar para tres capítulos –dijo Nate, metiéndose las manos en los bolsillos–. Solo llevamos una semana con esto.

–¿Qué te ha dicho la doctora Quinn?

–Que ya lo pensaría cuando lo viera. Pero lo que parece pensar es que las botellas rotas son

parte de un buen desayuno.

–Me parece que te preocupas demasiado.

–¡Pues claro que me preocupo demasiado! Pero normalmente con razón. La gente que se preocupa suele tener razón. Así son las cosas.

Stevie decidió no llevarle la contraria en ese aspecto.



Hayes, Maris y Dash ya estaban esperándolos junto al ala opuesta del caserón del arte, donde se encontraban las herramientas de construcción y los contenedores de escombros, al lado de la carretera de mantenimiento. También iban vestidos de negro: Hayes con algo que le marcaba la silueta, Dash con ropa artísticamente desgarrada y vaporosa, y Maris con mallas negras, un jersey velludo enorme y un gorrito negro. Se había puesto incluso un perfume que olía a almizcle y a humo para ir en consonancia con la ocasión.

–Muy bien –dijo Hayes, y encendió la linterna–. Vamos.

Se internaron en el bosque, en el círculo de naturaleza agreste que envolvía la Academia Ellingham, el lugar donde los árboles no estaban colocados en orden y no florecían estatuas. Al menos, era la zona más próxima a la carretera de mantenimiento. Stevie creía saber por dónde discurría el túnel y dónde estaba la entrada. Hayes parecía saber muy bien adónde iba.

–¿Cómo lo encontraste? –preguntó Maris.

–La excavación del túnel es la mejor parte –contestó Hayes con una sonrisa–. Este tramo lo abrieron en primavera. No querían que lo supiera nadie.

–¿Y tú sí lo sabías?

–Los vi –respondió, sonriendo y haciendo brillar la linterna bajo la barbilla.

Los llevó a unos treinta metros de la carretera, hasta meterse entre un pequeño grupo de árboles. Después se detuvo y empezó a patear la tierra. Se oyó un ruido fuerte de metal pesado.

–Luz –pidió.

Maris iluminó con una linterna mientras él retiraba unos centímetros de tierra suelta.

–La han vuelto a tapar –comentó al tiempo que se inclinaba–. Y además parece que le han puesto un candado. Antes no lo tenía. Esto va a ser un problema.

–Déjame ver –dijo Stevie, arrodillándose junto a él. La tierra estaba esponjosa y fría–. Es un candado corriente –añadió tras echar un vistazo–. ¿Podéis iluminar aquí?

Maris dirigió la luz hacia el candado. Stevie abrió su mochila y rebuscó unos instantes hasta que encontró dos clips en el fondo. Los estiró y los insertó en el candado. Utilizó uno como llave de tensión y el otro para manipular los pasadores. Sus movimientos fueron lentos y cuidadosos, iba palpando milímetro a milímetro. Los candados son pequeños y los pasadores más pequeños todavía, y el movimiento necesario para mover uno de ellos es apenas un suspiro.

Por suerte, había abierto candados como aquel muchas veces. Era un entretenimiento bueno y barato mientras leía novelas de misterio, y parecía el tipo de destreza que una persona como ella debía dominar.

Se abrió con un ruido seco.

–¡Caramba! –exclamó Hayes–. ¿Cómo narices aprendiste a hacer eso?

Stevie se limitó a sonreír, se levantó del suelo y se limpió la tierra de las manos.

–Muy bueno –añadió Maris en tono de aprobación. Por fin había algo que Stevie sabía hacer y ella no.

Dash estaba mandando un mensaje de texto y Nate miraba boquiabierto en silencio.

Hayes abrió las puertas y dejó al descubierto un agujero negro como boca de lobo. Stevie

alumbró una docena, más o menos, de escalones de hormigón que conducían a una oscuridad aún más profunda.

–No parece nada siniestro –comentó Nate.

Stevie avanzó hasta la entrada, se agachó y alumbró la abertura con la linterna. El espacio que se abría ante sus ojos era de una oscuridad intensa y aterciopelada. Ahí dentro podía haber cualquier cosa. Un millón de arañas. Alguien con un cuchillo. O, peor aún, solo un largo trecho de oscuridad.

Contó los escalones y fue palpando con el pie para asegurarse de que había alcanzado el último antes de dirigir el haz de luz hacia arriba. El millón de arañas, si es que se encontraban allí, estaban bien escondidas, y tampoco había nadie con un cuchillo. El túnel era de ladrillo y hormigón y se hallaba en un estado bastante practicable, aparte de unas cuantas grietas e irregularidades inquietantes, probablemente causadas por la nieve y el hielo. Se percibía un olor penetrante a tierra y a cerrado. El túnel era más estrecho de lo que ella se había imaginado; apenas cabrían dos personas una al lado de otra. Era lógico, por supuesto. No es fácil construir un túnel subterráneo. Necesitaba tener la anchura necesaria para meter las cajas de botellas o bajar a escondidas con tus amigos para participar en uno de los famosos juegos de Ellingham. Las paredes de ladrillo creaban la impresión de encontrarse en una chimenea horizontal.

Stevie sintió una leve sensación de mareo y apoyó la mano en la pared. Estaba más bien húmeda y trazó la línea de mortero con los dedos. Todo aquello era historia, historia real que se abría ante ella. Demasiado fuerte para asimilarlo de golpe. No hizo caso de la actividad que se desarrollaba a su alrededor: mientras Dash instalaba el trípode que acababa de sacar de su mochila, Maris y Hayes leían la carta de Atentamente Perverso en el teléfono y decidían dónde colocarse.

Nate se situó a su lado y la sacó de su ensimismamiento.

–¿Por qué sabes forzar cerraduras? –le preguntó.

–Porque hay un montón de tutoriales en Internet.

–Eso explica cómo. ¿Por qué?

–¿Quién no querría saber cómo forzar una cerradura? Solo tardé unas pocas horas en aprender. Te compras un candado por cinco dólares...

–Sigues sin explicarme por qué.

–Porque lo hacen en la televisión –dijo por fin Stevie–. Me parece una cosa que conviene saber. Como los detectives, ¿sabes? Todos tenemos nuestras aficiones.

–Recuérdame no ganarme nunca tu enemistad.

Stevie fijó la vista en la oscuridad. Alumbró con la linterna, pero no se veía el fin. Solo más oscuridad.

–¿Están seguros de su integridad estructural? –preguntó Nate–. ¿Deberíamos estar aquí? Parece el hueco del ascensor del *Titanic*.

–Está todo bien –repuso Stevie. Porque probablemente lo estaba. La mayor parte de las cosas lo están.

Stevie barrió la oscuridad con el haz de luz, evitó mirar una grieta terrorífica en uno de los lados y después enfocó directamente hacia delante.

–Voy a recorrerlo hasta el final –anunció.

–¿En serio? –se asombró Nate.

–Para eso he venido. Mis dragones están ahí dentro.

–Stevie, yo no iría...

–Tú no eres yo –lo interrumpió Stevie–. Si muero, véngame.

Estaba bromeando, pero no del todo. Tenía que ir, y también era consciente de que quizá estaba cometiendo un error.

Hay errores que se deben cometer.

La distancia, lo sabía, era de unos mil doscientos metros. Mil doscientos metros de túnel negro pueden no parecer demasiada distancia de túnel negro, pero son en realidad una buena distancia. Pero iba a entrar, como la gente que entraba en cámaras de pirámides que llevaban selladas miles de años sin tener ni idea de lo que los esperaba allí dentro. Existen secretos enterrados y a veces uno tiene que meterse bajo tierra.

Se preguntó si sufriría un ataque de pánico. Para su sorpresa, su pulso era estable y firme. Enseguida encontraría la puerta del otro extremo. Extendió un brazo hacia el frente para buscarla hasta tocar la madera maciza con las yemas de los dedos.

Su corazón dio un vuelco, literalmente, y expulsó una turbia descarga de sangre.

La puerta estaba hecha de gruesas piezas de madera unidas entre sí mediante franjas de hierro forjado, y la pequeña ventana corrediza parecía sacada de una cárcel medieval. En aquella puerta no había manilla ni cerradura. Originalmente, la puerta solo se podía abrir desde el otro lado, así que, si estaba cerrada en ese lado, supondría el final de su investigación.

Empujó.

Se abrió.

Iba a ir más allá. Iba a entrar. Era como un sueño.

La estancia que había al otro lado era pequeña. Tres de sus paredes estaban cubiertas de estanterías. Había sido el cuarto de los licores. Los pedidos llegaban a través del túnel y se almacenaban en aquel cuartito. Una escalera de mano metálica subía hasta una trampilla abierta en el techo. Stevie la sacudió para comprobar su estado. Parecía estar firmemente sujeta a la pared y en perfectas condiciones. ¿Podría hacerlo? ¿Podría de verdad ir al lugar donde ocurrió?

Los demás no la habían seguido. Había llegado hasta ahí sola.

Volvió a comprobar el estado de la escalera y metió la linterna en la mochila. Iba a subir a oscuras. Se movió despacio, con su confianza puesta en la escalera y la certeza de que en algún momento su cabeza tocaría la trampilla. El contacto le serviría para orientarse.

Arriba, arriba, arriba en la oscuridad, cada vez más despacio. Notó la trampilla contra su pelo, contra su cráneo. Bajó un peldaño y extendió el brazo para abrirla. Al principio no cedió, pero empujó más fuerte. Oyó un tremendo chirrido cuando los viejos muelles se vieron obligados a entrar de nuevo en acción, pero la trampilla se abrió de golpe.

Hay gente que quiere ver la Torre Eiffel o el Big Ben. Hay gente que sueña con su fiesta de graduación o su boda. Hay gente que sueña con volar en globo o bucear en las aguas cristalinas del Caribe. Todo el mundo tiene un lugar soñado, y Stevie Bell estaba trepando hacia el suyo.

El observatorio y su cúpula parecían más pequeños ahora que estaba dentro. Los gruesos triángulos de cristal que formaban la mayor parte de la estructura tenían suciedad incrustada, así que estaba a oscuras. La luz de la linterna recorrió el suelo y el banco adosado. No había nada excepto polvo y hojas secas. Olía a cobertizo.

Dottie había estado allí. Fue en ese lugar donde encontraron el libro de Sherlock Holmes que estaba leyendo. Albert Ellingham había traspasado aquella puerta maciza. Le habían dado un golpe y había caído al suelo. ¿Dónde? ¿Aquí mismo? ¿Habían contado el dinero allí? ¿Fue allí donde todo empezó a ir mal?

Cerró los ojos unos instantes. Quizá, si respiraba aquel aire y se empapaba de aquel espacio, podría retroceder hasta...

—¡Eh! —La voz de Dash rasgó el silencio al gritar desde abajo—. ¡Venga! Te necesitamos.

El hechizo se había roto.



El rodaje fue muy rápido. Lo único que había que grabar era a Hayes recitando la carta de Atentamente Perverso mientras recorría el túnel. Él y Maris movieron la cámara hacia delante y hacia atrás para tomar planos largos, pero estaba oscuro, hacía frío y era difícil grabar, y además el tiempo corría en su contra. A las ocho y media regresaron con cuidado hacia los escalones. Una rápida ojeada les demostró que no había nadie esperando a que salieran del agujero.

—No podemos ir todos juntos —dijo Hayes con el candado en la mano—. Si alguien ve de dónde venimos, quizá se dé cuenta de que hemos estado aquí. Nate, Stevie, primero salid vosotros. Dash, tú vuelve dando un rodeo. Maris, tú y yo saldremos los últimos.

Mientras recorrían el camino de vuelta en la oscuridad, Nate echó la vista atrás.

—Seguro que se dan la vuelta y se van a echar un polvo al túnel —dijo.

—Echar un polvo —repitió Stevie—. ¿Tenías que usar esa expresión?

—Polvo de túnel —dijo Nate—. La nueva fragancia para hombre.

—No creo. No lo harán.

—¿Por qué no?

—Pues porque es... el túnel. No se echa un polvo de túnel en ese túnel.

—A veces un túnel no es más que un túnel.

Stevie rechinó los dientes y siguió caminando con las manos hundidas hasta el fondo en los bolsillos de la sudadera. Aún estaba flotando en la magia del túnel y del observatorio y quería conservar esa sensación el mayor tiempo posible.

Pensó en la carta que había visto en su habitación. Qué vívida parecía. Los sueños se desdibujaban y desaparecían en cuanto se terminaban. Pero en esta ocasión los bordes estaban bien definidos, los colores relucientes. Su mente había hecho una captura de pantalla.

¿Habría sido real?

Era posible; la mayoría de las cosas son posibles. Sin embargo, no era probable. Lo que sí era probable era que su cerebro ansioso y excitado, lleno de nuevos estímulos, hubiera invocado algo brillante y realista, algo tan mágico y curioso que había dejado su impronta en las células de su cerebro más tiempo de lo normal. Pero si lo pensaba con un poco de lógica, ¿quién la conocía tan bien o se preocupaba tanto por ella como para tomarse tantas molestias? ¿Y con qué propósito?

Había sido un sueño, como dijo Janelle. Janelle utilizaba la lógica.

Sin embargo, la sensación seguía presente, como si Atentamente Perverso la estuviese invocando desde el pasado. Atentamente Perverso, el conocido espíritu maligno, el asesino risueño.

Pero algunas cosas no quedan sepultadas para siempre, como los túneles o los secretos. Atentamente Perverso no iba a salir inmune.

¿QUIÉN ES ATENTAMENTE PERVERSO ? 80 AÑOS DESPUÉS

Postdetective.com

13 de abril, 2016

El 8 de abril de 1936 llegó una carta al despacho de Albert Ellingham en Burlington, Vermont. Ellingham era en aquel entonces uno de los hombres más ricos de Estados Unidos. Había construido una mansión y una academia en las montañas, en los alrededores de Burlington, y allí vivía con su esposa y su hija, respirando el aire limpio y fresco. Una oficina de Burlington recogía su correo personal o de trabajo y todos los días un coche se encargaba de llevarlo hasta la casa, casi en la cima del monte Hatchet, donde sería

clasificado y tramitado por su secretario.

Aquel día una carta destacó por encima de las demás, que eran cientos. El sobre llevaba matasellos de Burlington. La dirección de la finca Ellingham estaba escrita con lápiz gris a trazos duros y cuadrados. En su interior había una única hoja de papel que contenía el siguiente texto:

*¡Mira! ¡Un acertijo! ¡Ya es hora de jugar!
¿Soga o pistola, qué debemos usar?
Los cuchillos tienen filo y brillan como estrellas.
El veneno es más lento, vaya, qué pena.
El ahogamiento es lento, el fuego es festivo.
La horca es un método muy poco atractivo.
Una cabeza rota, una mala caída,
un coche que choca en medio de la vía.
Las bombas hacen un ruido muy gracioso.
¡Cuántas formas de castigar a los niños revoltosos!
¿Qué debemos usar? Es difícil decidir.
Igual que tú no sabes si esconderte o huir.
Ja, ja.
Atentamente,
Perverso.*

Las amenazas a Albert Ellingham y a su familia no eran nuevas. De hecho, el señor Ellingham había sobrevivido de milagro a una bomba colocada en su coche. Ocurrió en una época durante la cual los empresarios a menudo sufrían amenazas. ¿Qué hacía tan diferente a esta carta?

Para empezar, estaba formada por palabras y letras multicolores que más tarde se descubriría que procedían de revistas populares. Con tipografía viva y alegre, desgranaba un poema perverso que enumeraba las muchas maneras en que Albert Ellingham podía morir. La persona que la había escrito se había atribuido un nombre: Atentamente Perverso.

Cinco días después, durante un paseo en coche, la esposa de Albert Ellingham, Iris, fue secuestrada junto con su hija de tres años, Alice. Además de Iris y Alice, aquel día también desapareció una chica llamada Dolores Epstein, que era alumna de la nueva academia construida en la propiedad.

Aquella misma noche se le exigió el pago de un rescate y Albert Ellingham solo dispuso de unos minutos para meter en sacos el dinero que tenía en la caja fuerte y llevarlo al lago artificial construido en la finca. Faltaba un poco de dinero para llegar a la cantidad requerida, así que los secuestradores dieron una paliza a la persona enviada para recoger a Iris y Alice y exigieron más dinero.

Robert Mackenzie, el secretario personal de Albert Ellingham, que entonces tenía treinta años, le rogó que llamara a la policía. Pero Ellingham estaba convencido de que, si lo hacía, las vidas de Iris y Alice correrían aún más peligro. Así que, con el apoyo de George Marsh, amigo de la familia, Ellingham llevó doscientos mil dólares en billetes marcados hasta un promontorio recóndito de Burlington y depositó el dinero en un bote que esperaba abajo, en el lago Champlain.

El bote zarpó y desapareció. El 16 de mayo de 1936, el cuerpo sin vida de Dolores Epstein fue hallado en un campo de Jericho, Vermont, en una fosa poco profunda. Lo descubrió el conductor de un camión de leche de una vaquería cercana que se había apartado de la carretera para satisfacer una necesidad fisiológica. La causa de la muerte de Dolores Epstein había sido un golpe brutal en la cabeza.

Tres semanas después, el 5 de junio de 1936, el lago devolvió a tierra el cuerpo de Iris Ellingham cerca de South Hero, Vermont. Maude Loomis, la vecina que descubrió el cadáver, afirmó: «Estaba envuelto en una tela impermeable y se encontraba en muy, muy mal estado. Parecía como si hubieran querido hundirla con una piedra». El cuerpo de Iris presentaba tres orificios de bala.

Atentamente Perverso parecía estar siguiendo su lista al pie de la letra: había un coche implicado, aunque no chocó en medio de la vía (de hecho, tiempo después encontraron el Mercedes rojo guinda de Iris Ellingham perfectamente aparcado en una carretera comarcal, a poco más de diez kilómetros de la casa y sin señales de violencia). Había una cabeza rota, una pistola y un cuerpo hallado en el agua.

Llamaron al FBI tres días después del secuestro. Los agentes incautaron la carta inmediatamente y procedieron a su examen. Los especialistas determinaron que el papel era de uso común, del que se vende en miles de tiendas. Las únicas huellas dactilares que aparecían en la carta eran las de Albert Ellingham y Robert Mackenzie. El pegamento era cola blanca corriente. Las palabras y las letras habían sido recortadas de publicaciones de gran tirada como *Life*, *Photoplay* y *The Saturday Evening Post*. En resumen, no había nada relevante en la carta a excepción de su contenido.

Psiquiatras de todo el país expresaron su opinión sobre la identidad de su autor. Hubo discrepancias acerca del diagnóstico, pero todos coincidieron en que era inteligente, con gran facilidad de palabra y seguridad en sí mismo. Poetas y profesores de literatura examinaron el poema y mostraron opiniones totalmente opuestas. Algunos decían que era pueril. Otros, que lo había escrito un buen conocedor de la poesía que quería mantener oculto su talento. Un surrealista lo calificó, de manera espeluznante, como «la mayor y más sincera obra maestra de nuestro tiempo».

Esto presentó algún problema en el juicio. Aunque Anton Vorachek tenía en su casa algunos de los billetes con los que se pagó el rescate y se declaró culpable, su inglés era extremadamente limitado. La mayor parte de los expertos que participaron en el caso pensaban que habría sido incapaz de escribir la carta, aunque uno de los especialistas del FBI discrepó. Dos años después de la muerte de Vorachek, una mujer aseguró que el día del crimen había estado con él, pero que estaba demasiado asustada como para confesarlo en su momento. Su testimonio fue objeto de controversia.

Ochenta años después, las preguntas siguen sin respuesta.

Con la tecnología moderna, podríamos saber mucho más sobre la carta de Atentamente Perverso..., pero hay un problema. Ya no existe. La carta se llevó al juzgado para el juicio. Una semana después de la conclusión del mismo, se produjo un incendio en el sótano del juzgado, muy probablemente a causa de un cigarrillo mal apagado. Una docena de cajas de pruebas se destruyeron antes de que pudieran apagar el fuego, entre ellas la que contenía la carta del asesino. Así que lo más probable es que jamás lleguemos a desentrañar los secretos de Atentamente Perverso.

¡Ja, ja!, como él diría.

–¿QUIERES SABER UNA COSA MUY EXTRAÑA ? –PREGUNTÓ JANELLE apoyada en la puerta del cuarto de Stevie.

Stevie seguía en la cama mientras sonaba el despertador recordándole que, aunque fuera sábado y muy temprano, era hora de levantarse y grabar un vídeo con Hayes. Se frotó los ojos y miró a Janelle, que presentaba el aspecto delirante de todo el que lleva un pijama polar azul clarito con cabezas de gatitos.

–Esto es lo que es extraño –continuó a la vez que levantaba el brazo. De su puño colgaba una cinta de Ellingham con su tarjeta identificativa sujeta en el extremo–. Adivina dónde estaba.

Stevie no tenía ni idea.

–Ahí fuera. En el camino. Alguien se llevó mi tarjeta y la ha vuelto a traer, pero ni siquiera hasta este edificio. Podían haberla metido por debajo de la puerta o algo así. Pero la tiraron al suelo a medio camino. ¿Quién haría eso?

–¿Alguien que quisiera gastar una broma? –aventuró Stevie, pasándose la mano por su pelo corto–. ¿Un capullo?

–Lo último, desde luego. Por lo menos la he recuperado. Crisis superada.

Con el caso solucionado, que no resuelto, Stevie se levantó, se dio una ducha y se vistió. El aire era fresco, así que se puso una sudadera y el forro polar de Ellingham. Al bajar a la sala común se sorprendió al ver a David despierto. Llevaba los pantalones de pijama y una camiseta de una marca de ropa de surf, y estaba sentado con las piernas cruzadas en el sofá morado, inclinado sobre su ordenador.

–¿Estás trabajando? –preguntó.

David levantó la vista. Tenía los ojos enrojecidos, como si no hubiera dormido en toda la noche, y una sombra de barba en el mentón. Sus rizos estaban todos revueltos. Estaba hecho un desastre... y atractivo.

–Como siempre –respondió–, ¿recuerdas?

–¿En serio? –replicó Stevie con desparpajo de camino a la cocina.

¿Acababa de encontrar atractivo a David? ¿Se habría dado cuenta él? No pasaba nada por pensarlo, pero sí si él se enteraba... Y de alguna manera acabaría por enterarse.

Llenó de café su termo de aluminio de Ellingham y salió de la casa muy temprano, antes incluso de que Nate bajara a desayunar.

Era una mañana insultantemente hermosa, como si la estación quisiera desplegar todos sus encantos antes de que estos se desmoronaran, los árboles quedaran desnudos y todo muriera. El cielo estaba despejado y muy azul. Se sentía plétorica de ánimo y decisión mientras se dirigía al jardín hundido. Era como cuando aún estaba en el instituto, pensó mirando a su alrededor. Madrugando un sábado por la mañana, café en mano, para hacer un trabajo. Seguía imbuida de la energía del túnel.

La puerta del jardín hundido estaba abierta y entró. Aún no había llegado nadie, así que se tomó unos instantes para sentarse con su café y contemplar todo lo que la rodeaba.

Stevie sabía perfectamente que aquel lago artificial era grande, pero al verlo en vivo, al ver el enorme cráter abierto en la tierra, uno se hacía una idea clara de todo lo que Albert Ellingham estaba dispuesto a hacer por la felicidad de su familia. A su esposa le encantaba nadar, así que hizo volar las rocas y nivelar la tierra. Cuando recibió un soplo que insinuaba que su esposa e hija (o, en cualquier caso, alguna prueba) descansaban en el fondo, ordenó drenar y secar el lago y remover la tierra. Pero ahora solo quedaban los monumentos: las estatuas que contemplaban el enorme vacío, el ridículo observatorio sobre el pequeño montículo.

–Gracias por esperarme –dijo Nate a su espalda.

–Perdona.

Llevaba bermudas, a pesar del fresco de la mañana, y una camiseta en la que se leía MI OTRO COCHE ES UN DRAGÓN .

–Te vuelve loca todo esto, ¿verdad? –dijo Nate al sentarse a su lado sobre la hierba húmeda–. Es como si estuvieses en el Disney World de los crímenes.

–Un Disney World de los crímenes sería genial.

–Cierto. Yo también iría.

–Es que... –Stevie buscó las palabras adecuadas–. He visto muchísimas fotografías de este lugar. He leído todo lo que se ha escrito sobre el caso. Es como si todo lo que tengo en la cabeza fuera...

Movió las manos ante ella como buscando la mejor manera de expresarlo. Por suerte, Nate pareció entender.

–Ya. Supongo que es como si yo pudiera viajar a cualquier parte en un libro. Siempre quería que las historias fueran reales, así que empecé a escribir mis propios relatos. Así parecían más reales. Me da un poco de envidia que tú logres ver tu sueño. Gandalf no va a venir a buscarme.

–Nunca digas nunca jamás –le advirtió Stevie.

Se oyó el sonido amortiguado de un carro de golf y apareció Mark, de mantenimiento, que traía los materiales y de paso a Dash. Hayes y Maris fueron los últimos en llegar, y aunque no venían de la mano, caminaban muy cerca uno del otro y se miraban de una manera que dejaba claro que la noche anterior no se habían despedido inmediatamente después de salir del túnel.



Aquel día hubo mucho trajín; trasladaron cosas, corrieron y recogieron. Las preciadas varas de Janelle fueron dispuestas en unos soportes donde después sujetaron las luces. Se instaló la rampa en el jardín hundido para crear un lugar desde el que Hayes saliera remando en su bote imaginario. Colocaron un generador que proporcionase energía suficiente para las luces y las máquinas de niebla artificial, y tuvieron que hacer muchas pruebas hasta encontrar su posición idónea. Después instalaron los trípodes y colocaron las luces. Tardaron horas y fue un trabajo aburrido. Nate y Stevie apenas tenían que hacer nada más que obedecer órdenes para sujetar cosas o mover cosas o ir a buscar cosas. En uno de los múltiples viajes que hicieron desde el jardín hasta el ropero y viceversa, Stevie se fijó en que Hayes no parecía dedicarse mucho a correr, sujetar o mover. La mayor parte del tiempo estuvo sentado en un banco de piedra sin levantar la vista del ordenador. Stevie pensó que estaría repasando su texto. El texto era todo suyo; era un monólogo. El resto del diálogo sería grabado aparte y superpuesto como narración, así que tenía que aprenderse un montón de cosas. Una de las veces que pasó detrás de él a toda prisa vio que estaba mirando fotografías y respondiendo mensajes.

Mientras colocaban la rampa por quinta vez, Stevie advirtió que se había incorporado al grupo una recién llegada. Germaine Batt había cruzado la verja sin hacer ruido, casi flotando en el aire, en dirección a Hayes. Stevie se preguntó cómo se iban a desarrollar las cosas, teniendo en cuenta que la otra noche Germaine había grabado a Hayes sin que este se diese cuenta y había publicado el vídeo. Pero él pareció alegrarse de verla y hasta posó para unas fotos. Stevie también advirtió que en esas fotos aparentaba estar muy atareado.

Hicieron un breve descanso para comer, durante el cual Hayes desapareció para ir a Minerva a maquillarse. Cuando horas después por fin todo estuvo en su sitio y a punto, no aparecía por ningún lado.

–¿Adónde diablos ha ido? –preguntó Dash mirando a su alrededor–. Stevie, ¿puedes ir a ver si lo encuentras?

Stevie se había sentado encima de su mochila e intentaba captar buena señal para descargar en el teléfono el último episodio de su nueva serie de misterio favorita, *Hablando de asesinatos*.

–Ah, sí –dijo poniéndose en pie–. Claro.

Recorrió los alrededores del lago vacío, los límites del jardín. Oyó voces procedentes del templete del muro de atrás. Se acercó y escuchó una voz femenina, muy enfadada.

–Estás lleno de mierda, Hayes –decía la voz–. Me debes algo.

–Y te lo pagaré –aseguró Hayes.

–Eso ya lo has dicho otras veces.

–Porque voy a hacerlo.

Stevie se quedó muy quieta durante unos instantes y siguió escuchando.

–¿Crees que la gente no lo sabe? –dijo la desconocida en un tono de voz que rezumaba desdén.

–¿Saber qué, Gretchen?

Gretchen. La chica de la melena. La del porte regio.

–¡Vamos! ¿Acaso ahora piensas fingir conmigo?

–¿Acaso a ti te importa algo? –preguntó Hayes.

–Bueno, para empezar, nunca me pagas. Vamos a hablar claro. Y a todo el mundo le haces lo mismo. A mí. Probablemente a Beth. Al menos ahora ya lo sabe, gracias a la chica que publicó el vídeo. ¿Y a esos pringados gilipollas que ahora mismo están haciendo tu trabajo?

¿Pringados gilipollas? Stevie era una de esos «pringados gilipollas».

–Gretchen... –suspiró Hayes.

–¿Y si se lo cuento a la chica esa que tiene el programa?

–Supongo que harás lo que creas conveniente, Gretchen. También podrías tomarte un Xanax y darme tiempo, una o dos semanas.

Antes de que Stevie tuviera tiempo de apartarse, Hayes salió de detrás del templete. Era él, eso estaba claro, pero mucho mayor. Tenía el pelo gris y la cara llena de surcos y arrugas. Maris había hecho un buen trabajo con el maquillaje de escena.

–¡Hola, Stevie! –exclamó en un tono más alto del necesario.

–Hola. Ya es la hora.

Hayes esbozó una leve sonrisa y Stevie se percató de que creía que le estaba proporcionando una excusa para dejar la conversación. Ahora que se la había etiquetado como una pringada gilipollas que le estaba haciendo el trabajo, Stevie observó su expresión con mucho más recelo.

–Gracias –repuso Hayes con voz más dulce y tierna. Pura miel.

Gretchen también salió de detrás del templete. Vio a Stevie, pero, parafraseando a Sherlock Holmes, no la miró. Stevie solo era parte del paisaje. Pasó junto a ella dando largas zancadas sin decir palabra.

–Gracias –repitió Hayes, y rodeó con un brazo los hombros de Stevie–. Mi ex. O sea, rompió conmigo y por lo visto sigue enfadada. Qué raro. Pero ya sabes cómo son estas cosas.

Stevie no sabía cómo eran esas cosas, pero hizo un gesto de asentimiento.

–Es duro –dijo.

Hayes asintió y su sonrisa se hizo más amplia y relajada. Su sonrisa era como una hamaca: te abandonabas en ella, te quedabas dormido y te olvidabas de los problemas y las preocupaciones.



Unas cuantas cosas que Stevie aprendió aquella tarde:

Una, grabar el vídeo supuso mucho tiempo de no grabar el vídeo y andar por ahí, y hablar de volver a repetir las cosas, y a veces repetir las, y después correr al baño y a la vuelta comprobar que las cosas seguían exactamente igual que las había dejado.

Dos, Hayes era un buen actor, sin duda. Había que reconocerlo.

Tres, la niebla artificial olía a rayos.

Y cuatro, comprobó que incluso a ella le resultaba posible hartarse de estar de pie en el jardín hundido y de oír recitar la historia del secuestro de las Ellingham una y otra vez.

A medida que pasaban las horas, empezó a arrepentirse de haber dejado que Hayes escogiera a Atentamente Perverso como tema para su trabajo. Ciertamente, le había dicho que sí, pero había algo que no le parecía correcto en el hecho de hacer aquel vídeo. Y aunque Hayes estaba haciendo un trabajo bastante decente, por muy bien caracterizado que estuviera no dejaba de ser un chico de diecisiete años interpretando a un hombre de cuarenta. Esa era la obsesión de Stevie, y aunque no era capaz de explicarlo, había algo en todo el proceso de rodaje que le parecía incorrecto y fuera de lugar.

A las seis, Maris dijo que creía que ya tenían todo lo necesario y Dash propuso hacer una pausa para cenar.

–Vamos a cenar y después ya volveremos a recoger –dijo.

–¿Esta noche? –preguntó Nate–. ¿No podemos hacerlo mañana?

Maris estaba ayudando a Hayes a limpiarse la cara con una toallita desmaquillante. Cuando terminaron, el grupo salió del jardín y se encaminó al comedor. Stevie oyó las tripas de Nate protestando escandalosamente.

Cuando llegaron al césped, Hayes retrocedió un paso.

–Id yendo vosotros –indicó–. Me he olvidado una cosa.

–Voy contigo –se ofreció Maris.

–No, hace frío –dijo Hayes, y emprendió el camino de vuelta–. Id delante y guardadme un sitio. A Stevie y Nate no hizo falta repetírselo dos veces.



Resultó extrañamente desconcertante sentarse a cenar con un grupo distinto. Stevie daba buena cuenta de un plato de pollo frito y maíz al tiempo que observaba el comedor, donde algunos de sus compañeros de casa se redistribuían en grupos. Allí estaba Janelle, que tomó asiento con unos chicos de la residencia de Vi. Ellie se sentó con gente a la que Stevie apenas había visto. David no apareció. Ni Hayes.

–Me pregunto por qué tarda tanto tiempo –dijo Maris, revolviéndose nerviosa en su silla–. No responde a los mensajes.

–Probablemente esté hablando por teléfono –dijo Dash mientras comía con ganas el puré de patatas.

Maris se sentó sobre las manos y echó un vistazo por la sala. Su mirada se detuvo en Gretchen cuando esta entró en el comedor. Se pasó la lengua por los dientes.

–Debería ir a ver –dijo.

–Maris, ya vendrá –replicó Dash–. Estará haciendo alguna cosa.

–De todos modos, deberíamos ir a retirar la rampa.

–¡Oh, Dios! –exclamó Dash–. Vale. ¿Me das un segundo para terminar de cenar?

Gretchen se volvió hacia ellos con toda la naturalidad del mundo y lanzó una mirada al frente que era como una nube que los estuviera sobrevolando.

¿De qué estarían hablando ella y Hayes por la tarde? ¿Qué le debía Hayes? ¿Tener una relación con él originaba aquel estado de agitación? Maris estaba nerviosa, todos estaban trabajando en un proyecto en el que Hayes era el más beneficiado, y Gretchen claramente buscaba una retribución de algún tipo.

¿Cómo eran capaces algunas personas de llevar esa vida?

Terminaron de cenar a toda prisa, con gran disgusto de Nate, y los cuatro –Maris, Dash, Stevie y Nate– pusieron rumbo de nuevo hacia el jardín hundido.

Empezaba a oscurecer. El cielo se estaba tiñendo de un azul eléctrico que ofrecía un llamativo contraste con las copas de los árboles. Mientras andaban, Stevie oyó a alguien acercarse de prisa y al volverse vio a Germaine Batt a su lado.

–¿Adónde vais? –quiso saber.

–Al jardín hundido –contestó Nate–. A retirar una rampa. O algo. No sé. Yo creía que lo único que tenía que hacer era escribir.

–¿Puedo ir con vosotros?

–¿Quieres retirar una rampa? –se asombró Stevie.

–¡El sueño de todo el mundo! –ironizó Nate al tiempo que aseguraba bien la mochila sobre los hombros–. Ven a la Academia Ellingham y retira una rampa de un agujero en la oscuridad.

–Solo quiero saber qué estáis haciendo –dijo Germaine.

–¿Otra noticia sobre Hayes? –preguntó Stevie.

–Con la última conseguí cincuenta mil reproducciones.

–Quedaría bien en una lápida –dijo Stevie–: «Con la última conseguí cincuenta mil reproducciones».

–Puedes decir lo que quieras –repuso Germaine en tono glacial–. La verdad es que me da exactamente lo mismo.

Cuando alguien afirma que algo le da exactamente lo mismo, es que en realidad no le da lo mismo. Germaine no le había hecho nada. Stevie no tenía ningún motivo para mostrarse quisquillosa con ella. Vale, lo que hacía en las redes era bastante desagradable, pero no parecía que a Hayes le molestara. Más bien al contrario: ahora tenía una nueva novia que en aquel momento corría a buscarlo delante de ellos pese a que la oscuridad era cada vez más intensa.

–Perdona –dijo Stevie–. Estaba bromeando.

–No pasa nada –respondió Germaine, seca. Pero parecía que sí pasaba algo.

Las últimas luciérnagas de la temporada bailoteaban sobre el césped cuando entraron en el recinto. El cráter parecía un poco más siniestro a oscuras y la luna iluminaba los cristales sucios del observatorio. Había pilas de varas, toldos doblados y la rampa.

–¡Hayes! –exclamó Maris.

No obtuvo respuesta. En la copa de un árbol, un pájaro invisible hizo crujir unas ramas.

–¿Dónde está? –se preguntó Maris.

–¿Quién sabe? –repuso Dash–. Probablemente estará hablando por teléfono en algún sitio y nos ha dejado todo esto para que lo recojamos nosotros. Vamos.

–Tiene que estar en alguna parte –insistió Maris–. ¡Hayes!

Su voz vibrante y operística resonó de un extremo a otro del jardín.

–Enseguida te irás dando cuenta –dijo Dash, que empezó a recoger las varas–. Hayes nunca está cerca cuando toca fregar los platos.

Maris se sacudió con nerviosismo y, por primera vez, Stevie vio en su rostro a otra alumna de primero como ella, alguien que se había enamorado rápidamente de otra persona y se estaba dando cuenta, también demasiado rápido, de que no existía el mismo entusiasmo por ambas partes.



Al volver a Minerva aquella noche, Nate subió derecho a su habitación. Stevie decidió sentarse en la hamaca de la sala común y esperar a que volviese Hayes. No fue capaz de hallar una razón convincente de por qué lo hacía. Quizá por rabia. Quizá tenía algo que ver con el túnel. ¿Hayes habría regresado allí? ¿Por qué se había dado la vuelta y había desaparecido de forma tan deliberada?

En cualquier caso, la hamaca era un buen sitio para sentarse y ver unos episodios de *Tiempo borrascoso*. Se lo había ganado. Pasaron las horas. Las nueve se convirtieron en las diez, que fue cuando volvió Janelle toda sofocada.

–¡Hola! –exclamó dejándose caer al suelo a los pies de Stevie con una amplia sonrisa–. He estado trabajando con Vi. Ya he visto que habíais traído mis varas.

–Jamás perdería de vista tus varas. ¿Trabajando con Vi?

–Estudiando. En la tienda.

–¿Estudiando la tienda?

Janelle se rio y le dio un golpe en la espinilla con el cable de sus auriculares.

–Voy a buscar mis cosas –dijo–. Ahora vengo a sentarme contigo.

Las diez se convirtieron en las diez y media. La hora tope de llegada era a las once y aún no había rastro de Hayes. Stevie pensaba cada vez más en el túnel. Él ya había estado allí. ¿Era seguro? Había pasado muchas décadas lleno de tierra. Había sufrido todo tipo de inclemencias meteorológicas. Estuvo cerrado. Había grietas. ¿Y si había bajado solo? ¿Y si había quedado sepultado?

No. Hayes estaba siendo Hayes, nada más.

Pero no estaba con Maris. ¿Estaría quizá con Gretchen?

Qué más le daba dónde estuviera. ¿Por qué se había puesto tan nerviosa?

Porque tenía ansiedad.

Pix también estaba en la sala común, vestida con unos pantalones cortos de algodón estampados y una camiseta negra de tirantes que exhibía sus brazos musculosos mientras hacía punto y veía un documental en el ordenador. Ellie y David se presentaron justo antes de las once, ambos sonriendo. Se dejaron caer juntos en el sofá.

–Bueno, ¿ha sido una noche de sábado interesante? –le preguntó David a Stevie.

–¿Qué pasa? –se extrañó Ellie–. Pareces un poco alterada.

Antes de que Stevie tuviera tiempo de contestar, Pix se quitó los auriculares y miró al grupo.

–¿Alguien sabe dónde está Hayes? –preguntó–. Está a punto de pasarse de la hora.

Todos respondieron negativamente. Stevie decidió hacerse la despistada y obviar la pregunta.

Pix sacó su teléfono y empezó a escribir un mensaje.

Stevie sintió la descarga eléctrica de la ansiedad en los brazos. Llegaría de un momento a otro. Solo estaba haciendo el tonto. No debía hablar del túnel. Probablemente metería a todos en un buen lío sin razón.

Las once se convirtieron en las once y media.

–Me da muchísima rabia tener que llamar a Larry porque alguien llegue tarde –dijo Pix–. No responde a mis mensajes. ¿No os ha dicho a ninguno adónde iba?

Stevie notó cómo le latía una vena en la frente.

–Escucha... –empezó a decir Stevie–. No sé adónde ha ido Hayes..., en serio..., pero hace un par de noches entramos en el túnel.

David y Ellie levantaron la cabeza como muñecos de resorte. Janelle tenía los auriculares puestos y no se enteró.

–¿Podrías ser un poco más precisa? –preguntó Pix–. Hay un montón de túneles.

–El que va por debajo del jardín hundido.

–Ese está sepultado.

–Ya no. Parecía seguro, pero... No sé. ¿Habrá vuelto allí?

–¿Hablas en serio? –se alarmó Pix–. Dios mío.

Diez minutos más tarde, Larry se presentó en la puerta de Minerva.

–Mark ya va de camino al túnel –dijo–. Stevie, ponte algo de abrigo. Ven.

Minutos después, Stevie salía al frío de la noche junto a Larry; comenzó a exhalar nubes de aliento y a dibujar círculos alargados y oscilantes en el suelo con la luz de su linterna.

–Sabía que alguien intentaría entrar –dijo Larry al tiempo que indicaba a Stevie que subiera en el carrito de golf que los esperaba fuera–. Sabía que deberíamos haber soldado la cerradura.

Stevie rodeó su cuerpo con los brazos mientras el coche bajaba el sendero con estruendo.

–Por lo menos tuviste el buen juicio de decírnoslo –siguió Larry–. ¡Madre mía!

–Estaba bien –repuso Stevie con un hilo de voz–. Parecía estable.

–Ese sitio no es seguro. Probablemente no lo era cuando lo construyeron, y que ha estado ochenta años sepultado no habrán ayudado a que lo sea. Les dije que lo sellaran. Si no está allí, daremos una vuelta por los sitios donde estuvisteis trabajando. Voy a encontrarlo y a hablar con él. Dios, ese túnel...

El corazón de Stevie empezó a latir con fuerza mientras avanzaban. Ante el muro del jardín se encontraron con el otro coche, en el que iban Mark y la enfermera, la señorita Hix, y juntos se adentraron en la arboleda. Aparcaron en la carretera de mantenimiento.

–Quédate aquí –le ordenó Larry a Stevie.

Mark, que se había puesto un casco, bajó del coche de un brinco. La señorita Hix llevaba un anorak de plumas y transportaba un botiquín de emergencia naranja fluorescente. Los tres se dirigieron al bosque. Stevie se encogió dentro de su abrigo.

–La portezuela no tiene el candado –dijo Larry. Los goznes de la puerta gimieron cuando la abrió. Empezó a bajar los escalones iluminando el espacio con su linterna táctica.

–¿Hayes? ¡Hayes, contesta si estás ahí! –gritó.

Silencio.

–Voy a entrar –anunció a Mark–. Tú espera ahí.

La oscuridad envolvió a Stevie. Se le empezaron a dormir las yemas de los dedos. Sola en aquel coche, bajo la bóveda que formaban las copas de los árboles, se sintió invadida por el pánico, ese que proviene de un espacio agreste y de la oscuridad absoluta, pero también de un problema que no tiene nombre. Aquella noche se iba a liar. ¿Qué castigos pondrían en Ellingham? ¿Por qué la noche era tan imponente? ¿Qué demonios vivía en los árboles y en la maleza y hacía

crujir las ramas de aquella manera? ¿Se lanzaban los murciélagos sobre las cabezas de la gente que viajaba en un coche de golf?

Un grito interrumpió de golpe sus pensamientos dispersos. Era Larry.

–¡Mary! ¡Mark, llama a Emergencias! ¡Diles que necesitamos el helicóptero!

Las palabras la traspasaron como una bala. La señorita Hix entró en el túnel a toda prisa. Mark corrió hacia el claro para llamar por teléfono. Stevie bajó del coche, poniendo cuidado en cada paso, despacio, como si temiera que la tierra pudiera ceder bajo sus pies, y se dirigió hacia el túnel. Oyó voces amortiguadas. Procedían de muy adentro e indicaban que pasaba algo muy grave.

No tenía la linterna grande, pero llevaba el teléfono en el bolsillo y lo utilizó para alumbrar. Bajó los escalones con cautela, con el pulso cada vez más acelerado. Oyó una conversación frenética mucho más hacia el interior; estaban en el cuartito de los licores. Stevie avanzó como en un sueño, con su débil luz iluminando el camino. No hizo caso de lo que Larry había comentado sobre la inestabilidad del túnel. Algo estaba ocurriendo, y una fuerza indefinida la arrastró para enfrentarse a algo siniestro y desconocido.

Al acercarse a la puerta, oyó a la enfermera pronunciar las palabras «sin respuesta, frío, cianótico». Larry se volvió y la iluminó con su linterna cuando se acercó.

–¿Qué ha pasado? –se oyó preguntar.

Larry caminó hacia ella. No corrió. Uno corría cuando necesitaba ayuda. Y caminaba cuando tenía que gestionar con tiento una situación.

Su potente linterna apuntaba hacia abajo y enfocaba algo que estaba en el suelo. Una masa inerte. Stevie tardó unos instantes en procesar que era Hayes, con los pies hacia la puerta. Estaba en posición semifetal, con una pierna estirada. Tenía la piel azul púrpura.

–Stevie... –murmuró Larry bloqueándole el paso con su cuerpo.

Pero Stevie ya había visto todo lo que necesitaba ver. Uno reconoce a la muerte cuando la tiene ante sus ojos.

16

LAS CONMOCIONES SON ALGO MUY CURIOSO . TODO SE HACE NÍTIDO e impreciso a la vez. El tiempo se alarga y se distorsiona. Unas cosas aparecen bien enfocadas rápidamente y semejan más grandes de lo que en realidad son. Otras se desvanecen hasta convertirse en un puntito.

–Ven conmigo – le dijo Larry a Stevie mientras la agarraba por los hombros con suavidad para conducirla al exterior y de nuevo al carrito de golf.

–Está muerto –musitó ella mirando al cielo e inspirando una gran bocanada de aire fresco–. Hayes está muerto.

Larry siguió guiándola sin decir nada hasta llegar al carrito. La acomodó en el asiento del pasajero y la miró a los ojos.

–¿Estás bien? –preguntó.

–Solo dígame si tengo razón.

Larry suspiró.

–Está muerto –sentenció al fin.

–¿Por qué? –Era una pregunta tonta, como la de una niña.

–No lo sé. ¿Y tú? ¿Qué estaba haciendo ahí dentro esta noche, Stevie? Tienes que contármelo.

–No lo sé. De verdad. No lo sé.

Larry le escrutó el rostro unos instantes hasta que pareció aceptar su respuesta. Stevie se sentía como si estuviese sobrevolando la escena lentamente, como en un sueño que solía tener en el que iba flotando de cuarto en cuarto en casa de los vecinos, y los observaba mientras hacían su vida cotidiana. Un fantasma en casa ajena.

–¿Qué vamos a hacer? –preguntó.

De nuevo una pregunta tonta. En su interior, Stevie era capaz de pensar. La Stevie que se mostraba al exterior se abrazaba a su propio cuerpo y decía cosas raras.

–Voy a llevarte de vuelta a Minerva –dijo Larry.

Recorrieron el camino hasta la casa sin decir nada. La Academia Ellingham pasó ante sus ojos como si fuera parte de un decorado. Nada era real. Un sonido rasgaba el aire en la lejanía. Larry se inclinó hacia delante y miró al cielo cuando las luces de un helicóptero se hicieron visibles sobre sus cabezas. Aterrizó en el césped. Había llegado la ambulancia, pero el paciente ya había partido.

Siempre había querido ver un cadáver, pero no este, no el de alguien conocido. No esas zapatillas apuntando hacia arriba en los extremos de sus piernas, esas piernas que había flexionado de aquella manera tan tonta en el suelo del cuarto de Stevie tan solo unos días atrás. Las rótulas –las patelas–, el ser humano real que, frío e inmóvil, yacía ahora a sus espaldas, en medio de la oscuridad.

Al llegar a Minerva, Larry le pidió que esperase un momento, así que se quedó en el carrito. Larry habló con Pix en la puerta. Stevie vio a su profesora taparse la boca con la mano al conocer

la noticia. Inmediatamente se acercó a ella y le estrechó las manos.

–Estoy bien –dijo Stevie.

–Stevie. –Larry se inclinó hacia ella desde el lado del conductor, con la mano apoyada en el techo del vehículo–. Tengo que pedirte que de momento no digas nada a nadie de la casa, solo de momento. ¿Entendido?

–No quiere que cunda el pánico y necesitan que la zona esté despejada para investigar lo sucedido –dijo Stevie.

–Exactamente. Lo has expresado a la perfección –confirmó Larry.

–Stevie, voy a llevarte a mi apartamento –terció Pix.

–Si me llevas contigo, los demás se darán cuenta. Mejor me voy a mi habitación. Estoy bien. Puedo arreglármelas sola.

Larry hizo un gesto de aprobación.

–Ha reaccionado muy bien –corroboró–. Ve a tu cuarto y acuéstate, Stevie. Quédate allí y dentro de un rato volveré a buscarte. Vamos a necesitarte de nuevo.

Stevie tanteó el suelo con el pie antes de salir del coche y comprobó que sus piernas respondían. Se resistió al ofrecimiento de Pix de llevarla agarrada por los hombros. Una vez en el interior, la sala común le pareció más luminosa que nunca. El rojo de la pared resplandecía y el alce le pareció grotesco. Janelle se había ido, pero Ellie y David seguían en el sofá, con los pies unidos por las plantas, riéndose. Se callaron al ver entrar a Pix y a Stevie.

–¿Qué pasa? –preguntó Ellie–. ¿Hayes se ha metido en algún lío?

–No –respondió Pix en voz baja.

David estaba observando a Stevie. Intentaba arrancarle su máscara inexpresiva y adivinarle el pensamiento.

–Me voy a la cama –dijo Stevie al tiempo que se volvía de espaldas.

David la siguió con la vista, hasta que recibió un mensaje y atendió al teléfono.

–Alguien ha visto un helicóptero –le dijo a Pix.

–Ya me parecía haber oído algo raro –comentó Ellie.

–Pix, ¿ha aterrizado algún helicóptero? –preguntó David.

–No ha pasado nada –respondió Pix.

Stevie subió a su habitación a toda prisa y cerró la puerta. Se apoyó sobre ella y se dio un golpe en la cabeza con el gancho. La invadió una sensación de náusea y se acercó a la papelera por si acaso, pero se le pasó. Se metió en la cama vestida y se envolvió en el edredón.

Seis subieron a la montaña y solo quedaron cinco.

Quizá debería dormir...

Ataque. Iba a sufrir uno. Se incorporó y se sentó con la espalda recta. Papel. Necesitaba papel. Fue a su mesa y alcanzó como pudo el cuaderno de Anatomía. Quería escribirlo todo ahora que lo tenía fresco. ¿Qué había visto? ¿Qué sabía? Tenía que escribirlo todo con claridad, sin pararse a pensar en lo que podía significar cada uno de sus apuntes.

Alguien llamó a la puerta y la abrió con un chirrido sin darle tiempo a contestar.

–Hola –dijo David. Esta vez no tenía su expresión socarrona–. ¿Qué está pasando?

–No puedo –respondió Stevie inclinada sobre el cuaderno con el ceño fruncido.

–¿Qué estás haciendo?

–No. Puedo. Hablar.

–¿Qué?

–Interfiere en la memoria –le espetó impaciente.

–Algo está pasando. Un helicóptero solo viene por unos motivos muy especiales. Y además

tienes una cara como si te hubieran sacado cinco litros de sangre. ¿Qué coño está pasando aquí?

–No puedo –insistió–. Ahora necesito apuntarlo. Las historias pueden variar sin querer si uno se pone a hablar, así que no puedo hablar. Por favor, cierra la puerta.

Notó un leve temblor en la mano. Cerró el puño para controlarlo y lo escondió con furia bajo el edredón. David retrocedió despacio y cerró la puerta al salir.

Stevie se devanó los sesos. Haz una lista. ¿Qué viste, Stevie? Empezó a escribir. Comenzó por el jueves.

- Llevar rampa y material al jardín
- Instalar máquinas de niebla

Con más detalle, Stevie. Ponlo en orden.

- Unos días antes, entramos en el túnel

No.

- ~~Forzamos~~ Forcé la cerradura para entrar

Había ruido dentro y fuera. Oyó el zumbido del helicóptero al alejarse, el sonido de las voces de la sala común. Se puso los auriculares para amortiguarlos. La información estaba extendiéndose y pronto todo sería un caos. Tenía que poner en orden sus ideas. Cuando estuvo segura de haber registrado todo lo que sabía, arrancó la hoja. Después se levantó, sacó el impermeable rojo del armario y se lo puso, refugiándose en la consistencia del vinilo. Se metió un Ativan en el bolsillo izquierdo y la lista doblada en el derecho. Después se sentó en el borde de la cama, con las manos apoyadas en las rodillas, hasta que Larry volvió a buscarla.



Habría pasado quizá una hora; no estaba segura. El tiempo le parecía escurridizo. Stevie cruzó la sala común como un fantasma, sin mirar a los demás. Fuera parecía haber luces azules y rojas por todas partes; titilaban a través de las copas de los árboles, se reflejaban en el cielo y proyectaban sombras extrañas en todas direcciones. La temperatura habría bajado unos diez grados. Nate estaba esperando fuera con Pix. Tenía el rostro macilento e inexpresivo.

Larry llevó a Stevie y a Nate a la Casa Grande. En el carro de golf, se sentaron codo con codo junto a Larry, dándose calor mutuamente. Había un coche patrulla de la Policía del Estado aparcado bajo los soportales y el oficial que estaba en su interior introducía información en un ordenador. Había más policías dentro del edificio. Varios profesores se apiñaban en la balaustrada mirando hacia abajo. Maris y Dash ya estaban en el vestíbulo, sentados junto a la enorme chimenea. Maris sollozaba y Dash tenía los ojos vidriosos clavados en el teléfono.

–Creo que voy a vomitar –dijo Nate.

–Respira hondo conmigo –le aconsejó Stevie, y le dio la mano.

Se sentó junto a Nate en el peldaño inferior de la gran escalinata.

–El truco es lograr que la espiración sea más larga que la inspiración –le explicó–. Así que inspiramos contando hasta cuatro, contenemos el aire hasta siete, espiramos hasta ocho. Hazlo conmigo. Yo cuento. Uno, dos, tres, cuatro...

Nate respiró con Stevie, atenuando las náuseas y el miedo.

Eso era lo más curioso de la ansiedad de Stevie: si se encontraba con alguien más ansioso que ella, se tranquilizaba. Lo había descubierto hacía varios años, cuando se quedó atrapada en el

ascensor de un hotel con otra persona durante una de las pocas vacaciones de la familia Bell. El hotel tenía veinte plantas. Stevie y otra mujer se habían subido en el piso dieciocho. Las puertas se cerraron y el ascensor comenzó a bajar, pero la cabina se descolgó abruptamente unos metros, dio una sacudida y se paró. Se le aceleró el corazón de tal manera que parecía que se le iba a salir del cuerpo, pero cuando vio que la mujer empezaba a gritar y se acurrucaba aterrorizada en un rincón, algo nuevo creció en su interior. La mujer pasó la media hora siguiente sentada en el suelo, lloriqueando y temblando. Stevie no dejó de hablar para distraerla, y cuando las rescataron, la mujer no hacía más que agradecerse, incluso la invitó a un café y una magdalena gigante en la cafetería del vestíbulo.

Ese podría ser su futuro: hablar con gente que había sido testigo de hechos violentos. Tendría que trabajar con ellos, tranquilizarlos, llevarlos a algún sitio donde pudieran hablar.

–Nate –dijo Stevie, y le dio otra vez la mano–, ¿cuál es tu libro favorito?

–¿Qué?

–Tú dime cuál es tu libro favorito. No lo pienses demasiado. Dime un título que te guste.

–*El Hobbit*.

–¿Qué es lo que te gusta de él?

–Me gusta todo.

–Pero di una cosa. Cierra los ojos, piensa en *El Hobbit* durante un momento y dime lo que te gusta.

Nate cerró los ojos. Su expresión se suavizó un poco.

–La puerta redonda –respondió–. En la casa de Bilbo. Lo leí cuando era pequeño y no hacía más que pensar en esa puerta.

–Genial –dijo Stevie–. Piensa en la puerta. Piensa en Bilbo. Vamos a respirar otra vez. Inspiramos contando hasta cuatro, contenemos el aire hasta siete, espiramos hasta ocho.

Instantes después, Stevie comprobó que Nate estaba más tranquilo. Sus hombros se relajaron y el esfuerzo por intentar no vomitar fue remitiendo. Espiró una última vez, abrió los ojos y la miró.

–Vale –dijo con un gesto de aprobación–. Vale. ¿Qué va a pasar? ¿Qué está pasando? Stevie, ¿qué demonios está pasando?

–Nos van a preguntar qué hemos visto –contestó Stevie.

–Yo no he visto nada. Ni siquiera sé qué pasa. ¿Dicen que Hayes ha muerto?

–Me refiero a lo que hicimos a lo largo del día. Tienen que comprobar los hechos.

–Pero ¿qué pasó? ¿Cómo murió Hayes?

–No lo sé –respondió Stevie, aunque en su interior volvía a visualizar la trampilla con el candado. Volvió a sentir su tacto al mantener el equilibrio sobre el estrecho travesaño de la escalera–. Pero es importante no tergiversar nada. Sé directo. Cuéntales lo que sabes.

–Buena recomendación –dijo Larry, que apareció ante ellos. Se agachó y observó a Nate, después miró a Stevie con gesto de aprobación–. Esta chica tiene la cabeza bien puesta sobre los hombros. La policía tiene que repasar los hechos.

Uno de los agentes llamó a Nate y le indicó que entrara en la sala de la parte delantera de la casa. Larry se sentó junto a Stevie en el escalón.

–¿Qué tal? –preguntó.

–He escrito algunas cosas –dijo Stevie, y le enseñó los apuntes–. Con toda la inmediatez que pude.

Larry leyó la hoja con atención. Stevie siguió su mirada mientras recorría los renglones.

–Está muy bien –dijo, y le devolvió el papel–. Lo estás llevando bien.

–¿Se sabe lo que ocurrió? –preguntó Stevie.

Larry hizo un gesto negativo.

–¿No lo sabe? –se extrañó Stevie–. ¿O no lo puede contar?

–Te están esperando –dijo un agente, que se acercó a Stevie para acompañarla al despacho de seguridad.

Allí estaba, observando un caso de cerca, prestando declaración, experimentando todo aquello que tanto había deseado experimentar.

Lo único que había hecho falta era que alguien muriera.

LA POLICÍA PASÓ MEDIA HORA CON STEVIE . LAS PREGUNTAS FUERON exactamente las que ella esperaba. Querían repasar lo que habían hecho durante el día. ¿Quién fue adónde y a qué hora? ¿Qué estaba haciendo Hayes en el túnel?

La recogida de información tenía que ser aséptica y Stevie lo sabía. No dar nada por hecho. No mostrarse simpático. Plantear las preguntas. Establecer un orden cronológico. Registrar todo con rapidez y precisión. Intentó que sus respuestas fuesen claras. Concisas pero completas. Sin adornos. Sin que dejaran entrever su opinión.

Cuando terminaron, Larry la estaba esperando con Nate para llevarlos de nuevo a Minerva. Al salir, vieron entrar en el recinto una furgoneta de las utilizadas para la investigación de crímenes. Aquello pilló a Stevie desprevenida y por un instante le provocó una repentina oleada de pánico. Volvió a pensar en la trampilla. Pero era muy probable que tuvieran que investigar todos los escenarios ya que la causa de la muerte no estaba clara.

La luna parecía un anzuelo y los búhos ululaban. El viento traía olor a hojarasca y Hayes estaba muerto.



Regresaron a una desvelada Minerva. Stevie experimentó una especie de sensación de succión al entrar con Nate, como si los que estaban dentro absorbieran la conversación que había en el aire.

–¡Dios mío! –exclamó Janelle, que corrió a abrazarla–. ¿Estás bien? Dios mío. ¿Es verdad que ha muerto, Stevie? ¿Qué ha pasado?

Stevie miró a Ellie y a David por encima del hombro de Janelle. Estaban sentados muy juntos, con la espalda encorvada, en un extremo del sofá morado. Ellie estaba hecha un ovillo; no lloraba, pero parecía ausente. David le rodeaba cariñosamente los hombros con el brazo.

Nate soltó una risita nerviosa.

–¿De qué coño te ríes? –le espetó Ellie.

–No tengo ni idea –respondió Nate.

–Es por la impresión –terció Pix–. Ríete, Nate. No puedes evitar tus reacciones.

Nate se echó a reír más fuerte y después le entró hipo.

Stevie sintió que la dominaba el sueño de repente. Estaba absolutamente tranquila, pero muy cansada.

–Me voy a la cama –anunció sin más.

Ya en su habitación, se dio cuenta de que se conducía con movimientos lentos y precisos. La mayor parte de las noches se quitaba la ropa de cualquier manera y la echaba en el saco para la lavandería. Esa noche, se desprendió del impermeable con cuidado, dio la vuelta a cada manga con delicadeza, se quitó los pantalones como si fuesen frágiles. Lo enrolló todo y lo metió en el saco con cuidado. Después sacó el pijama de la academia del último cajón de la cómoda; estaba

calentito y se lo puso.

Se metió en la cama con la luz encendida y mantuvo la mirada al frente con el teléfono en la mano como si esperase una llamada. Nadie iba a llamar. Era tan solo por tener algo en la mano.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había transcurrido cuando alguien llamó a la puerta con suavidad. Al principio decidió hacer como que no lo había oído, pero después se obligó a levantarse y a abrir.

De alguna manera, supo que sería David.

–Vi que tenías la luz encendida –dijo él en voz baja–. ¿Puedo pasar?

Stevie parpadeó y se frotó el cuello, después se encogió de hombros y dejó la puerta abierta. David entró y la cerró. Ella se sentó en el suelo, a los pies de la cama. Él se apoyó en la pared. Se había peinado un poco y mostraba una expresión seria nada habitual en él.

–¿Sabes qué ha pasado? –preguntó David.

–Sé que está muerto. Nada más.

David se mordió los labios y se frotó las manos durante unos instantes. Después se acercó al escritorio de Stevie y tamborileó el borde. No parecía pensar en nada en concreto. Se deslizó hasta sentarse en el suelo. Stevie se quedó mirando la parte inferior de sus pantalones de deporte; le pareció un sitio poco comprometedor donde fijar la vista. Estaban muy viejos y quizá en otro tiempo habían sido de color azul marino. Ahora tenían un tono azul grisáceo desvaído y la palabra YALE, estampada en blanco en la pernera, se había resquebrajado.

–¿Por qué dijiste antes que no podías hablar? –preguntó por fin David.

–Porque los testigos no son fiables –respondió ella.

–¿Crees que la gente miente?

–No. No es eso. Es que la gente no sabe lo que recuerda. No es tanto que mienta como que se equivoca sobre lo que cree haber visto. Los humanos no sabemos apreciar bien el tiempo, la distancia y la duración de los hechos, sobre todo si estamos asustados o nerviosos. Y en la oscuridad es mucho peor. Una de las peores cosas es cuando los testigos empiezan a hablar entre ellos. En cuanto te pones a hablar con alguien, cambia la historia que tenías en la cabeza. La memoria humana se reescribe como la de un ordenador. Te quedas con el archivo que se ha actualizado más recientemente. Y esa es la razón por la cual, si ves un accidente, debes registrar de inmediato lo que has experimentado antes de hablar con nadie. Esa va a ser tu crónica más fiable. Quizá cometes errores, pero no empiezas tu narración con ellos.

Fue una explicación tan clara y fluida que parecía que hubiera estado esperando toda la vida para exponérsela a alguien. Completa y detallada. Ahora que hablaba de un crimen de una forma más hipotética, su cuerpo se fue entonando y recuperó la confianza.

–¿Cómo? –preguntó David.

Stevie miró a su alrededor pensando en cómo explicárselo. Los únicos objetos que tenía a mano para utilizar como ejemplo eran bolígrafos y clips. Servirían. Quitó los capuchones de los bolígrafos.

–Digamos que se comete un atraco –empezó– y hay un coche preparado para la fuga y un puñado de atracadores con pistolas. El Testigo Uno quizá recuerde más tarde a tres atracadores, dos con máscaras y uno con sombrero, y un coche negro.

Colocó ante ella el capuchón de un bolígrafo negro y dos clips.

–El Testigo Dos quizá recuerde a cuatro atracadores, todos con máscaras, y un coche azul. –Añadió dos clips y sustituyó el capuchón negro por uno azul–. Y quizá también crea haber visto una moto.

Empujó hacia el escenario un rollo de cinta adhesiva.

–El Testigo Tres está seguro de que fueron tres atracadores –continuó al tiempo que retiraba un clip–. Uno llevaba máscara y sombrero, y el coche era verde. No tengo capuchones verdes, así que... bueno, da igual. El Testigo Tres está seguro de lo que vio. Eso es importante: la gente que cree tener buena memoria a menudo son los menos fiables, pero también los que con mayor probabilidad influirán en los otros. Pongamos que ese testigo dice que la moto estaba junto al coche verde.

–¿La cinta adhesiva? –preguntó David–. ¿Y el coche verde es ese capuchón azul?

–La cosa es –continuó Stevie– que ahora que el Testigo Uno ha hablado con el Testigo Tres, y este parece completamente seguro de lo que ha visto, el Testigo Uno quizá intente hacer memoria y vea a tres atracadores con sombrero, pero sin máscara. El Testigo Dos ahora se cuestiona lo de las máscaras y cree que el coche era verde. Y que uno de los atracadores era muy alto. El Testigo Tres afirma que todos eran altos. Y de repente todo el mundo piensa que todos eran altos y que la moto estaba junto al coche verde.

David se acercó un poco más y examinó los objetos. De hecho, se había acercado mucho.

–Muy bien –dijo–. Pero ¿qué pasó en realidad?

–¿Cómo?

–¿Había tres o cuatro atracadores? ¿El coche era negro, azul o verde? ¿Había una moto implicada?

–La cosa es... –empezó Stevie.

–¿Y qué testigo es este? –la interrumpió David, alcanzando otro clip. Lo apretó contra la palma de Stevie, que sintió la calidez de la mano de él.

¿De verdad había visto el cuerpo de Hayes en el suelo de aquel túnel? Había visto las suelas de unas zapatillas, su piel manchada...

«No pienses en eso, no lo conviertas en realidad», se dijo.

Pero en aquel momento eran otras cosas las que le invadían la cabeza. Bueno, la cabeza, no. Otras partes de su cuerpo. Su mente estaba siendo rápidamente despojada de pensamientos racionales. Ella y David se estaban microposicionando cada vez más cerca, un centímetro aquí, un centímetro allá.

¿De verdad iba a ocurrir?

El último palmo que quedaba entre ellos fue ocupado inmediatamente y David la besó en los labios. Stevie sintió que su cuerpo se relajaba. Se abandonó mientras se deslizaba hacia el suelo. David hizo lo mismo y se quedó apoyado sobre un codo. La besó con suavidad; buscó su cuello con los labios, le acarició las orejas, y ella le devolvió los besos con más fuerza, con ansia. Él se tumbó en el suelo y Stevie se sorprendió a sí misma al colocarse sobre él.

Todo en su cerebro le decía «no lo hagas»; sería un desastre. Era David, había algo extraño en él, vivía en el pasillo de arriba y alguien acababa de morir. Había visto un cadáver.

Pero fue probablemente aquello lo que la impulsó a seguir. Aquello que la llenaba de una emoción extraña y apremiante, y de la necesidad de hacer algo, lo que fuera. Le besó la extraña curva de la nariz, la frente despejada, y de nuevo la boca. Cambiaron de postura y rodaron hacia la chimenea. Stevie notó el tablero contra su espalda y supo que probablemente el cartón se estuviera doblando un poco, pero no le importó. No le importaría si el suelo se abriera y se la tragara, o si la engullera la chimenea. Le acarició el pelo mientras él murmuraba algo que no entendió.

–Hola.

Era una voz completamente distinta que procedía de la puerta. Dejaron de revolcarse. Ninguno de los dos se movió durante unos instantes.

Stevie se dio cuenta de que estaba sudando y de que David estaba sin aliento; notó las pulsaciones de su corazón sobre el de ella. Echó la cabeza hacia atrás y vio la figura de Pix invertida.

–Creo que será mejor que vuelvas a tu cuarto –dijo Pix, no sin tacto.

–Sí –repuso David. Apartó a Stevie con delicadeza y se puso de pie, de espaldas a Pix–. Sí. Ya me voy.

Pix se apartó del umbral para dejarlo pasar.

–Deberías intentar dormir –le dijo a Stevie una vez que David se fue–. ¿Necesitas algo?

–No –respondió Stevie con voz aguda y rara–. Estoy bien. Gracias, Pix.

–Perfecto. Estaré arriba.

Stevie se quedó donde estaba unos segundos más, con la vista clavada en el techo, donde una mariposa nocturna se daba, impotente, un golpe tras otro contra la lámpara. Después, despacio y con cuidado, apoyó la cabeza en el suelo.

OFICINA FEDERAL DE INVESTIGACIÓN (FBI)

CASO VERMONT

ENTREVISTA ENTRE EL AGENTE SAMUEL ARNOLD Y FLORA ROBINSON

17 DE ABRIL , 1936, 12:45 P. M.

LUGAR: FINCA ELLINGHAM

SA: Me gustaría que repasara lo que ocurrió el lunes. ¿Le parece bien?

FR: Sí, por supuesto.

SA: Lleva usted dos semanas en casa de los Ellingham. ¿Desde el cuatro de abril?

FR: Sí.

SA: ¿Viene a visitarlos con frecuencia?

FR: Sí.

SA: Y vive usted en Nueva York. ¿Por eso conoce a la señora Ellingham?

FR: Nos conocimos hace nueve años.

SA: ¿Dónde se conocieron?

FR: En un evento social.

SA: ¿Qué tipo de evento social, señorita Robinson?

FR: Una tertulia literaria.

SA: ¿Una tertulia literaria?

FR: Sí.

SA: ¿Dónde se celebró esa tertulia literaria?

FR: En Nueva York.

SA: ¿En un local donde se consumía alcohol, señorita Robinson?

FR: ¿Por qué le importa ese dato?

SA: Necesitamos componer el cuadro de contactos de la señora Ellingham. Queremos saber si en algún lugar pudo conocer a alguien que quisiera hacerle daño. El alcohol ya no está prohibido y a nadie le importa lo que ocurrió hace nueve años.

FR: Le aseguro que a ese local iba gente de lo mejorcito.

SA: Los locales donde se bebía hace nueve años también estaban llenos de criminales, señorita Robinson. Por definición, quienes los regentaban y servían alcohol eran criminales.

FR: Difícilmente el tipo de criminal... Era distinto.

SA: Entiendo. Hablemos sobre su relación. Se la considera la amiga más íntima de la señora Ellingham, ¿está de acuerdo? Pasan mucho tiempo juntas en Vermont. El servicio dice que casi siempre está aquí cuando los Ellingham están aquí.

FR: Creo que es acertado, sí.

SA: Se celebró una fiesta en la casa el sábado día once. ¿Grande o pequeña?

FR: Una fiesta pequeña. Ahora que funciona la academia las fiestas son más pequeñas.

SA: ¿Quiénes asistieron?

FR: Estuve yo, estuvo Leo...

SA: Leonard Holmes Nair. El pintor.

FR: Sí. Maxine Melville, la actriz, y su marido, John Porter. Uno o dos socios de Albert, pero no se quedaron mucho tiempo.

SA: Parece que la mayoría de los asistentes se marcharon el domingo. ¿Hasta cuándo tenía usted previsto quedarse?

FR: Hasta que me pareciera oportuno. Mis invitaciones no tienen fecha de caducidad.

SA: ¿Qué hizo usted el domingo?

FR: Albert tenía que trabajar y estaba lloviendo, así que pasamos buena parte del día en el salón con Leo. Está trabajando en un nuevo cuadro.

SA: ¿Algo más?

FR: Jugamos un rato con Alice. Me di un buen baño.

SA: ¿Y por la noche?

FR: Me quedé levantada hasta tarde hablando con Iris y Leo. Quizá hasta demasiado tarde. No me encontraba bien por la mañana.

SA: Por la mañana, la señora Ellingham fue a verla para invitarla a dar un paseo en coche con ella, ¿no es así?

FR: Sí. Vino a mi habitación a las diez. Yo aún no me había levantado. Tenía un dolor de cabeza terrible. Le dije...

[Silencio]

SA: ¿Sí?

FR: Lo siento.

SA: Tómese el tiempo que necesite.

FR: Le dije que no me encontraba bien, pero que fuera ella si le apetecía. Si hubiera ido...

SA: Así que no salió en coche porque le dolía la cabeza.

FR: Ojalá hubiera ido. Ojalá hubiera ido.

SA: ¿A qué hora se levantó?

FR: La doncella me trajo algo de comer a las doce. Le pedí que me preparara el baño. Pasé el resto del día leyendo en mi habitación.

SA: Aquella noche fue al vestidor de la señora Ellingham. ¿Por qué?

FR: Oí que pasaba algo. Quería mirar por la ventana. La ventana de Iris da al jardín delantero.

SA: Como otras muchas.

FR: Bueno, sé que la suya tiene una vista muy amplia. Solo entré a mirar. Estaba muy preocupada.

SA: ¿No es un poco raro que entrara en el vestidor personal de la señora Ellingham cuando ella no se encontraba allí?

FR: Voy muchas veces al vestidor de Iris.

SA: ¿Incluso cuando no está ella?

FR: Sí. Tengo su permiso para utilizar sus cosas.

SA: ¿Permitía la señora Ellingham el mismo acceso libre a su espacio personal a otras personas?

FR: No tengo ni idea.

SA: A veces ni siquiera permitía a su doncella personal entrar en su vestidor.

FR: Yo no soy una doncella.

SA: Solía cerrar con llave, ¿no?

FR: Yo tengo una llave. ¿Tiene fuego?

SA: Claro.

[Pausa]

SA: Así que entró usted en el vestidor privado de la señora Ellingham con su propia llave. ¿Desde cuándo tiene esa llave?

FR: Oh, no lo sé. Desde hace tiempo.

SA: Me parece curioso que pierda usted tiempo entrando en una habitación cerrada con llave para mirar por la ventana.

FR: Puede que le parezca curioso..., pero eso es lo que ocurrió.

SA: ¿Cuánto tiempo estuvo en el vestidor?

FR: No lo sé. Perdí la noción del tiempo.

SA: ¿Podría hacer una aproximación?

FR: No lo sé... ¿quince minutos, quizá?

SA: Y después llegó alguien y la sorprendió. Ruth, la doncella. Dice que la estuvo buscando y que la encontró a las ocho y cincuenta minutos. La llamó, pero usted no contestaba.

FR: No la oí.

SA: Estaba en el pasillo.

FR: Soy muy distraída.

SA: La señora Ellingham guarda algunas cosas muy valiosas en ese vestidor.

FR: La mayoría de sus cosas son valiosas. Todo en esta casa es valioso. Y no está bajo llave.

SA: Buena apreciación, señorita Robinson. Pero en ese cuarto hay cosas que tienen un valor singular. ¿No es esa la razón por la que normalmente está cerrado con llave?

FR: Claro.

SA: Usted no tiene tanto dinero como la señora Ellingham, ¿verdad, señorita Robinson?

FR: Poca gente lo tiene.

SA: No es usted rica, ¿verdad? Eso es lo que quería preguntarle.

FR: Me ofende usted. Mi mejor amiga ha...

SA: Su mejor amiga ha desaparecido. No hay nada deshonesto en no ser rica, señorita Robinson.

Simplemente comento que proceden ustedes de mundos diferentes.

FR: Me regalaría cualquier cosa. Lo que fuese. Iris es la persona más generosa del mundo. ¡Mire esa academia! ¡Construyeron una academia donde los alumnos pueden estudiar gratis! ¡Los invitan a su casa!

SA: Son muy generosos. Pero ciñámonos a nuestro tema. ¿Qué camino siguió para ir a la habitación de la señora Ellingham?

FR: ¿Qué camino?

SA: No subió por la escalinata principal.

FR: No, fui por la lateral.

SA: ¿La escalera de servicio?

FR: Sí.

SA: ¿Por qué no por la principal, que es más directa?

FR: No lo sé.

SA: ¿Y no oyó que nadie la llamara?

FR: No.

SA: En todo caso, señorita Robinson, creo que no le resultaría extraño pensar que alguien la llamara en aquel momento. ¿Pasó todo el tiempo mirando por la ventana?

FR: Estaba consternada.

SA: Pero oyó a la doncella cuando llamó a la puerta.

FR: Sí.

SA: Dice que usted no abrió inmediatamente.

FR: Estaba consternada. Acababa de enterarme de que mi mejor amiga había desaparecido. Eso es lo único que hice. Pero no sé por qué.

SA: Hay muchos objetos valiosos en ese cuarto.

FR: ¿Por qué no hace más que repetir lo valiosas que son sus cosas?

SA: Porque ha desaparecido y alguien está pidiendo mucho dinero por su rescate.

FR: Mi mejor amiga ha desaparecido. ¿Por qué hace esto?

SA: Tengo que determinar los hechos.

FR: ¿Qué hechos?

SA: Necesito saber por qué estaba usted en su vestidor.

FR: Acabo de decírselo. Y usted debería estar ahí fuera buscándolas.

SA: Casi todos los policías que trabajan en ochenta kilómetros a la redonda están buscándolas, incluso más lejos, en todas las grandes ciudades de la Costa Este. Pero lo que necesito que usted me diga, señorita Robinson, es qué estuvo haciendo en la habitación de la señora Ellingham durante quince minutos.

FR: Ya le he dicho...

SA: Que estuvo mirando por la ventana.

FR: Eso hice.

SA: Señorita Robinson, permítame que le hable con claridad. No es momento de mentir. Cada segundo que pierde mintiendo es un segundo en el que Iris y Alice Ellingham pueden correr peligro. Cuando miente, las pone en peligro y se pone a usted misma en peligro.

FR: Yo no...

SA: Usted oyó que la llamaban desde el pasillo. La casa era un caos. No había nada que ver fuera. Estaba oscuro. Había niebla.

FR: Soy consciente.

SA: Entonces, ¿pasó quince minutos mirando a la nada?

FR: Sí, más o menos.

SA: Sabemos un poco sobre su vida, señorita Robinson. Sabemos que trabajó en Carmine's, el tugurio clandestino de la Calle 39. Su dueño era Big Bill Thompson, el capo de la mafia. Usted trabajó directamente para él.

[CENSURADO DEBIDO A INVESTIGACIÓN EN CURSO. VER ARCHIVO 248B-2]

FR: Mi trabajo era cantar, entretener, hablar con la gente. Era un trabajo social, e Iris y yo nos hicimos amigas porque congeniamos muy bien.

SA: Una de las mujeres más ricas de Estados Unidos y la cantante de un tugurio.

FR: Conocí a gente muy importante en Carmine's. La mitad de la alta sociedad neoyorquina pasó por allí. Artistas. Escritores. Actores y actrices. Políticos. Policías. Vimos muchos policías.

SA: También se relaciona a Big Bill Thompson con operaciones de contrabando desde Canadá. Sus socios son muy conocidos en esa zona. Quizá lo sepa porque otro agente del **FBI** también frecuenta esta casa.

FR: ¿Cree usted que George Marsh habla de su trabajo? George Marsh es un muro de hormigón en lo que respecta a lo que hace para ustedes. Y con Bill hace años que no hablo. Estoy aquí porque he venido a visitar a mi amiga Iris, y mi amiga ha desaparecido.

SA: Debe de ser bueno tener amigas tan ricas.

FR: Es bueno tener amigas, no importa cuánto posean. Iris es mi amiga, y lo seguiría siendo aunque fuese más pobre que las ratas. Deje que le cuente una cosa de Iris. Me hace reír.

SA: ¿La hace reír?

FR: Exactamente. Y no es nada fácil. Iris y yo somos amigas, amigas de verdad. La entiendo. Haría cualquier cosa por ella. No sabe lo que significó para ella venir a esta casa. Llevaba una vida perfecta en Nueva York. Iris es una atleta. ¿Lo sabía? Debería verla nadar. Y escribe, ¿lo sabía? Ha acabado de escribir una novela entera. La leí. Es buena. No se la enseña a nadie porque cree que la infravalorarán solo por ser la esposa de Albert Ellingham. Pero es mucho más que eso. Nunca debió venir a esta montaña dejada de la mano de Dios, pero también es muy leal, así que apoyó la idea de la academia porque Albert tuvo un sueño. No conocen a Iris. Necesita estímulos...

SA: ¿Y cómo consigue estímulos aquí?

[Silencio]

SA: Señorita Robinson...

FR: Le he dicho todo lo que sé. No tengo nada más que decir. Haré todo lo que esté en mi mano para ayudar a mi amiga, pero esto no la va a ayudar. Iría al fin del mundo por esa mujer y por Alice. Así que ¿por qué no sale de aquí y va a buscarlas? Porque si no lo hace, y se lo juro por lo más sagrado, me meteré en un coche e iré yo misma. Intente impedírmelo.

[Entrevista concluida a las 1:13 p. m.]

LAS PRUEBAS (LOS CAPUCHONES Y LOS CLIPS) SEGUÍAN REPARTIDAS por el suelo. Un rayo de sol iluminó una abolladura que había en el tablero.

Había llegado la mañana, y con ella la realidad. Y preguntas. Muchísimas preguntas que revoloteaban en círculos en torno a su cabeza.

Las preguntas, sin un orden determinado, eran:

¿Qué pensarían los medios de comunicación del hecho de que se hubiera producido otra muerte en la tristemente famosa Academia Ellingham?

Un momento, olvidémonos de los medios: ¿qué pensarían sus padres? «Escuela sofisticada lidia con la muerte de un alumno». ¿Y del hecho de que ella hubiera estado allí?

¿Cerrarían la academia?

Quizá durante unos días. No podían cerrar durante todo el curso solo por esto, ¿no?

¿Por qué pensaba esas cosas? Había muerto una persona. Había muerto Hayes.

Porque eso es lo que hacen los cerebros. Piensan. El ático del suyo estaba lleno de cosas nuevas y extrañas que aún no había sido capaz de clasificar y procesar. Stevie no podía sentirse culpable por sus pensamientos y tampoco podía implicarse en todos ellos. Se lo enseñaban en la terapia contra la ansiedad: quizá vengan pensamientos, pero no tienes que ponerte a perseguirlos todos. Era más o menos lo contrario del trabajo de un buen detective, en el cual había que seguir todas las pistas.

Hundió la cara en la almohada mientras su corazón latía a ritmo regular. Aún notaba un sabor raro en la boca, el sabor a...

Oyó voces desconocidas y algún que otro zumbido de radio en el exterior. Levantó la cara del territorio seguro y suave de la almohada y se frotó los ojos para quitarse las legañas.

Hayes. Había ocurrido de verdad. Había muerto de verdad. Hayes había muerto y habían encontrado su cadáver. Y, como respuesta, ella había vuelto a casa y se había liado con David. Era todo demasiado real, demasiado inmediato, sus sentimiento convergían en un nudo de terror, escalofríos, náuseas y bochorno.

Céntrate.

Su cerebro planeó sobre los hechos durante unos instantes. Hayes estaba en el suelo, ya sin vida. ¿Cómo pudo ocurrir? Visualizó en su mente el pequeño espacio del final del túnel. Ojeó las estanterías vacías de la pared. Hizo una marca en el suelo de piedra con el pie. Miró la escalera, la trampilla que conducía al observatorio...

Estaba a unos tres metros y medio de altura. Si te cayeras desde ahí sobre la piedra, saldrías malparado. Podrías acabar muerto.

Stevie lo vio todo en su mente. Había subido allí. Había cerrado la trampilla después de entrar. ¿Habría subido Hayes para echar un vistazo? Quizá dio un traspié a oscuras y se cayó por el hueco.

¿Por qué volvió? Probablemente para grabar algo. Pero para eso habría llevado a alguien consigo. Y todo indicaba que quería ir solo. Ella lo había visto retroceder, como si intentase volver a escondidas.

Pero no había vuelto al jardín. Había dado un gran rodeo para dirigirse a la carretera de mantenimiento, al bosque, al túnel. Había vuelto y había perdido la vida.

«Adivina, adivinanza en la pared...».

Casi se había olvidado del terror que la había asaltado la otra noche. Tuvo que ser un sueño. Estaba pensando en asesinatos, en muertes, en túneles y en Atentamente Perverso, y su mente lo había proyectado todo en la pared.

¿O no?

Stevie se tumbó de espaldas y practicó ejercicios de respiración durante unos minutos, con las expiraciones más largas que las inspiraciones y llevando el aire hasta el abdomen.

Aún notaba el olor a almizcle de un gel de baño o champú en su piel. David.

También estaba eso. Cualquier otro día habría sido lo único a lo que le daría vueltas en la cabeza. Hoy, apenas estaba a la altura del resto de pensamientos.

–Vale –dijo en voz alta–. Tranquila. Vale. Tranquila. Levántate. Ya.

Se levantó.



Poco después, una Stevie recién duchada, vestida con un pantalón de chándal fino y holgado y su sudadera negra, entró en la sala común. Janelle y Nate estaban sentados a la mesa, ambos todavía en pijama. Pix estaba hablando por teléfono en la cocina. David estaba sentado en el sofá, con unos vaqueros envejecidos y una camiseta Henley granate muy arrugada. Tenía el pelo húmedo y le caían unos rizos sobre la frente. Miró a Stevie cuando entró. Fue una mirada larga y directa, pero sin expresión. Lo único que parecía indicar era que se había dado cuenta de que había entrado.

Había poco que decir; unos buenos días entre dientes, algún gesto con la cabeza. ¿Qué se dice cuando muere un compañero con el que se comparte casa aunque no se le haya conocido demasiado bien? ¿Aunque lo poco que conocieras de él no te gustara mucho?

Hay muy poco que decir.

Ellie apareció con unas mallas con relieve manchadas de pintura, una enorme camiseta rota de una banda francesa y los brazos cubiertos con unos calcetines largos con el pie cortado. Se dejó caer pesadamente en el sofá junto a David, se acurrucó y apoyó la cabeza en sus rodillas. Él le pasó la mano por el pelo enmarañado con gesto distraído.

Stevie tuvo sensación de mareo. ¿Habrían hablado de lo ocurrido? Y si lo hicieron, ¿qué habrían dicho? Quizá ni siquiera hablaron de ello. Quizá las cosas que ocurrían en noches como aquella no contaban.

Algo se hundió en su interior al pensar en ello. Fijó la mirada en el café. Sabía aguado y amargo, pero al menos estaba caliente y beberlo la ayudaría a sentirse de otra manera y no solamente rara. Así que se lo bebió.

–Stevie, era Larry –dijo Pix al entrar en la sala–. Quieren volver a hablar contigo en la Casa Grande. Ahora viene a buscarte.

Janelle la miró temerosa. Nate palideció.

–Es normal –los tranquilizó Stevie–. Es lo que suele hacer la policía. Necesitan hacer las mismas preguntas varias veces para esclarecer la información.

–Los demás tenéis que quedaros aquí –añadió Pix.

–¿Todo el día? –preguntó Ellie desde el regazo de David. Habló con esa voz pastosa que se suele tener después de haber llorado un buen rato.

–De momento –respondió Fix–. Van a venir unos terapeutas por si queréis hablar.

David puso una mirada de fastidio.



Había dos coches de la Policía estatal de Vermont bajo los soportales de la Casa Grande cuando Stevie y Larry llegaron poco después.

–Diles lo que sepas –indicó Larry–. Diles la verdad, sin más.

–Ya –repuso.

–¿Cómo lo llevas?

–Creo que bien. Quizá es que aún no lo he asimilado. ¿Eso es malo?

–No es bueno ni malo. Es lo que es. Lo averiguarás si decides seguir en la misma línea. Tienes que tomarte las cosas tal como vienen, no como los demás dicen que deben ser.

Fue una de las cosas más sensatas que Stevie había oído decir a un adulto.

Una vez dentro, pensó que tendría que ir al puesto de seguridad, pero Larry la condujo a la enorme puerta de roble del despacho de Albert Ellingham.

–¿Aquí? –se extrañó.

–Ahí es donde la detective está haciendo las entrevistas. Contesta a las preguntas que te haga. Todo va a ir bien.

Una detective esta vez. No un oficial uniformado.

Dos sillones de cuero estaban colocados ante la enorme chimenea de mármol rosa, con la inquietante alfombra de trofeo de caza entre ellas. Una mujer menuda vestida con un traje gris estaba sentada en uno mientras escribía en un pequeño cuaderno.

–¿Stephanie? –preguntó consultando el cuaderno–. Soy la detective Agiter. Pasa y siéntate.

Stevie se sentó en el sillón de enfrente, uno de los sillones personales de Albert Ellingham. Aunque ya tenía muchos años, el cuero seguía en buenas condiciones y conservaba una elasticidad suave y acogedora. Era ahí donde se sentaba a gobernar su imperio, a pensar en su esposa y su hija desaparecidas.

El aspecto de la detective Agiter era como una paleta de tonos neutros cuidadosamente seleccionados. Tenía las manos largas y elegantes. Llevaba el pelo oscuro recogido en un moño tirante sin un solo mechón fuera de su sitio. Pero lo que más admiró Stevie fue el calzado, unos zapatos planos negros completamente anodinos. Había una estudiada calma en su rostro. Nunca dejar traslucir nada. Stevie necesitaba dominar esa expresión. Así era como debía presentarse un detective.

–Voy a grabar esta conversación –le dijo Agiter al tiempo que dejaba una grabadora digital en la mesita *art déco* que había entre los dos sillones–. Entrevista entre Stephanie Bell y la detective Fátima Agiter, domingo, diez de septiembre, a las nueve horas, cuarenta y cinco minutos. Bueno, ¿Stephanie o Stevie?

–Stevie.

–Stevie, participaste en la grabación de un vídeo sobre el secuestro de las Ellingham. ¿De quién fue la idea de hacer ese vídeo?

–De Hayes.

–¿Y cómo te viste involucrada?

–Vino a pedirme que lo ayudara a hacerlo.

–¿Y por qué te lo pidió?

–Porque sé muchas cosas sobre el tema.

–¿Sobre el secuestro de las Ellingham, quieres decir? –preguntó la detective. Stevie hizo un gesto afirmativo y se reprimió en su interior. Había que ser clara. Y sus palabras no lo habían sido.

–Sé mucho sobre el caso Vermont. Es lo que he venido a estudiar. El crimen..., la historia que encierra.

–Así que Hayes quería hacer un programa sobre los secuestros y te pidió ayuda porque sabes sobre el tema. ¿Y tú se la pediste a Nathaniel porque es escritor?

–Hayes me pidió que se lo pidiera –respondió Stevie.

–Por lo que parece, Hayes estaba formando un grupo de personas, todas ellas especialistas en distintas ramas. También estaba Maris Coombes, que tiene experiencia teatral, y Patrick Dashell, que estudia cine. Y todos colaborasteis en el proyecto.

–Correcto –dijo Stevie.

–¿Cómo accedisteis al túnel?

A Stevie le dio un pequeño vuelco el corazón.

–Abrí el candado –contestó.

–¿Cómo lo abriste?

–Lo forcé –confesó Stevie.

La detective alzó una de sus cuidadas cejas, el único gesto expresivo que se permitió en toda la entrevista.

–¿Lo forzaste? –preguntó.

–Eso es –respondió Stevie. No iba a negarlo. Había forzado un candado. «Adiós, Ellingham. Fue bonito mientras duró».

–¿Cómo aprendiste a forzar candados?

–En YouTube –dijo Stevie, encogiéndose de hombros. El gesto debía restarle importancia, expresar que era algo que la gente hacía, pero no estaba nada segura de la impresión que habría causado.

–¿Por alguna razón en particular?

–No. ¿Porque es fácil? No. La gente lo hace. Una cosa más. Un pasatiempo.

Eso no había sonado nada bien. «¡No hay nada que ocultar! Fuerzo candados para divertirme».

–Larry me dijo que estás interesada en el cuerpo policial –dijo la mujer.

–Así es.

–Normalmente no andamos por ahí forzando candados.

–No. Lo sé.

La detective Agiter se rascó una oreja y prosiguió:

–Cuando terminasteis, ¿salisteis del túnel todos juntos o en distintos grupos?

Extraño. No había hecho ninguna pregunta sobre la trampa. El corazón de Stevie dio una sacudida y su cerebro acusó un fallo técnico durante un segundo.

–Salimos juntos –contestó–. Luego Maris y Hayes... se quedaron atrás.

–¿Sabes qué estaban haciendo?

–Puedo imaginármelo.

–¿Y qué imaginas que estaban haciendo? –quiso saber la detective.

–¿Darse un achuchón? ¿Algo así?

Agiter esbozó una media sonrisa y consultó su cuaderno.

–Durante el rodaje se utilizó niebla artificial. ¿Sabes cómo se creó?

–Teníamos máquinas de niebla.

–¿Usasteis algo más?

Era una pregunta extraña.

–No –respondió Stevie.

–Solo las tres máquinas.

–Correcto.

¿En serio le estaba preguntando por las máquinas de niebla?

–Creo que eso es todo, Stevie –dijo la detective–, a no ser que se te ocurra alguna otra cosa que se saliera de lo normal.

Stevie rebuscó en su cerebro. Estaba, por supuesto, la nota de la pared. La nota que probablemente imaginó. Pero uno no podía ir contando a la policía algo que probablemente había imaginado.

A menos que... ¿Podía? La gente lo hacía todo el tiempo en las novelas de misterio y siempre era importante.

–Nada –concluyó.

–Muy bien. Entrevista finalizada a las diez y veinte.

Paró la grabadora y Stevie emergió de las profundidades del sillón.

–¿Qué le pasó a Hayes? –preguntó.

La detective levantó la vista.

–Tenemos que esperar al informe del forense –contestó.

–Ya –dijo Stevie ruborizándose–. Claro. Perdón.

Se acercó a la puerta y, cuando ya había puesto la mano en el pomo de cristal labrado de aristas cortantes, se le ocurrió algo.

–Hubo una cosa... La tarjeta de identidad de Janelle.

La detective Agiter levantó la vista del cuaderno.

–¿Qué es eso?

–Mi amiga Janelle –explicó Stevie–. Alguien llevó su pase a Minerva. Cuando fuimos a clase de yoga el jueves lo tenía. Pero cuando salimos no estaba en la mochila. Y al día siguiente estaba en el camino delante de la casa.

–¿Por qué crees que alguien se lo llevó? ¿No pudo haberlo perdido?

–Estaba enganchado al bolsillo delantero de la mochila. Yo misma lo vi. Abrió para entrar en clase de yoga y volvió a meterlo en el bolsillo delantero. Cuando salimos de clase, había desaparecido. Y de pronto el viernes por la mañana volvió a aparecer.

–¿Cómo se apellida Janelle?

–Franklin –respondió Stevie.

Agiter lo apuntó en su cuaderno.

–Gracias, Stevie. Ahora, ¿por qué no vuelves a Minerva? –dijo a modo de despedida.

Había dos empleados de seguridad hablando con la policía en el vestíbulo. Ninguno de ellos pareció prestar atención a Stevie cuando salió del despacho de Ellingham. En el rellano vio a Charles muy enfrascado en una conversación con la doctora Quinn y otros miembros del claustro. Stevie salió sola de la casa.

En el exterior, el cielo se había cubierto. El campus estaba inquietantemente tranquilo, pues casi todo el mundo se encontraba en su casa. Había demasiadas cosas por las que preocuparse en aquellas circunstancias, demasiadas cosas que sentir y temer. Pero en aquel momento lo que ocupaba un lugar destacado en la mente de Stevie era la niebla. ¿Por qué le había preguntado por la niebla? ¿A quién demonios le importaba la niebla? Tenía que haber un motivo. Se lo había preguntado dos veces.

Stevie repasó mentalmente todo lo que sabía de las máquinas de niebla. Eran de alquiler. Escupían niebla artificial. Y olían bastante mal.

Oyó un eco lejano en un rincón de su mente. Niebla. Había salido en otro contexto. Niebla...

Hielo seco. Había estado cerca de hielo seco. Fue en el taller, cuando Janelle y Dash habían discutido por las varas y Dash miró en el contenedor del hielo seco y dijo que era más fácil trabajar con máquinas de niebla.

Stevie se detuvo a medio camino hacia Minerva, sacó el teléfono y buscó «hielo seco» en Google, pasando los distintos resultados de búsqueda hasta llegar a uno que también contenía las palabras «peligrosidad en su manejo».

El hielo seco es dióxido de carbono solidificado... normalmente no es peligroso pero hay que tener cuidado al manipularlo... se sublima y pasa a ser dióxido de carbono gaseoso... debe ser manipulado en espacios ventilados por peligro de hipercapnia, ya que el dióxido de carbono desplaza al oxígeno debido a su peso, sobre todo en estructuras bajas como los sótanos. Ello puede causar pérdida de consciencia y la muerte, que puede ser rápida...

Stevie tragó saliva con dificultad. El hielo seco estaba en el taller. Alguien se había llevado el pase de Janelle. Y el pase de Janelle abría el taller.

Se suponía que tenía que irse a casa. Ya había infringido bastantes normas.

Debería volver a Minerva.

Entonces, ¿por qué estaba alejándose de Minerva para dirigirse hacia la zona de talleres? No podría entrar con su pase. ¿Qué pensaba que podría encontrar? Sin embargo, cedió a la presión de todos sus instintos.

«Comprobaré los registros», había dicho Larry.

Él y la detective Agiter se acercaban a su espalda. Stevie tuvo el tiempo justo para esconderse detrás de un carrito de golf.

—¿Tiene las horas de entrada y salida? —preguntó Agiter.

—Sí, el sistema registra las dos. Un momento. —Larry se llevó el teléfono al oído—. ¿Jerry? Necesito que me saques un registro. El nombre es Janelle Franklin. Necesito saber los movimientos de su pase el jueves por la tarde.

Stevie los siguió a distancia prudencial mientras se dirigían al taller. Se produjo una pausa cuando Larry sacó su propio pase de acceso y abrió la puerta. Una vez dentro, Stevie se perdería la conversación, y perderse aquella conversación sería algo terrible.

Volvió a dominarla aquella sensación onírica y se sorprendió a sí misma acercándose sigilosamente a la puerta y sujetándola antes de que se cerrase. La mantuvo abierta con el dedo para darles oportunidad de alejarse. La abrió un poco más y vio que estaban ya al otro extremo de la estancia, observando el contenedor azul del hielo seco.

¿De verdad estaba haciendo aquello? Sí, lo estaba haciendo.

Empujó la puerta para abrirla aún más, entró sin hacer ruido y se escondió detrás de un estante vertical con herramientas de jardinería.

—Por Dios bendito —oyó decir a Larry—. Esto estaba lleno. ¿Cómo demonios...? Sí, Jerry. De acuerdo. Dime. En el caserón del arte a las dieciséis cincuenta. Después nada hasta la una y doce minutos de la madrugada siguiente. Para entrar aquí, en el taller. Ya.

Guardó el teléfono.

—Entonces, según Stephanie Bell —dijo la detective—, el pase de Janelle desapareció durante la clase de yoga.

—Lo comprobaré en su horario, pero la clase de yoga es en el caserón. Coincide. Así que

alguien le roba el pase...

–... y lo utiliza para venir aquí a la una de la madrugada. Tenemos que comprobarlo e imprimirlo. ¿Tiene sentido? Entra aquí, se lleva...

Fue entonces cuando el teléfono de Stevie empezó a sonar.

Larry y la detective Agiter se volvieron a la vez.

No tenía sentido intentar mantenerse oculta. Stevie se levantó.

–Hola –dijo.

Bajó la vista un instante para mirar el teléfono.

En la pantalla ponía PAPÁ Y MAMÁ .

19

FUE UN LARRY LIGERAMENTE MENOS AMABLE EL QUE MOSTRÓ A Stevie la salida del taller.

–Lo sé –dijo Stevie–. Estoy...

–Escucha, Stevie. Eres una chica inteligente y te aprecio. Permíteme que te hable con claridad. Tienes que hacer exactamente lo que yo te diga.

–Lo sé. Es que...

–No. Lo sabes. Di que lo sabes.

–Lo sé –repitió Stevie–. Pero Janelle...

–Así que ahora te vas a quedar aquí. En el despacho de seguridad. Y no vas a hablar con nadie hasta que yo te diga. ¿Entendido?

Su teléfono volvió a sonar.

–¿Quién es? –le preguntó.

Stevie se lo mostró. De nuevo, decía PAPÁ Y MAMÁ . Él indicó que debía contestar, y se la quedó mirando hasta que lo hizo.

–¡Stevie!

Tanto el padre como la madre de Stevie estaban al teléfono y fue imposible distinguir quién había dicho antes su nombre.

–Acaban de llamarnos de la academia –dijo su madre–. Vamos a ir a buscarte.

Stevie se pasó la mano por la cara.

–Estoy bien –dijo.

–Stevie, una persona ha muerto.

–Ya, ya lo sé.

–Así que vamos a ir a buscarte para traerte a casa –sentenció su padre.

–Escuchad –dijo Stevie, mirando al suelo aterrorizada–, es horrible, pero... podía haber pasado en cualquier sitio.

–En tu antiguo instituto no ha muerto nadie.

–Eso no es cierto. Hubo un accidente de coche en...

–Mira, tu padre y yo vamos a pedir un día libre y vamos a ir a recogerte –dijo su madre–. Solo han pasado unos días. Podemos matricularte aquí.

No debería haber sido el momento de echarse a llorar. No quería que ocurriera precisamente por eso. Debería haber llorado por Hayes. Pero, como le había explicado Larry, las cosas no siempre salían como nosotros queríamos. Se secó una lágrima con el dorso de la mano e intentó controlar el temblor de su voz.

–Escuchad –dijo–, fue... ¿Podemos hablar de ello cuando vengáis?

Sus padres aceptaron a regañadientes. Stevie logró colgar el teléfono. La expresión de Larry se había suavizado un poco, pasando de roca escarpada a roca algo menos angulosa y más redondeada.

Se oyó un ruido sobre sus cabezas, como el de la noche anterior. Larry y Stevie alzaron la vista a la vez y vieron un helicóptero blanco y rojo.

–La prensa –dijo Larry–. Ya andan detrás de la noticia. Estarán en la verja.

Dio un resoplido y echó a andar a paso ligero.

–Vamos –apremió–. Tengo que llevarte de vuelta a Minerva y después ocuparme de esto.

–Perdí la cabeza por un instante –dijo Stevie–. Estaba asustada por Janelle. Pero no volverá a pasar. Le prometo que volveré derecha a casa sin pasar por la casilla de salida ni recoger los doscientos dólares ni nada. Lo siento. Haga lo que tenga que hacer. Puede confiar en mí.

Larry la observó durante unos segundos.

–De acuerdo – accedió–. Pero si me entero de que no ha sido así, estás perdida. Y puedo comprobarlo.

Stevie se volvió y echó a andar para demostrar que pensaba cumplir su palabra, pero Larry la llamó.

–Cuídate, Stevie –dijo–. Ve y quédate ahí con tus amigos. Aunque Hayes no te cayera bien, no es momento para estar sola.

–¿Quién le ha dicho que no me caía bien? –le preguntó Stevie.

–Veinte años en la Policía estatal. Fui detective. Uno desarrolla un sentido especial para estas cosas.

–¿Fue detective? ¿En serio?

–Quince años en homicidios.

–¿Por qué lo dejó?

–Porque abrí demasiadas puertas y vi demasiadas cosas horribles –respondió en voz baja–. Y algunas de esas cosas permanecen contigo. Todos los detectives de la policía llevan algo consigo, algo que se les aparece cuando intentan dormir por la noche. Veinte años es mucho tiempo. Sé que estás interesada en ser detective, pero no juegues a serlo, ¿entendido? Nada de andar a escondidas a espaldas de la policía.

–Lo sé.

–¿Nos entendemos?

–Sí –dijo Stevie–. Creo que sí.



Stevie volvió a Minerva como entumecida. Sus padres iban a ser un problema con toda seguridad, y era más que posible que se la llevaran de vuelta a casa, si es que no la expulsaban antes. Miró el edificio con otros ojos al acercarse a la gran puerta azul. Quizá su sino era no permanecer allí mucho tiempo. Se cometían errores. El destino tenía sus propios planes...

No.

Stevie no era de esas personas que creían que el destino decidía por ellas. El destino era tomar decisiones. El destino era al menos intentarlo. La academia aún no la había expulsado y sus padres aún no se la habían llevado a casa. Y allí pasaba algo raro. Si Hayes se había llevado la tarjeta de Janelle, si se había llevado el hielo seco..., ¿qué demonios estaba haciendo con él en el túnel?

Entró en la sala común todavía pensando en ello. Nadie parecía haberse movido desde que salió. Alguien había encendido la chimenea, así que la sala estaba caldeada. El fuego le confería un carácter totalmente distinto: la intimidad, lo acogedor de la madera. Cuando chisporroteaba sonaba como el cristal.

–¿Estás bien? –le preguntó Janelle mientras Nate se volvía.

–Sí –contestó Stevie, quitándose la sudadera.

Miró a su alrededor sin saber dónde sentarse. Ellie y David seguían en el sofá, pero ahora había espacio libre entre ellos. Ellie tenía un cuaderno negro sobre las rodillas y estaba dibujando. David estaba con su ordenador, pero volvió a mirarla a los ojos.

Sus miradas se cruzaron, pero Stevie apartó rápidamente la suya.

–¿Te dijeron qué ha pasado? –preguntó Nate.

Stevie negó con la cabeza.

–¿Y nos van a dejar salir?

–Creo que sí. Enseguida –respondió Stevie–. Me han llamado mis padres. Creo que la academia les ha informado. Así que vuestros padres se enterarán pronto. Se va a enterar todo el mundo.

–Ya –dijo David. Su voz sobresaltó a Stevie. Vio que Janelle se había percatado del detalle y los miraba con curiosidad–. Ya se ha corrido la voz. Así que dentro de nada vamos a estar rodeados de terapeutas.

No dejaba de mirarla. Y no solo de mirarla. Era una mirada fija, penetrante.

–Creo que lo mejor es que llame a mis padres cuanto antes –dijo Janelle, y alcanzó su teléfono–. ¿Podemos? ¿Crees que podemos llamarlos?

Stevie se encogió de hombros.

–Mejor espero –dijo Janelle, y volvió a dejar el teléfono donde estaba–. Ya le preguntaré a Pix cuando acabe de ducharse.

–*Après le déluge* –intervino Ellie sin venir a cuento–, *les parents*.

Nadie supo qué quería decir con eso.

–Pues esperaremos –dijo Nate.

–Esperaremos –corroboró David.

Stevie estaba muy pendiente de David. Sí, la noche anterior solo se habían besado, pero se besaron mucho. Y se revolcaron mucho. ¿Qué le dices a alguien con quien te has revolcado?

Ellie se puso en pie de repente y se fue a su habitación dando zancadas. Se quedaron los cuatro, sentados y sumidos en un silencio incómodo hasta que alguien llamó a la puerta. Era Larry, acompañado de un policía de uniforme.

–Janelle –dijo el hombre–. ¿Puedes ir a buscar tu tarjeta identificativa y venir con nosotros un momento?

Janelle abrió los ojos como platos, pero se levantó al instante, fue a su habitación a buscar el pase y salió.

–¿Por qué quieren ver el pase de Janelle? –preguntó David.

–Porque alguien se lo llevó el jueves –respondió Stevie sin quitar ojo a la puerta.

–¿Y?

Stevie no dijo nada más. David se levantó del sofá y fue a sentarse a la mesa junto a ella.

–¿No tienes idea? –le preguntó.

–No puedo decir nada –repuso ella.

–Entonces sí tienes idea.

Nate los observaba en silencio. Por fin bajó Pix.

–¿Ha llamado alguien a la puerta? –preguntó.

–La policía se ha llevado a Janelle y su pase –contestó David–. Por ningún motivo que Stevie pueda explicar.

–No quiero hacerme la interesante –protestó Stevie–. Es que no puedo decir nada.

Pix corrió a la puerta y salió.

El ambiente era cada vez más tenso. Stevie miró la mano que David había apoyado encima de la mesa. Tenía los dedos largos. Aquellos dedos habían acariciado su pelo la noche anterior, y más cosas. Sus manos eran fuertes, mucho más fuertes de lo que parecían. Lo miró de soslayo. Tenía las cejas pobladas y muy expresivas. Se alzaban cuando estaba de broma, se arqueaban cuando hacía el capullo, pero ahora estaban inmóviles.

Sintió el extraño deseo de sentarse en sus rodillas. De atraer su cara hacia la suya. De volver a besarlo, allí mismo, junto al fuego, delante de Nate y de la cabeza de alce.

¿De dónde venía ese deseo? Le había pasado por la mente como una liebre cruzando una carretera.

David apartó la silla y enfiló el pasillo en dirección al cuarto de Ellie, dejando solos a Nate y a Stevie.

–Bueno –suspiró Nate.

–Ya –repuso Stevie.

–¿De verdad estás bien?

Asintió con la cabeza.

–Pues parece alterada. No pasa nada por estar alterada. Yo estuve alterado anoche y hoy ya no estoy tan alterado. Así que te toca a ti, si quieres.

–Siempre quise estar cerca de una muerte –confesó Stevie–. Ya sabes cuánto me interesan estas cosas. Y ahora estoy cerca de una muerte. Me siento fatal por decir que era lo que quería, pero...

Sacudió la cabeza.

–Te interesa mucho –dijo Nate–. Vi tu cara cuando vino Larry y dijo que la policía quería hablar contigo.

–¿Y eso es malo?

–No. Ocurrió, nada más. Y estábamos aquí cuando ocurrió.

Hundió una uña en la veta de la madera.

–Gracias –dijo Stevie.

–¿Por qué?

–Porque creo que me entiendes.

–Te entiendo –dijo él, y se encogió de hombros–. Tenemos un vocabulario emocional muy limitado. Somos chicos de interior.

La puerta volvió a abrirse. Janelle entró y se sentó junto a Stevie, apoyando la cabeza en el hombro de su amiga.

–Se van a llevar mi pase –dijo–. Y ahora van a registrar la habitación de Hayes. No sé por qué quieren mi pase. Yo no he hecho nada.

Stevie le acarició la cabeza. El calor de una cabeza sobre su hombro era una sensación poco familiar. Janelle confiando y apoyándose en ella. Nate ofreciendo ayuda.

Y David, la persona con quien había tenido un contacto más íntimo, guardando un significativo silencio.

EL ARRESTO DOMICILIARIO TERMINÓ A LAS TRES .

A todo el mundo le pareció natural que el velatorio se celebrara en la tienda. No se anunció ni se hizo ninguna convocatoria formal. La gente empezó a congregarse allí y a ocupar posiciones en los polvorientos cojines del suelo, los sofás destartados y los futones. El ambiente era de una confusión electrizante; todo el mundo hablaba a la vez pero en voz baja, en un murmullo constante y apagado. Llevaron comida. Había bolsas de patatas fritas, de caramelos y de aperitivos de todo tipo circulando por la sala.

Stevie acudió con Janelle y Nate. Vi los estaba esperando a la puerta de la tienda y se lanzó en brazos de Janelle. Parecían una pareja.

En cuanto entró, Stevie se dio cuenta de que atraía la atención de muchos de los presentes. La gente se volvía a mirarla como poco antes habían mirado a Hayes. Lo sabían. Era *la que estaba allí*.

Maris y Dash recibían atención en una zona especial del fondo, en el sofá más grande, con un pequeño grupo de personas sentadas en los cojines ante ellos. Maris iba completamente vestida de negro: medias, un jersey ceñido con un cinturón dorado. Parecía como si se hubiera disfrazado de Catwoman. Dash llevaba de nuevo su camisa holgada y estaba acurrucado con las rodillas casi pegadas al pecho. Maris lloraba con un llanto constante y sereno. Al entrar Stevie, levantó la vista y le tendió los brazos.

–¡Stevie! ¡Nate! –exclamó.

Stevie se acercó a ellos. Cuando estuvo lo bastante cerca, Maris le aferró la mano y se la apretó fuerte.

Stevie miró su mano cautiva. No fue capaz de distinguir si se trataba de un gesto sincero o dramático, o un gesto dramático sincero. Se encontraba muy cansada y muy despierta a la vez, con una extraña sensación de culpa que la seguía como una estela.

–¿Volviste a hablar hoy con la policía? –preguntó Dash–. Nosotros sí.

–Sí –respondió Stevie.

–¿Te han dicho algo?

–Me hicieron varias preguntas sobre las máquinas de niebla.

–Ya –dijo Maris–. Como a nosotros. Y dónde estuvimos. Y a qué hora llegamos a casa la noche que fuimos al túnel.

–¿A qué hora te despediste de él? –Stevie se encogió de hombros como si se lo preguntara por tratarse de una necesidad sobreentendida–. Quiero decir, él debió de llegar a casa a su hora.

–Justo antes de las once –contestó Maris–. Se fue a casa. Y yo me fui a casa.

Dash parecía sinceramente sobrecogido.

–Lo siento –dijo Stevie–. ¿Hicisteis algún trabajo juntos el año pasado? ¿Participasteis en *El final de todo*?

–No –contestó Dash–. Lo hizo todo él solo. Lo sacó de la nada durante el verano. Iba a convertirse en una estrella, ¿sabes? Estoy seguro. Estoy seguro de que habría ido a Hollywood, habría hecho películas y habría cosechado un gran éxito. Era ese tipo de actor.

–Eso fue lo que yo dije la primera vez que lo vi –añadió Maris–. Estrella. Estrella, estrella, estrella.

Stevie optó por no comentar que Hayes ya era más o menos una estrella cuando Maris lo conoció.

–Era sincero –continuó la chica–. Era la persona más sincera que he conocido en mi vida. Por eso sus representaciones eran tan buenas.

–¿Sincero? –preguntó Stevie.

–Bueno, sincero, no –respondió Maris–. Puro. Sin..., sin dobleces. En cuanto lo vi supe que teníamos que salir juntos.

Hizo una breve pausa y se puso a mirarse las uñas. De repente, levantó la vista. Stevie se volvió para ver qué le había llamado tanto la atención. Gretchen acababa de entrar en la tienda.

–Esa es una zorra –farfulló Maris.

–Era la ex de Hayes, ¿no? –preguntó Stevie.

–Le hizo mucho daño. Mírala.

La verdad es que Gretchen parecía muy afectada. Estaba llorando.

–Lo de Beth fue solo algo que hizo Hayes para aparentar –continuó Maris–. Ya sé lo que va a decir la gente, pero fue solo para aparentar.

«Solo para aparentar». La frase describía algo que Stevie había pensado pero no había sido capaz de definir. Había algo en todo aquel enredo que parecía..., no teatralizado, pero... tenía un componente de espectáculo. Habían estado creando un espectáculo. Y luego estaba el modo en que Hayes se volvió y no quiso que Maris lo acompañara. Gestos dramáticos y grandilocuentes.

Desde el otro lado de la sala, Janelle hizo una seña a Stevie para que se acercara. Ella, Nate y Vi estaban inclinados sobre el ordenador de Nate. David, que había llegado a la tienda en algún momento, también estaba con ellos.

–Otra vez Germaine Batt –dijo Nate, y giró el ordenador para que Stevie pudiera ver.

De nuevo, la silenciosa Germaine Batt que todo lo veía había escrito una crónica, y esta incluía el hielo seco que habían echado en falta. La noticia se propagó por la tienda a medida que la gente fue encendiendo el teléfono para leerla.

–¿Hielo seco? –se preguntó Janelle en voz baja–. ¿Fue eso lo que ocurrió? ¿Por eso alguien tenía interés en mi pase? ¿Fue así como murió Hayes?

–¿Cómo se puede morir uno por culpa del hielo seco? –quiso saber Nate.

–Puedes morir por intoxicación de dióxido de carbono –respondió Janelle–. Si estás atrapado en un espacio reducido con una cantidad suficiente de hielo seco, desplaza al oxígeno. ¿Hayes se llevó hielo seco?

–Parece que es eso lo que pudo pasar –dijo Stevie–. Oí algo sobre ello cuando me llevaron a la Casa Grande.

Janelle frunció el ceño.

–Debió de llevarse un montón. Y ese material pesa. Pesa mucho.

El grupo se sumió en un pensativo silencio durante unos instantes. Vi acarició la mano de Janelle.

–Entonces, ¿ahora qué pasa? –preguntó Nate.

–Creo que no voy a seguir aquí mucho más tiempo –repuso Stevie.

–¿Crees que van a expulsarte? –se asombró Vi.

–No lo harán –aseguró David, que se había situado a su espalda para sentarse en el respaldo del sofá–. Nunca expulsan a nadie. Yo he intentado que lo hicieran y nada.

–Mis padres podrían llevarme de vuelta a casa –dijo Stevie.

–¿Por qué iban a hacerlo?

–Porque nunca quisieron que viniera a Ellingham.

–¿Y por qué no querían que vinieras? –preguntó Vi.

–Porque les gustan las cosas normales. Y Ellingham no es normal. Está lleno de cosas que los preocupan. De gente distinta. Me dejaron venir porque es muy bueno y porque es gratis, pero buscarán cualquier excusa para sacarme de aquí. Y creo que la muerte de un compañero cuenta como buena excusa. Así que no voy a pasar mucho más tiempo en este mundo sofisticado y especial. Volveré al cuartel general de Edward King para sentarme a escuchar a gente que cree en los marcianos, pero no en el cambio climático.

–¡Ay, Dios! –exclamó Vi–. ¿Y no puedes hacer nada?

–No tengo ni idea. Quizá si me convierto de repente en el tipo de chica que puede ser reina de la promoción. Eso les gusta.

–Quizá tengamos que marcharnos todos –dijo Nate–. Quizá cierren la academia.

–Venga, chicos –intervino Janelle–. Hayes ha muerto.

–Eso no significa que no podamos hablar de que cierren la academia –protestó Nate.

Stevie oyó a alguien del grupo de al lado repetir «¿Cierran la academia?» en un susurro. La vida pasa muy rápido, y los juegos de teléfono, más rápido todavía.

La puerta de la tienda se abrió y Ellie entró dando zancadas. Se tambaleó, obviamente borracha, y se puso a *Roota* encima de la cabeza.

–¡Hayes ha muerto! –exclamó–. ¡Larga vida a Hayes!

Comenzó a arrancar graznidos a *Roota* sin ton ni son.

Su intervención no sentó nada bien en la sala. A diferencia de aquella primera noche en la tienda, nadie parecía muy receptivo ante las ocurrencias de Ellie. David se bajó del respaldo del sofá, se acercó a ella y le dijo algo al oído. Ellie lo apartó con un movimiento brusco y adoptó una actitud más agresiva. David la agarró de un brazo e intentó sacarla de la tienda, pero volvió a soltarse.

Varios alumnos de arte se acercaron desde distintos rincones de la sala y la rodearon. Al principio parecía que iban a intentar contenerla, hasta que uno de ellos empezó a dar saltos como interpretando una extraña danza. Ellie lo imitó. Luego se les unió otro compañero. David se encogió de hombros, se apartó del grupo y volvió a encaramarse en el sofá. Maris, que al principio lo había observado todo con horror, se levantó y se puso a bailar como si le fuera la vida en ello, agitando los brazos frenéticamente.

–¡Dios mío! –exclamó Janelle por encima del ruido–. ¿Y ahora qué demonios pasa?

–Las Bacantes –respondió Nate.

El grupito que bailaba en el centro absorbió todo el aire y la energía de la sala y continuó hasta que entró otro grupo. Era menos festivo; estaba formado por Larry, Charles, la doctora Quinn y dos oficiales de policía uniformados. El sonido de la sala se fue apagando.

–Atención todos –dijo Larry levantando las manos.

Ellie arrancó un quejido a *Roota*.

–Element –le dijo el hombre–. Si no te importa.

Ellie apartó el saxofón de su cara.

–La policía necesita hablar con todos vosotros unos minutos –informó Larry–. No tenéis por qué preocuparos. Lo único que necesitamos es establecer una línea de información sobre lo que

ocurrió aquí. Así que tengo que pedirlos que regreséis a vuestras residencias.

–Se os llevará la cena a las distintas casas –dijo Charles–. E insisto, hay terapeutas disponibles que pueden ir a visitaros. Si alguien necesita ayuda, solo tiene que responder al mensaje que os envié o avisar a cualquier miembro del claustro.

Todos los alumnos de Ellingham regresaron poco a poco a sus respectivas residencias, pero ahora más nerviosos.

–Todo el mundo va a hablar con un policía –comentó David, de camino a casa con el grupo de Minerva–. Tú vas a hablar con un policía, yo voy a hablar con un policía, y tú...

–No pienso hacerlo –lo interrumpió Ellie.

–Que tengas suerte –repuso David.

–No tengo por qué, y además no quiero –continuó Ellie–. Esto no es un Estado fascista.

–No creo que tenga nada que ver con eso –terció Nate–. Parece que están intentando averiguar lo que ocurrió.

–Y además estás borracha –dijo David–. Tómate un café antes de que llegue la poli.

Ellie se echó a reír y le dio un empujón en el pecho que lo pilló desprevenido y lo tiró al suelo de espaldas.

–¿Podría hacer esto una persona borracha? –preguntó.

–Casi seguro que sí –contestó David. Se puso de pie y se sacudió la ropa.

Ellie avanzó unos pasos dando tumbos. Estaba más borracha de lo que Stevie pensó al principio. Con Ellie nunca se sabía.

–Vamos –dijo Janelle a Stevie–. Agárrala del otro brazo.

Janelle se adelantó un paso, agarró a Ellie del codo con mano experta y esperó a que Stevie hiciera lo mismo con el otro brazo.

–Vamos juntas –dijo–. ¿Podemos ir las tres juntas?

–Podemos ir las tres juntas –respondió Ellie–. ¿Por qué no? Juntas. ¡Juntas!

Mantener a Ellie en pie estaba empezando a convertirse en un auténtico desafío.

–¿Sabes? –le dijo a Stevie echándole sobre la cara un aliento caliente que olía a vino–, me dijo que comprara a *Roota*. Tenía. Lo tenía.

–Claro –dijo Stevie.

–Tenía talento. Más de lo que la gente podía pensar.

–Claro.

David caminaba a su lado con las manos en los bolsillos. Después de que Ellie lo hubiera tirado al suelo, parecía conforme con que ahora se ocupasen de ella Janelle y Stevie.

–Eh, Nate –dijo Ellie–. Tú también lo tienes. Eres escritor. Lo tienes.

–¿Seguro? –preguntó el chico.

–Haces lo que ves en tu cabeza.

Intentó darse una palmadita en la cabeza, pero Janelle la sujetaba del brazo firmemente.

–Agua –dijo Janelle–. ¡Necesitamos agua! Y café. ¡Y un baño! ¿Qué tal un baño?

–¡Un baño! –repitió Ellie–. Tú también tienes. ¡Todos tenéis! Menos Stevie. ¿Lo entiendes, Stevie?

–Lo entiendo –respondió Stevie, que no tenía ni idea de qué estaba hablando.

Se las arreglaron para meter a Ellie en casa sin que Pix los viera. Janelle se puso a preparar un baño. Sabedores de que Ellie no era reacia a bañarse vestida, la metieron en el agua tal como estaba.

En la bañera, se quedó callada y se puso a dar sorbitos al café obedientemente. Cuando llegó la policía unas horas más tarde, se encontraba en un estado medianamente presentable. Janelle,

Nate y Stevie ya habían sido entrevistados.

David fue el primero a quien llamaron. El interrogatorio se llevó a cabo en su habitación y duró unos diez minutos.

–¿Qué te han preguntado? –quiso saber Stevie.

–¿Sabía algo sobre el plan de Hayes? ¿Dijo algo sobre el túnel o sobre el hielo seco? No. Cuando ocurrió yo estaba aquí, fumándome una pipa de hachís con Ellie. No se lo dije, por supuesto, y no sé si es eso lo que ella va a contarles, pero supongo que ya nos enteraremos.

Ellie estaba lo bastante sobria como para no contárselo. Les dijo que David y ella habían estado en casa trabajando juntos.

A continuación, todos parecieron acusar a la vez el agotamiento de todo el día. Los residentes de Minerva se sentaron desmadejados en la sala común y poco después, uno a uno, fueron yendo a acostarse. La primera fue Ellie, después Janelle y luego Nate. David estaba en la hamaca, meciéndose despacio.

–Oye –dijo–, ¿en serio crees que tus padres te obligarán a marcharte?

–Creo que alguien lo hará. Si no ellos, la academia.

David estiró las piernas y tensó la tela de la hamaca.

–No te van a echar –dijo–. Aquí no echan a nadie. Créeme. He comprobado el sistema.

–¿Había muerto alguien cuando comprobaste el sistema?

–Tú no hiciste nada que causara la muerte de Hayes, ¿no?

–No creo. Pero...

–Y no has hecho nada de lo que tengas que arrepentirte, ¿no?

Volvió rápidamente la mirada hacia él. ¿Se refería a lo que habían hecho? ¿Qué clase de oscuro juego era aquel?

Desde luego, ninguno al que le apeteciera jugar.

–Me voy a la cama –dijo Stevie, y se puso de pie–. Buenas noches, Westley. Lo más probable es que me maten por la mañana.

–Quizá no sea muy conveniente que hagas bromas sobre muertos –dijo David cuando ella llegó al pasillo.

OFICINA FEDERAL DE INVESTIGACIÓN (FBI)

CASO VERMONT

ENTREVISTA ENTRE EL AGENTE SAMUEL ARNOLD Y LEONARD HOLMES NAIR

17 DE ABRIL , 1936, 3:30 P. M.

LUGAR: FINCA ELLINGHAM

SA: Señor Nair, necesito hacerle varias preguntas más.

LHN: Eso es lo que hacemos todos por aquí, por lo visto.

SA: Necesitamos establecer los hechos. Entiendo que en una ocasión dio una clase de arte a los alumnos.

LHN: Por favor, no me lo recuerde.

SA: ¿Por qué dice eso?

LHN: Fue la tarde más larga de mi vida, intentando explicar Max Ernst a niños. Pero ese es uno de los precios a pagar por conocer a Albert. Cree que sus chicos deben aprender de los mejores.

SA: ¿Aquel día conoció a una alumna llamada Dolores Epstein?

LHN: No tengo ni idea. Para mí son todos iguales.

[Se le enseña una fotografía de Dolores Epstein]

LHN: Le repito que para mí son todos iguales.

SA: Dolores era una alumna con mucho talento. Muchos profesores la consideraban la alumna más brillante de la academia.

[El señor Nair vuelve a mirar la fotografía]

LHN: Ahora que lo dice, había una chica que parecía más atenta que los demás. Tenía unos conocimientos muy aceptables sobre arte romano y griego. Quizá fuera esta. Tenía el pelo rizado como ella. Sí, creo que es ella. ¿Es la chica que desapareció?

SA: Dolores Epstein fue vista por última vez la tarde del día trece, cuando sacó un libro de la biblioteca. ¿Alguna vez la vio fuera de clase?

LHN: Los vemos a todos andando por ahí. Ya sabe, Albert Ellingham fundó esta academia y dijo que iba a llenarla de niños prodigio, pero la mitad de los alumnos son los hijos de sus amigos y no precisamente los más aventajados. Probablemente la otra mitad sí lo sea. Para hacer justicia, había otro u otros dos que también mostraron bastante ingenio. Un chico y una chica, ya no me acuerdo de cómo se llamaban. Parecían una pareja. La chica tenía el pelo como un cuervo y el chico se parecía un poco a Byron. Les interesaba la poesía. Tenían el brillo de la inteligencia en la mirada. La chica me preguntó por Dorothy Parker, lo cual me tomé como un dato esperanzador. Soy amigo de Dorothy.

[Se deja un encendedor de plata encima de la mesa]

SA: ¿Reconoce esto, señor Nair?

LHN: ¡Oh! ¡Lo he buscado por todas partes!

[El señor Nair hace ademán de alcanzar el encendedor. Se le indica que no lo haga]

SA: Es una prueba, señor Nair. Debe seguir en nuestro poder.

LHN: Es un Cartier, agente Arnold. ¿Dónde lo encontraron? Llevo mucho tiempo buscándolo.

SA: Lo encontramos en el observatorio, junto con el libro de la biblioteca y un lápiz de Dolores.

LHN: Supongo que me lo olvidé allí.

SA: Encontramos las huellas de Dolores en este encendedor. ¿Por qué podría tenerlo Dolores?

LHN: Seguramente porque se lo encontró.

SA: ¿No se lo dio usted?

LHN: ¿Por qué le iba a dar mi encendedor Cartier a una niña?

SA: No lo sé, señor Nair.

LHN: A veces pierdo cosas. Supongo que la chica se lo encontró y se quedó con él porque es una preciosidad. Debe de tener buen gusto. ¿Me lo van a devolver?

SA: Cuando no lo necesitamos, señor Nair. Permítame que le haga otra pregunta. ¿Por qué pudo haber entrado la señorita Robinson en el vestidor privado y cerrado con llave de la señora Ellingham?

LHN: Por numerosos motivos, supongo. Esas dos son uña y carne.

SA: En concreto, ocurrió la noche del día trece, cuando toda la casa estaba buscando a la señorita Robinson. No respondió a las muchas personas que la llamaron, y la encontraron sola en la habitación, donde había entrado aproximadamente quince minutos antes. Algo muy extraño durante lo que claramente era una situación de pánico colectivo.

LHN: No puedo explicarle por qué Flora hace lo que hace.

SA: ¿Es usted amigo de la señorita Robinson?

LHN: Flora y yo somos amigos, sí.

SA: ¿Dónde se conocieron?

LHN: Oh, en un bar clandestino. Hace años.

SA: Entonces, ¿afirma usted que Flora Robinson no le contó qué estaba haciendo en la habitación de la señora Ellingham el lunes por la noche cuando ya había saltado la alarma?

LHN: No lo hizo.

SA: ¿No mencionó nada al respecto?

LHN: Flora no me cuenta cada vez que entra o sale de una habitación.

SA: ¿Y cuándo se enteró usted del secuestro?

LHN: Cuando Flora me despertó el martes por la mañana, como usted bien sabe, porque ya he pasado por esto diez veces o más. Si lo que está haciendo es insinuar que Flora tuvo algo que ver con esto, no podría estar más equivocado. A diferencia de mí, Flora tiene corazón. Quiere a Iris como a una hermana y a Alice como a una hija. Tenga cuidado con ese encendedor, ¿de acuerdo? Me interesa mucho recuperarlo.

[Entrevista concluida a las 3:56 p. m.]

–BUENO –EMPEZÓ CHARLES –, VAMOS A HABLAR .

Era la mañana siguiente y Stevie estaba sentada ante Puedes Llamarme Charles en su despacho. La lluvia golpeaba la ventana mientras de unos altavoces blancos salía música clásica muy suave. Stevie esperaba aquella llamada, y cuando por fin la recibió, sintió que su alma y su cuerpo estaban preparados. Había leído sobre María Antonieta, cuando esperaba en el palacio prisión de París mientras en el exterior construían las guillotinas.

–Vamos a hablar de lo que ocurrió –continuó el hombre–. Antes de nada, dime cómo lo llevas.

–¿Quiere decir cómo me siento? –preguntó Stevie.

–Responde como prefieras.

Stevie no era muy amiga de hablar de sentimientos, pero en esas circunstancias los sentimientos probablemente eran preferibles a los hechos.

–A ver... –dijo–. Estoy bien. Es extraño, pero no conocía a Hayes demasiado. O sea, suena horrible, pero... no éramos amigos.

Charles asintió con gesto preocupado.

–¿Puedes contarme qué pasó? ¿De quién fue la idea de usar el túnel?

–De Hayes –contestó Stevie–. Yo creía que el túnel seguía sepultado.

–No –dijo Charles–. Lo vaciamos en primavera. Va a ser derruido y rellenado con tierra cuando instalemos los nuevos conductos de agua y el alcantarillado para la ampliación del caserón. Creíamos que lo era una información secreta, pero...

–Fui yo quien forzó el candado –confesó Stevie.

Le pareció importante decírselo. La policía ya estaba enterada. No tenía sentido ocultar ese dato y permitir que su corazón siguiera latiendo desbocado hasta hacerle perder la cabeza.

–Lo sé –repuso el director.

Pasaron varios segundos. Aquel día, Charles no presentaba su habitual aspecto juvenil y despreocupado. No llevaba camiseta de superhéroe debajo del traje.

–Entrar en los túneles ha sido una constante en esta academia desde hace mucho tiempo. Procuramos disuadir a la gente de que lo haga. Y Hayes no... No fue el túnel lo que mató a Hayes. Lo que le ocurrió no fue más que un accidente tremendamente desafortunado. Tremendamente desafortunado. ¿Deberíais haber entrado en ese túnel? No. Pero tú no llevaste a Hayes hasta allí aquella noche.

Stevie observó los dibujos que trazaban las gotas de lluvia al caer sobre los cristales.

–¿Me van a expulsar? –preguntó Stevie.

–No –respondió el director–. Pero sí hay una cosa que quiero que hagas. Acompáñame.

Stevie lo siguió, casi en trance, mientras la conducía hasta la entrada al desván. No la iba a echar... ¿y encima la llevaba a aquel lugar?

–Después de lo ocurrido, hemos decidido redoblar la seguridad –le informó mientras tecleaba

un código nuevo en el panel.

Subieron los estrechos escalones.

–La otra vez que hablamos –dijo al encender las luces– te dije que quería que buscaras un proyecto que ofreciera una cara humana al crimen que sucedió aquí, a la pérdida. Encontraste un proyecto. Nadie podía prever la terrible lección sobre la pérdida que ibas a aprender con él. Ahora que sabes que se ha abierto el túnel, hay una cosa que puedo enseñarte.

La condujo a través de varios pasillos y giró hacia uno abarrotado de cajas de almacenaje de archivos, con tres estanterías de grandes libros de contabilidad de cuero verde que mostraban distintas fechas en el lomo.

–Esta fila contiene buena parte de los registros y efectos personales del despacho de Albert Ellingham y de la administración de la casa.

Al final de la fila, cerca de la ventana, se arrodilló y sacó del estante inferior una caja de metal abollada de casi un metro de largo por unos treinta centímetros de ancho. Estaba pintada de rojo y todavía conservaba parte de la pintura, pero en su mayor parte había saltado o estaba corroída por el óxido.

–El primer día que los operarios entraron en el túnel encontraron esto incrustado en la tierra que se había utilizado para sellarlo. Estaba cerrada con llave cuando la encontraron... –Charles levantó con cuidado la vieja cerradura–. Se quedaron maravillados. Una caja enterrada en el túnel... podía ser cualquier cosa. Así que la abrimos y...

Levantó la tapa para mostrar dos pilas de periódicos amarillentos, una junto a la otra. El titular del de más arriba decía: FAMILIA ELLINGHAM SECUESTRADA . Stevie se arrodilló junto a Charles para verlo mejor. Los periódicos eran todos distintos, de ciudades distintas y de fechas distintas, pero todos los titulares hablaban del caso Vermont.

–¿Alguien enterró una caja de periódicos en el túnel? –preguntó sorprendida.

–No sabemos quién los dejó allí –explicó Charles–. Pero creo que probablemente fue el propio Albert Ellingham. Quizá estuviera intentando sepultar el pasado, sepultar su dolor.

–Debió de resultarle difícil huir de las noticias a un hombre que era dueño de un periódico.

–Buena reflexión –dijo Charles, e hizo un gesto de conformidad–. En cualquier caso, supongo que entiendes que el túnel se convirtiera en un espacio prohibido. Había visto demasiadas muertes. Y la gente siempre tiende al sensacionalismo.

Stevie se tomó aquellas palabras como si fuesen casi una reprimenda.

–Así que esto es lo que vas a hacer –continuó–. Estas filas...

Salieron del pasillo y la llevó ante otra fila de estantes rotulada con el número 38.

–Desde el 38 hasta el 45 contienen cosas relacionadas con la casa. Las guardaron en cajas, aunque no las clasificaron bien. Quiero que clasifiques y catalogues estas siete filas de material.

–¿Ese va a ser mi castigo? –preguntó Ellie.

–Aquí no imponemos castigos –repuso Charles–. Encomendamos proyectos. Este va a ser el tuyo: clasificar, organizar, catalogar.

Stevie recorrió con la mirada la hilera de estantes. Parecía estar llena de cajas de pomos, pilas de revistas viejas, bolsas de cosas inservibles.

–Puedes empezar ahora, si te sientes con ánimo.

–Claro –aseguró Stevie.

–Entonces te dejo con ello. Cuando termines, no tienes más que avisar a seguridad. Quizá necesites varios días, así que dispondré que alguien pueda acompañarte.

La dejó sola con todos aquellos tesoros. En lo tocante a los castigos, era el mejor que le podían haber impuesto. Recorrió los pasillos, empapándose de todo lo que veía, y dejó que su

mente asimilara la imagen: ropa aquí, muebles allá, globos terráqueos, libros, vajillas... Eran las cosas de los Ellingham, y a fuerza de observarlas una y otra vez consiguió familiarizarse con ellas.

Pasó un rato de pie ante una enorme vitrina con puertas de cristal antes de reunir el coraje suficiente para abrirla y sacar una delicada sopera. Era blanca, con un dibujo de flores rosas y primorosos vides verdes con un ribete dorado. En el fondo de la sopera estaban grabadas las letras AIE, también en dorado. Junto a la porcelana había un montón de libros.

Volvió a la primera fila, adonde la había llevado Charles, y miró los libros de contabilidad verdes. Algunos contenían pedidos de comida y registros de suministros de la casa. Aquella gente consumía cantidades ingentes de comida los fines de semana: incontables limones, naranjas, huevos y hojas de menta para las bebidas. Pedidos descomunales de cigarrillos para llenar las pitilleras. Apuntes de docenas de copas de champán rotas y pedidos de copas nuevas. Cera para las rayas del suelo del salón de baile.

Había un libro dedicado únicamente a menús. Stevie lo hojeó hasta encontrar el del 13 de abril de 1936. Estaba escrito con caligrafía clara y pulcra:

MESA PRINCIPAL

Sopa de crème de céleri
Filete de lenguado con salsa amandine
Cordero al horno
Guisantes a la menta
Espárragos con salsa holandesa
Patatas lyonnaise
Suflé frío de limón

El del día 14 no era tan sofisticado:

No se sirvió cena en la mesa principal. Bandeja servida en el despacho.
Bocadillos de ensalada de jamón y pollo frío
Apio en rodajas y aceitunas rellenas
Tarta de limón
Café

Invitada: señorita Flora Robinson. Servicio de bandeja: caldo limpio, té con leche, zumo de tomate, bocadillos de ensalada de pollo frío, apio en rodajas, cuajada
Invitado: señor Leonard Nair. Servicio de bandeja: huevos revueltos, café

Por insignificante que pudiera parecer, ofrecía una idea clara sobre cómo la rutina de la casa se había visto alterada. El día trece todo había transcurrido de la forma habitual. El catorce, parecía un sitio distinto. La bandeja de bocadillos fríos, preparados de cualquier manera, para que pudieran comer algo pese a las circunstancias. La curiosa incorporación de rodajas de apio, que probablemente habían sobrado del día anterior, y aceitunas (el caso era comer un poco, cualquier cosa, lo que hubiera). Tarta que seguramente ya estaba hecha. Café para ayudarlos a seguir adelante.

Al parecer, Flora Robinson y Leo Holmes Nair habían comido en sus habitaciones; comida sencilla, comida típica de cuando uno está enfermo o con resaca. Huevos revueltos. Caldo. Y más café y té. Había que mantenerse despierto. Toda la casa estaba en ascuas, a la espera de que sonara el teléfono. Y aun así, el mayordomo lo registró todo, registró aquella comida desesperada, porque así se debían hacer las cosas. Probablemente también interrogaron al personal de cocina, de ahí que no tuvieran demasiado tiempo para preparar comida.

Fue avanzando por la fila, sacando cajas de viejo material de oficina: tres teléfonos, mapas enrollados, barras de lacre, guías telefónicas. Una caja grande forrada de terciopelo contenía una serie de objetos que le parecieron únicos: un tintero de cristal, una elegante pluma, chinchetas,

clips, un paquete de tarjetas de visita, una invitación para una fiesta el 31 de octubre de 1938.

Era una fecha significativa. Debían de ser las cosas que Albert Ellingham tenía encima de la mesa cuando murió. Curioseó entre ellas. El cuaderno de apuntes con círculos y números dibujados y gotas de tinta en las páginas. Un trozo de papel arrancado de un periódico con información sobre el mercado de valores. Una hoja para escribir telegramas de la Western Union que decía:

30/10/38

¿Dónde buscas a alguien que en realidad nunca está cerca?

Siempre en una escalinata, pero nunca en la escalera.

Su última adivinanza. Sin solución. El 30 de octubre de 1938, Albert Ellingham comunicó a su secretario que iba a salir a navegar. Aquel día se mostraba extrañamente alegre. Llevó con él a George Marsh, su fiel amigo. Zarparon del Club Náutico de Burlington. Más tarde, aquella misma noche, los residentes de South Hero oyeron una detonación y vieron un fogonazo sobre el agua. El barco de Ellingham había saltado en pedazos. El análisis de los restos del naufragio reveló que habían colocado una bomba a bordo. Los anarquistas que llevaban tanto tiempo acosándolo, y que habían sido inculcados por el asesinato de su esposa y la desaparición de su hija, parecían al fin haberle dado caza.

Las últimas cosas que le pasan a una persona a menudo resultan extrañas. La mayoría de la gente no tiene ni idea de cuáles serán sus últimos actos ni tiene control sobre ellos. Stevie se preguntó por un momento si Hayes habría sido consciente de lo que le iba a ocurrir: que iba a morir mientras grababa un vídeo en la academia.

Durante unos instantes, recordó la carta de la pared, su visión. Le había parecido muy real, pero era imposible que lo fuera. No tenía lógica. No había sido más que un sueño muy vívido provocado por una mente agitada. Stevie no creía en los videntes, en las premoniciones. No creía que en realidad hubiera visto la inminencia de la muerte de Hayes. En su sueño había aparecido la palabra *asesinato* porque allí se habían cometido asesinatos. No había nada de premonitorio en ello. Soñó con un asesinato y después se cometió un asesinato. Albert Ellingham escribió un acertijo, como tantas veces había hecho, y luego murió.

Se quedó mirando la hojita para telegramas un buen rato, examinando las palabras, la tinta, el papel viejo pero bien conservado. Debió de ser el último acertijo de Albert Ellingham, algo en lo que estuvo pensando el mismo día de su muerte. Un toque de frivolidad, una vuelta a su antiguo modo de ser. Y después el destino lo truncó. ¿Se habría fijado alguien en ello, en aquel pequeño borrador de su mesa? ¿O nadie se preocupó de sus juegos después de su muerte, cuando hubo que administrar el gran imperio? ¿A quién le importa un pequeño acertijo cuando muere uno de los hombres más ricos del mundo?

Stevie volvió a meter la hojita de papel en la caja como si estuviera colocando una flor sobre la tumba de Ellingham. Se le humedecieron un poco los ojos y se le formó un nudo en la garganta.

Se secó los ojos con el dorso de la mano, se acercó a una de las ventanas y contempló la extensión del campus y la panorámica que se abría más allá. La muerte había vuelto a visitar Ellingham. A la muerte le encantaba aquel lugar. Si Stevie iba a permanecer allí y a cumplir con el trabajo que tenía encomendado, tendría que mirar a la muerte a los ojos. No podía tener miedo ni llorar cada vez que viera un recuerdo triste. Tenía que ser fuerte. Eso era lo que merecían los muertos.

Pero ¿cuál sería la solución al acertijo?, se preguntó. ¿Qué había siempre en una escalinata, pero nunca en una escalera?

OFICINA FEDERAL DE INVESTIGACIÓN (FBI)

CASO VERMONT

ENTREVISTA ENTRE EL AGENTE SAMUEL ARNOLD Y GEORGE MARSH

17 DE ABRIL , 1936, 5:45 P. M.

LUGAR: FINCA ELLINGHAM

SA: Gracias por tomarse la molestia de venir a hablar conmigo de nuevo.

GM: Aquí estoy para lo que necesite.

SA: Han sido unos días muy difíciles.

GM: Llevo dos noches sin dormir. No importa. Iris y Alice siguen desaparecidas. ¿Me invita a un cigarrillo?

SA: Claro. ¿Puedo hacerle unas preguntas sobre Albert Ellingham y los problemas sobre su seguridad en el pasado? ¿Trabajaba usted en el Departamento de Policía de Nueva York cuando se conocieron?

GM: En efecto. Era detective. Llevábamos algún tiempo investigando a un grupo anarquista que estaba causando problemas. Averiguamos que planeaban un atentado con bomba contra un empresario importante. Descubrimos que se trataba de Albert Ellingham y por suerte llegué a tiempo.

SA: Fue usted quien le salvó la vida momentos antes de que el coche estallara.

GM: Hice mi trabajo. Después, el señor Ellingham tuvo la amabilidad de recomendarme para un puesto en el **FBI** . Trabajaba para la oficina de Nueva York. ¿Ha trabajado alguna vez para la oficina de Nueva York?

SA: No. Solo para Washington. El director Hoover me envió aquí para trabajar en este caso.

GM: El señor Ellingham me pidió que viniera a Vermont cuando construyó este lugar. Hago trabajo de campo para la oficina federal y algún otro trabajo para él.

SA: Pero usted no vive aquí, en la casa.

GM: No. Yo vivo en Burlington. Vengo cuando el señor Ellingham me necesita. Normalmente acudo cuando hay invitados importantes. Vine para la fiesta de aquel fin de semana, sobre todo porque estaba Maxine Melville, la actriz. Quiere contratarla para sus estudios, así que la invitó. La fiesta se organizó principalmente para entretenerla. Vigilo el lugar, mantengo a la prensa a raya, me aseguro de que el personal de servicio no meta las narices en asuntos ajenos. Son bastante fiables, pero a veces la gente hace cosas raras cuando hay famosos cerca.

SA: ¿Cuál es su opinión sobre la alumna desaparecida?

GM: Estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. He consultado su historial académico. Buena chica. Muy inteligente. Una de las más brillantes. Pero le gustaba buscar sitios donde esconderse a leer. He oído que han encontrado un libro suyo en el observatorio.

SA: Exacto. Lo encontramos.

GM: Malditos sean. Pobre criatura.

SA: ¿Qué valoración hizo de la carta recibida el 8 de abril, la que llamamos la carta de Atentamente Perverso?

GM: Mackenzie se ocupa de la correspondencia. Solo me enseña las que cree que puedan suponer un problema.

SA: Pero no le enseñó esta hasta después del secuestro.

GM: Fue un fin de semana de mucho ajeteo. Creo que ni siquiera tuvo tiempo. Cuando la vi, ya estaba la cosa en marcha. Mackenzie siempre está al tanto de todo. Es una lástima que no me dijera nada. Aunque eso no habría cambiado las cosas.

SA: ¿A qué se refiere?

GM: Me refiero a que es difícil conseguir que Albert Ellingham cambie sus planes. Como este lugar, por ejemplo. Usted ve exactamente lo mismo que yo. La ventaja y la desventaja de este sitio es su emplazamiento. Por una parte, el acceso no es fácil, así que no va a ser el blanco de un crimen

incontrolado. Cuesta trabajo llegar, y aún más salir de aquí. Pero, tal como hemos comprobado, la desventaja es que hay muchos lugares desde donde tender una emboscada y muchos modos de escapar.

SA: Seguramente, como persona que desbarató un atentado con bomba contra Albert Ellingham, ya había tenido en cuenta antes esa circunstancia.

GM: Me preocupaba extremadamente. Lo comenté con Albert. Le propuse contratar a más hombres para proteger el lugar, pero dijo que no.

SA: ¿Por qué?

GM: Según sus propias palabras, «No sería favorable para el aprendizaje como juego». De ese modo lo dijo.

SA: ¿Así que vivía sin la seguridad necesaria?

GM: Escuche. Hay algo que debe entender sobre Albert Ellingham. Es un gran hombre. No hay otro al que admire más, aparte del propio J. Edgar Hoover. Pero cree que es invencible. Se considera capaz de todo. Y es que, según su experiencia en la vida, lo es. Creó su propia fortuna. Todo lo que tiene –los periódicos, los estudios de cine y todo lo demás– lo construyó de la nada. De niño fue vendedor de periódicos, vivía en la calle, estaba sin blanca. Es un genio. Pero cree que nada puede alcanzarlo. No creo que me haya hecho venir porque de verdad piense que puedo ayudarlo; creo que me ve más bien como un talismán. Lo salvé de aquella bomba, pero él lo achacó a la suerte y desde entonces me ha querido a su lado. Le estoy agradecido. Pero cree que su voluntad es suficiente. Era muy probable que ocurriera algo así. Lo sabía. Usted mismo puede darse cuenta. Era muy probable que ocurriera algo así.

[Entrevista finalizada a las 6:10 p. m.]

EL SERVICIO DE AUTOBUSES DE ELLINGHAM VOLVIÓ A PONERSE EN MARCHA al día siguiente con un horario especial para que los alumnos y sus padres pudieran verse.

Había dos paradas: el área de descanso y Burlington. Stevie había quedado con sus padres en el área de descanso. Esperó al autobús junto a otros compañeros. Para tranquilizarse, se puso los auriculares y empezó a escuchar un *podcast*.

Y consiguió estar tranquila hasta que David apareció de la nada y se situó junto a ella. No llevaba su indumentaria habitual de vaqueros zarrapastrosos y camiseta vieja. Lucía una camisa de vestir azul nuevecita que se ajustaba elegantemente a su cuerpo y terminaba en la cintura de unos pantalones negros de corte impecable. Hasta se había puesto unos refinados zapatos negros. Todo en su apariencia era nuevo y hecho a medida para realzar su figura esbelta y musculada. Se complementaba con un abrigo negro ajustado.

Stevie tenía poca experiencia con chicos vestidos con indumentaria formal (los detectives trajeados de la televisión no contaban). David estaba exhibiendo su plumaje y despertó en ella unos sentimientos físicamente inquietantes.

–Espero que te den el trabajo –le dijo Stevie, y apartó la mirada–. Creo que les haces mucha falta en el departamento de contabilidad.

–¿Eso es una deducción? –preguntó él–. ¿Lo pillas? Chiste de contables y chiste de detectives.

–¿Dónde has quedado con tus padres?

–No he quedado –contestó, metiendo las manos hasta el fondo de los bolsillos de su abrigo negro–. Están convenientemente lejos. Solo quiero largarme con viento fresco.

–Entonces, ¿por qué ese...?

–Me gusta ponerme guapo para ir a ver a su majestad Burger King. ¿Adónde vais a ir vosotros?

–A comer. Y, con un poco de suerte, de vuelta a la academia, si consigo convencer a mis padres de que este lugar no está infestado de liberales trastornados que dejan que se asesine a los alumnos, que es más o menos lo que deben de estar pensando ahora.

El autobús se detuvo y Stevie y David subieron. Ella se sentó junto a la ventana y él se dejó caer a su lado.

–Bueno –dijo–, ¿te apetece hablar?

–¿De qué?

–De la otra noche.

La mayoría de los pasajeros –tampoco es que hubiera muchos– ya estaban hablando u ocupados en sus cosas. Pero seguía siendo un lugar público. Stevie notó que empezaba a brotarle un sudor frío.

–¿Por algún motivo en particular? –preguntó.

–Solo por saber. Me gusta aprender cosas nuevas. Por eso soy alumno de Ellingham. Aprender es divertido. Aprender es un juego.

–¿Hasta qué punto son estrictos sobre lo de no emplear lenguaje violento contra otros alumnos?
–le preguntó Stevie.

Empezaban a sudarle las palmas de las manos. Y la frente. ¿Y los pies? ¿Qué demonios era aquello? ¿Por qué el cuerpo humano tenía que ser tan capullo? ¿Por qué te inundaba de hormonas y de deseo y al mismo tiempo te bañaba en sudor?

–Son inflexibles –respondió muy serio.

–Mira, ya tengo bastantes cosas de que preocuparme. Lo más probable es que mis padres me saquen de la academia esta misma tarde, así que...

–La vida encuentra un camino –la interrumpió David–. ¿No aprendiste nada de *Parque Jurásico*?

Apoyó la nuca en el reposacabezas, se puso unos auriculares de diadema y dejó que Stevie meditara la pregunta.



El autobús recorrió su trayecto: pasó por delante de las granjas, de las tiendas de golosinas de arce y sopladores de vidrio y de los letreros de Ben & Jerry, y tomó después la I-89 hasta la parada siguiente, donde esperaban los padres de Stevie, muy juntos frente a su monovolumen granate.

David se levantó para dejarla pasar y se bajó tras ella. Stevie pensó que solo iba a aprovechar para estirar las piernas un instante, pero se quedó fuera y la siguió cuando fue a reunirse con sus padres.

–Soy David –los saludó con la mano tendida–. David Eastman.

¿Por qué se estaba presentando a sus padres?

–Encantada de conocerte, David –dijo la madre de Stevie–. ¿Has quedado aquí con tu familia?

–No. Stevie dijo que quizá me podrían llevar hasta Burlington. Si no es molestia. Si lo es, esperaré al próximo autobús.

Stevie vio cómo se iluminaban los rostros de sus padres. Miraron a David, luego a Stevie y después otra vez a David, y todo parecía indicar que les gustaba lo que veían. Stevie sintió como si el suelo empezara a ceder bajo sus pies.

–¡Claro que no! –dijo la madre de Stevie–. Te llevamos nosotros.

–Vamos a ir a comer –añadió su padre–. Si te apetece venir...

Stevie no era capaz de moverse. Tenía el cuerpo rígido. «David, no, David, te lo digo en serio, David...».

–Claro –repuso él con una sonrisa–. Si no es molestia.

–Oh, no es ninguna molestia –aseguró el padre.

Stevie advirtió que David se fijaba en la pegatina de EDWARD KING pegada en la parte trasera del monovolumen. La miró de reojo y después se dirigió a la puerta trasera del coche y la abrió.

–Las damas primero –dijo.

–Te voy a matar –repuso ella en voz baja.

–Te advierto que se toman muy en serio esa norma.

Stevie dio la vuelta al coche para entrar por el lado contrario.

Los cuatro se pusieron en marcha en el monovolumen de la familia Bell por la I-89 mientras la oscuridad caía a su alrededor. Burlington no estaba lejos. Atravesaron la zona universitaria, se quedaron parados un rato en un atasco en la carretera que bordeaba el lago Champlain y después viraron hacia una de las muchas calles pequeñas y llenas de encanto de la ciudad.

El orden del mundo se había alterado por completo. David no debería estar allí, con sus

padres, en aquel lugar. Aunque el volumen de la radio estaba bajo, se oía el familiar murmullo del programa de debate favorito de sus padres, el programa en el que siempre se comentaba que «esa gente» era un problema, el que hacía proselitismo a favor de Edward King. Al final lo apagaron, lo cual no fue poca cosa.

Había muchos restaurantes agradables en Burlington, y los restaurantes agradables tendían a ser caros. Stevie había buscado un sitio en Church Street, la zona principal de ocio y tiendas, que parecía tener buenos bocadillos y ensaladas a un precio razonable. También tenía aparcamiento gratuito. El restaurante era el tipo de sitio donde pedías la comida en el mostrador, pagabas, te daban un número y te sentabas en la mesa que te apeteciera.

David y la madre de Stevie fueron los primeros en acercarse a pedir. Su padre examinó la carta con más calma y Stevie sopesó la posibilidad de empalarse en el expositor de las patatas.

–Bocadillo vegetariano de carne asada –leyó su padre–. Me pregunto cómo se come eso.

–Utilizan un sucedáneo –dijo Stevie en voz baja.

–Pero entonces ya no es carne asada, ¿no?

Ella hizo un gesto de fastidio.

–No pongas esa cara –dijo su padre–. Era una broma. ¿No puedo gastar una broma?

«No pongas esa cara, Stevie. No te pases de lista, Stevie. Crees que lo sabes todo, Stevie, pero espera a salir al mundo y verás que las cosas no funcionan así...».

–Hemos venido a verte. ¿No podemos hacer que sea una visita agradable? Siempre podemos llevarte de vuelta a casa.

No reacciones. No cedas. Aguanta, no entres al trapo.

La situación se relajó.

–Me gusta –comentó su padre–. Muy educado. Te abrió la puerta para que pasaras.

–Es un tesoro –replicó Stevie.

Al final de la fila, donde se recogía el pedido, David parecía tener a su madre la mar de entretenida y... Oh, no. Estaba sacando la cartera. Insistía, estaba claro que insistía en pagar. Sacó la tarjeta de crédito. Otra broma. Su madre se rio como loca, encantada con la gracia.

Stevie sintió que una parte de su alma se moría. Al menos esperaba que no fuese una parte demasiado importante.

Ocuparon una mesa junto a la ventana. Se percibía el aire frío al otro lado del cristal y Stevie agradeció el fresquito. Le venía bien a su estado de ánimo. Observó su bocadillo de pollo. Estaba demasiado cargado para llevárselo a la boca con la mano, así que lo volcó en el plato y se puso a comer los distintos ingredientes con un tenedor de plástico mientras sus padres interrogaban a David.

Este, por su parte, sentado al otro lado de la mesa movía las cejas, luciendo sus ojos y su pelo oscuro. Logró dar un mordisco a su gigantesco bocadillo al mismo tiempo que seguía la conversación. Hablaba con una voz más clara de lo habitual, advirtió ella, como si estuviese actuando.

La estaba poniendo de los nervios.

–David, ¿a qué se dedican tus padres? –preguntó el padre de Stevie.

–Mi madre es piloto –respondió entre mordisco y mordisco.

Stevie levantó la vista. David se comió una patata frita con toda tranquilidad y apiló las restantes en una torre Jenga.

–¿Piloto? –se asombró el hombre–. Extraordinario. Debe de ser difícil tener una familia con un trabajo como ese. ¿Y tu padre?

–Bueno –contestó David mientras rompía una patata en dos y examinaba el interior carnoso–,

mi padre dirige una planta de fertilizantes.

Stevie lo miró con el ceño fruncido. ¿Se estaba burlando de sus padres? ¿Una piloto y el otro director de una fábrica de excrementos? Sintió que la rabia bullía en su interior. Quizá ella no estuviera de acuerdo con sus padres en muchas cosas, pero eran sus padres y no pensaba permitir que nadie se mofara de ellos.

–Extraordinario –repitió su padre.

Stevie notó que le ardían las mejillas. Se llevó la taza a la cara para refrigerar la piel.

–Bueno –intervino su madre–, creo que tenemos que hablar de lo ocurrido. Necesitamos mantener una conversación seria con Stevie, David.

–Claro –repuso él–. Como la que yo mantuve con mis padres.

–¿Y qué te dijeron?

Él se apoyó en el respaldo de la silla con esa naturalidad que solo los chicos parecen tener y que Stevie pretendía mantener a raya.

–Que es horrible, pero que a veces hay accidentes.

–¿Cómo pudo permitir la academia que ocurriera una cosa así? –preguntó la mujer–. Ese sitio debería estar cerrado a cal y canto.

–Lo estaba –apuntó David–. Pero forzó la cerradura.

–Entonces no estaba muy bien cerrado –terció el señor Bell.

–Hay gente que se toma muy en serio lo de entrar en un sitio cerrado –dijo David, y dirigió una mirada larga y firme a Stevie–. Robó el pase de una compañera.

–Era famoso –dijo la madre de Stevie–. Todos los medios dicen que era un chico muy agradable.

–Eso no significa nada –repuso David–. Las noticias no pueden decir cómo era una persona en realidad.

–Eso es cierto –admitió el padre de Stevie.

Stevie se puso tensa. Por favor, no empieces.

–Hay cosas en las que Stevie y yo no estamos de acuerdo –continuó su padre–, pero los medios de comunicación...

Stevie sintió que sus buenos propósitos se desvanecían. Iba a poner los ojos en blanco y a escapar por la ventana de un momento a otro. Podría vivir en las montañas y comer piedras.

–... generalmente nos cuentan lo que queremos escuchar –terminó David.

Stevie sintió que su corazón daba un vuelco. Ahora su padre la iba a tomar con él, lo cual prometía ser un espectáculo.

–Interesante –dijo su padre haciendo un gesto de aprobación–. Tienes un amigo inteligente, Stevie.

Fue como si le hubieran dado un puñetazo en la boca del estómago. Stevie soltaba cosas así todo el tiempo y sus padres siempre opinaban que estaba equivocada. David lo decía una vez y se llevaba un cumplido y un gesto de aprobación.

Oh, la magia de los tíos. Ojalá la vendieran embotellada.

–Recibimos una llamada, Stevie –dijo su padre, pinchando un trozo de tomate del bocadillo–. Nos llamó Edward King. Bueno, su despacho. Su gente.

–Edward King es nuestro senador –explicó la señora Bell–. Es un gran hombre. Pero Stevie no está entre sus admiradoras.

Stevie juntó las manos en un nudo y las presionó contra su plexo solar.

–Nos han pedido que seamos los coordinadores de los voluntarios de todo el Estado –dijo el padre–. Sé que no te va a gustar, Stevie, pero...

Vuélvete de piedra, Stevie. Conviértete en montaña.

–Impresionante –comentó David mostrando una enorme sonrisa–. Enhorabuena.

Sus padres la miraban. Era la prueba de fuego. Podría estallar, ese era su instinto. La montaña en que se había convertido era en realidad un volcán. Pero... si pudiera soportarlo –si fuera capaz de dominar la situación–, parecería que había cambiado de una manera que a ellos les agradaría. Y si fuera capaz, quizá la puerta no estaría cerrada del todo. Quizá, solo quizá...

Le dolía. Le dolía físicamente. Los músculos de la cara se resistían. Su garganta quería cerrarse.

–Qué maravilla –logró decir.

Dos palabras. *Qué maravilla*. Las palabras que más le había costado pronunciar en toda su vida. Sus padres la miraron. Miraron a David con su camisa de vestir. Toda aquella extraña función hizo efecto. Y en aquel momento supo que iban a dejar que se quedara.

Entonces, ¿por qué se sentía como si hubiera perdido la partida?

DAVID Y STEVIE VOLVIERON A SENTARSE JUNTOS EN LOS DOS ÚNICOS asientos que quedaban libres en el autobús de vuelta. Ella sentía una opresión en el pecho y se dio cuenta de que estaba cerrando los puños dentro de los bolsillos con tanta fuerza que se estaba clavando las uñas en las manos.

–Parece que les he caído bien –dijo David.

–¿A santo de qué ha venido todo eso? –le espetó Stevie.

–No hay de qué.

Stevie sacó su teléfono y se puso los auriculares. David le quitó uno.

–¿Qué? Al final has logrado quedarte, ¿no? ¿Por qué estás tan enfadada?

–Porque no lo he logrado por mí misma –respondió Stevie–. Me quedo por ti. Porque creen que estamos saliendo. Porque seguramente creen que he pescado un novio rico y pijo. Me quedo porque hay un chico.

–Lo sé –respondió él, molesto, y levantó las cejas–. Por eso lo hice. Dijiste que a ellos les parecía importante. Por eso fui con vosotros. Si quieres que aprenda mi valiosa lección, tendrás que explicármela con detalle.

–Salir con chicos –dijo Stevie con voz glacial– es lo que mis padres piensan que deben hacer las chicas. Salir con chicos. Así que ya he conseguido hacer lo único que esperaban de mí. Ah, eso y lo de Edward King. Sí. Y tuve que quedarme allí sentada y tragármelo todo.

–Pues parece que funcionó. Insisto, no entiendo por qué estás tan enfadada. Tú estás aquí, ellos ya están lejos.

–Ya te lo he dicho, porque no es por mí. Es por Edward King, el tipo que representa todo lo que odio. Ese tipo es escoria racista y fascista, y ahora mis padres coordinan su ejército de borregos y yo tengo que sonreír.

–Bueno, quiero que sepas que no sonreíste...

Por un instante, Stevie sintió demasiada rabia para contestar. Jadeó hasta volver a encontrar su voz.

–Y además, tu madre no es piloto, capullo mentiroso –añadió.

–¿Cómo lo sabes? Podría serlo.

–¿Y tu padre dirige una planta de fertilizantes?

–Eso sí es cierto.

–¿En San Diego, cerca de la playa?

–Nunca me baño allí –respondió David con un concluyente gesto de cabeza.

–Conozco una cosa que sí está llena de mierda. Y eres tú.

David se encogió de hombros, como si desconectara de la discusión.

–¿Qué demonios te pasa? –le preguntó Stevie.

–Muchas cosas.

–Eres un mentiroso.

–Quizá los dos estamos un poco susceptibles con nuestros padres. Solo quería ayudarte a resolver un problema. Y el problema se ha resuelto. Si quieres seguir enfadada, sigue. Toma.

Ella recogió el auricular que había quedado colgando y volvió a colocárselo en la oreja. Pero no se puso a escuchar nada. Se giró hacia la ventana y contempló la pálida imagen de David reflejada en el cristal. Se sorprendió a sí misma, de manera preocupante, al quedarse embelesada en el perfil de su mentón. Al principio le había parecido demasiado afilado, como si su cara fuese a acabar en pico. Pero en realidad no era tan afilado. Seguro que en aquel momento estaba tenso y por eso le sobresalía tanto.

Ahora iba mirando su teléfono sin prestarle atención.

Solo que había colocado una mano en forma de araña y la hacía bailotear por el muslo. Stevie la observó, como seguramente él esperaba que hiciera, y la araña reptó para acercarse a su pierna...

... y luego se retiró.

... y luego volvió a acercarse con uno de los dedos que formaban las patas, planeando sobre los suyos pero sin llegar a tocarlos, vacilante...

... solo los rozó con la yema. ¿Había llegado a rozarlos?

Tenía todo el cuerpo en tensión, como anticipando acontecimientos.

El autobús describió un giro brusco hacia la derecha con una gran sacudida e hizo desaparecer a la araña.



Al bajarse del autobús, Stevie echó a andar por delante de David. Cuando estaban a medio camino hacia Minerva, aminoró el ritmo y esperó a oír sus pisadas a sus espaldas. Pero no había ni rastro de él. Entró en la sala común hecha un mar de frustración.

–¿Cómo ha ido todo? –le preguntó Janelle cuando pasó por delante de su habitación. Su amiga estaba en medio de un revoltijo de alambres y libros de matemáticas, frente a un ordenador en el que veía un programa de televisión.

–Bien –dijo Stevie, que intentaba adoptar una actitud lo más natural posible–. Bien, creo que bien. De momento, me quedo.

Janelle dio un gritito de entusiasmo.

–Pasa y siéntate –la invitó.

–Es que voy a... –Stevie señaló su cuarto con un gesto de cabeza–. Dame un par de minutos.

Una vez en su habitación, se puso a dar paseos sin quitarse el abrigo. Se miró al espejo. Tenía las mejillas enrojecidas por el frío y el pelo aplastado contra la cabeza por la presión del gorrito de lana.

Era el momento de preguntarse una cosa que nunca se había tomado muy en serio: ¿era atractiva? ¿Qué significaba ser atractiva? ¿Qué les gustaba a los demás? Sabía lo que le gustaba a ella: el pelo corto. Le gustaba su cara cuando entornaba los ojos, porque era penetrante y expresiva sin parecer bizca. Le gustaba la plenitud de su boca, porque no tenía miedo de decir lo que pensaba. Y también se sentía segura con la plenitud de sus caderas.

¿Era eso ser bonita?

A saber. De todos modos, así era ella.

Se agarró al borde superior del escritorio y estiró los brazos mirando al suelo. Sabía lo que era el pánico. Lo que no entendía tan bien era ese nuevo cóctel hormonal que su cuerpo tenía en el menú ni cómo podía afectar a sus planes. Sintió deseos de subir al pasillo de arriba. Sintió deseos

de... David.

Lo deseaba. A David, que, aparte de su familia, era la persona que la había hecho enfurecer más que nadie. A David, a quien tenía que ver todos los puñeteros días. A una persona que volvía de correr oliendo a tigre y de pronto reaparecía en la sala común impecable y atractivo y...

¿Por qué a él? ¿Por qué los dioses de las hormonas lo habían elegido precisamente a él?

Lo oyó entrar en la casa. Lo oyó entrar en la sala común. ¿Se quedaría allí?

Quizá debería ir a hablar con él. No sabía muy bien de qué. Se quitó el abrigo, caminó de un lado a otro de su habitación y luego salió y subió al piso superior.

Una vez ante su puerta, se detuvo indecisa. No subía con demasiada frecuencia. Los chicos tenían que bajar de todos modos, pero no era obligatorio subir a aquel pasillo. Era más oscuro. El viento hacía más ruido. Levantó la mano para llamar a la puerta y la mantuvo suspendida en el aire durante un minuto entero antes de golpear la madera con timidez.

Cuando David abrió, no la recibió con aire arrogante. Allí arriba se condensaba el calor, así que la temperatura era altísima. La única luz de la habitación provenía de una pequeña lámpara de la mesilla de noche.

–¿Quieres algo? –preguntó.

–Quiero... –¿Qué quería?– ... entender...

–¿Qué? ¿La vida? ¿El universo?

–Quiero saber cuál es tu problema.

–¿Mi problema? ¿A qué problema te refieres?

–Hay algo de lo que no hablas –dijo Stevie–. Hay algo...

–Hay algo de lo que tú tampoco hablas –replicó él–. ¿Por qué no quieres mencionar que nos enrollamos?

–¿Y qué se supone que debo decir al respecto? –preguntó ruborizándose.

–Caramba, tú sí que tienes un problema serio con el sonrojo. Tienes que trabajar ese tema.

Stevie irguió la cabeza furiosa.

–¿De qué se supone que deberíamos hablar? –preguntó–. ¿De técnicas?

–Podríamos. La tuya me pareció buena. Cómo te gusta explorar con la lengua. Todo en ti se comporta como un detective, supongo...

–Vale –dijo, y se giró hacia la puerta–. Adiós.

–Hago enfadar a la gente –dijo David–. Créeme. Soy consciente. Es un modo efectivo de comunicarse si no tienes otras opciones. Si no puedes entrar por la puerta, tira una piedra a la ventana. Y creo que contigo me pasa eso.

Sus palabras la frenaron unos instantes. Tenían sentido, y no le importaba dar la razón a quien la tenía. David dejó la puerta abierta y se apartó. Stevie se dirigió hacia ella vacilante, la abrió un poco más y entró en el cuarto. Él se había sentado encima de la cama.

–Ella entra –dijo David como si fuera la acotación de una obra de teatro.

Stevie golpeó nerviosa el marco de la puerta.

–Quizá te estoy haciendo pasar vergüenza al hablar de lo que hicimos la otra noche –continuó él–. Y lo cierto es que no quiero avergonzarte. No es esa mi intención. Quizá a mí me cueste menos trabajo hablar de esos temas. Supongo que hay cosas que me importan un carajo, por motivos fundados. Lo que sí puedo decirte es que me gustó lo que hicimos.

A Stevie le empezaron a palpar las muñecas. Su pulso iba a hacer que se le hincharan las manos como globos; quizá llegarían a estallar por la presión.

–Lo cierto –prosiguió David– es que me gustaste desde el momento en que te vi por primera vez, cuando pusiste ese gesto de querer darme un puñetazo en la cara solo por existir.

Probablemente te trasmita algo oscuro. Y creo que te gusto porque te hago enfadar. Los dos tenemos auténticos problemas, pero quizá deberíamos dejar que nuestras extrañas personalidades los resuelvan por sí solas.

Stevie se había preguntado a menudo cómo se desarrollarían ese tipo de conversaciones en las que la gente hablaba de sentimientos, de sensaciones físicas y de todo aquello que creía que debía estar celosamente guardado en un frasquito de su farmacia personal. Ahora alguien quería entrar en ella, destapar los viales, curiosear su contenido. Stevie no era consciente de que se pudieran expresar las emociones con tanta franqueza. No era así como funcionaban las cosas en su casa.

Cerró la puerta. Le temblaron las manos al hacerlo, pero no le importó. Recorrió nerviosa los escasos pasos que la separaban de la cama y se sentó con cautela en el borde. La cama de David. Era un territorio nuevo y peligroso.

David no se movió.

—¿Y ahora? —preguntó Stevie—. ¿Qué hacemos?

—¿Qué quieres hacer?

La visión de Stevie se desenfocaba y se enfocaba de manera intermitente. Se acercó a él y extendió el brazo para ponerle la mano en la nuca y atraerlo hacia ella. Se preguntó si se resistiría, si se estaría equivocando, pero David se inclinó hacia ella y unieron sus labios.

Esta vez se besaron despacio mientras se balanceaban con delicadeza en el borde de la cama. Mantenían los labios unidos durante un minuto, después se separaban para quedarse inmóviles unos segundos, sin despegar sus rostros, y volvían a empezar. No había presión, no había ansiedad. Era como si estuvieran hablando tranquilamente entre beso y beso. Deslizó la mano hacia el pecho de David y percibió la fuerza con que le latía el corazón. Él le acarició el pelo, hundiendo los dedos entre los cortos mechones. Se tendió en la cama de espaldas y Stevie se colocó sobre él con suavidad.

Y entonces, alguien llamó a la puerta.

—¿David? —dijo Pix.

Todo se inmovilizó de pronto. La realidad reapareció con un golpe audible. Otra vez no.

—Armario —susurró David.

Stevie se dio cuenta de que le temblaban las piernas cuando se puso en pie. Llegó hasta el armario dando tumbos y se metió dentro entre una pila de zapatos, bolsas y material de esquí, todo revuelto y con olor a usado (no como para atufarla, pero aun así), con las camisetas y pantalones de David agolpadas sobre su cabeza. Cerró la puerta desde dentro.

—Tienes que ir a la Casa Grande —oyó decir a Pix—. No pasa nada. Es que Charles necesita hablar contigo sobre...

—Claro —dijo él—. No te preocupes. Ahora mismo voy. Tengo el abrigo abajo.

Silencio. Aparentemente, se habían ido.

Stevie se acurrucó en el armario, jadeante y algo sofocada, con el pelo revuelto y el corazón amenazando con salirse del pecho. Logró ralentizar el ritmo de los latidos, encendió la luz del teléfono e iluminó a su alrededor. Miró los zapatos, los alcanzó y les echó un vistazo. Todos tenían las suelas prácticamente intactas. Stevie tenía zapatillas que se habían desgastado totalmente, y la mayor parte de sus zapatos tenían arañazos en la puntera, en los lados, pequeñas imperfecciones que intentaba ocultar o aceptaba sin más. Aquellos zapatos, en cambio, eran nuevos. Los cambiaba con frecuencia. Y todos eran de marcas caras. También había zapatos de vestir, hechos de piel fina con el nombre de la marca dentro: ELLIS OF LONDON. Ropa de tenis. Esquí. Todo confirmaba el diagnóstico de niño bien, probablemente no el de hijo de un piloto y un director de planta de fertilizantes. Cuando solo hubo silencio al otro lado, Stevie salió del armario a gatas y se dirigió a

la puerta. No se oía un ruido.

Estaba en el cuarto de David. Sola.

Hay un principio que aparece a menudo en las novelas de misterio. Agatha Christie incluso escribió un libro titulado *Matar es fácil*. La idea es que la primera vez es la más difícil, pero una vez que traspasas la barrera, una vez que le quitas la vida a alguien y te vas de rositas, resulta cada vez más fácil. Stevie no había leído nunca nada que demostrase que en la vida real tuviera que ser así. De hecho, parecía probado que la gente cometía más asesinatos cuando caía presa del pánico. De todos modos, tenía su lógica. Matar es fácil. Y curiosear habitaciones es fácil, sobre todo si el dueño de dicha habitación te invita a entrar y luego te deja sola en ella.

Y tenía muchos interrogantes. ¿Quién era David? El David sin redes sociales. El chico que no hacía más que contar extrañas mentiras sobre su familia. ¿Quién era? El ansia por saber era como el hambre; rugía en su interior reclamando información.

¿Y si echaba una miradita rápida? Solo una inspección ocular. Tenía tiempo. Ir andando a la Casa Grande, hablar con Charles, regresar... Necesitaría un mínimo de veinte minutos, por poco que hablara con Charles. Por otro lado, quedarse allí un rato era lo más prudente, así se aseguraba de que Pix se había ido.

Solo una miradita rápida.

Tenía una consola de videojuegos y un montón de componentes de informática. Buenos altavoces; Stevie había visto anuncios de aquella marca. Buenos auriculares. Todo bueno. Los libros estaban amontonados sin ningún orden. Temas: filosofía, teoría del juego, mucha literatura, libros sobre cómo escribir (interesante), novelas gráficas. Había un libro electrónico en una repisa junto a la cama. Curioseó el contenido de la biblioteca: más novelas gráficas, mucha ciencia ficción (le gustaban las historias de aventuras intergalácticas, estaba claro), libros de historia. David era buen lector. Y muy ávido.

Dejó el libro electrónico en la página donde estaba y volvió a colocarlo en su sitio. Echó un vistazo a la lámpara de la mesilla de noche: marca italiana, otra pieza de calidad. Todo en aquella habitación era un poco mejor que en la de ella, desde la consistencia y la suavidad de las sábanas (se sentó en la cama y las acarició; olían a David) hasta el grueso edredón de plumas.

Se permitió tumbarse unos instantes.

¿Qué más se apreciaba a simple vista? La policía podía inspeccionar a simple vista cuando entraba sin una orden judicial. La habitación estaba limpia. No pulcra, pero limpia en términos generales. Se había esforzado por mantener las cosas en su sitio. Había un póster antiguo de Led Zeppelin, pero a Stevie le dio la impresión de que no lo había colgado para decorar. Agarra lo primero que veas y cuélgalo. La mayor parte de la habitación era como un lienzo en blanco, sin fotos ni adornos.

Se recostó y su mano chocó con algo duro. Buscó entre las sábanas y sacó el ordenador portátil de David.

Su ordenador, ahí estaba.

Lo miró unos instantes. Sin pegatinas, sin marcas. Apoyó las manos sobre él.

Abrirlo o...

Lo malo que tiene echar una miradita es que siempre resulta muy fácil seguir mirando un poco más. Una vez que has empezado... Bueno, ya has empezado, y si tienes un ordenador encima de las rodillas y lo abres y se enciende la pantalla... Pues eso.

Quizá fue algo parecido lo que sintió Pandora cuando abrió su famosa caja. La abres y sale luz...

—¿Qué demonios estás haciendo?

Todo se paralizó durante un segundo. Fue incapaz de explicarse cómo había podido subir sin que lo oyera. Debía de estar muy absorta en lo que estaba haciendo... Y lo que estaba haciendo, claro está, era mirar su ordenador.

Responder a su pregunta habría sido autoinculparse, así que Stevie se quedó sentada, inmóvil y en silencio. Las cosas que no se mueven a veces parecen invisibles.

–¿Qué estás haciendo? –repitió David.

–Solo estaba...

Se acercó a ella y tendió los brazos para que le diera el ordenador. Stevie se lo devolvió.

–Yo... ni siquiera lo he mirado.

–Pues parece que sí.

Bueno, vale. Sí. Tenía razón. Sus defensas volvieron a ocupar sus puestos rápidamente.

–¿Cuál es el gran secreto? –replicó–. Has conocido a mi familia. Te subiste al coche y viniste con nosotros. Te has enterado de cosas sobre mí.

–Y tú querías mirar y saber sobre mí. ¿Se te ha ocurrido pensar que puede haber un motivo por el que no quiera hablar de mi familia?

–Todos tenemos motivos. No hay nada especial en tener problemas con tus padres.

–Mis padres han muerto. ¿Eso cuenta como especial?

Una vez, cuando era pequeña, Stevie estaba jugando en el jardín en un día frío. Resbaló en una placa de hielo y salió disparada contra una pared a toda velocidad. Aún recordaba lo que sintió en el momento en que su abdomen impactó contra el muro, la sensación cuando el aire salió despedido de su cuerpo con violencia lacerándole la garganta.

Ahora sentía más o menos lo mismo. El rostro de David había vuelto a adquirir su dureza, y algo más.

Dolor.

–Sal de aquí –dijo.

–Yo...

–Sal –repitió en voz baja.

OFICINA FEDERAL DE INVESTIGACIÓN (FBI)

CASO VERMONT

ENTREVISTA ENTRE EL AGENTE SAMUEL ARNOLD Y ROBERT MACKENZIE

17 DE ABRIL , 1936, 7:10 P. M.

LUGAR: FINCA ELLINGHAM

SA: Solo unas preguntas más, señor Mackenzie. Tenemos que repararlo todo varias veces.

RM: Entiendo.

SA: ¿Cuándo empezó a trabajar para Albert Ellingham?

RM: Cuando salí de Princeton, hace ocho años.

SA: ¿Es usted su asistente personal en temas financieros?

RM: Correcto. Soy su secretario financiero personal.

SA: Entonces estará al tanto de un buen número de transacciones del señor Ellingham.

RM: Si no de todas, prácticamente.

SA: ¿Le resulta extraño llevar los negocios desde este enclave en la montaña?

RM: No creo que ninguno de nosotros esperásemos estar aquí tanto tiempo.

SA: ¿A qué se refiere?

RM: La academia no era más que otro de sus proyectos. El señor Ellingham tiene muchos proyectos.

Parecía que su intención era que se convirtiese en un lugar de descanso, en el que pasar

únicamente unas semanas durante el verano. Pero lleva aquí desde septiembre. Todos parecíamos estar esperando a que en cualquier momento dijese: «¡Venga! ¡Nos volvemos a Nueva York!». Pero eso nunca ocurrió. Hemos pasado aquí todo el invierno. ¿Tiene idea de cómo son los inviernos aquí arriba?

SA: Fríos, supongo.

RM: La mitad de los días no se puede ni salir de casa por la nieve. A los lugareños no parece importarles, pero todos los demás hemos sufrido una tremenda claustrofobia. La señora Ellingham...

[Pausa]

SA: ¿Qué le pasó?

RM: La señora Ellingham es muy activa. Le gustan el deporte y la vida social. Esquiaba alguna vez, pero no era suficiente. Era evidente que le pasó factura.

SA: ¿Y eso causó alguna desavenencia entre los señores Ellingham?

[Silencio]

SA: Sé que cuenta usted con un fuerte sentido de la lealtad, pero hay cosas que debemos saber.

RM: Soy consciente de ello. Sí, quizá un poco. Son dos personas muy distintas. Son una pareja muy enamorada, desde luego, pero muy diferentes. Creo que la vida aquí arriba le ha resultado algo difícil a la señora Ellingham. Tiene a la señorita Robinson para hacerle compañía. Eso parece ayudarla.

SA: ¿Están muy unidas?

RM: Como hermanas.

SA: ¿Y cómo es el señor Nair?

RM: El señor Nair es un artista brillante y un bebedor.

SA: ¿Bebe con frecuencia?

RM: Con frecuencia y en grandes cantidades. Una vez lo vi beberse una caja entera de champán. Me sorprendió que no muriese.

SA: ¿Se muestra agresivo en esas condiciones?

RM: Al contrario, normalmente se pone a pintar o a hablar y al final lo encontramos dormido en alguna parte del recinto. En una ocasión los alumnos lo sacaron de una fuente. Si lo que me pregunta es si sería capaz de orquestar un secuestro, no creo que Leonard Holmes Nair sea capaz ni de preparar el desayuno. Esto estaba organizado.

SA: Usted es un hombre organizado.

RM: Precisamente por eso reconozco si algo está organizado en cuanto lo veo. Profesionalmente soy muy aburrido, agente Arnold. Por eso me contrataron. Soy el contrapunto a la prodigalidad del señor Ellingham.

SA: Da usted la impresión de ser sensato. La noche del día 13, se mostró partidario de llamar a la policía.

RM: Y me arrepiento de no haberlo hecho, aunque me lo hubieran prohibido.

SA: Obedecía órdenes.

RM: Obedecía órdenes.

SA: ¿Puede hablarme de la carta recibida el 8 de abril, la carta de Atentamente Perverso? ¿Qué opinión le mereció?

RM: Recibimos por término medio dos o tres amenazas al día entre la correspondencia. La inmensa mayoría son bobadas y muchas proceden de las mismas personas. Al principio me la tomé como una especie de broma.

SA: ¿Por qué como una broma?

RM: Las letras recortadas, el poema. Pero después me fijé en unas cuantas cosas. Me fijé en el matasellos de Burlington. Y después me fijé en la dirección. Verá, el señor Ellingham mantiene

correspondencia comercial con todos los puntos del país. Como supongo que se imaginará, el reparto es difícil en este lugar. Así que toda la correspondencia se dirige a una oficina de Burlington y desde allí nos la traen en coche todos los días, si el tiempo no lo impide. Si hace muy malo, tenemos una secretaria que puede leérmela por teléfono. Lo extraño del asunto fue que la carta no llegara a ninguna de las direcciones de trabajo; es ahí donde llega la mayoría de la correspondencia agresiva. Venía dirigida aquí, a su casa. Parecía una carta mucho más personal.

SA: Pero no se la enseñó a George Marsh.

RM: Iba a hacerlo. Pero hubo mucho ajeteo durante el fin de semana. Pensaba enseñársela la siguiente vez que viniera.

SA: Entonces, ¿hubo una fiesta ese fin de semana?

RM: Sí, para Maxine Melville.

SA: ¿Asistió usted?

RM: Solo en el sentido de que estaba en la casa. Tenía mucho trabajo, debía ultimar todo el papeleo de una operación importante en la que el señor Ellingham había estado trabajando. Va a comprar un periódico de Filadelfia.

SA: ¿Observó algo fuera de lo normal durante el fin de semana o la mañana del lunes?

RM: Absolutamente nada. El lunes por la mañana fuimos a Burlington para hacer unas gestiones y mandar un par de telegramas. Regresamos a última hora de la tarde.

SA: Hablemos de esta casa y de la academia. ¿Le pareció un lugar poco seguro?

RM: Desde luego, teniendo en cuenta las amenazas y el intento de atentado con bomba.

SA: ¿Habló de ello con su jefe?

RM: Lo intenté.

SA: Parece usted un hombre inteligente, señor Mackenzie. Su instinto fue desde el primer momento ponerse en contacto con los cuerpos de seguridad. Es usted plenamente consciente de lo que lo rodea. ¿Dónde piensa que pueden estar Iris y Alice Ellingham y Dolores Epstein?

RM: En ningún sitio bueno. Para ser sincero, creo...

SA: ¿Sí?

RM: Me horroriza pronunciar estas palabras, agente Arnold. Creo que la carta era de los secuestradores y que Atentamente Perverso decía en serio cada una de las palabras de esa carta. Creo que están muertas. Que Dios se apiade de ellas, creo que están muertas las tres.

[Entrevista finalizada a las 7:32 p. m.]

ERASE UNA VEZ UNA CHICA DE NUEVA YORK LLAMADA DOTTIE QUE fue a la Academia Ellingham y terminó muerta de un golpe en la cabeza.

Erase otra vez un actor de Florida que fue a la Academia Ellingham y averiguó que el hielo seco no le sentaba demasiado bien.

A la tercera va la vencida. Erase otra vez una chica de Pittsburgh que fue a la Academia Ellingham y quería ver un cadáver.

Su deseo se hizo realidad.

Esa misma chica arrebató la victoria a las fauces de la derrota y logró quedarse en la Academia Ellingham, pero entonces, preocupada de que la derrota tuviese hambre, devolvió rápido la victoria a sus fauces abiertas. Aquella chica había probado algo que no sabía que deseaba y necesitaba, y lo había desbaratado todo.

Y la vida continuaba.

Ellingham lloraba y recibía ayuda profesional. Se celebró una ceremonia informal en la cúpula de los jardines, donde depositaron velas, dibujos y un muñeco de un zombi. Hubo cartas y llamadas de teléfono de Charles y del resto de los miembros de la junta directiva. La seguridad se reforzó. Todos los pases fueron revisados y actualizados. El toque de queda se convirtió en algo real, las habitaciones fueron registradas y el recinto vigilado. No era que se hubieran olvidado de la muerte de Hayes –todo el mundo hablaba de ello continuamente–; era algo que, sencillamente, había ocurrido. Era parte de la realidad.

Aunque la investigación no se había cerrado oficialmente, se facilitó información para tranquilizar a todo el mundo. Por lo visto, Hayes había muerto víctima de un accidente que él mismo había provocado. Hayes, una persona de la que todos sabían que filmaba vídeos en lugares recónditos, se había apropiado de algo que no le pertenecía. Sus huellas dactilares estaban en la tarjeta de identificación de Janelle, en el carrito de golf que había utilizado para transportar el hielo seco y en una carretilla. Claramente, y a ojos de todo el mundo, había sido una metedura de pata del propio Hayes. Y además había robado. Había infringido un montón de normas, así que era difícil que sus padres pudieran presentar una demanda.

La idea generalizada era que Hayes había bajado al túnel para grabar algo nuevo para *El final de todo*. De ahí que hubiera ido solo. Tras ver el hielo seco, había echado un vistazo al túnel y se le había ocurrido unir las dos cosas. Pero las unió fatal.

Volvieron a los libros, a los laboratorios de anatomía y a los trabajos. Se organizó un evento llamado Fiesta Silenciosa, algo parecido a un baile sin música. Se iba a celebrar en la Casa Grande. Habría que aceptarlo como entretenimiento. Volvieron a clase. Porque eso era Ellingham: una academia en la que se daban clases. Stevie lo intentó, pero se dio cuenta de que su concentración se había resquebrajado. No era capaz de terminar una lectura, no era capaz de escribir redacciones. El tiempo se volvió completamente gris. Las montañas no son nada

acogedoras cuando cambia la estación. Las hojas de los árboles empezaron a teñirse de dorado y rojo por las puntas, y las más adelantadas emprendieron vuelo hacia la tierra.

David no le hablaba.

Se sentía completamente sobrepasada por la situación. Oía sus pasos, pero era casi lo único que oía de él. Sus visitas a la sala común y la cocina eran contadas, y si se cruzaban en algún momento, él miraba hacia otro lado.

Stevie abría los libros, se quedaba mirando una página y terminaba por darse cuenta de que no se había enterado de nada. Entonces volvía a leerla, pero las palabras entraban por un sitio y salían por otro. Tenía trabajos por hacer que nunca superaban la fase de guion. Existía cierta flexibilidad debido a los recientes acontecimientos, pero aquella flexibilidad no iba a durar siempre.

Nada de esto escapó a la atención de Janelle, que al final terminó por agarrarla del brazo para meterla en su cuarto y sentarla en su cama.

—¿Me vas a contar qué demonios os pasa? —preguntó.

—¿Qué?

—A David y a ti.

Stevie parpadeó.

—¿Crees que no nos damos cuenta? —continuó Janelle—. Todos nos damos cuenta. No hay nada en el mundo que llame tanto la atención como vosotros dos. Así que cuéntame, ¿qué ha pasado?

—Nos enrollamos —confesó Stevie.

—Ya, hasta ahí llego. Y después, ¿qué?

La vergüenza es algo horrible. Janelle jamás curiosearía en la habitación de Vi. Ciertamente, Vi no era un bicho raro que además mentía, pero aunque lo fuera, Janelle nunca haría eso. Janelle tenía normas de comportamiento. Janelle era leal. Mientras que ella era una cretina sin principios.

Janelle esperó su respuesta, y cuando se dio cuenta de que no iba a obtenerla, Stevie vio cómo se apagaba una luz ante sus ojos.

Después de lo cual solo le quedaban Ellie y Nate.

La reacción de Ellie ante la muerte de Hayes fue ser más Ellie que nunca. Minerva despertaba cada mañana con los aterradores lamentos de *Roota*. El día que varias gárgolas de Minerva y unas cuantas estatuas aparecieron maquilladas, todo el mundo tuvo más o menos claro quién era la responsable. Y hubo más noches de alcohol, baños y poesía francesa.

Lo cual dejaba solo a Nate, y Nate se había retirado a las montañas de su mente, perdidas en la niebla. Ahora siempre estaba leyendo, rehuía las conversaciones y a menudo comía solo. Stevie lo encontró en una de las pequeñas mesas altas del comedor, con la cara hundida en un ejemplar de la trilogía *Terramar* y picoteando con el tenedor un plato de pasta y albóndigas de pavo.

Stevie acercó una silla y dejó sobre la mesa su bandeja de lasaña y ensalada con aliño de arce, porque se había cansado de luchar contra el sirope de arce.

—Hola —dijo.

Nate levantó la vista del libro.

—Hola —respondió.

Esperó a que dejara el libro. El chico tardó unos instantes en captar la indirecta. Colocó con cuidado una servilleta entre las páginas a modo de marcapáginas; Nate nunca dejaba los libros abiertos bocabajo para que no se estropeará el lomo.

—Explícame cómo se escribe —dijo Stevie.

—¿Por qué me odias? —repuso Nate.

—En serio. Explícamelo.

–¿Que te expliqué qué? Escribes. Y ya está.

–Pero ¿cómo lo haces? –insistió ella–. ¿Te sientas a escribir sin más? ¿Haces un esquema antes? ¿Escribes lo primero que te viene a la mente?

–¿Te paga alguien para que me hagas esto?

–Es que... ¿Te acuerdas del primer día, cuando hablamos de zombis y Hayes no tenía ni idea de lo que era el Centro Comercial Monroeville?

–Sí, ¿y?

–Fue muy raro.

Nate esperó a que ella le explicara por qué lo decía, pero no hubo explicación. Nate volvió a centrar su atención en el libro y las albóndigas.

–Es como *Atentamente Perverso* –dijo Stevie instantes después.

Nate le lanzó una mirada de fastidio, pero al menos había levantado la vista del libro.

–¿Qué?

–La persona a la que detuvieron por los crímenes de Ellingham. Anton Vorachek. No pudo haber escrito esa carta. Su inglés era demasiado rudimentario. Y además, ¿a quién se le ocurriría anunciar que va a cometer un asesinato?

–A todos los asesinos en serie, prácticamente.

–Muy pocos asesinos en serie hacen eso –rebató Stevie–. El Zodíaco fue uno de los pocos...

–En las películas –la interrumpió Nate–. En los libros.

–Y hay otra cosa –continuó Stevie, que empezaba a entusiasmarse con el tema–. Hay un viejo acertijo. Encuentran a un hombre ahorcado en una habitación vacía, cerrada con pestillo desde dentro. No hay sillas ni nada a donde hubiera podido subirse. ¿Cómo ocurrió?

–Se subió a un bloque de hielo –respondió Nate–. Ese se lo sabe todo el mundo.

–Correcto. Es como ese en el que encuentran a un hombre apuñalado en una habitación cerrada con pestillo desde dentro y no hay ningún arma. El arma era un carámbano de hielo. Tan conocido que nadie puede utilizar ese recurso en las novelas de misterio. Es como decir que el asesino es el mayordomo, pero peor. Nunca puede ser hielo.

–Ya, bueno, pero esto no es una novela de misterio.

–¿No te has preguntado qué estaría haciendo Hayes en el túnel?

–Sabemos lo que estaba haciendo –dijo Nate–. Estaba grabando un vídeo o algo así.

–Eso es lo que todo el mundo cree.

–¿Y qué otra cosa podía estar haciendo allí abajo? No había nadie con él y, aunque lo hubiera, no cargas con no sé cuántos kilos de hielo seco para enrollarte con nadie. No estoy muy al día de las perversiones sexuales, pero no creo que esa sea una de ellas.

Stevie se apoyó en el respaldo de la silla y empezó a comerse la lasaña. Recorrió el comedor con la vista. Vio entrar a Gretchen. Mejor dicho, vio el pelo de Gretchen, pero Gretchen iba debajo.

De todas las personas que se encontraban en el comedor, probablemente era ella quien mejor conocía a Hayes. Había salido con él durante el año anterior, mucho más tiempo que Maris, desde luego. Y de todos los alumnos de la academia, era la que se había mostrado más evidentemente conmocionada. Maris recibía las condolencias, pero era Gretchen quien se había venido abajo. Stevie la observó mientras pedía una ensalada para llevar.

–Escribir supone pasar muchas horas sentado –dijo Nate, respondiendo por fin a la pregunta–. Muchos intentos y muchas cagadas. Ya lo viste cuando escribimos el guion.

–Pero trabajábamos con cosas que ya existían. ¿Y si son totalmente inventadas?

–Pues una de dos, puede resultar genial o lo peor del mundo –respondió Nate–. A veces está

saliendo bien y no piensas en otra cosa, y de repente se te va la idea. Es como si estuvieras descendiendo un río a mucha velocidad y de pronto te quedaras sin agua. Te quedas sentado en la canoa intentando hacerla avanzar entre el lodo. Y después te conviertes en mí.

–Pero ahora parece que estás escribiendo, ¿no? –le preguntó Stevie.

–Sí, y si hablo de ello seguro que se me va la idea.

Había terminado de hablar y dejó a Stevie a solas con sus pensamientos. Y sus pensamientos no le daban tregua. Cuanto más tiempo pasaba sola con ellos, más se revolvían y zumbaban en su mente.

No tenía sentido continuar comiendo. Tiró los restos de la lasaña y salió del comedor, siguiendo los pasos de Gretchen a una distancia prudencial. La chica tomó la dirección del caserón del arte y Stevie fue tras ella. Una vez dentro, la perdió de vista, pero instantes después oyó el sonido atronador de un piano procedente de una de las salas. Stevie buscó por el pasillo hasta que vio a Gretchen sentada ante uno de los pianos. Tocaba como una loca y hacía vibrar el instrumento. Llevaba puesta ropa de deporte para tocar, algo parecido a lo que llevaría una bailarina: mallas negras, zapatillas muy parecidas a las de *ballet* y una especie de blusa kimono atada a la cintura.

Stevie dio un golpecito en la ventana y Gretchen dejó de tocar de repente. Entró en la sala. Ni siquiera había pensado lo que le iba a decir. Por suerte, fue Gretchen quien rompió el silencio.

–Estabas con Hayes la otra noche. Eres Stevie, ¿verdad?

–Sí. Perdona, te oí tocar y... ¿Puedo hablar contigo un momento?

–¿No fuiste una de los que lo encontraron?

–Yo no lo encontré –repuso Stevie–. Simplemente estaba allí cuando lo encontraron.

Gretchen asintió distraída y bajó la vista hacia la caja con la ensalada que tenía en el suelo. No la había tocado.

–El otro día –dijo Stevie– os oí cuando hablabais...

–Ya. No fue una conversación agradable. Estaba cabreada.

–Sé que salisteis juntos. Y que rompisteis. Lo siento.

–¿Lo sientes? –se sorprendió Gretchen–. Ya. Es un poco raro eso de ser la exnovia del chico que ha muerto. La verdad es que eres la primera persona que ha venido a decirme que lo siente.

–¿Puedo hacerte unas preguntas sobre Hayes? –Stevie se sentó en el suelo.

–¿Qué quieres saber?

–Es que... estoy algo confusa después de lo que ocurrió y creo que quizá dejaría de estarlo si supiera algo más de él.

Gretchen sopesó sus palabras por un momento.

–¿Sabes cómo estoy yo? –preguntó–. Cabreada. Cabreada por no poder estar cabreada con él. Es como si me lo hubiera vuelto a hacer.

–¿A hacer qué?

–A jugármela –respondió Gratchen moviendo la cabeza–. Me siento como una idiota. Y si alguna vez digo algo malo de él, seré un monstruo. Y no sé cómo gestionarlo.

–No creo que decir la verdad sobre alguien te convierta en un monstruo.

–Sí, si ese alguien muere en un extraño y trágico accidente.

–¿Qué era lo que te debía y no te devolvía? –preguntó Stevie–. Lo que le estabas diciendo la noche en que os oí.

–Ah. Le presté quinientos dólares en primavera. Había ganado esos quinientos dólares dando clases de piano en un campamento el verano pasado. Era prácticamente todo el dinero que tenía. Cuando volvimos a la academia este curso le pedí que me los devolviera. Sabía que había ganado

dinero con aquella serie. Me prometió mil veces que me lo iba a devolver, pero creo que no pensaba hacerlo nunca. Ya sabes, como...

Sacudió la cabeza y se secó una lágrima rápidamente.

–Dios –dijo–. ¿Por qué estoy llorando? Estoy loca.

Stevie apartó la mirada mientras Gretchen recuperaba la compostura.

–Hayes era una de esas personas que parece que lo tienen todo –continuó Gretchen, y comenzó a secarse la cara–. Sabía actuar, por eso lo admitieron. Pero ¿su interior? No había nada dentro. La gente le hacía favores porque era guapo y además tiene..., tenía... esa voz... Ya sabes lo que pasa cuando alguien te gusta. Haces tonterías. Haces cosas que sabes que no tienen sentido.

Hasta hacía muy poco, Stevie no lo sabía. Pero ahora lo entendía perfectamente. Tonterías como curiosear en sus cosas, por ejemplo.

–Estaba loca por él –prosiguió–. Pero el año pasado... me utilizó. Me utilizó, en serio. Primero me pidió ayuda con su trabajo sobre Jonathan Swift. Me pidió que lo leyera, quizá que hiciera alguna corrección si hacía falta. Y lo hice. Después, como estaba preparando una producción sobre *El zoo de cristal* y estaba muy agobiado, me dijo que no tenía tiempo para hacer un trabajo acerca de Dryden y me pidió que le escribiera la última parte. También le hice parte de sus ejercicios de francés para que pareciera que estaba trabajando. Hasta que un día me pidió que le hiciera el trabajo trimestral de diez páginas sobre Alexander Pope y me di cuenta de que se estaba pasando. Cuando me negué, al principio le sentó mal, pero después se deshizo en disculpas. Dijo que sabía que me pedía demasiado. Y todo volvió a la normalidad. Más tarde, cuando ya habíamos roto, me enteré de que no era la única que le hacía trabajos. Conoció gente a través de Internet, otras personas de la academia... Probablemente, Hayes tenía a cuatro o cinco personas trabajando para él. Cuatro o cinco.

Suspiró antes de seguir.

–Durante una semana o dos, creí que lo quería. Cuando Hayes llevaba las cosas bien, todo iba bien. Pero las cosas se torcieron. Una noche habíamos planeado escaparnos del campus para ir a una fiesta en Burlington. Ellie Walker pidió a unos amigos suyos de cabaré que subieran por la carretera de atrás con los faros apagados. Salimos a escondidas para reunirnos con ellos. Hay un punto en el que las cámaras no funcionan muy allá y, si calculas bien el tiempo, puedes salir. Pero resultó que uno de los hombres de seguridad estaba trabajando allí esa noche porque alguien informó de que había visto un oso. Estaba montando guardia en un coche en esa carretera y nos pilló. Dijo que iba a avisar al director. Y entonces Hayes le soltó: «¿A que sería terrible que encontraran marihuana en su coche? ¿Y si lo detienen por vendérsela a los alumnos?». El hombre lo miró aterrado y Hayes sonrió y le dijo: «Era una broma».

–¿En serio? –se asombró Stevie. Era una faceta de Hayes que no conocía.

–En serio. Ahí fue donde debía haber terminado con él. Tendría que haberme dado la vuelta y haberme ido. Ellie se enfadó muchísimo con él. Le dio unas collejas cuando íbamos de camino a Burlington y le gritó, le dijo que esa no era forma de tratar a nadie. Hayes se disculpó. Hayes siempre se disculpaba. Dijo que era una broma, pero... a uno no se le ocurre decir semejante cosa, ¿no? No se te ocurre asustar ni amenazar a nadie y después decir que era una broma. Porque no lo era.

Era como si Gretchen estuviese revelando una fotografía, y la imagen que iba apareciendo no resultaba nada agradable.

–Ese hombre, el de seguridad –continuó–, se marchó unas tres semanas después. No sé por qué. Siempre me lo he preguntado. Y me harté. Rompí con Hayes. Fue el día uno de abril, la fiesta de las bromas, así que al principio creyó que le estaba tomando el pelo. Pero no. Y al final se lo

tomó muy bien. Quizá demasiado bien. Dijo que lo entendía. Hasta que, pasados un par de días, me mandó un mensaje en el que me decía que quería hablar un momento conmigo, que no era nada serio, que si podía esperarlo en el caserón. Y eso hice. Una vez allí, de repente se puso a representar su papel. Me empieza a decir lo mucho que me quiere y que no puede creer que lo haya engañado. O sea, digno de un Óscar, y además sin venir a cuento, porque yo no lo había engañado. Me recriminó mil veces lo que presuntamente le había hecho. Todo era un invento. Y había un montón de gente en la sala de al lado, así que todo el mundo lo oyó. Cuando terminó, hizo un gesto con la cabeza en dirección a la pared, me sonrió y se secó sus lágrimas fingidas. Estaba intentando recuperarme haciéndome parecer la mala. Por cierto, ya tenía a otra esperando su turno. Beth. ¿Te das cuenta?, aquella chica con la que se enrolló en Chicago. Ya estaban liados.

Se calló unos instantes y sacudió la cabeza.

—Por eso no puedo hablar de ello —concluyó—. Nadie quiere escuchar estas cosas sobre una persona que acaba de morir.

Stevie se quedó pensando en aquella afirmación unos instantes. De pronto, encontró las palabras para expresar una idea que la había estado carcomiendo por dentro.

—¿Crees que su serie la escribió él? —preguntó.

Gretchen la miró perpleja.

—¿Cuál, el de los zombis? Rotundamente, no.

Stevie no esperaba una respuesta tan categórica.

—Ya te lo he dicho —aseguró Gretchen—, nunca hacía su trabajo.

—Me dijo que lo había escrito él —repuso Stevie.

Gretchen la miró con cara de «te lo dije».

—Perdona que te haya molestado —se excusó Stevie al tiempo que se levantaba del suelo.

—¿Estás saliendo con David Eastman? —le preguntó Gretchen cuando ya estaba a punto de salir de la sala.

Stevie tragó saliva con dificultad.

—No.

—Ah, creí que sí. Ya te iba a desear suerte.

Stevie se quedó con ganas de preguntarle qué quería decir con eso, pero Gretchen ya había vuelto a su piano y estaba empezando a tocar de nuevo. La música que surgía de sus manos furiosas era apasionada y enérgica.

LA CABEZADE STEVIE NO DEJÓ DE TRABAJAR DURANTE TODO EL camino a Minerva. Una cuestión la tenía en ascuas. ¿Y si Hayes no hubiera escrito *El final de todo*? ¿Qué supondría eso?

Bueno, para empezar, la película de la que hablaba... habría resultado algo complicada de hacer.

Cuando llegó a Minerva, se encontró a Pix montando cajas de cartón en la sala común.

–¿Para qué son? –le preguntó.

–Para las cosas de Hayes –respondió Pix en voz baja–. Sus padres me han pedido que embale todas sus pertenencias para ahorrarles el trago de tener que hacerlo ellos. Es lo menos que puedo hacer.

Había una llave encima de la mesa con una etiqueta de cartón con el número seis . La llave del cuarto de Hayes.

–¿Las vas a embalar esta noche? –preguntó Stevie.

–Esta noche, mañana... Dentro de media hora tengo una reunión, así que probablemente empezaré después.

–Ya. Vale.

De nuevo en su habitación, Stevie consideró la evolución de los acontecimientos. Las cosas de Hayes no tardarían en desaparecer de allí, lo que significaba que perdería información. Tampoco es que la necesitara. Es que algo..., algo..., algo no encajaba. Y las respuestas a aquello que no encajaba podrían estar en su habitación. Por ejemplo, quizá habría una respuesta para lo de *El final de todo*.

Pero ¿qué le aportaría eso a ella?

Stevie se puso a pasear por su cuarto. Caminó de un lado a otro sin dejar de mirar el borde de su tablero, que asomaba por debajo de la cama. De su afán por curiosear las habitaciones del piso de arriba no había salido nada bueno, pero...

Volvió a la sala común.

–¿Sabes, Pix? Me siento como si necesitara ayudar de alguna manera. ¿Puedo armar estas cajas?

–Claro –respondió Pix–. Claro, me vendría genial, Stevie.

Stevie puso la sonrisa de los mentirosos y ocupó el sitio de Pix. La llave de Minerva Seis estaba a su lado.

–Me voy. –Pix alcanzó su chaquetón del gancho junto a la puerta y cubrió la pelusilla de su cabeza con un gorro de lana–. ¿Seguro que estás bien?

–Estoy bien –la tranquilizó Stevie–. Pero es bueno tener algo que hacer.

–Entiendo. Vuelvo enseguida.

En cuanto Pix desapareció, Stevie se apoderó de la llave.



El cuarto de Hayes estaba a oscuras cuando entró. La cortina estaba corrida. Había una toalla colgada de la puerta. La colocó ante la rendija que quedaba entre la puerta y el suelo para no dejar filtrar la luz por si pasaba alguien. Se descalzó para amortiguar el ruido de sus pasos, se acercó con cautela al escritorio de Hayes, encendió el flexo, llevó la silla hacia el centro de la habitación y se sentó.

Sí, iba a inspeccionar otro cuarto. Pero ahora tenía un buen motivo y eso era lo que importaba. Estaba allí porque había algo en lo relativo a la muerte de Hayes que la tenía intranquila, y Hayes ya no podía hacer nada para ayudarse a sí mismo.

Le pareció una buena excusa.

El primer paso era observar la estancia sin fijarse en nada en particular. Simplemente observarla, tal como estaba. Se permitió girar la silla sin hacer ruido para obtener una visión panorámica.

Así era como Hayes había dejado las cosas en vida. Había llegado a su habitación para prepararse para la grabación. La cama estaba hecha, pero debió de tumbarse en ella, pues la manta de arriba estaba arrugada y descolocada. La mesa de Hayes era como un vertedero de cosas de todo tipo: el ordenador, productos para el pelo, cables, una cámara, un micrófono, un montón de cartas y dibujos de admiradores. Había una bolsa de una librería en el estante del escritorio. Stevie la alcanzó y sacó su contenido. Cuatro libros sobre interpretación, aparentemente sin leer, con el resguardo de compra asomando por uno de ellos. Habían sido adquiridos en una tienda de Nueva York el 26 de agosto, solo unos días antes de que Hayes volviera a la academia. Había otra bolsa de libros en el suelo. Eran todos de obras de teatro. David Mamet. Sam Shepard. Tony Kushner. Tom Stoppard. Arthur Miller. William Shakespeare.

Qué selección tan masculina, se dijo. Pasó el dedo por los lomos buscando alguna arruga o señales de uso. Nada.

Abrió los cajones del escritorio. El primero contenía notas adhesivas, paquetes de bolígrafos de buena calidad, tres cuadernos Moleskine. A excepción de un cuaderno y un paquete de bolígrafos, todo seguía en su embalaje original, y solo faltaba un bolígrafo. El siguiente cajón, más grande, contenía principalmente cables. El último cajón estaba vacío.

Recorrió el cuarto en el sentido de las agujas del reloj. Encima de la cómoda había un montón de productos para el baño y el cabello, todos desordenados. Echó un vistazo rápido a los cajones. Inspeccionó uno lleno de calzoncillos de colores. Los apartó a un lado y miró debajo. Nada destacable. Lo mismo con un cajón de camisetas y con otro de calcetines. Turno para el armario, que estaba medio abierto. Casi toda la ropa parecía nueva, con etiquetas normales como J. Crew y Abercrombie & Fitch. Marcas que pueden encontrarse en los centros comerciales, pero entre las más caras.

Sobre la repisa de la chimenea había varias cajas de maquillaje de teatro. La mayoría de ellas estaban abiertas, con algo de polvillo blanco salpicando la superficie negra. Había una loción capilar de color gris plata, polvos translúcidos, adhesivo, cera ósea, látex, maquillaje de base, lápices de varios colores, cápsulas de sangre, brochas y esponjas usadas y escalofriantes trocitos de piel falsa. Un peine presentaba manchas plateadas de la loción del pelo. Había una caja en el suelo que parecía una cesta de aparejos de pesca y que contenía aún más maquillaje. Todo desordenado, pero profesional.

Dibujos de admiradores: ese era el rasgo más destacado de la habitación. Ocupaban dos paredes. Stevie los examinó bajo el pequeño haz de la luz de su teléfono. La mayor parte de dibujos representaban a Hayes en su papel de Logan. Muchísimos dibujos. A lápiz, en blanco y

negro, otros en color. Algunos eran toscos y de aficionado, pero otros de muy buena calidad. También había cartas, poemas, fotos de Hayes con fans, corazones, tarjetas... Los objetos más grandes se encontraban en el suelo de la chimenea: animales de peluche, punto de cruz, una maqueta del escenario de *El final de todo* con un Hayes diminuto hecho de arcilla.

La habitación de Hayes era, en pocas palabras, un tributo a Hayes. Adivina, adivinanza, ¿quién es el más famoso?

Stevie sacó fotografías de todo, empezando por una de las esquinas y luego cubriendo sección por sección. Tardó una media hora en total. Al final consiguió una imagen bastante clara de una persona interesada en el trabajo de ser Hayes.

Centró luego su atención en el ordenador. La tapa tenía una gruesa pátina de pegatinas: de nuevo, la mayoría eran de la serie de Hayes, pero también de esquí y de canales de Internet. También presentaba un arañazo en la parte frontal. Era obvio que Hayes no era demasiado cuidadoso con su ordenador. Tenía muy pocos archivos. Uno de ellos estaba guardado como IDEAS . Abrió un documento de texto en el que solo ponía:

Campamento de verano que entrena asesinos
Campamento que entrena espías
Espías que
¿Campamento?
Un mundo donde se puede

La lista terminaba ahí.

Parece que a Hayes se le agotaron las ideas, pensó Stevie.

Buscó archivos relacionados con *El final de todo* en el ordenador . Había miles de correos electrónicos, pero solo unos pocos vídeos, uno largo y otros más cortos de tamaño similar, como si hubieran cortado el más largo para hacer distintos capítulos. El principal era del 4 de junio y los demás estaban fechados entre el 9 y el 14 de junio.

Una rápida búsqueda en la red reveló que *El final de todo* se había emitido dos días a la semana y que la fecha de comienzo había sido el 20 de junio. Eran diez episodios en total: 20 de junio, 23 de junio, 27 de junio, 30 de junio, 4 de julio, 7 de julio, 11 de julio, 14 de julio, 18 de julio, 21 de julio. Un vistazo rápido a la agenda del año anterior mostraba que se había marchado de Ellingham el 6 de junio.

El vídeo principal tenía fecha de 4 de junio.

Lo había hecho en Ellingham.

«El año pasado fui a mi casa en Florida, hice surf unos cuantos días y se me ocurrió...».

–No. No se te ocurrió –dijo Stevie en voz alta.

¿Por qué decía eso? ¿Por qué mentía sobre el sitio en el que lo hizo?

Se oyó una voz fuera de la habitación. Stevie se quedó paralizada. No provenía del pasillo, sino del otro lado de la pared. Y sonaba enfadada.

La voz de David. No fue capaz de entender lo que decía, así que dejó el ordenador a un lado y se pegó a la pared. Aun así, solo pudo distinguir un murmullo y, de pronto, un grito:

–¡Allison!

–¿Quién es Allison? –susurró Stevie.

Sintió un rugido de ansiedad. Allison. ¿Una novia? ¿Una novia de verdad, no una boba de la academia? En un instante le puso cara y un perfil completo. Tenía melena larga y una tabla de surf. Le quedaban de maravilla los pantalones cortos. Se depilaba con cera. Se reía en sueños.

Stevie se dio una palmada en la frente para desterrar aquellos pensamientos e intentó escuchar algo más, pero al otro lado de la pared se había hecho el silencio. Ahora solo estaban ella y los

fuertes latidos de su corazón en el cuarto de Hayes.

Pix no tardaría en volver. Stevie apagó el ordenador y lo dejó donde lo había encontrado. Apagó la luz, recogió sus zapatos y volvió a colgar la toalla en el gancho de la puerta. Luego, tras asegurarse de que no se oía ni un ruido en el pasillo ni en la habitación de David, abrió la puerta con cautela.

El pasillo estaba vacío.

Salió con sigilo y cerró la puerta sin hacer ruido. Había llegado a la escalera cuando oyó abrirse una puerta a su espalda. Al volverse, vio a David mirándola.

—Hola —dijo.

Él no respondió. Ni siquiera parecía haberse dado cuenta de que acababa de salir del cuarto de Hayes.

—Vamos —añadió Stevie—. Di algo. No puedes dejar de hablarme para siempre. Vivimos juntos.

—Algo —dijo David. Pero no había ni una nota de humor en su voz.

—A ver qué te parece esto otro. ¿Puedes escucharme? No tienes por qué hablar. Prometo ser breve. ¿Te vale?

David pareció considerar la idea unos instantes y después se encogió de hombros.

—¿Puedo pasar un momento? —preguntó Stevie.

Él indicó que la puerta estaba abierta y volvió a entrar. Stevie respiró hondo para recobrar la compostura y después lo siguió.

David no se sentó. Se quedó de pie en el centro de su habitación con los brazos cruzados.

—¿Qué? —preguntó.

—Quiero decirte que lo siento.

—Vale.

Luego nada.

—Lo siento —repitió Stevie.

—Muy bien. Si has terminado, ya puedes irte.

—¿En serio? —dijo. La furia volvía a crecer en su interior. Todo el sentimiento que llevaba varios días conteniendo se disparó de golpe—. Vamos. No me has contado nada sobre ti. Y mentiste durante la comida.

—Hice un chiste durante la comida porque no me apetecía hablar de mis padres muertos.

—Soy lo peor. Lo sé. Pero lo siento. No sabes cuánto.

—¿Por qué llevas los zapatos en la mano? —preguntó David.

Ya no se acordaba de los zapatos.

—Es que me los quité —dijo.

El chico ladeó la cabeza y se la quedó mirando durante un largo minuto. Stevie tuvo una idea, seguramente una idea espantosa. Pero a falta de otras, sería la que tendría que poner en práctica. Sinceridad radical. Decírselo sin más. Confesárselo.

—Estaba en la habitación de Hayes.

David estalló en carcajadas, pero, de nuevo, sin rastro de humor.

—Sé lo que parece —dijo levantando la voz para que él pudiera oírla—, pero tenía la llave. Escúchame. Tenía que hacerlo. Pix está a punto de embalar sus cosas y todo desaparecerá.

—¿Y necesitabas unos minutos más con sus recuerdos?

—Aquí está ocurriendo algo muy extraño —continuó Stevie—. No soy capaz de dar con lo que es, pero...

—Creo que yo sí —la interrumpió David—. Hay una persona en esta casa que no hace más que curiosear en las cosas de los demás. Alguien debería hacer algo para evitarlo.

Le dolió. Sintió escozor en los ojos.

–Vale, ¿y por qué tenías que entrar ahí? –preguntó David–. ¿Es que tienes que entrar en todas las habitaciones de este pasillo? ¿Es eso lo que te interesa?

–Hayes no escribió *El final de todo*.

–¿Quién lo dice?

–Lo dice el sentido común. He trabajado con él. No hizo nada en ningún momento. Y el año pasado le hicieron todos los trabajos de clase. Y no hay nada en su ordenador que indique que hubiera hecho nada o que tuviera la capacidad de escribir algo nuevo. Y su exnovia cree...

–Gretchen –la interrumpió David haciendo un gesto de hartazgo.

–Gretchen –repitió Stevie.

–Gretchen estaba cabreada con él. Lo dejó. El año pasado fue todo un drama.

–Hayes jugaba con todo el mundo –dijo Stevie–. Utilizaba a todos. Hayes no hizo nada de su trabajo, pero recibió los réditos. Y luego muere mientras está preparando el proyecto que le habría permitido ir a Los Ángeles y recoger los frutos del trabajo de los demás. ¿No te parece absurdo que Hayes se tomara tantas molestias para hacer algo que ni siquiera tenía sentido?

–Entonces, ¿qué sugieres? ¿Estás diciendo que alguien lo hizo deliberadamente? ¿Que alguien asesinó a Hayes?

Parecía algo surrealista dicho en voz alta. Hayes. Asesinado.

–No –respondió Stevie, desconcertada con la idea–. No... Más bien... un accidente. Algún plan para echar a perder la película.

Ahora que se había pronunciado la palabra en voz alta, rebotó contra las paredes de la mente de Stevie. Un asesinato requiere un móvil, y había móviles de sobra. Para empezar, Hayes había engañado y utilizado a todas las chicas con las que salía. Y luego estaba el hecho de que no escribiera el guion de su serie y, sin embargo, estuviera a punto de beneficiarse de ello y ganar un montón de dinero. Resultaban móviles muy consistentes.

¿Asesinato? ¿De verdad era eso lo que creía? ¿Era ese el motivo por el que se sentía tan inquieta?

–¿Sabes lo que es extraño? –dijo David mientras Stevie seguía embebida en sus pensamientos–. Lo que es extraño es convertir la muerte de un compañero en un pasatiempo. ¿Sabes qué otra cosa es extraña? Curiosear en las habitaciones de los demás, incluyendo la de tu compañero muerto. Es que parece que estás loca.

La gente a veces hablaba con desdén de los aficionados a las historias de misterio, como si la línea que separa realidad y ficción fuera muy clara. No sabían, quizá, que Sherlock Holmes estaba basado en un personaje real, el doctor Joseph Bell, y que los métodos que Arthur Conan Doyle ideó para su detective ficticio inspiraron a varias generaciones de detectives del mundo real. ¿Sabían que Arthur Conan Doyle investigó misterios en su vida real e incluso consiguió la absolución de un hombre que había sido condenado por un crimen? ¿Sabían que Agatha Christie escenificó su propia desaparición de manera brillante con el propósito de vengarse con elegancia de un marido infiel?

Probablemente no.

Y nadie iba a menospreciar a Stevie Bell, que había entrado en aquella academia gracias a su interés en el caso Vermont y que había sido casi espectadora de una muerte que cada vez le parecía más sospechosa.

No estaba loca. Y la llave de Hayes seguía en su bolsillo y Pix estaba a punto de llegar.

Stevie dio media vuelta y salió de la habitación de David sin decir palabra. Porque además no iba a dejar que la viera llorar.

EL INFORME BATT

Estrella de Internet muere a causa de accidente en la academia en la que estudia

Hayes Major, estrella del éxito viral de Internet del verano pasado *El final de todo*, falleció la noche del sábado. Major, alumno de la Academia Ellingham, estaba grabando un vídeo sobre los secuestros y asesinatos de Ellingham. Fue hallado inconsciente en un túnel en desuso que había sido reabierto recientemente. La causa de su muerte no estuvo clara en los primeros momentos, pero fuentes próximas a *El informe Batt* afirman que murió por asfixia debido supuestamente a un accidente. La policía ha precisado que Major se llevó cierta cantidad de hielo seco del taller y de la zona de mantenimiento de la academia, utilizando para ello un pase robado a otra alumna, probablemente con la intención de producir un efecto de niebla para su vídeo. Tras dejarlo allí toda la noche, el hielo seco se sublimó en el espacio subterráneo, llenando el ambiente de un nivel letal de dióxido de carbono.

El director de la Academia Ellingham, el doctor Charles Scott, publicó el siguiente comunicado el martes por la mañana: «Todos en la Academia Ellingham estamos desolados por la pérdida de Hayes Major, un prometedor actor y creador y un querido amigo. Nuestros corazones están hoy con su familia, sus amigos y sus muchos admiradores. Es una dolorosa pérdida».

–ME LLAMO LOGAN BANFIELD –DIJO HAYES – Y NO SÉ DÓNDE ESTOY . No sé si alguien puede oírme. No sé si estoy solo. Ni siquiera sé si estoy vivo o muerto.

Stevie estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo del desván de la Casa Grande viendo *El final de todo* y contando pomos de puertas. Habían transcurrido dos días desde que se llevaron las cosas de Hayes y desde su enfrentamiento con David. Durante esos dos días se suponía que debía haber retomado su trabajo, sus estudios. Los libros amontonados junto a su cama no se leían solos y el trabajo que tenía que entregar al día siguiente seguía sin hacerse, a pesar de la cantidad de veces que encendió el ordenador para quedarse mirando la pantalla con la mirada vacía antes de volver a ver *El final de todo*.

Cada episodio de la serie duraba unos diez minutos. Empezó por el principio, desde los primeros momentos en que el personaje de Hayes despertaba aturdido y sin comprender qué estaba pasando. Todo estaba grabado en el mismo lugar, una especie de búnker, excepto los últimos minutos. Buena parte de la serie se reducía a deambular, reaccionar, escuchar. En algunos episodios, Logan recordaba momentos del ataque de los zombis. En otros, encontraba mensajes de posibles supervivientes. Era el típico material de apocalipsis zombi. Lo que lo hizo tan popular, pensaba Stevie, fue el hecho de que Hayes se mostrara tan intenso. Y tan guapo. Era un chico guapo que se escondía de los zombis y que, poco a poco, iba perdiendo la noción de la realidad. En el último episodio, Logan salía del búnker. ¿Se iba a salvar o se rendiría?

Lo vio una y otra vez. Y ahora lo estaba viendo desde la fila 39 del desván de la Casa Grande, que contenía pequeños objetos del ajuar doméstico, portalámparas anticuados, cajas de martillos, latas de tuercas. Y los pomos. En aquella casa había un gran excedente de pomos.

Solo una chica, sus pomos y los zombis.

Stevie había pasado la mayor parte de esos dos días desconectada de todo excepto de aquellas cosas. Y ahora, cuando ya caía la tarde y su estómago comenzaba a mostrar síntomas de apetito, se quitó los auriculares. No podía seguir viéndolo.

Se levantó y revisó de nuevo el contenido del escritorio de Albert Ellingham hasta llegar a la hojita de la Western Union con su último acertijo:

¿Dónde buscas a alguien que en realidad nunca está cerca?
Siempre en una escalinata, pero nunca en la escalera.

Se apoyó en los estantes de metal y se quedó mirando el papel bajo la luz verde fluorescente. Alguien que nunca estaba «cerca» era casi como Gretchen había descrito a Hayes. No había cercanía en cómo enfocaba su trabajo.

«Siempre en una escalinata, pero nunca en la escalera» podía significar un montón de cosas. Una balaustrada. Algo en la pared. Los espacios entre las escaleras.

Albert Ellingham no se le iba a aparecer para revelarle la solución del acertijo.

Se seguía percibiendo el olor a almizcle de los objetos viejos, pero había climatizador y regulador de humedad, así que en vez de resultar rancia y desagradable, la estancia ofrecía una fragancia dulce. Los ricos eran privilegiados incluso en su decadencia.

Stevie dejó la hoja de papel en el suelo y levantó la vista hacia las estanterías que la rodeaban.

¿Qué querría decir? ¿Y si no lo escribió él? ¿Qué narices estaba haciendo, dejando de lado el trabajo, la gente y la vida para sentarse en un desván a observar a Hayes, calcular fechas y clasificar pomos? Podría estar haciendo ese trabajo que tenía que entregar... ¡oh, mañana! Podría...

¿Qué? ¿Intentar volver a hablar con David? Eso había salido bien.

Volvió a meter los pomos en la caja. Al empujarla para colocarla en su sitio, se raspó la mano con el estante de arriba. Un hilillo de sangre brotó del arañazo.

—Eres una idiota —se dijo.

Cuando terminó, bajó fatigosamente los escalones de la Casa Grande con la mochila colgando a media espalda. Larry estaba sentado en su puesto junto a la puerta principal, repasando con atención algo que tenía en una carpeta. Iba a pasar por delante sin decir nada, pero, cuando casi había llegado a la puerta, él le dijo:

—¿Ni siquiera «Hola»?

—Perdone. Iba distraída.

—Ya veo. ¿Pensando en qué?

Stevie sacudió la cabeza. Larry echó la silla hacia atrás y la observó unos instantes.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó.

—Van.

—No parece demasiado entusiasmada.

—No —admitió Stevie—. No lo estoy.

—Bueno, entonces siéntate un momento.

Aunque no le apetecía, una orden de Larry era siempre una orden de Larry. Se acercó a la silla que había frente a él y se sentó en el borde para que cupiera la mochila y poder levantarse con facilidad.

—¿Alguna nueva idea sobre el caso Vermont?

—No he tenido muchas posibilidades de pensar en él últimamente.

—Bueno, si quieres resolver un caso pendiente, hay una cosa que debes hacer: no eludir el trabajo. Los casos pendientes se resuelven porque alguien se toma la molestia de hacerlo todo. Lee todos los archivos. Escucha todas las grabaciones. Habla con todos los testigos. Rastrea cualquier mínimo indicio. Y después vuelve a hacerlo; lo repasa hasta que algo hace *clic*, hasta que vuelve a tratarse de un caso del presente. Hay que hacer todo el trabajo. Y a veces hay suerte.

—¿Qué proporción de suerte? —preguntó Stevie.

—La suerte siempre juega un papel importante —respondió Larry. Y añadió—: Hay algo que te inquieta.

—Los estudios, nada más.

—No, no creo que sean solo los estudios. Creo que tiene algo que ver con Hayes Major. Algo te está carcomiendo y no es el dolor. Es otra cosa.

—Eso no lo sabe.

—Veinte años de detective. Vaya si lo sé.

Stevie se acomodó un poco mejor en la silla y se puso en guardia.

—¿Me puede decir qué sabe de su muerte y qué ocurrió?

—¿Te refieres a los detalles?

–Sí.

–No puedo dártelos todos –respondió–. Solo unos cuantos. Se llevó un montón de hielo seco. Había diez bloques en aquel contenedor, bloques de veinticinco por veinticinco centímetros, y faltaban siete. Cada uno de esos bloques pesaba más de veinte kilos. Encontramos las huellas de Hayes en el pase de Janelle y en un carrito de golf. Se registró el código de identificación de Janelle en el caserón del arte a la 1:12 de la madrugada. Encontramos el contenedor que se utilizó para transportar el hielo seco. Sabemos que Hayes entró en el caserón mientras estabais en clase de yoga. Por las pruebas realizadas, sabemos que el hielo seco estuvo allí durante unas dieciocho horas y que el nivel de dióxido de carbono en la sala era extremadamente elevado. Tuvimos suerte de no morir al entrar. La puerta estaba abierta, así que había algo de ventilación. Si Hayes hubiera podido cerrar la puerta una vez dentro, probablemente uno de nosotros habría muerto también.

–Entonces, ¿Hayes entró en el sitio donde había dejado el hielo seco y murió en el acto?

–Seguramente casi en el acto, o al menos casi seguro que perdió el conocimiento casi en el acto. La muerte le sobrevendría poco después. Es una trampa mortal. No es agradable, pero eso es lo que ocurrió.

–¿Están ustedes seguros?

Larry dejó que la silla se deslizara hacia delante y se apoyó sobre la mesa con las manos cruzadas.

–¿Por qué me preguntas eso? –dijo–. ¿Es que sabes algo más?

Oh, solo un sueño que tuve justo antes sobre un asesinato, cuando en la pared de mi cuarto apareció una carta fantasmal...

–No –contestó Stevie–. Solo una sensación extraña.

El hombre la observó unos instantes y después abrió el cajón de su mesa y sacó unas tiritas.

–Para la mano –dijo–. Oye, has sido muy valiente...

Valiente.

Ya tenía otra persona con quien hablar.

–Gracias, Larry –dijo mientras colocaba una tirita sobre la herida–. Una charla muy interesante.



Beth Brave estaba sentada en el sofá de su apartamento, delante de la pared donde había expuesto todo lo que sus admiradores le hacían llegar. Estaba mejor organizada que la de Hayes, con imágenes enmarcadas en estanterías flotantes de color blanco.

Beth era llamativamente rubia, con un pelo lacio y brillante y unas pestañas kilométricas que Stevie sospechó que eran postizas. Sus largas uñas, que no hacía más que mirarse durante la conversación (parecía un tic nervioso), eran soberbios ejemplos del arte de decorar uñas, con las cuatro casas de Hogwarts representadas en los dedos de ambas manos y los pulgares pintados con una diminuta réplica de la cara de Harry Potter. No era la típica cosa que hace uno mismo, sino algo en lo que uno invierte cientos de dólares y varias horas para que lo haga otra persona.

Contactar con Beth no fue tan difícil como Stevie había imaginado. Tenía más de un millón de seguidores, pero lo único que tuvo que hacer fue escribirle un mensaje diciéndole que había estado en la Academia Ellingham con Hayes, que había trabajado en su proyecto y –ahí fue donde se permitió una mentirijilla– que querían hacerle un homenaje en el que ella podría intervenir. Más o menos una hora más tarde recibió la respuesta, y quince minutos después, Beth y Stevie se encontraban frente a frente gracias a Skype.

–Gracias por ponerte en contacto conmigo –dijo Beth. Tenía unos dientes deslumbrantemente

blancos y grandes, como puertas de alacenas de cocina—. Ha sido duro. Estoy segura de que para vosotros también.

—Desde luego —dijo Stevie.

—Qué bien que estéis haciendo un vídeo. A Hayes le habría encantado.

Al otro lado de la pantalla de Skype, Stevie podía ver el extremo de un trabajo sin terminar (bueno, en realidad, sin empezar), asomándose y diciendo ¡*Yuuuuuuuu!*!. Tenía que entregarlo al día siguiente. Lo haría. Seguro. Pero antes iba a hablar un minuto con Beth.

—Hay algo un poco... —dijo Stevie— ... algo... Es que... ojalá pudiera hacerte sentir mejor, aunque me temo...

—¿Qué? —preguntó Beth.

—Es que creo que alguien debe decírtelo, porque va a salir a relucir —continuó Stevie—. Quiero decir, viste aquel vídeo...

—¿Te refieres a esa chica?

—Sí. Esa chica, Maris...

—Ah, ya lo sé —dijo Beth.

—¿Y no te importa?

—El caso es... Y esto no es para el vídeo, ¿vale? ¿Me estás grabando?

—No —contestó Stevie (¡nunca!).

—Claro que salía con alguien de la academia. Yo también estoy saliendo con otra persona. No teníamos por qué quedarnos solos, ni él ni yo. Volveríamos a estar juntos... Íbamos a volver a estar juntos cuando viniese a Los Ángeles. Estuvimos hablando y quedamos en que no pasaba nada si salíamos con otras personas mientras estuviésemos separados. Pero eso no era algo que nuestros seguidores debieran saber. Se llevarían un disgusto. Sabíamos vivir separados.

—¿Te mencionó —preguntó Stevie, sopesando cada una de sus palabras— el vídeo? ¿Si estaba creando algún efecto especial con hielo seco?

—No —respondió Beth—. Nada. Ojalá lo hubiera hecho. Quiero decir, hablé con él la noche en que se llevó el material.

Stevie sintió un hormigueo en la nuca.

—Un momento —dijo—. ¿Hablaste con él el jueves por la noche?

—Sí, solíamos hablar por Skype antes de acostarnos. Probablemente fui la última persona con quien habló esa noche.

—¿Hablasteis tarde?

—Sí, muy tarde.

—¿Te acuerdas de la hora?

—No sé... Tarde.

—El caso es que... Sería estupendo si... Si hablaste con él tan tarde aquella noche y fuese... como el clímax romántico del homenaje. A ver, tienes la hora en Skype, ¿no?

—Espera, que miro. —Stevie tuvo un primerísimo plano de la nariz de Beth cuando la chica se inclinó para consultar la hora—. Aquí está. Eran las... diez y veinte.

Aquello no tenía sentido. A esa hora Hayes estaba con Maris.

No, boba, Beth estaba en California. En Ellingham sería la una y veinte de la madrugada.

Pero el pase de Janelle había sido utilizado a la 1:12. Era imposible que Hayes lo hubiera usado y estuviera de vuelta en su habitación a la 1:20.

O Hayes entró en el taller o estaba hablando con Beth a la 1:20, pero no pudo hacer las dos cosas a la vez. Y la segunda opción era la más probable, pues al fin y al cabo lo estaba viendo una persona.

Lo cual significaba que alguien que no era Hayes había llevado el hielo seco al túnel e hizo creer que había sido él.

Lo cual encajaba bastante bien en la opción del asesinato.

ERA UNA NOCHE DE LLUVIA . NO UNA LLUVIA MANSA DE LAS QUE arrullaban a Stevie y la ayudaban a quedarse dormida. Era una lluvia furiosa que caía de costado y azotaba caprichosa las ventanas, las paredes y el tejado. Una lluvia que hacía que la habitación desocupada de Hayes pareciera aún más vacía.

Una lluvia que puso a Stevie Bell en alerta.

Lo que siempre falta en una investigación es tiempo. Con cada hora que pasa desaparecen indicios. Las personas y los elementos ponen en peligro los escenarios de los crímenes. Las cosas se mueven, se alteran, se contaminan, se cambian de sitio. Los organismos se pudren. El viento transporta polvo y elementos contaminantes. Los recuerdos cambian o se desvanecen. Al alejarte del suceso, también te alejas de la solución.

Por eso nadie encontró a Dottie y a Iris hasta que fue demasiado tarde. Los días se hicieron eternos. Ojalá alguien hubiera llamado a la policía aquella noche. Quizá todo habría sido distinto para los Ellingham. Pero nadie lo hizo.

Ahora Stevie tenía información. Información fehaciente. Podía comunicársela a Larry, pero Larry ya le había advertido de que no jugara a los detectives. Podría ir a verlo cuando supiera algo, cuando entendiera lo que sabía. Así que se puso a hacer listas.

Hechos probados:

Alguien se llevó la tarjeta identificativa de Janelle del caserón del arte cuando estábamos en clase de yoga.

Alguien utilizó esa tarjeta para entrar en el taller a la 1:12 de la madrugada siguiente. A esa misma hora, se llevaron siete bloques de hielo seco del almacén.

Se encontraron las huellas dactilares de Hayes en la tarjeta.

A esa hora, Hayes estaba hablando por Skype con Beth.

Hayes mintió sobre El final de todo.

Posibilidades probables:

Hayes no escribió El final de todo; al menos, no él solo.

Conclusiones:

En algún momento, Hayes tuvo en su poder el pase de Janelle, pero no fue él quien entró en el taller.

Preguntas:

¿Por qué Hayes se dio la vuelta y entró en el túnel?

¿Sabía que estaba allí el hielo seco?

¿Le pidió a alguien que lo llevara?

Aquella mañana, Stevie estaba sentada en el laboratorio de anatomía con su camiseta y sudadera más viejas, con la mirada perdida mientras Pix manipulaba el esqueleto. Estaba entrando en la fase de estar demasiado despierta. La cabeza del fémur parecía una seta extraña. Stevie le dio

vueltas en su mente, fijándose en el hueso. El trocante menor. La cabeza que articula con el acetábulo y esa cosa de la pelvis, la tuberosidad isquiática.

Estaba babeando un poco. Inmediatamente, se llevó la mano al mentón y fijó la vista en el cuaderno y en los nombres de los huesos que había apuntado a toda prisa al mismo tiempo que Pix los escribía en la pizarra. Era un galimatías. Pensó en Hayes, en sus rodillas, en el momento en que vio sus pies sobre el suelo.

En clase de literatura dio una cabezada y se despertó sobresaltada para responder a una pregunta sobre un poema («Stevie, ¿qué crees que quiere decir Eliot cuando escribe “la tarde se extiende sobre el cielo cual un paciente adormecido por el éter sobre la mesa de operaciones?” Respuesta: «Que está... ¿cansado?»»).

Comió sola y escuchó a la gente hablar de la Fiesta Silenciosa que se iba a celebrar aquella noche.

Pasó el día como buenamente pudo, intentando procesar todo lo que su cerebro había acumulado. A la hora de la clase de yoga, hizo esfuerzos desesperados para no quedarse dormida. Sacó su alfombrilla morada y ligeramente fétida del rincón y dejó un sitio libre a su lado para Janelle, pero enseguida lo ocupó otra persona. Cuando Janelle llegó, vio que Stevie se había acomodado sin ella y, sin decir nada, buscó un sitio en el otro extremo de la sala.

Salió de clase sin dar tiempo a que Stevie se le acercara.



Aquella noche, Stevie se saltó la cena para poder repasar toda la información. Su estómago protestaba mientras la lluvia golpeaba su ventana. Janelle y Ellie habían ido a la fiesta de la Casa Grande. No tenía ni idea de lo que estarían haciendo David y Nate.

Piensa, Stevie. Piensa.

Sin embargo, sus pensamientos se habían estancado. Había llegado hasta allí, pero no se le ocurría nada más. Se colocó los auriculares y se puso a escuchar música con el volumen muy alto, intentando abstraerse en algún punto desde donde fuera capaz de visualizar un plano general de su investigación. Por tanto, no oyó llamar a la puerta y se sorprendió al ver a Nate a su lado vestido con unos holgados pantalones de pana, una camisa de cuadros y corbata. Estaba hablando, pero Stevie no lo oía con la capucha y los auriculares puestos. Se bajó la capucha y se quitó los auriculares.

—¿Qué? —dijo.

—Te vienes conmigo —respondió Nate.

—¿Yo? ¿Adónde?

—A la fiesta.

—¿A la fiesta?

—Sí, a la fiesta —repitió el chico—. A la fiesta que hay esta noche. Vas a venir conmigo. No conmigo, conmigo. Pero vamos a ir los dos.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

—Fiesta. Evento. En la Casa Grande. Todo el mundo. Allí. Así que vamos.

—No puedo —dijo Stevie.

Nate entró en la habitación y empujó la puerta con el pie para dejarla a medio cerrar.

—Te diré lo que pasa. Te has vuelto medio psicópata. Nunca en mi vida he ido a una fiesta de buena gana. Pero esto lo hago porque eres mi amiga, ¿vale? Y a ti algo te pasa. A mí no me apetece ir, eso es obvio. Y a ti tampoco. Lo estoy haciendo por ti, por tu bien. Esta es la primera y la única vez que me voy a ofrecer para hacer algo así. A veces tienes que salir del puñetero Shire,

Frodo. Si somos amigos, levántate y ven conmigo ahora mismo. Y deberías tomártelo en serio, porque me da la impresión de que estás perdiendo a todos tus amigos.

Tendió una mano a Stevie.

–Estás hablando en serio.

–Estoy hablando en serio.

Stevie miró sus listas y después a Nate.

–Te has puesto una corbata –observó.

–Lo sé.

–¿Es una fiesta de ir arreglado?

–¿Cómo voy a saberlo? ¿Te parece que tengo pinta de ir a muchas fiestas?

Stevie sintió como si estuviera hecha de hormigón y anclada al suelo. Pero al ver a Nate allí, al ver el esfuerzo que estaba haciendo, sintió que los anclajes se soltaban. Se levantó del suelo. No llevaba maquillaje. Estaba en zapatillas de deporte.

–¿Así? –preguntó.

–Yo te veo estupenda. No es que te esté diciendo que estás estupenda. Lo único que te digo es que te muevas antes de que pierda el coraje para lo que estoy a punto de hacer.



Era extraño dirigirse a la Casa Grande. Stevie vio luces que titilaban suavemente en los altos ventanales del salón de baile.

–Dime, ¿qué es lo que estás haciendo que te pone tan rara? –preguntó Nate.

–Resolver el asesinato de Hayes –dijo Stevie, hundiendo más las manos en los bolsillos.

–¿Cómo dices?

–Resolver el asesinato de Hayes –repitió Stevie.

–Estás de coña.

–No.

–¿Has bebido?

–No –respondió–. Hayes no llevó el hielo seco al túnel, y puedo demostrarlo.

–¿Cómo?

Stevie se sentó junto a Nate en el porche de la Casa Grande y le explicó todo lo que había averiguado.

–Vale –dijo Nate–. Así que por eso estás tan rara.

–Sobre todo por eso, sí –contestó ella mientras seguía con la vista algo que pasó volando ante la cúpula. Un murciélago, probablemente. Ellingham estaba lleno de murciélagos. Nate también lo vio y se puso en pie de un salto.

–¿Y le vas a contar todo esto a Larry, o a alguien? –preguntó tras unos instantes de silencio.

–Creo que es mejor esperar –contestó Stevie.

–¿Por qué? ¿Para qué?

–Si meto la pata, si estoy equivocada, la academia podría cerrar. Si es un accidente y fue Hayes quien lo causó, no pasa nada. Si hay alguien implicado, estamos todos en peligro.

–Pero ha ocurrido algo, y tienes pruebas de que Hayes no lo hizo. ¿Qué pretendes, encontrar a la persona responsable tú sola únicamente porque no quieres volver a casa?

–Quiero encontrar a esa persona porque quiero encontrar a esa persona. Y porque no quiero volver a casa. Pero creo que ahora voy a una fiesta. Con mi amigo.

Le apretó el brazo con un gesto cariñoso.

–Has hecho esto por mí –dijo.

–Sí, lo he hecho por ti, pero no te acostumbres. ¿Y ahora cómo entramos en una fiesta después de todo lo que me has contado?

–Entraremos porque me has traído hasta aquí y porque la respuesta puede estar ahí dentro.

–¿Todo lo que me has dicho es en serio? –preguntó Nate en voz baja–. ¿No me estás tomando el pelo?

–No te estoy tomando el pelo.

–¿Crees que sabían que se moriría? ¿Que no fue un accidente?

–Eso... –respondió Stevie mirándolo a los ojos y notando que comenzaba a sudar de repente–, ya no lo sé.

–O sea, que podríamos acabar bailando con un asesino.

–Podría ser, sí.

–¿Y de verdad crees que esto debe esperar?

–Déjame esperar por lo menos a que pase esta noche –dijo Stevie–. Para echar un vistazo. Nate, te prometo que hablaré con Larry muy pronto.

Nate dejó escapar un profundo suspiro.

–Vale –accedió–. Si tú lo dices... Esta será probablemente la segunda cosa más absurda que he hecho desde que llegué aquí.

13 de agosto, 1937

EL CARNICERO FUE EL PRIMERO EN DARSE CUENTA . FUE ÉL QUIEN reparó en que Anton Vorachek, el anarquista del lugar, de pronto empezó a comprar mejores piezas de carne. Normalmente compraba restos o vísceras –lo que estuviera más barato–, y no mucho. Un día, entró y pidió lomo.

O quizá fuera la camarera del restaurante. Dijo que Vorachek había ido a tomar su huevo revuelto de todas las semanas; siempre lo hacía los domingos para hablar con la gente e intentar ganar adeptos. Aquel domingo pidió dos huevos, patatas a lo pobre con cebolla, una loncha de panceta y pan tostado. Y le dio una propina de veinticinco centavos por una cuenta de treinta y cinco porque «el trabajador merece una mayor parte de los beneficios».

O quizá fuera el conductor del autobús, porque de pronto Vorachek tenía dinero para el autobús.

Todo Burlington acusó a un hombre que, aunque no rivalizara en capacidad económica con los Rockefeller, disponía de más dinero que antes.

Vorachek caía mal a mucha gente. Organizaba huelgas y repartía panfletos anarquistas. Gritaba «¡Muerte a los tiranos!» cada vez que salía a relucir el nombre de Ellingham. Albert Ellingham era muy querido en la zona. Donaba dinero a la policía, a las escuelas, al parque de bomberos, al hospital y a cualquier otra causa que se le cruzara por delante. Había llegado a los corazones de muchos habitantes de Burlington. Era un hombre que repartía helados gratis a los niños pobres. Y ahora había abierto su propia academia.

Así que la gente se tomó como algo personal las amenazas de muerte que recibió.

Oficialmente, la policía había registrado la casa de Vorachek porque se presentó un testigo que dijo que lo había visto inspeccionando una cabina telefónica. Después llegó otra persona que aseguró haber visto a Vorachek llamar por teléfono el 14 de abril a las 7:07 de la tarde. Siete testigos distintos, que recibieron cincuenta centavos cada uno por la información, dijeron que lo habían visto dirigiéndose a Rock Point la tarde del 14 de abril. Nadie pareció sospechar del hecho de que esa gente tardara varios meses en darse cuenta de lo que habían visto, o de que sus declaraciones no cuadraran entre ellas. Dos de los testimonios aseguraban que Vorachek había ido a Rock Point en un coche negro. Otros dos que había ido a pie. Otro dijo que en taxi. Otro, en bicicleta. Otro no fue capaz de precisar el medio de transporte.

En cualquier caso, la policía de Burlington no necesitó más para ir a registrar su casa, donde encontraron un montón de billetes marcados con la tinta fluorescente de Leonard Holmes Nair e incluso una cinta para sujetar fajos de billetes con las huellas invisibles de Ellingham. Más inquietante aún, también encontraron un zapatito de niña, compañero del que había aparecido en Rock Point.

Vorachek fue detenido y acusado del secuestro de Iris y Alice Ellingham, y de los asesinatos de Iris y Dottie Epstein.

–Fui yo –declaró cuando lo esposaban–. Todos los tiranos caerán. ¡Esto es solo el principio!



El engranaje de la justicia se puso en movimiento. Trajeron expertos para examinar las pruebas durante el otoño y el invierno. Llegó un famoso abogado para defender a Vorachek. En primavera, todo parecía estar preparado, pero entonces comenzaron las demoras. Los anarquistas llegaron a la ciudad para protestar por la detención de su compañero. Se habló de posponer el juicio, pero al final se descartó la idea.

Finalmente, todo quedó listo para empezar el 15 de julio, durante una espantosa ola de calor. Burlington estuvo a punto de venirse abajo por todo lo que se le echó encima. Los hoteles no tenían habitaciones libres, así que Albert Ellingham, para no complicarse la vida, se compró una casa al lado del juzgado. Los periodistas prácticamente vivían en el césped y abrieron surcos en la acera con tanto paseo. El caso ocupó las primeras páginas de los periódicos, todos los días y en todas partes. Había periodistas de todos los diarios de Estados Unidos, de todos los rincones del mundo. Había tantos cables de telégrafo en el exterior del juzgado que a veces Robert no veía el cielo cuando levantaba la vista. Y después estaban los curiosos, los que simplemente iban a ver. No había quien diera un paso por Church Street. Los restaurantes se quedaban sin comida todos los días. Desde la orilla opuesta del lago Champlain llegaron barcos repletos de pasajeros que venían a ver el juicio de Anton Vorachek. Enfrente del juzgado se apostaron vendedores de cerveza fría, limonada y palomitas. Era como asistir a un partido de béisbol.

Todos los días de aquel mes inclemente, Robert Mackenzie se sentó en la sofocante sala de juicio junto a Albert Ellingham y asistió a la presentación de las pruebas. Tomó apuntes que en realidad no eran necesarios, pero era su mano derecha y las manos derechas tenían que hacer algo. Vio a la policía mostrar las fotos del dinero que habían encontrado debajo de los tabloneros del suelo, los billetes que habían marcado con la tinta especial de Leo. Vieron la faja en la que Albert Ellingham había estampado sus huellas dactilares con la tinta invisible y que demostraba, sin lugar a dudas, de dónde procedía aquel dinero. Leo testificó sobre cómo elaboró la tinta y explicó el proceso por el cual se hacía visible.

Vorachek utilizó la sala de juicios como púlpito para despotricar contra los empresarios del mundo. Era una venganza, dijo. Pronto, todas las personas como Albert Ellingham pagarían. Los anarquistas lo vitorearon y fueron expulsados de la sala. La multitud se sobresaltaba, lloraba y comía palomitas.

Albert Ellingham asistió imperturbable a todo el proceso. A veces ni siquiera sudaba. Se mostró pálido e insensible. Nunca perdió la atención. Todos los días le decía a Robert: «Quizá hoy nos diga dónde está Alice».

Vorachek fue declarado culpable de todos los cargos.

La noche antes de que se dictara sentencia, Albert Ellingham se presentó en la habitación de Robert en la casa Grande.

—Nos vamos al juzgado —dijo sin más—. Quiero hablar con él.

Robert alcanzó su sombrero y salió tras él. Sorprendieron a los periodistas, muchos de los cuales habían ido a cenar o se comían un bocadillo sentados en la hierba. Recorrieron Church Street a pie, con un grupo de gente siguiéndolos y haciéndoles preguntas a voz en grito.

Dada la magnitud del caso y el interés que suscitaba, Anton Vorachek no podía estar encerrado en una celda normal. Se había construido una celda en el sótano del impresionante edificio de la aduana y correos adyacente al juzgado, en un ala destinada a almacén. George Marsh los esperaba allí.

—Por aquí —indicó, haciéndoles señas para que lo siguieran hacia las escaleras por el pasillo en penumbra.

Acompañó a Robert y a Ellingham al interior, pasando por las salas de clasificación de las sacas de correo, hacia el vacío de las profundidades. Allí, tras una puerta con barrotes construida para la ocasión, estaba sentado el hombre que había sido declarado culpable de todos los cargos. Era menudo, con barbita puntiaguda y mirada vivaz. Vestía el mono marrón de tela tosca que le habían dado en prisión. Robert se dio cuenta de que llevaba tiempo sin lavarse. Oía a varios metros de distancia. La celda que ocupaba Anton Vorachek tenía un catre y un banco de madera; también le habían suministrado unos cubos para sus necesidades fisiológicas. No había ventana y la luz provenía del exterior de la celda, así que estaba prácticamente a oscuras.

–Está usted muy seguro aquí abajo –dijo Ellingham por todo saludo.

Anton Vorachek parpadeó y se sentó en el banco, flexionando las rodillas hasta casi tocar el pecho. Un vigilante trajo una silla para Albert Ellingham y este la colocó directamente delante de los barrotes para tener una buena visión del interior de la celda.

–Dígame dónde está –continuó Ellingham–. Dígame quién lo ayudó. Es imposible que esto lo haya hecho usted solo.

Anton Vorachek no dijo nada. Durante una hora permaneció sentado en silencio sin que Albert Ellingham le quitara ojo. Robert pasó el tiempo fumando con George Marsh y los vigilantes. Permanecieron de pie y de vez en cuando se cambiaban de sitio, pero ninguno de ellos rompió el hechizo.

–Van a sentarlo en la silla eléctrica, ya lo sabe –dijo por fin Albert Ellingham al tiempo que se apoyaba en el respaldo.

Vorachek finalmente se levantó del banco, se acercó a la puerta y se aferró con fuerza a los barrotes.

–¿Por qué le importa quién sea yo? –preguntó–. Su clase pisotea a la mía todos los días.

«¿Por qué le importa quién sea yo?», pensó Robert. «Vaya cosa tan rara ha dicho.»

–Es su última oportunidad –le advirtió Ellingham.

–¿Y eso qué importa? –repuso Vorachek.

–¿Y eso qué importa? –Albert Ellingham estaba prácticamente temblando a causa de la intensidad de sus palabras–. Si nos dice dónde está Alice, hablaré con el juez. Iré a su casa. Intercederé en su nombre. Podrá salvar la vida. Incluso si nos dice dónde está su cuerpo...

Se produjo un ligero estremecimiento general al oír la palabra *cuerpo*.

Anton Vorachek clavó su mirada en Ellingham durante unos instantes y la pose que presentaba en el estrado se desvaneció. Se le cayó la máscara y dejó ver a un ser humano. Un ser humano que parecía... ¿empático?

–Márchese, viejo –dijo Vorachek por fin–. No tengo nada para usted.

–Entonces iré a verlo morir –repuso Ellingham.

Se puso en pie y empujó la silla hacia atrás. Mientras subían, George Marsh le apoyó la mano en la espalda.

–No iba a ceder, Albert –dijo–. Mañana terminará todo.

–No puede terminar –respondió Ellingham–. ¿Es que no lo entiende? Mañana empieza todo.

Robert Mackenzie durmió mal aquella noche, peor aún que durante todas aquellas semanas terribles. Normalmente podía combatir el espanto y el calor y dormir varias horas sueltas, pero en esa ocasión se pasó la noche entera dando vueltas en la cama.

Se acercó a la ventana y miró la luna suspendida en el cielo sobre la ciudad y el lago Champlain. Era casi una ridiculez decir que algo iba mal en una situación en la que todo iba mal, pero algo malo estaba a punto de suceder.

Cuando amaneció, se lavó la cara con agua fría y se vistió. Encontró a su jefe también

preparado. Llegaron temprano al juzgado y se quedaron en el vestíbulo esperando a que trajeran a Vorachek para su último día.

Pero aquel último día, algo cambió. En vez de traer a Vorachek por la puerta de atrás, como habían hecho siempre, la policía lo acompañó hacia la fachada principal. Vorachek caminaba con la cabeza alta al encuentro de su destino. La prensa se arremolinó y el gentío prorrumpió en gritos y preguntas, acompañados por las pequeñas explosiones de los *flashes* de las cámaras.

Más tarde, Robert recordaría que en ningún momento oyó el ruido, que pasó totalmente desapercibido entre el griterío y los fogonazos. Vorachek se desplomó, probablemente habría tropezado. La multitud se alborotó y de pronto alguien empezó a gritar:

—¡Al suelo! ¡Al suelo todo el mundo!

George Marsh agarró a Albert Ellingham y lo arrastró hacia el interior del juzgado. Robert Mackenzie se vio atrapado por la oleada de gente y policías que se lanzaron hacia las puertas. Oyó gritar «disparos» y «pistola». Todo el mundo corría y chillaba.

Vorachek fue arrastrado hasta el vestíbulo del juzgado, con la camisa empapada en sangre, las manos ensangrentadas, la cara salpicada. Leonard Holmes Nair, que aquel día se encontraba allí, pintaría la escena tiempo después y cubriría de grandes pinceladas rojas la menuda silueta tendida en el suelo.

La policía apartó a todo el mundo para abrir paso a un médico, pero era evidente que ya no había nada que hacer. En sus últimos momentos, Vorachek intentó hablar. De su boca brotaba sobre todo espuma y sangre, pero Robert estaba lo bastante cerca y le oyó decir:

—Yo no...

Y en aquel instante, Anton Vorachek murió.

STEVIE SE ASOMÓ AL UMBRAL DEL SALÓN DE BAILE , ROZANDO CON sus zapatillas el ajedrezado del suelo blanco y negro. Había una luz tenue; solo unos pocos apliques dorados estaban encendidos a media luz y titilaban al compás de una canción imaginaria. A su alrededor, todo Ellingham giraba con auriculares rosas y verdes que relucían en la penumbra al ritmo de una música que Stevie no podía oír.

–Me siento como si estuviera entrando en una metáfora –dijo.

–¡Hola! –Kaz se acercó a ellos bailando. Llevaba una americana negra con una flor roja en el ojal–. ¡Me alegro de que hayáis podido venir! Tomad.

Stevie y Nate recibieron sendos pares de auriculares luminosos.

–¡Encendelos y poneos a bailar! –indicó Kaz.

Con los auriculares encendidos, Stevie y Nate entraron en el salón de baile. Stevie no pudo evitar volver a asombrarse al ver la forma en que aquel salón jugaba con la luz, haciendo que se reflejase de un lado a otro mediante el juego de espejos. Las caras de las máscaras de las paredes les sonreían sin verlos.

Stevie apagó la música para poder oírlo todo ligeramente amortiguado. Nate miraba a su alrededor algo nervioso mientras hacía movimientos espasmódicos y apenas perceptibles flexionando las rodillas. Stevie botó a su lado unos instantes como muestra de solidaridad. El gesto de Nate la había conmovido.

Echó un vistazo al salón y vio a Janelle y a Vi a un lado, meciéndose juntas y agarradas de los hombros. Maris estaba cerca, con un vestido de piel sintética y ejecutando un movimiento lento y complicado con Dash. Parecía que ambos se habían recuperado.

También estaba Gretchen, la ex olvidada, discretamente situada en un rincón con unos compañeros de segundo. Y al otro extremo del salón estaban David y Ellie. Ellie llevaba una camiseta lencera y algo negro y brillante que, al observarlo con más atención, parecía un ramillete de bolsas de basura atadas que formaban una falda de vuelo. Bailaba con movimientos circulares y alocados sin dejar de agitar los brazos. David no estaba bailando, estaba observándolo todo apoyado en la pared. Como Stevie, no se había arreglado para la fiesta. Llevaba los vaqueros arrugados de siempre y una camiseta verde bastante andrajosa.

Cuando Nate y Stevie entraron en el salón, se despegó de la pared y atravesó la sala para acercarse a ellos mientras se quitaba los auriculares.

–Bonita corbata –le dijo a Nate.

–No te metas con Nate –le advirtió Stevie.

–No es por meterme con él. Nate, es una corbata muy bonita. Y tú estás muy elegante. ¿Eres Banksy o Unabomber?

–Soy una chica muy mona –repuso Stevie– a la que le gusta ir cómoda.

Vi también había reparado en la presencia de Stevie y traía a Janelle de la mano. Iba muy

arreglada, con una blusa amarilla y una corbata también amarilla con lunares blancos. Janelle llevaba una falda amarilla y una blusa blanca. Conjuntadas para el baile. Aunque era el tipo de cosa que Stevie era incapaz de comprender, en ellas quedaba perfecto.

–¡Hola! –saludó Vi con un entusiasmo un poco forzado–. ¡Ya estamos todos!

Janelle bajó la vista unos instantes.

–Sí –dijo Stevie–. Me apetecía salir. Nos apetecía salir.

–Yo vivo para el baile –terció Nate.

–¡Pues a bailar! –exclamó Vi.

Lo cierto era que Stevie no sabía bailar. Le parecía una habilidad con la que uno nacía, tan natural como andar. No comprendía muy bien cómo la gente era capaz de aprender. Pero Janelle quería que bailara y Nate la había llevado a la fiesta, y en esa situación tenía que comportarse como se comporta la gente, así que... tendría que bailar. Primero lo intentó con el movimiento de flexión de rodillas, pero hasta Nate la miró con lástima. Entonces probó a utilizar los brazos, moviéndolos como aspas de molino tal como hacía Ellie al otro lado del salón.

No tenía nada claro qué le parecería todo aquello a David, que estaba allí observando. Tampoco le importaba. Ya no tenía nada que perder.

Janelle estalló en carcajadas y tuvo que apoyarse en Vi para no caerse. Después abrazó a Stevie.

–Eres una gansa –le dijo.

–Lo sé –respondió Stevie.

Janelle y Vi volvieron a emparejarse y continuaron con su baile, ahora más lento. Stevie miró a David, pero el chico ya se había dado la vuelta y se dirigía a la pared. Intentó no tener en cuenta el dolor que aquello le causaba.

Al final de muchos libros de Agatha Christie, Poirot reunía a los sospechosos para examinarlos. Y como aquella noche todo Ellingham se había reunido en un salón, podría examinarlos a todos a la vez. Buscar a alguien que pudiese tener algún motivo para meter el hielo seco en el túnel. Buscar el motivo por el cual Hayes se dio la vuelta.

«¿Dónde buscas a alguien que en realidad nunca está cerca...?».

Albert Ellingham quería hacerla pensar.

¿Sería Gretchen? ¿Gretchen, que había confesado abiertamente que había hecho trabajos para Hayes y que estaba furiosa? ¿Gretchen, a quien él debía quinientos dólares?

–¡Vamos!

Janelle se había acercado por detrás y le había dado la mano. Stevie empezó a bailar con ella. Intentó mantener el ritmo, moviéndose como buenamente pudo. Era agradable ver a Janelle sonriéndole, y a Vi haciendo un leve gesto con la cabeza como diciendo «Todo va bien».

Quizá aquello era lo único que necesitaba. Estar con sus amigos. Ser una chica normal. Dejar de pensar en que se había topado con un asesinato. Cerrar los ojos y bailar.

Janelle le apretó suavemente la mano y, al hacerlo, rozó el arañazo que se había hecho.

Algo se disparó en el cerebro de Stevie.

La mano. Algo de la mano. Dolor en la mano. Un arañazo. Centró su atención en ella, en el centro de la mano, como si fuese un suave foco de luz. La mano le hablaría. La mano podría contar su historia si la dejaran.

Su mano viajó hacia sus recuerdos. El frío que raspó su piel seca. El calor de sus bolsillos forrados. El tacto de la piel de David...

–Ahora mismo vuelvo –dijo–. Tengo..., tengo que ir al lavabo.

La música cambió y todo el mundo empezó a moverse con más energía. Stevie se quitó los

auriculares y estiró el cuello para mirar a su alrededor. Había una persona a la que tenía que ver, una persona que siempre estaba cerca, tanto si la veías como si no. Y allí estaba, por supuesto, sentada en uno de los bancos bajos que había delante de los ventanales, tecleando en su teléfono. Stevie se abrió paso hasta ella.

–Necesito ver tus fotos de aquel día en el jardín –le dijo.

Germaine la miró con curiosidad.

–¿Por qué?

–Porque lo necesito, Germaine. Por favor. Te deberé una. Por favor.

–Me gusta eso de que me debas una.

Abrió los archivos del teléfono y se lo pasó a Stevie. Stevie fue pasando fotos hasta encontrar lo que esperaba ver: una nítida imagen de Hayes sentado y haciendo como que estaba trabajando con su ordenador. Amplió la imagen.

Le dio un vuelco el corazón.

–Hola –dijo Nate, que se había acercado a su espalda.

–Espera –dijo Stevie–. Espera un momento.

Los tres se quedaron inmóviles en su círculo de silencio mientras todo el mundo daba vueltas a su alrededor.

Stevie sacó sus propias fotos, las que había hecho en la habitación de Hayes. La pared donde estaba colgado todo lo que le habían mandado sus admiradores, el escritorio, la mesa, el ordenador...

En las fotos de Germaine del sábado, el ordenador de Hayes no presentaba ningún arañazo. Sin embargo, en las que había sacado Stevie al inspeccionar su habitación después de su muerte había tres marcas visibles en la parte delantera, como los rasguños provocados por las uñas de un gato. Eran las tres marcas que había visto en su propia mano tras meterla debajo de la gran bañera el primer día.

–¿Qué pasa? –preguntó Germaine.

Alguien se había llevado el ordenador de Hayes y lo había escondido debajo de la bañera.

¿Por qué lo haría?

Piensa, Stevie. ¿Por qué harías una cosa así?

Si tuvieras que buscar algo, quizá pruebas de que habías escrito un guion por el que Hayes se iba a llevar todo el mérito, un guion que iba a convertirse en película... Si quizá hiciste algo para fastidiarlo. Si quizá lo mataste por accidente... Luego tendrías que ocultar tus huellas. Cerciorarte de que en su ordenador no había nada que te identificara como el verdadero autor.

Podía eliminar a Janelle y a Nate. El año pasado no estaban en Ellingham. Eso dejaba a Ellie y a David como únicos sospechosos.

Todo se reducía a ellos dos.

Ellie, la enamorada del arte que iba a París y se hacía tatuajes. Ellie, la chica despreocupada, divertida y quizá demasiado exagerada. David, el que mentía. David, cuyos padres habían muerto. David, el que se lo guardaba todo. David, el que se metía con la gente.

Las luces del salón se tiñeron de rosa y palpitaron como dedos rosados intentando alcanzar el techo. Los ojos de las máscaras resplandecieron.

Cualquiera de los dos era capaz de salir de casa por la noche. ¿Y las huellas de Hayes en el pase de Janelle? Fácil. Solo había que dárselo para que lo sujetara un momento.

Propósito. Planificación. Quizá la única finalidad era que lo expulsaran o que todo le saliera mal.

De los dos, David era quien podría haberlo hecho mejor. Sabía más de matemáticas y de

ciencias. Probablemente tendría un mejor conocimiento de lo que podría causar demasiada cantidad de dióxido de carbono. Ellie, por el contrario, podría haberse sentido atraída por la idea de un artístico banco de niebla.

¿De verdad la única prueba consistía en unos arañazos en un ordenador?

–¿Qué pasa? –preguntó Nate.

–Todavía estoy intentando averiguarlo –respondió Stevie.

–Vamos a hablar con Larry ahora mismo –dijo el chico–. Y que llame a la policía.

–La policía no ha llegado tan lejos. Yo sí. Y puedo llegar hasta el final.

–No digas esas cosas –repuso Nate–. Me hace sentir como si fueras a hacer que nos matasen o algo así.

–No. Solo tenemos que ir a casa.



La fiesta terminó a medianoche. Stevie vigiló para asegurarse de que todos sus compañeros de Minerva estaban a la vista. Janelle y Nate estaban junto a ella. Ellie y David caminaban delante. De vez en cuando, David se volvía para mirar a Stevie con curiosidad.

¿Habría besado a un asesino? ¿Cómo sería el beso de un asesino? ¿Podría ser tan cálido como los de David? ¿Sería eso lo que la atraía tanto de él? ¿Sería eso lo que había reconocido en su expresión en el momento en que lo vio por primera vez, cuando algo en su cara la hizo pensar en algo que ya conocía, algo contra lo que quería luchar?

¿O sería Ellie, que avanzaba sola dando saltos como una bailarina con su falda de bolsas de basura? ¿Habría atraído alegremente a Hayes hasta el túnel con una botella de vino? ¿Le habría dicho que entrara él primero?

Germaine Batt los siguió durante un trecho. No decía nada, pero caminaba a solo unos pasos por detrás. Stevie prácticamente la oía escuchar en busca de alguna pista que le dijera qué estaba pasando. Los habría seguido todo el camino hasta Minerva si hubiera podido, pero en el cruce de la colección de bustos un grupo de sus compañeros se desvió hacia Juno y Stevie le deseó buenas noches en voz alta y clara. Germaine frunció el ceño con contrariedad, pero se fue con los demás.

–Vais muy callados –comentó Janelle.

–Estamos muy excitados –dijo Nate fríamente–. Por el baile.

–¿Habíais ido antes a un baile?

–No –contestaron al unísono.

La noche tenía un punto dramático. La luna estaba baja y amarilla. Una luna de cosecha enorme, rabiosamente brillante en el cielo oscuro y despejado. Como un foco.

–¿Tienes idea de lo que vas a hacer? –preguntó Nate.

–Sí, tengo una idea. Pero no te va a gustar.

UNA VEZ EN MINERVA , Y COMO CORRESPONDÍA , PIX COMPROBÓ QUE habían llegado todos y subió a acostarse. Ellie y David estaban a punto de irse a sus habitaciones cuando Stevie preguntó:

–¿A quién le apetece jugar?

Nate le dirigió una mirada de perplejidad.

–¿A qué? –preguntó Ellie.

–A «Yo nunca».

–Me gusta ese juego –respondió Ellie–. David, ven a jugar. Voy a traer un poco de vino. No se puede jugar sin vino.

–Entonces, mejor que juguemos en alguna habitación –dijo David.

–En la mía –propuso Ellie.

Nate miró a Stevie; era una mirada de preocupación, pero Stevie le dio un codazo suave para animarlo.

La habitación de Ellie, aunque del mismo tamaño y forma que la de Stevie, parecía como de otro mundo. Las paredes estaban cubiertas de bosquejos y folletos escritos en francés. Había una alfombra raída en el suelo impregnada de un penetrante olor a incienso y montones de tazas, cuencos y tazones de la cocina, todos ellos sucios y criando moho. En el suelo, papeles y bolígrafos se desperdigaban por todas partes, y los bordes de los muebles estaban llenos de cera seca de vela derramada.

–Todos sabéis jugar, ¿no? –preguntó Ellie mientras se acomodaba en un cojín en el suelo y sacaba una botella de vino que tenía guardada entre la cama y la mesilla de noche–. Se empieza diciendo «Yo nunca...» y después se dice una acción. Si nunca lo has hecho, no bebes. Pero si sí, bebes para confesarlo. Es muy sencillo. Os lo enseñaré. Yo nunca me he enrollado con nadie de los que están en esta habitación.

Esbozó una amplia sonrisa y miró a David, que le dirigió una mirada de soslayo.

Al principio, ni Stevie ni David se movieron; luego, Stevie alcanzó la botella y bebió un pequeño sorbo, solo lo suficiente para que el vino le mojara los labios y su aroma impregnara su olfato. Volvió a dejar la botella en el suelo y entonces fue David quien la alcanzó con un movimiento pausado.

Ellie se echó a reír.

–Así es como se juega –dijo–. Ahora tú, Nate.

–De acuerdo –asintió Nate–. Yo nunca había ido a un baile antes de esta noche.

–Eso ya lo dijiste antes –se quejó Janelle.

–Las reglas no dicen nada sobre hechos comprobados –repuso Nate.

Janelle dejó escapar un profundo suspiro y bebió un sorbito de vino, después bebió Ellie, y después David.

Janelle era la siguiente.

–Nunca he prendido un fuego –dijo.

Ellie fue la única en beber, y dio un largo trago. Ahora era el turno de David. Se apoyó en la cama de Ellie y se acarició el mentón unos instantes antes de decir:

–Yo nunca he curioseado en la habitación de nadie.

Stevie esperó un momento y después bebió un sorbo. Todo el mundo la miró, pero nadie dijo una palabra. Ahora le tocaba a ella.

–Nunca me he llevado nada que no me perteneciera –dijo.

Janelle y Stevie no bebieron. Nate sí, o al menos levantó la botella.

–Imaginemos que he bebido –dijo.

–Ah, no –protestó Ellie–. Tienes que beber. ¿Qué te llevaste?

–¿Quién no lo ha hecho alguna vez? –preguntó Nate–. Todo el mundo lo hace. ¿Cómo podéis ir por la vida sin llevaros algo que no es vuestro, aunque sea por equivocación?

–Es cierto –admitió Janelle, y tendió la mano hacia la botella–. Este juego es un poco demasiado intenso, y la verdad es que yo no bebo, así que... mejor dejo de jugar.

–Entonces tendré que tocar –dijo Ellie alargando el brazo tras ella para alcanzar a *Roota*. El saxofón estaba junto a su escritorio.

Roota.

¿Qué había dicho Ellie sobre *Roota*? «Tenía que ser mío. En aquel momento no tenía dinero, pero encontré la manera de conseguirlo. Recurrí un poco al arte, gané un poco de dinero, compré a *Roota*. Desde entonces estamos juntos».

–¿Cuánto pagaste por *Roota*? –preguntó Stevie cuando Ellie estaba llevándose la boquilla a los labios–. Estaba pensando en comprarme un instrumento.

Sus palabras provocaron miradas de incredulidad de casi todos los presentes.

–Unos quinientos dólares. Pero los vale. Ha sido un buen amigo.

Quinientos dólares.

–¿Y cuándo lo compraste? ¿En primavera?

–Sí –respondió Ellie, un poco incómoda.

–Dijiste que habías recurrido al arte para conseguir el dinero. ¿Qué hiciste?

–Dibujos y cosas así.

–Dibujos por valor de quinientos dólares –comentó Stevie–. Qué bien. ¿Y en qué otras ocasiones has vendido dibujos?

–Unas cuantas. Mirad, si no vamos a jugar y no vais a beber, podéis iros.

Nate miró a Stevie. Lo sabía. Lo entendía. Janelle hizo un movimiento para levantarse, pero Stevie le indicó con un gesto que se quedara.

–¿Por qué no hablamos de Hayes un momento? –propuso–. Me parece que deberíamos... bueno, dedicarle un instante.

–Ya –dijo Ellie–. A mí no me lo parece.

–¿Qué estás haciendo, Stevie? –preguntó David. Tenía una sonrisita desdeñosa, pero su voz denotaba auténtica preocupación.

–Lo malo de Hayes –dijo Stevie– es que a veces se apropiaba de cosas que no eran suyas. Habría tenido que beber. Otros compañeros le hacían el trabajo. Como yo. Como Nate. Como Gretchen. ¿Alguna vez hiciste algún trabajo para Hayes, Ellie?

La mirada de Ellie estaba clavada en Stevie. Tenía los ojos de un color marrón tan claro que parecía dorado.

–¿De qué diablos estás hablando? –preguntó.

–Eso, Stevie –la secundó David–. ¿De qué estás hablando?

–Hay algo muy curioso —continuó Stevie—. El propio Hayes me dijo que había escrito *El final de todo* en Florida a principios del verano pasado. Me mintió. Empezó el 4 de junio, y Ellingham cierra por vacaciones de verano el seis.

–¿Qué? –empezó Ellie–. Yo...

–Lo sé porque curioseé en su habitación –la cortó Stevie—. Curioseo en las habitaciones de los demás. Soy lo peor. Me pica la curiosidad cuando observo detalles que no tienen sentido. Pero averigüé varias cosas. Averigüé que Hayes mentía. Escribió el guion aquí, y no lo hizo solo. Y la primavera pasada le pidió quinientos dólares a Gretchen, su exnovia, que nunca le devolvió. Y tú ganaste quinientos dólares por los dibujos la primavera pasada y compraste a *Roota*.

–Te estás comportando como un bicho raro, Stevie –dijo Ellie con un ligero temblor en la voz–. Lárgate de mi habitación ahora mismo. Largaos todos de aquí.

–Una cosa más –dijo Stevie—. En algún momento entre la muerte de Hayes y cuando yo entré en su cuarto, alguien se llevó su ordenador. Esa persona lo metió debajo de la bañera. Le hizo tres arañazos en la parte de delante. Esos arañazos no estaban antes. Hay pruebas.

–Stevie... –intervino Janelle con un tono de temor en su voz–. ¿Qué está pasando?

Pero Stevie se había lanzado y ya no había vuelta atrás. En la habitación en penumbra se respiraba un ambiente tenso, cargado de olor a pachuli y a pintura. No habría vuelta atrás después de aquella noche, después de su inesperada incursión en el pasado de Ellie y en la vida y muerte de Hayes. Si estaba equivocada, tendría que hacer las maletas y marcharse. Se sentía como si estuviera caminando por la rama de un árbol, notando cómo botaba y cedía a cada paso.

Y le encantaba aquella sensación.

–Y otra cosa más. Beth Brave. Estaba hablando con Hayes por Skype a la hora en que se suponía que estaba sacando el hielo seco del taller. ¿Sabría Hayes lo del hielo seco? ¿Sería idea suya?

La cara de Ellie había adoptado la expresión de una de las máscaras de la pared del salón de baile: rasgos grandes, alargados, expandidos por la inquietud.

–Sal de mi cuarto –le ordenó Ellie–. Salid todos de mi cuarto.

David había cambiado de postura y ahora estaba casi en cuclillas. Janelle había empezado a andar en dirección a la pared. Nate, sin embargo, permanecía inmóvil como una roca, contemplándolo todo con los brazos cruzados.

–Stevie –dijo David con voz pausada–, te das cuenta de que esto que estás diciendo es bastante fuerte, ¿no?

–Lo sé.

–Deberías estar muy segura para...

–Lo estoy.

–Vale, sí, lo ayudé con ese guion –admitió Ellie–. ¡Dios! Lo ayudé con ese guion.

La primera pieza encajó en su lugar.

–La película –dijo Stevie–. Iba a ir a Hollywood a trabajar con P. G. Edderton, y se iba a atribuir todo el mérito.

–¿Y? ¿Crees que me apetece que la gente sepa que lo ayudé a escribir un guion sobre zombis? Solo necesitaba el dinero para *Roota*.

–Entonces, ¿por qué te llevaste su ordenador? La policía estaba aquí. Tenías que comprobar si había pruebas de tu colaboración, porque sabías...

–Sabía que no pintaba bien. Hayes..., Hayes decía todo tipo de gilipolleces. Hayes hacía gilipolleces y ahora ha muerto y yo estoy triste y tú ya sabes todo lo que querías, así que largate de

aquí.

Cuando Ellie vio que nadie se movía, se levantó y recogió su bolsa del suelo con un movimiento brusco.

—¿Adónde vas? —preguntó David, que se puso de pie, dispuesto a seguirla.

Tendió la mano hacia Ellie, pero ella apartó el brazo. Recorrió el trecho que la separaba de la puerta en cuestión de segundos.

Stevie se levantó de un salto y fue tras ella. Ellie abrió la puerta y salió corriendo...

... y acabó en los brazos de Larry.

—Le envié un mensaje hará unos quince minutos —confesó Nate, que apareció detrás de Stevie—. No me hacía demasiada gracia que acabáramos todos muertos por tu culpa.

—Sensato —dijo Stevie, dejándose caer contra la pared—. Muy sensato.



Los residentes de Minerva fueron trasladados en grupo a la Casa Grande, donde los llevaron al despacho de Albert Ellingham. La noche oscura envolvía la casa y Larry corrió los pesados cortinajes.

Charles tenía cara de recién despertado; llevaba vaqueros y un jersey de cachemira. La doctora Quinn también estaba presente, con un discreto vestido negro y con pinta de que la habían llamado por algún otro asunto. Pix, con un jersey enorme y pantalones de estilo militar, los acompañó y lo supervisó todo.

Ellie se acurrucó en uno de los sillones de cuero de Albert Ellingham y metió la cabeza entre las rodillas. Se hizo un repaso a todo lo acontecido aquella noche. Cuando Stevie terminó, la estancia quedó en silencio durante un largo rato.

—Element, ¿ayudaste a Hayes a escribir el guion para la serie? —preguntó al fin Charles.

—Sí —respondió Ellie—. Vale. Lo ayudé con el guion. ¿A quién le importa eso?

—Ganó mucho dinero con esa serie, ¿verdad? —preguntó Larry.

—No tengo ni idea. No me interesa nada el dinero. Crecí en una comuna. Esto no es por dinero. No en mi caso.

—¿A qué te refieres con *esto*? —quiso saber Charles.

—A... esto. A lo que sea.

—¿Te llevaste el ordenador de Hayes? —preguntó Larry.

—No quiero hablar de ello. Todo esto es una gilipollez.

—Element —dijo Charles—, ¿te llevaste su ordenador? Es una pregunta muy sencilla.

—Le eché un vistazo —admitió.

—¿Por qué?

No hubo respuesta.

—¿Metiste el hielo seco en el túnel? —preguntó Larry.

—No —respondió entre dientes, sin sacar la cabeza de entre las rodillas.

—Hay algo que no nos cuentas —dijo Larry—. Tienes que explicarnos qué está pasando. Este asunto es muy serio.

Ellie se irguió de repente. Tenía los ojos llenos de lágrimas, que comenzaron a rodar por sus mejillas.

—Dios, qué bobo era. ¿Por qué me fijé en él?

—¿A qué te refieres? —la presionó Larry.

—Todo este lugar —dijo a la vez que movía la cabeza con una sonrisa triste—. Todo este lugar. Hayes y sus ideas absurdas. Por eso murió, por sus ideas absurdas.

–Tengo serias dudas sobre si debemos seguir con esto –dijo la doctora Quinn levantando la mano–. Ellie, creo que no deberías decir nada más hasta que venga un abogado. Y es mejor que los demás os vayáis.

–Estoy de acuerdo –dijo Charles–. Voy a llamar a nuestro asesor jurídico para que venga a hablar contigo. Larry, si puede llevar al resto a Minerva...

Larry se acercó a Charles y a la doctora Quinn y les dijo algo en voz baja.

–De acuerdo –asintió Charles–. Doctora Pixwell, ¿puede llevarlos a la sala de profesores? Si alguno de ellos quiere dormir pueden utilizar las habitaciones de invitados.

–¿No podemos irnos a casa? –preguntó Nate.

–Que todos se queden aquí un rato –intervino la doctora Quinn–, hasta que esto se revuelva.

–¿Qué pasa, estoy detenida? –preguntó Ellie–. ¿Me va a detener Larry?

–No –contestó Larry–. Y estoy de acuerdo. Vamos a esperar hasta que llegue el abogado, Element. Tú espera aquí, ¿vale? No te muevas.

El cambio era brutal. Hacía unos instantes eran un grupo de alumnos relatando conversaciones de dormitorio con la directiva; ahora los llamaban por sus nombres completos y los hacían esperar a que llegase un abogado. Ellie parecía haber encogido de repente y tenía un aspecto un poco salvaje, con los ojos enrojecidos y brillantes.

–Me voy –dijo, poniéndose en pie.

–Element –dijo Larry en tono de advertencia.

–No puede retenerme aquí.

–Ellie –intervino Charles. Su voz era tranquilizadora–. Sé que esto asusta un poco. Pero vamos a conseguirte ayuda. Lo mejor que puedes hacer es sentarte y tranquilizarte. Si te quedas y hablas con el abogado, las cosas mejorarán, pero si te vas...

–No hay adonde ir –dijo la doctora Quinn–. Estamos en lo alto de una montaña y es noche cerrada. Ellie, siéntate.

Ellie obedeció.

–Te traeremos algo de comer y de beber –dijo Charles–. ¿Qué te parece? Te vendría bien. Pix, ¿podría...?

Salieron del despacho con reticencia y una sensación incómoda, pues no sabían en qué circunstancias se quedaba Ellie. La Casa Grande crujía y rechinaba un poco bajo el viento de otoño. Ellie se quedó en el despacho de Ellingham. Después de que salieran todos, Larry cerró la puerta con llave.

–¿La va a encerrar? –preguntó Charles.

–Por supuesto que sí. Y las puertas correderas están cerradas desde el exterior.

–No es una prisionera –objetó el director.

–No, pero quizá haya matado a una persona. Ahí está a buen recaudo.

–Bueno, voy a traerle agua y algo de comer.

–Lo que quiera.

Hizo un gesto a un guardia de seguridad para que se situase delante de la puerta.

–Tú –le dijo a Stevie–. Conmigo.

La condujo al despacho de seguridad y cerró la puerta.

–Siéntate –le indicó.

Llamó para pedir que enviaran un coche patrulla de inmediato. Cuando colgó el teléfono, miró a Stevie con gesto severo.

–Tenías que haberme avisado –dijo.

–¿De qué?

–De que sabías que Hayes estaba hablando por teléfono cuando se suponía que estaba en el taller.

–Lo siento –dijo Stevie –. No me parecía suficiente.

–¿Suficiente para qué? No te tocaba a ti decidirlo. ¿Te das cuenta de lo que podía haber pasado aquí? Es evidente que Element oculta algo. Es posible que matara a Hayes. Más que posible. Con eso no se juega.

–Lo sé.

Larry se frotó los ojos.

–Stevie, quédate aquí hasta que llegue la policía y lo solucionemos.

Se levantó y salió dejando a Stevie en la silla mirando todas las pantallas de los monitores, que no mostraban nada más que oscuridad, siluetas de árboles y algún que otro par de ojos de animal que resplandecía en la noche. Entró en una especie de trance durante un instante.

La carta que había visto en la pared de su habitación volvió a materializarse en su mente con más fuerza. Ahora tenía cuerpo. Volvió a recordar las palabras. *Adivina, adivinanza en la pared...*

... un asesinato va a suceder.

Eso era lo que decía. Quizá fuera real. ¿Quizá era obra de Ellie? ¿Quizá fuera uno de sus trabajos para clase de arte? Porque no habría ningún motivo para decir que iba a asesinar a alguien, ¿no?

Oyó gritos al otro lado de la puerta. Stevie se levantó como un resorte y asomó la cabeza. La puerta del despacho estaba abierta y Charles estaba ahí, con agua y un poco de fruta. Los demás guardias de seguridad corrieron hacia el despacho.

–¿Qué quiere decir? –exclamó Larry–. Mierda, puede morir si se aleja demasiado.

–¿Cómo ha ocurrido? –preguntó la doctora Quinn.

–Debe de haber abierto el panel –dijo Larry–. ¿Cómo demonios sabía lo del panel? Dennis, baja al sótano. El pasadizo va a dar al sótano. Lauren, Benny, salid, revisad todas las ventanas...

El panel. Stevie había leído sobre aquel panel. Se suponía que había una especie de pasadizo entre el despacho de Ellingham y el salón de baile, utilizado sobre todo para bromas y juegos. Conducía al sótano. Pero al parecer quedaba disimulado a la perfección y no era fácil de ver.

Ellie había desaparecido.

30 de octubre, 1938

AQUELLA MAÑANA AMANECIÓ UN DÍA INCREÍBLEMENTE CLARO Y soleado, un perfecto día de otoño sin una nube en el cielo. Los árboles intentaban retener los restos de sus coronas doradas.

Robert Mackenzie estaba sentado ante su mesa escuchando el tictac del reloj de la chimenea. Era prácticamente el único sonido que oía, aparte de a Montgomery y a algún otro miembro del servicio al pasar, o alguna que otra voz de los alumnos que iban de un edificio a otro. Pero incluso sus voces sonaban apagadas. Cuando los observaba desde la ventana siempre volvían la cabeza al ver que alguien los miraba desde la Casa Grande.

Ahora Mackenzie tenía más espacio del que necesitaba, pues cuando terminó el juicio dejó el despacho de Albert Ellingham y se trasladó a una de las galerías delanteras.

–Puede utilizar todo el espacio –le dijo su jefe–. No se usa para nada.

Pero sabía que el verdadero motivo era que su jefe quería estar solo. Solo en el despacho todo el día con las puertas cerradas. Salía a comer en contadas ocasiones. Rara vez recibía visitas. Las cortinas permanecían cerradas al mundo. Pero siempre quedaba la posibilidad de Alice.

La posibilidad de Alice. No la habían encontrado. La pregunta siempre flotaba en el aire. ¿Estaba...? ¿Estaba...?

Ellingham siempre hablaba de Alice en presente. La casa estaba siempre preparada para su regreso. Tres veces al año, Albert Ellingham encargaba a un comprador de Nueva York que le enviara un guardarropa entero con ropa de niña para la temporada, cada remesa de la talla aproximada que usaría Alice. Montones de vestidos y delantales, pequeños jerséis y medias de todos los colores, pijamas, sombreros, abrigos, guantes, bufandas de piel, zapatos de charol... Todo ello lo desembalaba la doncella personal de Iris, que seguía al servicio de la casa, y lo guardaba en los armarios de Alice. La ropa de la temporada anterior, sin estrenar, se destinaba a obras benéficas. Recibía regalos de cumpleaños y Navidad: una magnífica radio Stewart Warner, un caballo balancín traído de Londres, una biblioteca de autores clásicos, un juego de porcelana en miniatura de París y una impresionante casa de muñecas que era una réplica exacta de la Casa Grande de Ellingham.

Aquellas tareas eran tan deprimentes que el servicio a menudo lloraba al desempeñarlas, aunque nunca delante del señor Ellingham. Delante de él siempre hablaban de la señorita Alice con optimismo: «A la señorita Alice le van a encantar sus nuevos vestidos de primavera, señor», «Una radio maravillosa para la señorita Alice, señor. La va a entusiasmar».

Fue la posibilidad de Alice lo que llevó al drenaje del lago el junio anterior. Un soplo anónimo insinuó que el cuerpo de Alice podría estar en el fondo. A pesar de que era muy poco probable, Ellingham ordenó drenar el lago. Robert tuvo la impresión de que casi se trataba de una venganza contra el lago por su papel involuntario aquella fatídica noche. Ahora el lago era un cráter, un recordatorio constante de su pérdida.

Tal era el ambiente irrespirable de la Casa Grande aquella mañana cuando sonó el intercomunicador de la mesa de Robert Mackenzie. Este recogió el lápiz y el cuaderno y fue al

despacho de Albert Ellingham. Aquella mañana las cortinas estaban descorridas. La pared formada por las puertas correderas de cristal dejaba ver la siempre surrealista imagen del lago vacío. Robert nunca se acostumbraría del todo a ver la enorme herida abierta en la tierra.

–Me voy al club náutico –dijo Ellingham–. Hace muy bueno y está despejado. He invitado a Marsh a venir conmigo. Nos vendrá bien estar un rato al aire libre. Llevamos demasiado tiempo encerrados en ambientes oscuros.

–Excelente idea –repuso Robert–. ¿Quiere que encargue que le preparen una cesta de pícnic?

Albert Ellingham hizo un gesto negativo.

–No hace falta, no hace falta. Tenga. Escribí un acertijo esta mañana. ¿Qué le parece?

Le pasó a Robert una hoja de la Western Union. Albert Ellingham llevaba algún tiempo sin escribir acertijos, así que Robert lo recibió con entusiasmo.

–«¿Dónde buscas a alguien que en realidad nunca está cerca?» –leyó en voz alta–. «Siempre en una escalinata, pero nunca en la escalera».

Miró a su jefe. Había una extraña intensidad en su mirada.

–Puede que sea el mejor acertijo que haya escrito en mi vida –dijo–. Es mi Acertijo de la Esfinge. Los que lo acierten podrán pasar. Los que no...

Dejó la frase sin terminar. Recogió el papel y lo puso encima de la mesa.

–Hoy tiene un encargo muy importante, Robert –continuó mientras colocaba un pisapapeles sobre el acertijo–. Salga a tomar el aire. Diviértase. Es una orden.

–Eso pienso hacer. Pero antes tengo unos cinco kilos de correspondencia que revisar.

–Lo digo en serio, Robert –insistió Ellingham en tono más severo–. Dentro de nada llegará el invierno y se arrepentirá de no haber aprovechado los días como este.

Fue un comentario tan elocuente que Robert no supo qué decir.

–Es usted un buen hombre, Robert. Le deseo tanta felicidad en su vida como la que yo he disfrutado en la mía. Recuerde jugar. Recuerde la partida. Recuerde siempre la partida.

Más tarde recordaría que Ellingham no había empleado un tono lúgubre al decir aquellas palabras. Se le notaba con más energía, lo cual quizá fuera indicativo de que estaba convirtiendo su dolor en un monumento de mármol. Quizá hubiera llegado el momento de retomar su vida. Ya había pasado un año desde el juicio. Quizá había llegado el momento.



Robert no hizo caso de la orden de su jefe y pasó una tarde muy productiva en su despacho. Atendió llamadas de Nueva York y se ocupó de la nueva sección de la productora en Los Ángeles. Puso la correspondencia al día. Apenas fue consciente del paso de las horas y de la llegada gradual de la oscuridad. Se sentía más optimista de lo que se había sentido en mucho tiempo. Quizá, pensó, todo estaba a punto de cambiar. Quizá empezarían a cicatrizar las heridas de Albert Ellingham. Aún era joven. Era rico. Era vital. Podría volver a casarse, tener otra familia. Quizá se desvanecería la maldición que pesaba sobre aquel lugar. Quizá algo volvería a salir bien.

A las siete y media, Robert dejó el trabajo, satisfecho de todo lo que había adelantado. Había una pila de papeles resueltos y ordenados. La bandeja de correspondencia estaba vacía. Ya había oscurecido del todo y se había levantado viento. Silbaba por las esquinas de la sala y se colaba por la chimenea.

Robert encendió la chimenea y pidió la cena. El cocinero siempre se alegraba de preparar algo para alguien que comiera de verdad, así que enseguida tuvo ante sí un plato repleto de chuletas, patatas y espinacas a la crema. Encendió la radio y se acomodó ante su mesa de trabajo. Estaba deseando escuchar la emisión desde el Teatro Mercury. Últimamente habían tenido espectáculos

muy interesantes, producciones sobre Sherlock Holmes y *La vuelta al mundo en 80 días*. El programa era uno de los momentos que Robert más disfrutaba cada semana.

Justo cuando empezaba a sonar la música y el locutor decía «Ahora los llevaremos a Grover's Mills, Nueva Jersey...», sonó el teléfono y Robert dejó la servilleta encima de la mesa, bajó el volumen de la radio y contestó.

–Robert Mackenzie –dijo mientras se limpiaba una pizca de espinacas a la crema de la comisura de la boca.

–Le habla el sargento Arnold. –Su voz sonaba jadeante y casi a punto de quebrarse–. ¿Puede confirmarnos si Albert Ellingham..., su barco..., salió en barco?

–Sí, hace varias horas –respondió Robert–. Con George Marsh.

–¿No ha vuelto aún?

–No. Dijo que seguramente se quedaría a dormir en Burlington. ¿Qué pasa?

–Nos han informado de que se ha hundido un barco frente a South Hero... –contestó el sargento–. Ha habido una explosión...

Robert notó un sonido hueco en el oído, la sensación de caída al vacío, de muchas cosas convergiendo en un único punto mientras escuchaba las palabras del sargento, la percusión amortiguada de la radio y el sonido de su propio corazón al reverberar por todos los recovecos de su cuerpo. Después relataría que se sintió como si estuviera levitando y observando el despacho desde el techo.

Siempre recordaría la extraña conversación que había mantenido con Robert Ellingham aquel día. Su Acertijo de la Esfinge. La orden de que se divirtiera.

Era como si Albert Ellingham supiera que aquel día iba a morir.

Robert Mackenzie no pudo apartar de su mente aquel acertijo durante el resto de su vida, pero nunca dio con la solución.

HABÍA SIDO UNA NOCHE MUY LARGA .

Los residentes de Minerva no pudieron volver a la casa mientras la policía la registraba. Algunas habitaciones de la Casa Grande estaban reservadas para cuando algún invitado o algún miembro del claustro no podía marcharse debido a la nieve. Janelle y Nate ocuparon dos de ellas. David prefirió acomodarse en el sofá de la sala de profesores. Stevie permaneció sentada, despierta y sin apartar la vista de la enorme escalinata durante horas y horas, mientras su mente bullía con acertijos y datos.

«Siempre en una escalinata, pero nunca en la escalera». Ella siempre estaba en una escalera. Toda la noche en una escalera.

Observó entrar y salir a miembros de seguridad y del cuerpo de policía, a Charles, a la doctora Quinn y al asesor jurídico de la academia. Se había registrado la finca, pero con aquella oscuridad poco se podía hacer. Los bosques eran frondosos y oscuros. Se decía que había osos, pero nadie habló de alces.

De nuevo, ni rastro de alces.

En el sótano encontraron una ventana abierta con un tope para que no se cerrara y una pila de libros debajo. Se fue, se fue, se fue. Montaña arriba. Montaña abajo. Alrededor de la montaña. ¿Quién sabía?

Así que Stevie se quedó sentada en el corazón palpitante de la Casa Grande, de nuevo escenario de un registro en plena noche. En la tambaleante versión de la realidad que imaginaba su cansado y desbordado cerebro, Stevie repasó los acontecimientos de las últimas semanas para terminar con el mensaje que había visto aquella noche en la pared de su habitación, días antes de la muerte de Hayes. «Adivina, adivinanza en la pared...».

Demasiadas adivinanzas.

Se frotó la cara con las manos y la mantuvo tapada un rato. En esa misma postura dio una cabezada, y así se quedó un período de tiempo que no podría precisar hasta que la despertó una taza de café que alguien le ofrecía.

—No sé si te vendrá muy bien dormir así —dijo Larry—. Hay un catre en la oficina de seguridad y más sofás en el piso de arriba.

—No quiero dormir.

—A veces no se trata de lo que uno quiere.

Stevie negó con la cabeza.

—¿La han encontrado? —preguntó.

—Ya está amaneciendo. Va a venir el helicóptero.

—¿Puedo salir a que me dé un poco el aire?

Larry se balanceó sobre sus talones.

—Pero quédate ahí delante, donde te pueda ver desde la ventana —accedió.

Así que Stevie se llevó el café, se sentó sobre la hierba húmeda del jardín de la Casa Grande y dejó de pensar durante un rato. El amanecer saludó a la Academia Ellingham con un torbellino de tonos rosas que se convirtieron en azul puro. Stevie contempló la salida del sol, que se alzó sobre la Casa Grande como un juego de escondite celestial. No llevaba fuera mucho tiempo cuando vio que alguien salía por la puerta principal.

David se acercó a zancadas con su caminar despreocupado y las manos en los bolsillos. Se sentó junto a ella sin decir nada.

Hay algo en las primeras horas de la mañana que cambia nuestra percepción de una forma muy sutil. La luz es nueva, nadie se ha puesto aún la coraza del día. Es como si todo se estuviera reiniciando y todavía no fuera real del todo.

Lo que pudiera haber pasado entre David y Stevie no existía en aquel momento. Todo era rocío y el café soluble de Larry y el sol dulce y suave del amanecer.

–Bueno –dijo por fin David–. Me parece a mí que la academia está jodida.

Stevie bebió un largo sorbo de café. Era demasiado fuerte y estaba lleno de grumos de la leche en polvo, pero al menos la espabilaba.

–Un alumno muerto –continuó David echando un vistazo al cielo, del que surgía un leve sonido de alas–. Una alumna desaparecida, sospechosa de haberlo asesinado. Va a ser difícil de superar.

–Sí –dijo Stevie, que bebió otro sorbo.

El viento azotaba las montañas como una bocanada audible de la naturaleza. Un helicóptero se acercaba.

–Supongo que estarán haciendo una búsqueda desde el aire –dijo David.

–Sí.

–No está mal, para ser tu primer caso. ¿No estás entusiasmada? ¿Te darán una estrella de *sheriff*?

Stevie colocó la taza de café sobre la hierba. Se la quedó mirando un momento para comprobar que no se ladease y la escaldase.

–Déjame preguntarte una cosa –dijo–. La noche que metieron el hielo seco en el túnel dijiste que estabas con Ellie. Estabas con ella, ¿verdad?

–Hasta medianoche, más o menos –contestó él–. Pero te mentí. No estábamos fumando hierba. Solo estábamos charlando.

–O sea, que eso te lo inventaste...

–Por darle algo más de chispa al asunto.

Ahora ya se veía el helicóptero dando vueltas sobre el bosque.

–Sigo sin poder creérmelo –prosiguió David–. Ellie no tiene malicia. Me doy cuenta de que aquí está pasando algo que yo no acabo de comprender, pero no es... No haría daño a nadie. Al menos, no a propósito. No sé. Quizá es que no sé nada.

–¿Tienes idea de lo que estaba diciendo al final? –preguntó Stevie–. Eso de que Hayes sabía cosas. Cuando repitió lo de «todo este lugar» y lo de las ideas de Hayes.

–Ni idea.

Stevie frotó la hierba entre los dedos hasta que se le quedaron las yemas verdes. Quizá solo fuera por la falta de sueño. Ya le encontraría sentido. Ellie confesó haber escrito el guion para Hayes. Después había huido. ¿Por qué escapar si no has hecho nada?

Se acordó de Hércules Poirot y de sus dudas cuando ordenaba los datos y se daba cuenta de que alguno no concordaba. Siempre hablaba de la psicología del crimen. Aquí las cosas no estaban nítidas. No estaban claras.

Como Vorachek. Tenía dinero de Ellingham en su poder. Incluso confesó haber cometido el crimen. Pero era imposible que hubiera sido él.

Dos policías salieron de entre los árboles como si vinieran de Minerva. Uno de ellos llevaba una caja.

–Parece que han registrado sus cosas –observó David–. Supongo que ya podemos volver. Ambos se levantaron, cansados y entumecidos, con manchas de hierba húmeda en la ropa.



Minerva aparecía silenciosamente delicada por la mañana, bañada por la luz pálida y envuelta en fantasmagóricas nubes de humo. El alce tenía una expresión más afable y hasta el empapelado rojo parecía menos agresivo. La casa transmitía la impresión de vacío. Estaba vacía de personas en aquel momento, y al menos dos de ellas no iban a volver. Quizá no volvería nadie.

En el pasillo, la puerta del cuarto de Ellie estaba entreabierta. Stevie se quedó inmóvil unos instantes, mirándola a través del espacio estrecho. David estaba justo detrás de ella. Podía sentir el calor que desprendía su cuerpo.

–Vas a entrar, ¿no? –dijo–. Es lo tuyo.

Stevie no respondió.

–Esta vez no pienso poner pegas –dijo David, que alzó el brazo y abrió la puerta del todo.

El escenario del juego de horas antes había cambiado mucho. La policía había separado la cama de Ellie de la pared y la había dejado ligeramente ladeada en medio del cuarto. Habían estirado sobre ella la ropa de la cama. Los libros estaban en posición horizontal o habían sido retirados de los estantes y amontonados en pilas ordenadas. Los cajones estaban cerrados, lo cual quería decir que los habían registrado; la noche anterior, la mayoría de los cajones de Ellie estaban mal cerrados o entreabiertos con cosas asomando.

–La verdad es que da la impresión de estar más limpia después del paso de la poli –observó David.

Echó un vistazo al borde de la cama antes de sentarse. Stevie lo miró. A la luz de la mañana, sus rasgos parecían más suaves. Había algo en él un poco... angelical. Aquellos ojos grandes y las ondas del pelo.

Recordó cuando su madre comentó al entrar en Ellingham que las estatuas eran ángeles extraños y ella le dijo que no, que eran esfinges. ¿Ángeles o esfinges?

Desde luego, necesitaba dormir.

Se sentó en la cama al lado de David y se quedó mirando las cosas de Ellie. La mochila de lona. La ropa sucia amontonada en un rincón. Los bolígrafos desperdigados por el suelo. Las frases que había escrito en las paredes. Junto a la cama había una foto enmarcada en la que salía muchísima gente. Debía de ser la comuna de la que les había hablado. *Roota* estaba apoyado en la cómoda, solitario y brillando al sol.

–Perdóname –dijo Stevie, casi como si se dirigiera a *Roota*, pero hablándole a David en realidad.

–¿Que te perdone?

–Por fisgar en tus cosas. Me siento mal desde el momento en que lo hice. Es que... no lo sé. Solo quería saber. Algo más de ti. Y te comportabas de un modo muy extraño...

–Es una disculpa extraordinaria.

–Vale. Me equivoqué.

El helicóptero sonaba como si estuviera suspendido sobre la casa, batiendo el aire. Ellingham se despertaría y Ellie no aparecería, y volvería el caos.

–Sí –dijo David instantes después.

–¿Sí?

Él se encogió de hombros.

–Teniendo en cuenta que pueden cerrar este lugar, supongo que no deberíamos estar tan enfadados.

–Probablemente no.

Se produjo un largo silencio. Después, David le tomó la mano y le trazó un círculo en la palma con el dedo. Stevie se quedó atónita con la oleada de sentimientos que la invadió. ¿Podía uno besarse a la luz fría de la mañana, cuando todo era tan visible? ¿En la cama de tu compañera desaparecida, que probablemente había matado a otro compañero?

David se inclinó ligeramente hacia ella y, como respuesta, Stevie se retiró ligeramente hacia atrás. Al hacerlo, apoyó la mano sobre algo duro que se escondía entre la ropa de cama.

Apartó el edredón hacia un lado y descubrió una cajita. Era roja, de metal, de unos veinte por veinte centímetros, con las esquinas redondeadas. El tiempo había dejado su huella; estaba abollada y un poco oxidada, pero el dibujo se veía con claridad. Estaba rotulada como BOLSAS DE TÉ INGLÉS TRADICIONAL y tenía un dibujo de una taza de té humeante. Un cachivache raro y viejo.

Algo estaba vibrando.

Vibraba con insistencia.

En realidad, era el helicóptero al planear muy, muy despacio. Era imposible fingir que no lo oían. David miró hacia la ventana con los ojos entornados, luego soltó la mano de Stevie y se levantó para echar un vistazo.

Stevie respiró hondo y recobró la compostura. Examinó la extraña caja, levantó la tapa y volcó el contenido encima de la cama. Dentro había lo que parecían los restos de una pluma blanca, un pequeño retal de tela con abalorios bordados, el estuche dorado de un pintalabios, una horquilla con un diamante de imitación cuadrado y un zapato rojo esmaltado en miniatura que resultó ser un pastillero diminuto. Stevie lo abrió y cerró varias veces y curioseó el interior liso de bronce.

–Qué raro –murmuró–. Ven a ver esto.

–Un momento –respondió David.

Stevie continuó mirando. Sujetos contra uno de los lados de la caja encontró un papel pautado y doblado, y una docena de viejas fotografías en blanco y negro, rugosas y de distintos tamaños. Stevie miró el papel antes que nada. Estaba frágil en las líneas formadas por los pliegues, pero no se veía demasiado amarillento. Escrito con letra pulcra, aunque poco definida, podía leerse el siguiente texto:

*La balada de Frankie y Edward
2 de abril, 1936*

*Frankie y Edward tenían oro
Frankie y Edward tenían plata
Pero ambos entendieron cómo era la partida
~~Y ambos quisieron que la verdad fuera contada.~~*

*Frankie y Edward no se arrodillaban ante rey alguno
Vivían para el arte y el amor
Destronaron al hombre que gobernaba la tierra
Se llevaron
El rey era un bromista que vivía en una montaña
Y quería dominar la partida
Así que Frankie y Edward jugaron una mano
Y las cosas fueron para siempre distintas*

Las fotografías mostraban a dos adolescentes, chico y chica, con distintas poses, que a Stevie

le parecieron conocidos y totalmente desconcertantes a la vez. El chico llevaba traje y sombrero, con la corbata aflojada. La chica, un jersey ajustado con falda a juego y una boina ladeada. En una foto estaban posando delante de un coche. En otra, la chica tenía un cigarro en la mano. En otra estaban cara a cara y ella le apoyaba una mano en el pecho para mantenerlo apartado. Stevie fue pasando las fotos. En el dorso de una alguien había escrito 4/11/35.

Stevie se quedó mirando las fotos un buen rato antes de que una chispa saltara en su cerebro. Aquellos chicos estaban posando como Bonnie y Clyde, la famosa pareja de bandidos de la década de 1930. Estaban disfrazados.

Una de las fotografías era distinta, algo más gruesa, más pesada. Stevie la examinó con atención y se dio cuenta de que en realidad eran dos fotos pegadas. No hizo caso del ruido del helicóptero al aterrizar sobre el césped. Lo que tenía entre las manos –fuera lo que fuera aquella colección de fotografías y demás artículos– era de extrema importancia. Intentó separar las fotos con cuidado y, al no conseguirlo, tiró con más fuerza. Empezaron a ceder. Había algo pegado entre ellas. Parecía...

¿Una palabra? ¿De una revista?

Eran las letras *N-O-S-O-T-R-O-S* recortadas, de color rojo vivo sobre fondo amarillo. Pequeñitas. Quizá de poco más de medio centímetro.

A Stevie comenzó a temblarle la mano.

Una palabra recortada de una revista en una caja de cosas de los años 1935-36. Fotografías de dos personas de su edad disfrazados de Bonnie y Clyde. Y parte de un poema; un poema de estilo similar al de la carta de Atentamente Perverso, escrito solo unos días antes de que llegara aquella carta. Un poema corto y duro que hablaba de jugar una partida con el rey que vivía en la montaña.

Era Atentamente Perverso. Quienquiera que hubiera escrito aquel poema, quienquiera que fueran Frankie y Edward. Stevie registró frenética todos los rincones del desván, abriendo cajas, rebuscando en los cajones. Estaba a años luz de aquella extraña mañana, de David y del cuarto de Ellie. Ya. Lo tenía. Visualizó un fragmento de la declaración prestada por Leonard Holmes Nair sobre un chico y una chica entre los cuales creía que había algo. Eran pareja. Ella tenía el pelo como un cuervo y él se parecía a Lord Byron, y la chica le había preguntado por Dorothy Parker. Dos alumnos de primer curso de la Academia Ellingham.

La carta había sido escrita por alumnos. Tenía la prueba en las manos.

¿Habían asesinado esos alumnos a Iris Ellingham? ¿Fue asesinada Dottie por alguien que la conocía bien? ¿Tenía aquello algo que ver con Dottie? La mente de Stevie funcionaba a toda máquina.

–David... –murmuró Stevie. Le temblaba la voz.

Por toda respuesta, David salió de la habitación. Caminaba deprisa. Su marcha fue tan repentina que Stevie tardó un instante en volver a la realidad. Parpadeó y, después, todavía aferrando las fotos, lo siguió. Ya había salido de la casa y se dirigía a la zona verde. El helicóptero estaba allí, con las aspas aminorando su velocidad. Había varias personas en el exterior. Ellingham había despertado.

No era un helicóptero de la policía. El rótulo era de color bronce oscuro, algo reflectante. Ponía...

¿King?

David se había detenido bruscamente en el punto más alto del sendero que conducía a la zona verde, con la mirada clavada en el helicóptero.

–¿Qué diablos está pasando? –preguntó Stevie al llegar a su altura–. ¿Es lo que parece?

David no respondió, pero tampoco hizo falta. La puerta del helicóptero se abrió y se bajó una

hombre.

Edward King era más bajo en persona de lo que parecía en la televisión, su expresión más crispada, el pelo volando en todas direcciones. Intentó colocarlo en su sitio, pero sin éxito.

David no se había movido. Era como si se hubiera convertido en una de las estatuas de Ellingham, en una réplica de sí mismo en piedra.

En la mitología, la Medusa te convertía en piedra si la mirabas a los ojos.

–¿Cómo es posible que esto esté ocurriendo? –preguntó Stevie–. ¿Por qué está ocurriendo? ¿Qué está ocurriendo? ¿David?

David no contestó.

Y entonces todo confluyó. Toda la información almacenada en la mente de Stevie comenzó a encajar en el orden correcto. Hizo una serie de pequeños cálculos y evaluó las proporciones de su rostro. Su mente retrocedió hasta el momento en que lo vio por primera vez en la tienda, aquella extraña sensación de desagrado que la reconcomía. El ángulo de la nariz, el porte de los hombros...

Entonces no fue capaz de ubicarlo. Imposible haberlo hecho. Era absolutamente inviable.

Edward King estaba cruzando el césped en dirección hacia ellos.

Ahora había un torrente de deducciones. Las evasivas de David, el no tener ningún perfil en ninguna red social, ni fotografías, su marcha a California, el Rolex rayado...

–David –musitó en voz baja.

Él no la miró.

–¿David? –insistió por última vez.

La miró de reojo. Parecía paralizado, indefenso.

–¿Recuerdas cuando les ofrecieron ese puesto a tus padres? –preguntó David por fin–. ¿Con él? Bueno. Ya te dije que solo intentaba ayudar.

Stevie sujetó las fotos con más fuerza, aunque había olvidado que las llevaba consigo.

–Explícame qué quieres decir –le dijo.

David comenzó a esbozar una sonrisa, pero era como la que Stevie se obligó a forzar aquella noche que cenaron con sus padres. Veía escaparse su esperanza a cada segundo que pasaba, hasta que se encontró aferrándose al borde con uñas y dientes intentando retenerla. Y luego empezó a perder contacto.

–Ven a conocer a mi padre muerto –dijo David.

Continuará...



Agradecimientos

HAY MUCHAS PERSONAS A LAS QUE DEBO DAR LAS GRACIAS .

Antes de nada, gracias a Katherine Tegen. Sin ella no existiría *El caso Vermont*. Gracias a las muchas personas que tutelaron esta novela: a mi editora, Beth Dunfey, a Mabel Hsu y a todo el personal de Katherine Tegen Books. Gracias a Anica Rissi, que me introdujo en el redil.

Mi agente, Kate Schafer Testerman, me mantiene con vida. Contribuyó a este esfuerzo junto con mi ayudante, Felicity Disco (o Kate Welsh, como se la conoce a veces). Sin ellas, ¿quién sabe? No me atrevo a especular.

Puedo decir con la mano en el corazón que sin la ayuda de mi amigo Robin Wasserman este libro no existiría. Y es imposible sobreestimar el apoyo que he recibido de Cassandra Clare, Holly Black y Sarah Rees Brennan.

Gracias a Daniel Sinker, que insistió en que lo acompañara en la creación de lo que llamamos «*Podcast ¿Quién lo dice?*». Ha contribuido en gran medida a que no haya perdido mi cordura, si es que se la puede llamar así.

Gracias al doctor Jason Sutula y a la enfermera Erin Wert por su ayuda con la terminología médica y científica.

Gracias a Oscar y Zelda. Os quiero.

Gracias a mi madre por cuidarme durante una larga enfermedad que contraí mientras escribía.

Y además existen innumerables personas que hacen que mi vida sea mejor día tras día. Si has llegado hasta el final de la sección de agradecimientos, probablemente seas una de ellas. Esto es para ti. Sí, para TI.



La otra mujer

Silva, Daniel
9788491393566
496 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En un pequeño y aislado pueblo de la serranía de Málaga vive una misteriosa mujer de nacionalidad francesa que ha empezado a escribir unas memorias más que peligrosas. Es la historia de un hombre al que una vez amó en Beirut, años atrás, y de un hijo que le arrebataron en nombre de la traición. Esta mujer es la guardiana del secreto mejor guardado por el Kremlin: hace décadas la KGB infiltró a un agente doble

en el mismo corazón de occidente, un topo que hoy se encuentra a las puertas del poder absoluto. Solo una persona puede arrojar luz sobre esta conspiración: Gabriel Allon, el ya legendario restaurador de arte y asesino que hoy sirve como director del eficaz servicio secreto israelí. Gabriel ya ha tenido que combatir, anteriormente, a las oscuras fuerzas de la nueva Rusia, con un elevado coste personal. Ahora él y los rusos se enzarzarán en una épica confrontación final con el destino del mundo que conocemos en la balanza. Gabriel se ve empujado en medio de la conspiración cuando su activo más importante dentro de la Inteligencia rusa es asesinado mientras intentaba desertar en Viena. Su búsqueda de la verdad le llevará atrás en el tiempo, hasta la traición más grande del siglo XX para terminar en las riveras del Potomac fuera de Washington. Rápido como una bala, extrañamente bella y llena de dobles sentidos y giros en la trama, esta novela es un verdadero tour de force que demuestra una vez más que Daniel Silva es simplemente el mejor escritor de novelas de espías de nuestro tiempo. Otra joya para la deslumbrante corona del maestro de la novela de espías... En esta encontramos incluso una historia de fondo más elaborada de lo normal, es tan convincente como lo es el tenso drama que se despliega lentamente para terminar en un estupendo final". Booklist "Excelente... los lectores quedarán cautivados tanto por la historia como por las tramas tan actuales con las que Silva juega con delicadeza". Publishers Weekly "La otra mujer es desde ya un clásico que afianza a Daniel Silva como uno de los mejores novelistas de espías que el género ha conocido". CrimeReads

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El chico que se comió el universo

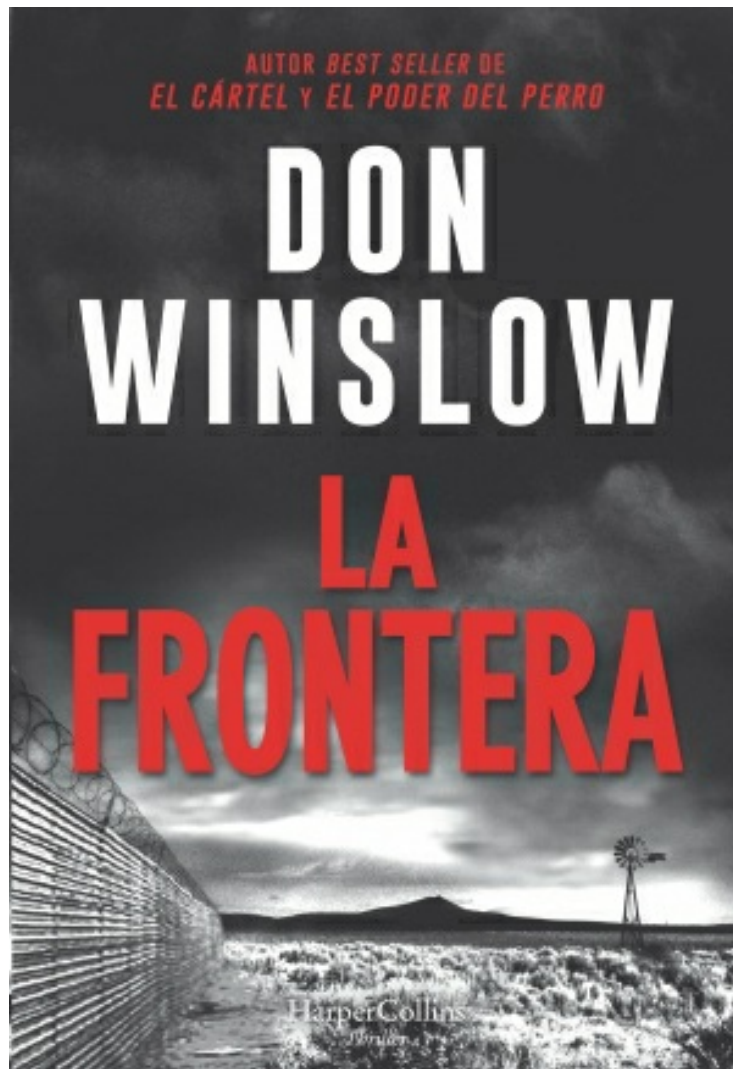
Dalton, Trent
9788491393801
464 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Brisbane, 1985: Un padre desaparecido, un hermano mudo, una madre drogadicta, un padrastro traficante de heroína y un canguro delincuente. La vida de Eli Bell ya era bastante complicada. Solo intentaba seguir su instinto y entender lo que significa ser un buen hombre, pero el destino no paraba de ponerle trabas; entre otras, Tytus Broz, legendario traficante de drogas de Brisbane. Pero la vida de Eli iba a ponerse mucho

más sería: estaba a punto de conocer al padre a quien no recordaba, colarse en la cárcel de Boggo Road el día de Navidad para rescatar a su madre, enfrentarse con los criminales que destrozaron su mundo y enamorarse de la chica de sus sueños. Una historia de fraternidad, de amor verdadero y de amistades improbables. El universo en sus manos será la novela más desgarradora, alegre y divertida que leas este año."Un logro excepcional. Es el Cloudstreet de los bajos fondos criminales de los suburbios australianos."Herald Sun"El chico que se comió el universo es una de esas historias que desafía las expectativas, revienta las barreras del género y seduce de principio a fin... Una auténtico tesoro"Good Reading"Magnífica"Adelaide Advertiser"Este libro iluminará hasta los días más grises"Sydney Morning Herald"Me trae recuerdos muy claros de mi infancia en los suburbios".Daily Telegraph"Es una historia sobre el potencial del mundo como un lugar de luz, de risa, de belleza, de perdón, de redención y de amor"The Australian"Tan buena que se te pondrá la piel de gallina"Queensland Times"Te romperá el corazón y te hará reír... a veces en la misma frase"Qantas Magazine"Lectura obligada"Herald Sun

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La frontera

Winslow, Don
9788491393580
792 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La explosiva y más que esperada conclusión de la trilogía *Cártel*. ¿Qué haces cuando ya no hay fronteras? ¿cuándo las líneas que creías que existían sencillamente se han esfumado? ¿Cómo te mantienes de pie cuando ya no sabes realmente de qué lado estás? La guerra ha llegado a casa. Hace cuarenta años que Art Keller está en primera línea de fuego del conflicto más largo de la historia de EE.UU.: la guerra contra la

droga. Su obsesión por derrotar al capo más poderoso, rico y letal del mundo —el líder del cártel de Sinaloa, Adán Barrera— le ha costado cicatrices físicas y mentales, tener que despedir a personas a las que amaba e incluso se ha llevado parte de su alma. Ahora Keller se encuentra al mando de la DEA viendo cómo al destruir al monstruo han surgido otros treinta que están llevando incluso más caos y destrucción a su amado México. Pero eso no es todo. El legado de Barrera es una epidemia de heroína que está asolando EE.UU. Keller se lanza de cabeza a frenar este flujo mortal, pero se encontrará rodeado de enemigos, personas que quieren matarle, políticos que quieren destruirle y, aún peor, una administración entrante que comparte lecho con los traficantes de drogas que él quiere destruir. Art Keller está en guerra no solo con los cárteles, sino con su propio gobierno. La larga lucha le ha enseñado más de lo que nunca habría imaginado, y ahora aprenderá la última lección: no hay fronteras. Una emocionante historia de venganza, violencia, corrupción y justicia. "Lo que hace falta en una novela es que uno sienta el impulso físico de ir internándose en lo desconocido, que escuche una voz poderosa y a la vez una multitud de otras voces; que quiera llegar al final para saberlo todo y quiera también que la novela no termine. Antes de tener uso de razón, yo me hice adicto a las novelas porque me daban todo eso. Me lo vuelven a dar con generosidad desbordada estas novelas de Don Winslow". Antonio Muñoz Molina, Babelia, El País

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El secreto del cónclave

Adolfo Martigli, Carlo

9788491392248

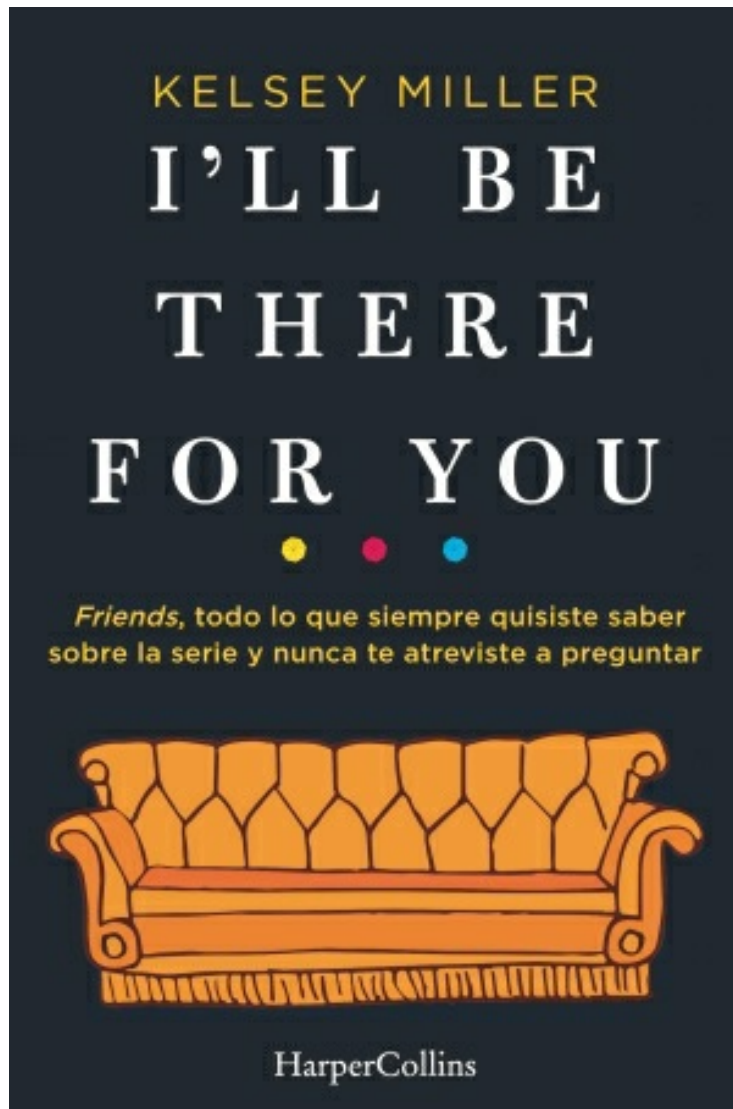
304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Roma, 1903: la calma de la dulce noche de verano se ve perturbada por un delito perpetrado en el lugar más inviolable, el Vaticano. Un guardia suizo ha sido hallado muerto junto a una criada. El viejo Papa tiene las manos atadas: una investigación oficial levantaría una polvareda y pondría en entredicho la credibilidad de la Iglesia. El padre eterno se encargará de castigar al culpable. Pero lo que León XIII desea impedir

a toda costa es que, después de su muerte, la cátedra de san Pedro sea ocupada por alguien implicado en el crimen. Así, para resolver el misterio con la debida discreción, León XIII decide hacer uso de la experiencia de un joven médico vienés de quien se dice que ha elaborado teorías que revolucionarán para siempre el análisis de la mente humana: Sigmund Freud. Con su método psicoanalítico, Freud deberá sacar a la luz el secreto que se oculta en el corazón de uno de los cardenales destinados a convertirse en el próximo Papa. De la pluma de uno de los autores más importantes de novela histórica surge esta novela de ritmo rápido y apasionante, la primera investigación del doctor Sigmund Freud. "Intrigas y delitos en el Vaticano. Freud investiga por encargo del papa. El libro de Carlo A. Martigli es una ficción imbricada en un contexto histórico y simbólico riguroso. La trama se desarrolla en el terreno pantanoso del psicoanálisis. Una ficción nítida inmersa en un contexto histórico-simbólico riguroso ". Il Corriere della Sera. "Martigli es un narrador muy hábil cuando se trata de escribir novelas que mezclan la fantasía y los hechos reales, y El secreto del cónclave confirma su indudable talento. Además, podría ser solo el comienzo de un Freud detective de excepción". La Repubblica

[Cómpralo y empieza a leer](#)



I'll be there for you

Miller, Kelsey

9788491393429

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Actualmente se recuerda a Friends como un icono de la comedia de los años noventa, cuando empezaba a despuntar la nueva pasión por la ficción televisiva. Pero en 1994, cuando se estrenó la serie, nadie esperaba que tuviera un éxito tan arrollador. Desde sus fulgurantes inicios, pasando por sus altibajos y por el resurgimiento posterior que

ha experimentado, Friends ha mantenido un vínculo insólito con su público, que la ve al mismo tiempo como un reflejo de su propia vida y como una ilusionante vía de escape de la realidad cotidiana. En los años transcurridos desde entonces, la serie ha evolucionado de superéxito televisivo a revival nostálgico y, por último, a clásico indiscutible. Ross, Rachel, Monica, Chandler, Joey y Phoebe forman ya parte del panteón de los grandes personajes de la televisión, y sin embargo sus historias siguen teniendo vigencia hoy en día. La periodista Kelsey Miller, especializada en cultura pop, revive los momentos más relevantes de la serie arrojando luz sobre sus elementos más polémicos y examinando las tendencias mundiales a las que dio lugar, como la cultura contemporánea del café o el corte de pelo a lo Rachel que hizo furor en los años noventa. El relato de Miller no solo nos permite entrever cómo se forjaba Friends, sino que sigue el ascenso de sus actores al estrellato y desvela la compleja relación que establecieron con sus personajes. *I'll be there for you* es la retrospectiva definitiva sobre Friends, no solo para los fans de la serie, sino para cualquiera que se haya preguntado alguna vez por qué esta comedia televisiva tuvo un impacto tan duradero. "¿Se puede escribir con el cariño de un fan acerca de por qué una serie es al mismo tiempo intemporal y obsoleta? ¿Acerca de por qué merece la pena volver a verla y por qué a veces lo lamentas? El libro de Kelsey Miller sugiere que sí". Linda Holmes, presentadora del programa radiofónico *Pop culture happy hour* "Muy bien documentado y rebotante de anécdotas jugosas, el relato de Kelsey Miller sobre el fenómeno Friends es un viaje nostálgico, emocionante y un tanto agri dulce que permite vislumbrar al lector los entresijos de una serie de ficción que plasmaba esa fase de nuestras vidas en que los amigos ocupan el lugar de la familia". Erin Carlson, autora de *I'll have what she's having: how Nora Ephron's three iconic films saved the romantic comedy* "Miller no se limita a analizar las inusuales circunstancias que dieron origen a una serie de televisión tan influyente, sino que responde a una pregunta que me ha intrigado durante años: ¿por qué Friends tiene aún tantos seguidores?". Anne Helen Petersen, periodista cultural en BuzzFeed

[Cómpralo y empieza a leer](#)